

MARY JO PUTNEY

ÉRASE
UNA VEZ
UN
REBELDE

TITANIA



É R A S E

U N A V E Z

U N

R E B E L D E

MARY JO PUTNEY

É R A S E

U N A V E Z

U N

R E B E L D E



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Once a Rebel. Rogues Redeemed #2*
Editor original: Kensington Publishing Corp, New York
Traducción: Ana María Pérez

1.^a edición Abril 2020

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y por tanto son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2017 by Mary Jo Putney
First Published by Kensington Publishing Corp.
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© de la traducción 2020 by Ana María Pérez
© 2020 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17981-37-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*En memoria de Jo Beverley.
Una escritora maravillosa,
y mejor amiga aún.*

Agradecimientos

He pasado un tiempo maravilloso investigando lo que tengo literalmente a la vuelta de la esquina para escribir esta historia, y quiero darle especialmente las gracias a mi «desquiciado asesor», un baltimoreano de nacimiento que conoce el pasado de la ciudad y sabe dónde hallar cañones históricos.

En el curso de los años, he leído numerosos artículos sobre la zona, cuyos autores hoy no recuerdo, pero agradezco a todos esos compatriotas merilandeses la pasión que compartimos.

La luz del amanecer: la determinación culminante de «la tierra de los libres» durante los peligrosos eventos de 1814 en Washington, Baltimore y Londres, de Walter Lord, es un gran libro. También lo es *A través de la terrible lucha: desde el incendio de Washington al himno nacional. Las seis semanas que salvaron a la nación*, de Steve Vogel. Otro descatalogado y difícil de encontrar, pero excelente, es *El brillo rojo de los fusiles*, de Scott S. Sheads, un historiador que fue guardia en el Fuerte del Monumento Nacional de McHenry durante muchos años. Este pequeño volumen tiene varias citas directas de fuentes imprescindibles.

Un muy buen documental del servicio de radiodifusión pública es *La Guerra de 1812*, realizado por Lawrence Hott y Diane Garey. Describe los orígenes de la guerra y la batalla que tuvo lugar en la frontera del Niágara en América Occidental, los Grandes Lagos y la bahía de Chesapeake.

1



Señorio de Kingston, Lancashire, 1799

—¡Richard! ¡Richard!

Lord George Gordon Richard Augustus Audley, el tercero y más despreciado hijo del marqués de Kingston, se despertó de repente a causa de la voz siseante que entraba por la ventana de su habitación. ¿Callie? Se suponía que no regresaba de la escuela hasta la semana siguiente. Frunció el ceño; tenía que ser ella. Solo dos personas lo llamaban Richard, y ella era la única que podía estar escalando en ese momento la parra que se extendía bajo su ventana.

La noche era cálida, por lo que solo tenía puestos sus calzones. Aunque él y Callie habían sido mejores amigos desde pequeños, no tenían ese tipo de confianza, de modo que tomó su bata y se la puso al levantarse de la cama.

Se asomó al exterior y miró hacia las enredaderas. El rostro en forma de corazón y el brillante cabello rubio cobrizo le parecieron inconfundibles bajo la luz de la luna llena. Pero ¿qué diablos hacía la honorable Catherine Callista Brooke trepando hacia su habitación en plena noche?

—¡Callie, estás loca! —dijo de forma afectuosa mientras se inclinaba y extendía su mano para ayudarla a subir—. De haber sabido que habías vuelto, te habría hecho una visita por la mañana de una forma más civilizada.

La joven se aferró a la mano de su amigo y trepó por el alféizar hasta llegar a la habitación. Iba vestida como un chico, lo cual parecía sensato si el plan era escalar paredes cubiertas de enredaderas.

Estaba a punto de decir algo cuando la luz de la luna reveló unos rastros brillantes en sus mejillas. ¿Callie estaba llorando? Ella jamás lloraba; tenía los nervios de acero de Damasco.

—¿Qué sucede, Callie? —preguntó alarmado.

—¡Todo lo que no tendría que suceder! —respondió ella con la voz rota.

Callie estaba temblando, así que la envolvió instintivamente en un abrazo consolador. Él debía haber crecido durante los últimos meses de escuela, porque, con el rostro enterrado en su hombro, ella parecía más pequeña.

—Tranquila, Catkin —dijo suavemente mientras le daba palmadas en la espalda—. Nos hemos metido en varios problemas y sabemos cómo salir de ellos.

—No en este tipo de problemas. —Tomó aire y retrocedió sin soltarse del abrazo, como si no confiara en su propio equilibrio.

La luz de la luna dejó ver una marca oscura en su mejilla izquierda.

—Maldición —exclamó él tocando delicadamente su moretón con la punta del dedo—. ¡Tu padre te ha golpeado de nuevo!

—Estoy acostumbrada a eso. —Se encogió de hombros—. Soy la hija más desobediente, rebelde y tocada por el diablo de toda Inglaterra, como me advierte regularmente. Pero, esta vez... —Su voz se quebró—. Esta vez es mucho peor: ¡va a casarme con un horrible y viejo terrateniente de las Indias Occidentales!

—¡Santo Dios! ¿Cómo es posible? —Gordon la acompañó hasta una silla y sacó una botella de brandi que tenía escondida. Le sirvió un poco en un vaso y agregó la misma cantidad de agua antes

de entregárselo—. ¿Cómo puede un terrateniente de las Indias saber que existes?

—Tiene algún tipo de relación con mi padre... Es viudo. —Tomó un sorbo de brandi rebajado con agua, tosió y volvió a beber—. Pasó por Rush Hall para hablar de negocios, me vio y me propuso matrimonio porque ¡soy tan *preciosa*! —Casi escupió las palabras.

—¿Preciosa? —Gordon parpadeó. Ella era... *Callie*. Bastante bonita, con su cabello rubio cobrizo como el atardecer; atlética y también elegante. Definitivamente, su cabello y su buen humor debían ser suficientes como para que un anciano la considerara preciosa—. Solo tienes dieciséis años, por lo que seguramente eso significa que habrá un largo periodo de compromiso.

Callie sacudió la cabeza con violencia:

—No. Quiere casarse de inmediato, ¡antes de regresar a las Indias! Ahora mismo está en casa. En cuanto mi padre dijo que podía desposarme sin demora, que ya era hora, el hombre mandó pedir a Londres una licencia especial. Ha llegado hoy y, esta tarde, mi padre me ha dicho que estaré casada pasado mañana.

—¡No puede casarte con un extraño! —Gordon estaba horrorizado—. Niégate a hacerlo. No será sencillo, pero tienes práctica con la desobediencia.

—Si no obedezco... —Callie movía la cabeza y temblaba de nuevo—. Temo que vuelque su ira sobre mis hermanas.

Por desgracia, probablemente tenía razón. Sus hermanas eran vulnerables y su padre era capaz de lastimarlas para asegurarse la cooperación de Callie. Gordon rodeó los hombros de la joven con uno de sus brazos mientras le murmuraba suavemente palabras de consuelo.

—Me hablas como a uno de tus caballos. —Se apartó ella con una sonrisa.

—Funciona con las yeguas asustadizas, valía la pena intentarlo. —Gordon sonrió cuando ella puso los ojos en blanco con fingido desdén, pero rápidamente se puso serio—. ¿Qué quieres que haga, Callie?

—Huiré y necesito dinero —dijo sin rodeos—. ¿Puedes prestarme algo?

—¿Huir a dónde? —Frunció el ceño.

—A casa de mi tía Beatrice. Es mi madrina y me aseguró que sería bienvenida cuando lo deseara. Estaré a salvo con ella.

—Pero ¿por cuánto tiempo? Si tu padre va detrás de ti para arrastrarte de regreso, ella no podrá detenerlo.

—Entonces... —Callie se mordió el labio—. Cambiaré mi nombre y desapareceré en Manchester o Birmingham. Algún trabajo encontraré.

—¿Como qué? ¿Trabajarás en un molino, quizás? —preguntó él, incrédulo—. ¡No es un buen plan, Callie!

—¡No trabajaré en ningún molino! Sabes lo buena que soy con la costura. Estoy segura de que encontraré un trabajo como modista —dijo con tono impaciente—. Si pudieras prestarme unas veinte o treinta libras, sería suficiente como para salir de aquí y mantenerme hasta que pueda establecerme en un lugar en el que mi padre no pueda encontrarme nunca.

Gordon se mordió el labio mientras pensaba cuántas cosas desastrosas podían pasarle a una chica bonita e inexperta, incluso a una inteligente, ingeniosa y valiente como ella. Entonces un pensamiento lo golpeó y contuvo el aliento. Con todo, tenía sentido:

—Tengo una idea mejor, Callie. Cásate conmigo. En dos días podemos estar en Escocia. Tenemos edad suficiente como para casarnos allí sin necesidad de pedir permiso.

—¿Y tú crees que *yo* estoy loca?! —exclamó con un grito ahogado, abriendo sus ojos color avellana como dos platos—. Somos demasiado jóvenes para casarnos, Richard; aunque sea legal en Escocia. El matrimonio es para siempre. —Se mordió el labio—. Además, siempre quise casarme por amor.

—Mis padres hicieron eso y no funcionó especialmente bien —replicó él—. Yo siempre he pensado que, si tuviera que casarme, lo haría con un amigo; y ¿no somos tú y yo los mejores amigos?

Callie frunció el ceño mientras consideraba la propuesta.

—Supongo que casarme contigo será mejor que hacerlo con un terrateniente gordo de manos húmedas.

—Me siento *tan* halagado. —Gordon sonrió de oreja a oreja.

—¿Sabes que no quería decir eso! Es solo que una boda me parece algo tan... tan extremo.

—Lo es, pero también que seas obligada a casarte con un hombre al que no puedes soportar. —Se encogió de hombros—. Además, si algún día conoces a alguien con quien quieras casarte de verdad, no me pondré en tu camino. Es más fácil disolver el matrimonio en Escocia que en Inglaterra. Mientras tanto, estarás mejor conmigo porque no intentaré obligarte a nada.

—Así es —admitió—. Si nos casamos, ambos seremos libres de nuestros padres y seremos capaces de cuidar el uno del otro.

—Será una gran aventura —dijo él, que disfrutaba cada vez más de la idea—. A los veintiún años tendré el control de la mitad del dinero que me ha dejado mi padrino y será suficiente como para que los dos vivamos cómodamente. Mientras tanto, descubriremos cómo es la vida para la gente normal. Encontraremos trabajo con algún terrateniente respetable; tú podrás ser la doncella de la señora y yo cuidaré de los caballos.

—Tienes razón. —El rostro de Callie se había encendido con la risa—. ¡Será una aventura! Mucho mejor que casarse con un espantoso desconocido. Haremos que funcione, siempre lo hacemos. ¡No más adultos diciéndonos que somos demasiado rebeldes o maleducados!

—¡Somos demasiado indómitos y descarriados como para tener un mal final! —Emocionado, Gordon levantó a Callie entre sus brazos y la besó. Comenzó el beso como un amigo, pero lo terminó como... algo más. La sentía dulce, cálida y fuerte entre sus brazos y, por primera vez, pensó en ella como en una chica. No, no como en una chica, sino como en una mujer lista para el matrimonio.

Ella también reaccionó al beso, inclinándose y separando los labios, y el calor se abrió paso en Gordon. Estaba orgulloso de las chicas bonitas a las que había conquistado e incluso robado

algunos besos, pero eso era diferente. Era más. Callie sería su esposa, y tendrían intimidad física y emocional. La perspectiva lo inquietaba, pero a la vez era estimulante.

—La aventura de una vida entera. —Callie se apartó, sus ojos relucieron y respiró—. ¡Cuanto antes mejor, Richard!

Un cuarto de hora después, estaban en marcha. Gordon siempre había sido bueno ahorrando y tenía casi cien libras, una pequeña fortuna. Las metió en una bolsa que ató a su cintura y se vistió para el viaje. También le dio un sombrero a Callie para que ocultara su cabello, y un abrigo sin forma que había dejado de usar. Al ver el resultado, sonrió:

—Puedes pasar por mi hermano pequeño si nadie te mira de cerca.

—Eso debería hacernos más difíciles de seguir. —Callie dobló una manta liviana y la metió en un saco de tela—. ¿Qué ruta deberíamos tomar?

—Solo hay un camino decente hacia Escocia desde aquí; sin embargo, una vez que pasemos Lancaster, podremos tomar atajos hacia el este por caminos menos transitados. Será más lento, pero con menos probabilidades de ser descubiertos.

—¿Crees que nos perseguirán? —Se colgó el saco de tela al hombro—. Incluso si descubren que nos hemos escapado juntos, es posible que solo piensen que es un alivio que nos hayamos largado.

Gordon negó con la cabeza.

—Mi padre no me extrañará, es verdad. Solo soy un tercer hijo y no precisamente de su agrado. Tu padre, en cambio, tiene previsto un matrimonio ventajoso para ti y no se quedará de brazos cruzados ante tu desaparición. Pero le tomará su tiempo averiguar que nos hemos fugado para casarnos. Si nos damos prisa, deberíamos estar en Escocia antes de que puedan atraparnos.

Dejaron la habitación en silencio y Gordon se preguntó si volvería a verla alguna vez. El padre de Callie, probablemente, no deseaba que ella se marchara, pero estaba seguro de que el suyo estaría encantado de que él desapareciera.

Salieron por la cocina, después de añadir pan y queso en sus bolsas. El viento del oeste traía un leve olor a azufre del carbón que ardía no muy lejos de allí. Gordon no extrañaría ese olor.

Ya en los establos, ensilló dos caballos cuya resistencia era excelente y partieron. Viajaron durante horas a gran velocidad, iluminados por la luz de la luna; sin embargo, cuando se acercaba el amanecer, aparecieron las lluvias procedentes del mar de Irlanda. Aunque no lo habría admitido nunca, Callie estaba agotada.

—Paremos un par de horas en aquel granero —sugirió Gordon—. Los caballos necesitan descansar, y nosotros también. Además es difícil ver el camino con la lluvia.

Sin decir una sola palabra, Callie se dirigió al granero. No había ninguna granja cerca, por lo que estarían seguros al menos por unas horas. Una vez dentro, se ocuparon de los caballos y luego se acurrucaron juntos sobre una pila de heno, ya que la noche era fría.

—Gracias por salvarme, Richard —murmuró Callie envolviéndose ambos con la manta—. Lo

haremos bien juntos.

—Así es. —La besó en la cabeza y experimentó un sentimiento de ternura y protección que era nuevo para él—. Duerme bien, Catkin.

Sabía que la sociedad consideraría su fuga como algo escandaloso, pero ambos estaban acostumbrados a la indignación de la gente, y eso los hacía tener mucho en común.

Gordon se quedó dormido con una sonrisa en los labios.

—¡Aquí están! —bramó una voz cuando las puertas del granero se abrieron de par en par.

La luz del sol invadió el interior, mientras Gordon se apartaba de la manta y del heno. Supo que aquello era un desastre antes de que la figura oscura del padre de Callie, lord Stanfield, apareciera en la puerta. Detrás de él, oh Dios, estaba su propio padre, ¡lord Kingston!, y dos sirvientes de Stanfield.

—Lord George Audley. ¡Sucio bastardo! ¡Has deshonrado a mi hija! —Stanfield llevaba su fusta de montar en la mano derecha y golpeó a Gordon con fuerza.

El golpe hizo que Gordon perdiera el equilibrio y, antes de que lo recuperara, los mozos de cuadra lo sujetaron por los brazos. Entonces Stanfield se le acercó y comenzó a golpearlo con sus enormes puños en el rostro y en el vientre. Gordon había aprendido algunas destrezas de lucha en la Academia Westerfield, pero no podía liberarse del agarre de los criados.

—¡Detente! ¡*Detente!* —gritó Callie, e intentó echar a su padre hacia un lado—. ¡Vas a matarlo!

—¡Mejor! —Su padre enterró su rodilla en los genitales de Gordon, que perdió el conocimiento.

—¡No me ha deshonrado! —Callie cayó de rodillas y lo cubrió con su propio cuerpo—. ¡Estaba ayudándome a escapar del matrimonio vil al que intentas obligarme!

—¿Aún eres virgen? —Stanfield apretó el brazo de Callie y tiró de ella hasta que se puso de pie.

—A juzgar por la distancia que han logrado recorrer durante la noche, no han tenido tiempo para mucho —dijo el padre de Gordon arrastrando las palabras—. No estoy seguro de que el chico sea capaz de algo más. De hecho, muchas veces me he preguntado si no es un afeminado; ciertamente, no parece hijo mío. Es demasiado guapo. No hay duda de que su madre fue mi peor error.

—¡Cierra la maldita boca! —El insulto hizo que Gordon recobrarla la conciencia e intentara ponerse de pie, pero lord Stanfield volvió a patearlo y cayó sobre el heno, donde recibió más patadas.

—¿Te importa si lo golpeo hasta acabar con él?

—Siéntete libre de matarlo —respondió el padre de Gordon con malicia—. Tengo hijos mejores. —Se dio la vuelta y salió del granero.

—¡Detente! —Callie se arrojó con todo su peso contra su padre cuando se preparaba para asestarle otro puntapié—. ¡Tendrás que matarnos a los dos, porque jamás dejaré que te salgas con la tuya si lo asesinas! Si dejas de golpearlo —dijo frenéticamente cuando su padre titubeó—, te

prometo que me casaré con tu horrible amigo y actuaré como una esposa buena y obediente. ¡Soy virgen! Él jamás sabrá que ha pasado esto, pero ¡debes prometerme que no le harás daño a Richard!

—Pese a tu comportamiento salvaje, nunca has sido una mentirosa. —Su padre se detuvo y frunció el ceño. El espacio entre sus cejas se estrechó—. ¿Juras que serás una hija buena y obediente y seguirás adelante con ese matrimonio?

—Tienes mi palabra —aseguró con amargura—. Pero, dime, ¿cómo descubriste tan rápido que nos habíamos fugado?

—Una de tus hermanas tiene más sentido del deber del que has tenido tú jamás —respondió su padre—. Te vio marcharte a escondidas y adivinó a dónde te dirigías. Cuando me despertó, fui a ver a lord Kingston, que confirmó que ambos habíais huido, y entonces fuimos detrás de vosotros, ¿satisfecha?

—Creo que puedo imaginar cuál de mis hermanas ha sido... —Los labios de Callie se afinaron en una línea recta—. ¡Ojalá se pudra en el infierno!

—¡No olvides tu promesa! —Su padre la sacudió—. Si te comportas, no volveré a tocar a tu inmundo amante otra vez.

Callie se apartó de sus manos y añadió:

—Tampoco puedes ordenar a tus sirvientes que lo golpeen.

—De acuerdo, pero ¡más te vale ser una condenada novia obediente! —asintió frunciendo el ceño—. Llévala fuera —ordenó a los mozos de cuadra.

Mientras Callie era escoltada con brusquedad fuera del granero, Stanfield contemplaba el cuerpo ensangrentado de Gordon, con las manos en las caderas.

—Lamento no haber podido terminar el trabajo, lord George, pero si se casa vale un buen puñado de dinero. —Sus labios se torcieron en una sonrisa macabra—. No te mataré, pero... por Dios que desearás estar muerto.

2



Londres, verano de 1814

Gordon estaba aburrido; habían pasado meses desde la última vez que habían intentado asesinarlo. Afortunadamente, ese tedioso maleficio de seguridad iba a acabarse pronto: lord Kirkland era una fuente de misiones que requerían las nefastas habilidades de Gordon, y lo había mandado llamar.

El hecho de que él y Kirkland, de alguna forma, se hubieran convertido en amigos, lo aturdió. Se habían conocido años atrás en la Academia Westerfield, una pequeña escuela elitista para muchachos «de buena cuna y mal comportamiento».

Gordon había detestado todas las escuelas a las que su padre lo había enviado, de las cuales Westerfield había sido la última. A decir verdad, le gustaba aprender, pero lo hacía demasiado rápido y era físicamente incapaz de quedarse quieto. Cuando era un niño, él y sus hermanos habían recibido educación en casa por parte de un joven vicario, que permitía que su inquieto estudiante merodeara por allí mientras sus hermanos luchaban por aprender latín, matemáticas o geografía. Pero el marqués nunca lo había comprendido y, cuando Gordon alcanzó la edad para ser enviado a la escuela, lo inscribió en una de las academias más brutales de Gran Bretaña, para que sus maestros lo obligaran a quedarse quieto y a comportarse correctamente. A pesar de que la institución se había esforzado golpeándolo hasta someterlo, Gordon se había vuelto aún más problemático y, al final del año, le habían pedido que no regresara. Lo mismo había ocurrido en la siguiente escuela. Y en la siguiente. Se sentía bastante orgulloso al respecto.

De todos modos, cuando llegó a Westerfield, estaba tan furioso y era tan rebelde que ni siquiera la tranquila y cariñosa *lady Agnes*, fundadora y directora de la escuela, pudo con él. Odiaba la escuela, odiaba a sus compañeros y rechazaba cualquier propuesta de amistad. Se saltaba las clases siempre que podía y, cuando aparecía en alguna, se mostraba aburrido y desinteresado; aunque, para divertirse y sacar de sus casillas a sus maestros, se desenvolvía de forma brillante en los exámenes.

Había odiado particularmente a Kirkland. Pues, pese a su juventud, este tenía una serenidad fría y ferozmente calculada que era enervante, y Gordon sentía rechazo cada vez que el chico lo miraba. Su odio se había afianzado durante una clase de *Kalarippayattu*, antigua técnica de lucha que, tras ser introducida por el joven y parcialmente hindú duque de Ashton, se había convertido en tradición en Westerfield.

Por lo general, a pesar de su enfado por aquel encierro forzado en la escuela, Gordon rara vez perdía realmente los estribos y disfrutaba de las peleas, que aliviaban su hiperactividad. Sin embargo, en una ocasión, durante una de las clases de lucha, sucumbió ante la ira cuando se enfrentó a un compañero de lengua afilada. Hubiera matado al chico si Kirkland no hubiera intervenido alejándolo de la pelea, arrojándolo al suelo y sosteniéndolo. «¡Contrólate!», le había ordenado con una cortante amenaza como el filo de una navaja.

Aunque más tarde agradeció haber sido prevenido de cometer un asesinato —a pesar de lo mucho que despreciaba al pequeño bastardo que lo había provocado—, la humillación pública hizo que odiara aún más a Kirkland.

Aun así, ahí estaba, silbando mientras subía los escalones de la hermosa casa de Kirkland en la plaza Berkeley. Dejó de silbar antes de llamar; hubiera sido malo para su reputación mostrarse demasiado alegre.

—Su señoría lo espera, capitán Gordon —le indicó Soames, el mayordomo que lo recibió—. Me pidió que no lo hiciera esperar. Está en la sala de música. —Soames hizo un gesto hacia las escaleras.

—No es necesario que me escolte —dijo Gordon mientras le entregaba su sombrero. En cuanto empezó a subir las escaleras, oyó el piano y dedujo que era *lady* Kirkland, pues se decía que tocaba de maravilla.

La puerta de la estancia estaba cerrada. Mientras la abría discretamente, lo embriagó la fuerza de aquella interpretación. No sabía mucho de música, pero podía reconocer el talento cuando la escuchaba. Se detuvo para apreciar las vibrantes armonías. No era extraño que les enseñaran música a las chicas jóvenes; sin embargo, pocas llegaban a ser tan buenas.

Entró y vio que Kirkland y su señora estaban sentados en el banco del piano, tocando juntos. Sus veloces dedos se coordinaban perfectamente mientras producían un poderoso y fascinante flujo de sonido. Gordon recuperó el aliento tras la sorpresa y Kirkland alzó la vista, sobresaltado.

—Lo siento, perdí la noción del tiempo por completo —se disculpó—. Gracias por haber venido tan pronto. —Giró el banquillo del piano y se puso de pie para tomar la mano de Gordon.

—De nada. El placer es mío, Kirkland —respondió—. Nunca sé qué interesante proyecto me tienes preparado.

—Espero que este no sea demasiado peligroso. —*Lady* Kirkland también se puso de pie para saludarlo. No poseía una belleza clásica, pero su calidez profunda era el complemento perfecto para la serenidad fría de su esposo—. Qué alegría volver a verlo, capitán Gordon.

—He disfrutado mucho de lo que estaba tocando —dijo con honestidad—. Había oído hablar de su talento, pero aun así ha sido una sorpresa y un placer. ¡Sobre todo por ti, Kirkland! Se supone que la música es el dominio de las damas hermosas, ¡y no esperaba esta habilidad de un jefe de espionaje! —El matrimonio Kirkland rio.

—¿Le gustaría venir a uno de nuestros conciertos informales? —preguntó *lady* Kirkland—. Todos los meses invitamos a algunos amigos a tocar.

—Y a comer y charlar —agregó Kirkland—. Algunos de los placeres más grandes de la vida. —La mirada intensa que Kirkland le dedicó a su esposa implicó cuál era el mayor placer.

—Suena bien, pero no tengo ningún tipo de habilidad con la música —respondió Gordon—. No sé nada de instrumentos y tengo una voz alarmantemente pésima para el canto.

—¡No tendría que realizar ninguna actuación! Con disfrutar es suficiente. Después de todo, los artistas necesitan una audiencia. —La señora Kirkland sonrió—. Le enviaré una invitación la próxima vez que tengamos una reunión.

—Será un placer asistir si me es posible, señora Kirkland —dijo e inclinó la cabeza.

—Llámeme Laurel, por favor. Le debo demasiado como para perdernos en formalidades. —

Entonces le dio un suave beso en la mejilla y se retiró.

—Eres un hombre afortunado, Kirkland —observó Gordon, con la mano en la mejilla, mientras la seguía con la vista.

—Es un hecho del cual soy más que consciente. —Kirkland hizo un gesto hacia un par de sillones que estaban dispuestos frente a una ventana—. Podríamos charlar aquí, pediré que nos traigan café. —Tocó la campanilla para el café y ambos se acomodaron en los sillones—. Tengo entendido que viviste entre nuestros jóvenes parientes de los Estados Unidos.

—Ya sabes que sí. —Gordon frunció el ceño—. Y no espiaré a los norteamericanos aunque nuestros países estén en guerra. Me caen bien.

—No quiero que espíes en su contra. Esta guerra ha sido un maldito desperdicio de sangre y recursos y nunca debería haber sucedido —dijo Kirkland con énfasis—. Hay varias razones por las cuales nuestros países han llegado a las manos, pero Gran Bretaña debería haberse enfocado en Francia. Ahora que Napoleón ha abdicado, el ejército de la península de Wellington ha sido liberado para dirigirse a otro sitio, lo que significa que la guerra en nuestras antiguas colonias se tornará más feroz.

—Triste y cierto. —Gordon estuvo de acuerdo—. Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Esperaba alistarte en una misión de rescate —respondió Kirkland—. Sin política involucrada. Hay una viuda, inglesa de nacimiento, que vive en la capital norteamericana, en Washington. Con la Marina Real que lo arrasa todo en la bahía Chesapeake e incendia pueblos y granjas, además de bombardear los fuertes estadounidenses, el área se ha convertido en una zona de guerra. Podría ocurrir cualquier cosa y su familia, preocupada por los peligros, quiere que regrese a Inglaterra.

—Montar un rescate a través del Atlántico lleva tiempo y dinero. —Gordon frunció el ceño—. Además, puede pasar cualquier cosa hasta que llegue a Norteamérica. ¿Acaso esta mujer no va a tener el sentido común de largarse si aparece un ejército invasor?

—Por lo que sé, ha habido cierto distanciamiento familiar y no están demasiado seguros de la situación financiera de la mujer, pero es probable que esté pasando necesidades.

—Ser pobre siempre complica la vida —admitió Gordon—. Pero, ¿qué pasa si no quiere volver?

—Tendrás que hacer uso de tus poderes de persuasión —respondió Kirkland con sequedad.

—He cometido muchos actos censurables —afirmó Gordon con el mismo tono seco—, pero no estoy por la labor de secuestrar a ninguna mujer reticente.

—Yo tampoco. Ya le dije al representante del Gobierno que me pidió arreglar todo esto que no consentiría que se forzara a ninguna mujer en contra de su voluntad. —Kirkland sonrió fugazmente—. Lo cual no solo estaría mal, sino que resultaría difícil puesto que las mujeres tienden a tener sus propias opiniones. Así que, si no desea regresar con su familia, estás autorizado a escoltarla hasta un lugar más seguro, al menos hasta que acabe la lucha. Si ha empobrecido, le proporcionarás los fondos necesarios y, por lo menos, revelarás su situación a su familia, para que

sepa cómo está ella.

—¿Por qué la viuda se ha alejado de su familia? —preguntó Gordon con cautela. Los asuntos familiares eran delicados.

—No lo sé. El representante del Gobierno que me contactó, el señor Andrew Harding, no es muy comunicativo, pero creo que la mujer está emparentada con su esposa.

Gordon había oído hablar de Harding: era extremadamente adinerado y tenía una gran influencia política; sin duda, era alguien que esperaba resultados.

—Definitivamente, creo que no debo aceptar este encargo. Si la viuda no ha estado en contacto con su familia, su dirección podría ser errónea. Y, aunque la encontrara con rapidez, podría no desear regresar a Inglaterra si es que ha decidido distanciarse. El señor Andrew debería ahorrarse su dinero; es poco probable que él o su esposa logren lo que quieren.

—Tienes razón: es poco probable —dijo Kirkland en voz baja—. Pero, en ocasiones, la gente necesita hacer *algo* simplemente porque es insoportable no hacer nada.

Gordon comprendía ese impulso y frunció el ceño mientras consideraba las palabras de Kirkland. Aunque quería algo de emoción, tirarse de cabeza a una zona en guerra, en lo que probablemente sería una búsqueda inútil, era más de lo que había esperado. Sin embargo, se sentía inquieto, y cabía la posibilidad de que pudiera rescatar a una damisela en apuros; eso suponiendo que una viuda pudiera clasificarse como damisela y que ella quisiera ser rescatada.

—Necesitaría ir preparado para pasar por inglés o por norteamericano —dijo mientras pensaba en voz alta—. Y, si tengo que lidiar con la Marina o la Armada británicas, me ayudaría tener cartas de presentación de parte de los altos cargos del Gobierno. Ya sabes, del tipo: «Este es lord George Audley, denle todo lo que pida».

—No puedo conseguir nada de tal alcance. —Kirkland rio entre dientes—. Pero puedo entregarte cartas que te harán ganar cierta consideración. ¿Qué hay del transporte?

—Si acepto, necesitaré un barco que esté dispuesto a adentrarse en una zona de combate y, preferiblemente, que ya haya navegado por la bahía de Chesapeake. Te advierto que será costoso.

—Entendido, tendrás todos los fondos que necesites. Y puedo proveerte de un barco, pero no estoy seguro de que tenga marineros experimentados en esas aguas.

—Pues yo estoy seguro de que todo esto solo es una inutilidad carísima —dijo Gordon irónicamente—. En todo caso, el barco no deberá llevar ninguna característica distintiva, ser veloz y estar bien equipado y dispuesto a enarbolar banderas de diferentes naciones si se requiere. De hecho, puede que conozca el navío apropiado si el capitán está disponible y le parece bien. Si no es así, tendrás que buscar uno tú.

—Suenas como si estuvieras decidido a aceptar esta comisión —observó Kirkland, con ojos divertidos.

—Eso parece —dijo Gordon—. ¿Cómo se llama y dónde vive la mujer?

—Pues, curiosamente, su nombre de casada es Audley, como el tuyo. —Kirkland le entregó un papel con un nombre y una dirección escritos—. ¿Tienes algún familiar norteamericano llamado

Matthias Audley?

—Podría ser —respondió mientras se encogía de hombros—. Sin embargo, Audley no es un nombre poco común. De todos modos, dudo que el hecho de compartir apellido sirva para convencer a la viuda si no quiere regresar a Inglaterra. —Se puso de pie—. Ahora, a ver si el barco y el capitán que tengo en mente están en Londres, dispuestos y disponibles.

—Haz lo que creas mejor, Gordon. —Kirkland también se levantó y extrajo un papel doblado de un bolsillo interno—. Aquí tienes un cheque para los gastos. Yo me encargo de conseguir las autorizaciones y, en cuanto las tenga, te las enviaré a casa. Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

—¡Vaya! ¡Realmente la quieren de regreso y a salvo! —exclamó Gordon con un silbido tras ver la cifra del cheque.

—Sí. Y, si no regresa, la familia quiere asegurarse de que tenga lo necesario para vivir cómodamente.

—Si tiene dificultades económicas, quizás estará más dispuesta a venir conmigo... En fin, esperemos que esté ansiosa por volver a casa y que todo transcurra sin problemas.

—Eso rara vez sucede —murmuró Kirkland—. Lo cual explica que haya pensado en ti.

—Lo tomaré como un voto de confianza en mis turbias habilidades. —Gordon sonrió de oreja a oreja.

—Es exactamente eso. —Kirkland extendió la mano—. Hazme saber si necesitas algo, ¿de acuerdo? Buena suerte y que Dios te acompañe.

Mientras Gordon se despedía, sintió un picor en la base del cuello y tuvo la convicción de que necesitaría toda la suerte que pudiera obtener.

La taberna frente al mar era frecuentada por los mejores comerciantes locales, vendedores de barcos y marineros. Al llegar, Gordon examinó la sala y se preguntó si reconocería al hombre con el que iba a encontrarse... Había conocido a Hawkins en el sótano de una prisión, en Portugal. Ellos eran dos de los cinco condenados a ser ejecutados al día siguiente; habían trabajado juntos durante una larga noche para escapar y, tras conseguirlo, los cinco habían hecho un astuto pacto para mantenerse en contacto a través de la librería Hatchards de Londres, donde se enviaban mensajes a la atención de «Los Calaveras Redimidos». Y, aunque las misivas ocasionales a la librería le habían dado a Gordon una idea de lo que había estado haciendo Hawkins, no se habían visto cara a cara desde esa noche en Oporto.

De pronto, un hombre sentado en una de las mesas que se extendían a lo largo de la pared de la izquierda levantó su jarra en señal de saludo, por lo que Gordon se abrió paso a través de la sala.

—Gordon —dijo Hawkins con voz profunda, y se puso de pie en cuanto el otro se acercó a la mesa y le extendió la mano. De cabello castaño y de constitución amplia, tenía el cutis propio de alguien que pasaba mucho tiempo a la intemperie—. Es bueno verte después de todos estos años.

—Años intensos para ambos, imagino —comentó Gordon mientras estrechaban las manos, antes

de sentarse frente a Hawkins—. Tu voz suena diferente a como la recordaba.

—La noche en que nos conocimos —rio entre dientes—, sufría levemente las consecuencias de haber sido colgado. Mi voz tardó en recuperarse. —Hizo un gesto hacia una camarera para que trajera una bebida para Gordon.

—Pues te ves muy vivo para haber sido colgado —dijo Gordon—. Intuyo que aquí hay una buena historia.

—Otro día —respondió Hawkins con gesto desdeñoso—. ¿Tienes noticias de los demás miembros de nuestra pequeña Hermandad de los Calaveras Redimidos?

—Will Masterson estaba con la marina de Toulouse cuando Napoleón abdicó. Me han dicho que ha renunciado a su puesto y que se dirige a casa a través de la península. —Gordon sonrió de oreja a oreja—. Me pregunto si tiene intención de visitar el sótano en el que compartimos ese brandi deplorable y discutimos qué hacer en el improbable caso de que sobreviviéramos. ¡Se ve que ahora planea establecerse y llevar una vida seria y aburrida!

—Podrá ser seria, pero dudo que sea aburrida —señaló Hawkins y le dio un sorbo meditabundo a su cerveza—. Me pregunto si los cinco seguimos con vida; vivimos en tiempos peligrosos.

—Tú más que nadie, si es que he leído bien tus cartas. ¿Has estado ocupado con el bloqueo naval?

—Sí, pero con la declaración de paz puede que tenga que volverme respetable —dijo Hawkins con ironía.

—¿Has bloqueado puertos en los Estados Unidos? En la bahía de Chesapeake, concretamente. Si es así, podría tener algo de trabajo para ti.

—He recorrido la bahía hasta Baltimore. Uno de mis hombres creció cerca de allí y conoce las aguas mejor que nadie. ¿Qué tipo de trabajo? —quiso saber Hawkins entrecerrando los ojos—. Con la Marina Real atacando Chesapeake, navegar por allí ahora podría ser más peligroso que ejecutar un bloqueo de puerto corriente.

—Es una misión de rescate y necesita realizarse lo antes posible —dijo Gordon brevemente.

—Eso suena más sencillo que un bloqueo —consideró Hawkins—. Mi *Céfiro* puede dejar atrás a cualquier barco de la Marina Real. Si el precio es justo, puedo hacerlo.

—Entonces, hablemos —sonrió Gordon.

3



Washington D. C., 20 de agosto de 1814

Callie se apartó un mechón de cabello empapado de los ojos y luego se secó los dedos en una toalla antes de volver a sujetar la delicada seda. Al igual que su homónimo, el rebelde general Washington, la joven capital era fresca y emocionante en comparación con su hogar en Lancashire, pero el verano sofocante y húmedo la hizo desear melancólicamente los veranos suaves y fríos de su infancia. Metió otro alfiler en el vestido que estaba arreglando para la señora Gerard, esposa de un alto funcionario en el gabinete del presidente Madison y una de sus mejores clientas; y esta, mientras, aceptó el pañuelo de lino limpio que le tendía Sarah, el ama de llaves, cocinera, asistente y amiga de Callie.

—Hemos decidido mudarnos a nuestra casa de campo por el resto del verano —dijo con seriedad tras agradecer el gesto—. Allí será más seguro y nos alejaremos del calor y las enfermedades de este pantano infestado de malaria.

Washington era famosa por su clima poco saludable, pero no todos tenían una casa de campo para escaparse del calor veraniego.

—La Marina Real ha estado saqueando la bahía de Chesapeake durante un año —comentó Callie—. ¿Qué cree el señor Gerard que sucederá ahora?

—Desde que la abdicación de Napoleón ha liberado a las tropas del ejército británico para venir hacia aquí, las ciudades cercanas a la bahía están en peligro de invasión por tierra. Si las tropas desembarcan en el río Patuxent, pueden llegar a Washington, Annapolis o Baltimore.

Los mismos pensamientos no dejaban dormir a Callie por la noche. Afortunadamente sus clientas la mantenían mejor informada que los diarios.

—¿No sería Baltimore el objetivo más probable debido a sus embarcaciones y corsarios? Dicen que los almirantes de la Marina Real llaman a Baltimore «aquel nido de piratas».

—Sí, y con razón —admitió la señora Gerard—. Francamente, desearía que todo esto acabara.

—¡Yo también! —Callie se pinchó el dedo accidentalmente con uno de los alfileres—. No le veo el sentido a todo esto.

Antes de que la señora Gerard pudiera responder, la puerta de la boutique se abrió de par en par:

—¡Los británicos han desembarcado en el Patuxent! —exclamó Trey, el hijastro de catorce años de Callie, que había irrumpido en la sala con sus rizos oscuros desordenados sobre su rostro. Todos se paralizaron.

—Hablando del diablo... —murmuró la señora Gerard, pálida—. Aquí están.

—¿Dónde has oído eso? —Callie mantuvo su miedo a raya. Trey tenía gran interés por la guerra, pero solía esparcir rumores descabellados.

—Un soldado acaba de decírselo al presidente Madison —respondió Trey entusiasmado—. Ahora está en una taberna contándoselo a todos.

Callie tenía la escalofriante certeza de que los británicos atacarían Washington. Baltimore era un objetivo más valioso, pero también mucho más difícil. Tomar la capital estadounidense sería más fácil y aplastaría y humillaría a la frágil nueva república.

La sesión de prueba terminó más rápido de lo previsto y la señora Gerard pudo irse antes a su casa.

—¿Hacemos limón helado para la cena? —dijo Callie a Trey y a su hermana, Molly, de dieciséis años, intentando preservar la normalidad el mayor tiempo posible—. Necesitaremos limones. Corred al mercado, si queréis, venga. Ah, y, Molly, intenta que Trey no se meta en líos.

—No creo que eso sea posible —rio ella—, pero haré todo lo que pueda.

El depósito de hielo que Callie había hecho construir debajo de su casa había resultado ser un verdadero regalo divino en ese tipo de clima. Había tenido el mismo depósito en Inglaterra, pero nunca ese calor, que hacía que el hielo resultara tan maravilloso.

Callie esperó hasta que los niños se fueron para girarse hacia Sarah, una hermosa mujer que rondaba la cincuentena. Sarah Adams y su esposo, Joshua, habían sido esclavos en la plantación de Jamaica del esposo de Callie, Matthew Newell. Cuando Callie abandonó la isla con los niños, les preguntó si querían ir con ella y los liberó en cuanto dijeron que sí. Ahora, Sarah y Josh eran tan parte de la familia como sus dos hijastros; una familia mejor que aquella con la que había crecido.

—¿Qué debemos hacer, señora Callista? —dijo Sarah—. ¿Cree que la señora Gerard está en lo cierto y que los soldados británicos marcharán hacia Baltimore?

—Mi intuición dice que se dirigirán a Washington. —Callie se mordió los labios por la preocupación mientras se preguntaba cuál sería la mejor manera de mantener a salvo a su familia.

—Su intuición siempre ha sido buena, ¿qué hacemos ahora?

—Dejar la ciudad. —Callie inspiró hondo—. Empacad lo necesario para los niños, tú y Joshua, para poder estar fuera de aquí mañana a primera hora.

—¿A dónde iremos? ¿Al oeste de la campiña? —preguntó Sarah dubitativa.

—A Baltimore —respondió Callie—. La ciudad es mucho más grande que Washington y está mejor protegida. Además allí tenéis donde quedaros: el señor Newell era propietario de un almacén y lo dejó para mí. La vivienda que hay en el piso superior creo que es bastante rudimentaria, pero será refugio suficiente hasta que podáis volver a casa.

—Habla de «vosotros», ¿usted no viene?

—Todos mis bienes están aquí. —Callie negó con la cabeza—. Si destruyen la casa, estaremos en un gran aprieto. Pero, dado que soy inglesa de nacimiento, seguro que podré hablar con las tropas británicas para que perdonen esta vivienda.

—¿Es demasiado peligroso que usted se quedé aquí sola! —Sarah jadeó.

—Otras mujeres se quedarán en la ciudad para proteger sus hogares. Los soldados británicos son monstruos, Sarah. Tienen órdenes de no lastimar a ciudadanos desarmados. Incluso el horrible almirante Cockburn, que ha estado atacando la bahía de arriba abajo desde el año pasado, solo destruye propiedades y milicianos, nunca a mujeres o niños.

—Joshua debería quedarse con usted —dijo Sarah con firmeza.

—Los niños os necesitan a ambos. —Callie sonrió, como si no tuviera ni la mitad del miedo

que tenía—. Recuerda que el señor Newell me enseñó cómo usar una pistola por si algún día lo necesitaba; puedo expulsar a los saqueadores si es necesario. Además, tal vez mi intuición está equivocada y las tropas británicas no se acercan a Washington. Quizás el hecho de que nos estemos preparando para evacuar garantizará que la evacuación sea innecesaria —dijo para suavizar la preocupación que leía en el rostro de Sarah.

—¡El mundo no funciona así! —resopló ella—. Comenzaré a hacer el equipaje.

Cuando su amiga salió de la habitación, Callie deambuló por el salón de techo alto que había transformado en una tienda de moda. La mayoría de los muebles eran de segunda mano, pero elegantes. En una esquina, un hermoso biombo oriental brindaba privacidad a las mujeres para que se cambiaran, y Joshua había construido estantes a lo largo de una pared para las herramientas de Callie: libros de patrones, telas y cajas de botones y adornos.

Callie pasó las puntas de los dedos por los cordones y las cintas, recogió un puñado de botones y dejó que se deslizaran por sus dedos. Había trabajado muy duro para construir ese negocio y esa vida, que podían ser destruidos sin que pudiera hacer nada. La vida no era justa; eso era algo que había aprendido de niña.

Se detuvo en una ventana y miró hacia la calle; una de las principales vías de la ciudad, que se extendía hasta el Capitolio, un gran edificio diseñado para mostrarle al mundo que los Estados Unidos eran una nación a tener en cuenta. Si los británicos invadían la ciudad, sin ninguna duda, marcharían por ese mismo camino.

Había crecido como hija de un barón en Inglaterra, y nunca había imaginado esa vida. Todo lo sucedido había sido culpa suya, por supuesto. Si se hubiera comportado mejor, si hubiese sido menos rebelde, su padre no la habría obligado a casarse con un extraño. Entonces ella no habría huido con su mejor amigo, y él no habría terminado muriendo en un barco para prisioneros en el largo viaje hacia Nueva Gales del Sur.

De todos los errores cometidos, causar la muerte de Richard era el que más le pesaba. Él había sido tan rebelde como Callie, y se habían divertido muchísimo interpretando diferentes roles, como si fueran escenas de una obra de teatro: piratas y doncellas; guerreros griegos y amazónicos; Atenea y Marte, y a veces hasta habían intercambiado los papeles y ella había sido el señor y él, la dama, para terminar rodando en la hierba, riendo hasta que les dolía el estómago. «Ah, Richard...»

Apartó el pensamiento, consciente de lo inútil que era arrepentirse de nada. Si ella no hubiera acudido a él en busca de ayuda, o no hubiera aceptado su sugerencia de que se fugaran juntos, ahora estaría vivo. O, al menos, no habría muerto como resultado directo de sus acciones. Al alcanzar la edad suficiente para escapar del control de su padre, él habría podido encontrar el camino hacia una vida más feliz. Richard había tenido más fuerza, ingenio y amabilidad de la que le había mostrado al mundo; debería haber vivido para ser feliz. En cambio, sus huesos descansaban en un lejano fondo marino.

Callie había tenido mejor fortuna. Aunque nunca hubiera elegido casarse con Matthew Newell,

este había sido mejor esposo de lo que había esperado. Su matrimonio no había sido un gran romance, pero habían aprendido a vivir cómodamente el uno con el otro. Callie había llorado su muerte cuando a él le había fallado el corazón y, después de aquello, cuando descubrió que ella y sus hijastros estaban en peligro, los había protegido y escapado para salvar la vida.

La agotadora huida la había llevado a esa ciudad, donde sabía de algunos negocios de su esposo y en la que su familia podía estar a salvo. Habían cambiado sus nombres, de Newell a Audley, para honrar a su amigo perdido, y habían estado a salvo durante los últimos tres años. Pero la seguridad permanente no estaba garantizada.

Mientras se decía a sí misma que no perdiera el tiempo en reproches, se sentó en su escritorio y comenzó a recoger los documentos que Sarah y Josh necesitarían para viajar a Baltimore. Hizo copias duplicadas de los que verificaban que los niños y los Adams estaban libres, y decidió enviar sus joyas con ellos; así, si a ella le sucedía algo, tendrían recursos para construir una nueva vida. Hubiera hecho cualquier cosa para mantenerlos a salvo, y solo restaba rogar que sus esfuerzos fueran suficientes.

4



Río Potomac, al sur de Washington D. C., 24 de agosto de 1814

El *Céfiro* de Hawkins era más veloz de lo que Gordon había esperado, y por ello navegaron hacia la guerra con una rapidez sorprendente. Mientras la goleta se abría camino por el ancho río Potomac, Gordon se apoyó en la barandilla de la proa del barco. Hubiera deseado que la misión se llevara a cabo en una temporada más fresca. Se quitó el abrigo y su camisa de lino se adhirió a sus hombros, a pesar de la ligera brisa.

Probablemente había llovido con intensidad río arriba, ya que el agua bajaba agitada, con lodo, y arrastraba troncos de árboles y otros restos. Por fortuna el *Céfiro* era ágil.

Gordon se preguntó qué encontrarían cuando llegaran a Washington. A primera hora de la tarde, había escuchado el sonido distante de cañonazos entre las colinas verdes de Maryland. Ahora las armas se habían vuelto silenciosas de manera inquietante, pero se veían pequeñas embarcaciones que cruzaban el ancho río hacia la costa de Virginia y que debían huir del avance de las tropas enemigas.

Hawkins se le acercó, con un catalejo en la mano:

—Si todo va bien, cosa que dudo —dijo el capitán—, esta noche podríamos emprender el viaje de regreso a casa.

Gordon negó con la cabeza.

—Aun si localizamos a la señora y la persuadimos de volver a Inglaterra, le llevará tiempo empacar todas sus pertenencias; un día o dos por lo menos.

—Si tu viuda tiene el sentido común que Dios le ha dado a un gorrión, ya habrá dejado Washington —añadió Hawkins con pesimismo—. Y, si eso ha ocurrido, jamás la encontrarás.

—Cierto, pero, ya que estoy tan cerca, debo intentarlo; aunque solo sea para justificar todo el dinero que esta misión le está costando a su familia.

—No voy a quejarme cuando soy yo el que recibirá una buena parte de ese dinero... —Hawkins inspeccionó el horizonte con su catalejo, y su voz cambió de repente—: Hay un barco en aprietos allá arriba. Parece como si hubiera golpeado con un banco de arena o hubiera quedado atrapado.

Incluso sin el catalejo, Gordon pudo ver una pequeña embarcación en serios problemas: estaba encallada en el agua y, mientras él miraba, se volcó de lado y las velas se sacudieron. La mayoría de los pasajeros se aferraron al casco, pero una pequeña figura cayó al agua y fue atrapada por la corriente.

—¡Lizzie! ¡¡¡Lizzie!!! —Los gritos de las mujeres azotaban el pesado ambiente mientras la pequeña era arrastrada corriente abajo hacia el *Céfiro*.

Gordon soltó una palabrota mientras calculaba las posibilidades. No parecía que los familiares de la niña supieran nadar, y la velocidad de la corriente la llevaría más allá del *Céfiro* antes de que se pudiera lanzar un bote de rescate. Ningún otro barco estaba tan cerca como para ayudarla.

—Sería un detalle por tu parte que nos lanzaras un bote. —Se arrancó las botas, arrojó su sombrero detrás de él y se subió a la barandilla.

—¿Nadas lo suficientemente bien como para hacer esto? —preguntó Hawkins, lacónico.

—Sí. —Gordon se tomó un momento para analizar la trayectoria de la pequeña; una vez que

estuviera dentro del agua, tendría dificultades para verla.

Luego se tiró de cabeza desde la barandilla y se alejó del barco en dirección a la pequeña Lizzie. El agua estaba agradablemente fría y buceó con poderosas brazadas hacia la niña. Siempre le había encantado nadar. Él y Callie habían aprendido juntos en un río de Lancashire. En años posteriores, había nadado en mares más agitados y, una vez, hasta había nadado para salvar la vida. Tenía que poder socorrer a una niña diminuta.

El río parecía muy ancho y peligroso ahora que estaba dentro, y se preguntaba si podría alcanzar a Lizzie antes de que su ropa saturada de agua la arrastrara para siempre hacia el fondo. Cuando creyó que estaba cerca del lugar al que la habría llevado la corriente, se paró y nadó hacia la superficie tan rápido como pudo para ver mejor. ¿Dónde demonios estaba?

¡Allí! A unos seis metros a su derecha, una cara pálida y medio sumergida estaba a punto de ser engullida por el océano. La niña se agitaba y se las arregló para levantar la cabeza lo suficiente como para tomar aire antes de hundirse nuevamente.

—¡Aguanta! —gritó esperando que la posibilidad de rescate la animara a seguir luchando. Y se lanzó a través del agua, sabiendo que, si no la alcanzaba inmediatamente, estaría perdida.

La pequeña cabeza sobresalió a la superficie un poco más adelante, y unos grandes ojos azules lo observaron sin verlo antes de desaparecer de nuevo. Gordon se zambulló y pateó furiosamente para llegar lo más lejos posible. El agua era rápida y turbia, por lo que fue pura casualidad que sus dedos estirados tocaran la tela. Gordon la sujetó, se las arregló para tomar con fuerza aquellas faldas a la deriva y nadó hacia la superficie.

Cuando salieron a la luz del sol, Lizzie se agarró a él y le rodeó el cuello con los brazos, estrangulándolo, mientras tosía agua. Él apenas lograba mantener ambas cabezas a flote, así que hizo un movimiento brusco para girarse, nadar de lado y así mantener a la niña segura contra su flanco derecho. Estimó que tenía cinco o seis años; lo suficiente como para saber el peligro en el que había estado.

—No te preocupes, Lizzie, ahora estás a salvo —dijo con voz tranquilizadora—. Intenta no ahogarme.

La niña comenzó a llorar, pero tuvo el buen sentido de dejar de apretarlo tan fuerte. Cuando la pequeña se calmó, Gordon contempló a su alrededor y vio el *Céfiro* y un bote que se dirigía hacia ellos. Otro de los botes había llegado al velero y embarcaba a los pasajeros del navío dañado.

El mismísimo Hawkins estaba en el bote que se encontraba ahora junto a Gordon.

—¡Pásamela! —El capitán se inclinó con los brazos extendidos.

Gordon obedeció y sacaron a Lizzie del agua mientras tosía y chillaba. Hawkins la envolvió en una toalla grande y se la entregó al marinero detrás de él. Luego se estiró y tomó la mano de Gordon para sacarlo también del agua.

—Bien hecho —dijo con sequedad mientras lo arrastraba al interior del bote.

—Estuvo cerca. —Gordon aceptó una toalla y la usó para secar el agua que goteaba de su cabello—. ¿Vas a remolcar el velero? —agregó mirando río arriba.

—Podría ser reparable, y va en contra de un marinero dejar morir un barco —explicó Hawkins—. Pero, por ahora, descubramos qué saben los nuevos pasajeros de la guerra.

Estaría bien tener noticias, admitió Gordon en silencio mientras se quitaba la camisa, le escurría el agua y se la volvía a poner; con el calor se secaría rápido.

El viaje de regreso en el *Céfiro* fue lento porque navegaban a contracorriente.

—Mamá, ¡Lizzie está bien! —gritó un niño de unos doce años desde la barandilla, cuando se detuvieron junto a la goleta.

Hawkins subió sin esfuerzo a la cubierta por una escalera de cuerda con la pequeña niña debajo de su brazo. Gordon lo siguió y llegó a tiempo para ver a Lizzie y a su madre estrechándose en un fuerte abrazo.

El empapado grupo de rescatados incluía también a una abuela, una mujer negra que actuaba como una niñera cuidando a sus polluelos y un niño y una niña, entre la edad de Lizzie y de su hermano mayor. Una buena colección, cansada y vulnerable, de refugiados.

Luego de asegurarse de que su hija se encontraba bien, la mujer entregó a Lizzie a la niñera y se giró hacia Gordon:

—Soy Abigail Green. Esta es mi suegra, Alice Green y... —hizo un gesto hacia los demás—. El resto de mi familia. Me dijeron que usted es el señor Gordon. ¡Dios lo bendiga y lo proteja por lo que ha hecho!

—Muchas gracias. Me alegra que estuviéramos lo suficientemente cerca como para ayudar —respondió—. ¿Huían de las tropas británicas? Cualquier información que puedan darnos sobre la guerra nos será de gran ayuda.

—Usted y su capitán son ingleses, ¿no? —dudó la señorita Green.

—De nacimiento —respondió Gordon—. Pero no somos parte de esta guerra.

—Gran parte de mi tripulación es estadounidense —agregó Hawkins—. Mi piloto, Landers, nació y se crio en St. Michaels, justo al otro lado de la bahía.

—Mi padre construye buques corsarios para enfrentar a los británicos, señora —dijo Landers mientras asentía. Era un larguirucho con el pelo rojo.

—Esta tarde hubo una batalla —continuó la señora Green una vez que tomó confianza—. A unas millas al este de Washington, cerca de un pueblo llamado Bladensburg. —Suspiró y alejó su cabello mojado de la frente—. Apenas una batalla... Dicen que la milicia estadounidense escapó como un pollo asustado. ¡El camino está libre para que los malditos británicos vayan directos a la ciudad! Por ese motivo nos dirigíamos hacia Virginia, para quedarnos con mi familia. Mi esposo me hizo prometer que iría allí si los británicos se acercaban a Washington.

—Probablemente sea lo más sensato —admitió Gordon—. ¿Su familia vive cerca del río?

—Sí, al lado de un afluente. Por eso pensé que sería más rápido ir navegando hacia allí, pero... —Se encogió de hombros sin poder contenerse—. Tal vez hubiera sido más inteligente cruzar el puente, pero estaba abarrotado de gente y de carros que huían de la ciudad, y ese camino nos hubiese acercado a los británicos... Aunque, ¡si hubiéramos perdido a Lizzie...!

—Pero no la hemos perdido, señora Abby. —La niñera le dio unas palmadas afectuosas, como si se tratara de la pequeña Lizzie—. El Señor está de nuestra parte.

—¡Eso espero! —Abigail se mordió el labio—. Yo... ni siquiera sé si mi esposo está con vida. Estaba en la milicia.

—El ejército británico ha enviado a algunas de sus mejores tropas —dijo Gordon en voz baja—. Ni los ejércitos de Napoleón pudieron hacerles frente... ¿Cómo de lejos está ese pueblo... Bladensburg... de Washington?

—A unas cinco o seis millas —respondió crudamente Abigail—. Podrían estar en la ciudad al anochecer.

—Estoy aquí con la esperanza de rescatar a un miembro de mi familia: una viuda que no tiene deseos de regresar a Inglaterra —explicó simplificando los hechos—. Se llama Matthias Audley. ¿No la conocerá usted, por casualidad?

—Solo por su reputación: dicen que es la mejor modista de Washington —respondió la señora Green—. Pero es posible que se haya marchado; mucha gente lo ha hecho, incluyendo a la mayoría de los representantes gubernamentales. Es el caos.

La situación parecía inestable y peligrosa.

—Sea como sea, debo intentar encontrarla o al menos saber dónde ha ido. —Gordon frunció el ceño—. Ir hasta allí me dará la posibilidad de seguirle el rastro, ¿creen que sería posible comprar o alquilar un caballo?

—Podemos ayudar —dijo la anciana señora Green, que había estado abrazando a los niños—. Nuestra plantación, la finca Tucker, está en el Tucker, un brazo del río que se encuentra justo al norte de aquí, del lado de Maryland. Creo que sus aguas son lo suficientemente profundas como para que este barco pueda navegarlas durante un cuarto de milla, más o menos. —Apuntó al río—. Hay varios caballos en el establo. Mi esposo está allí para proteger nuestra propiedad; cuénteles lo sucedido y dígame que yo le he permitido tomar una de las monturas. *Samson* será el mejor; es un gris, fuerte y firme.

Gordon interrogó con la mirada a Hawkins.

—Prefiero no navegar hasta los muelles de Washington si hay una batalla en la ciudad —respondió su amigo—. Puedo llevarte hasta el Tucker y luego llevar a las señoras Green a Virginia. Después, regresaré y amarrearé en el afluyente para esperarte.

Gordon asintió y, tras excusarse, se dirigió a su camarote para prepararse para la nueva etapa de su viaje. Ansiaba regresar a tierra y volver a tener un caballo entre las piernas.

Hasta el momento solo había viajado, pero ahora empezaría su verdadera misión.

Cuando el *Céfiro* hubo avanzado por el Tucker hasta que Hawkins lo consideró seguro, Gordon bajó al embarcadero y el velero dañado fue atado al muelle para futuras reparaciones. Estaban a menos de media milla de la plantación de los Green, que habría sido considerada una finca en Inglaterra.

Una vez en la finca Tucker, Gordon encontró al marido de Abigail sano y salvo, aunque su uniforme azul de la milicia estuviera sucio y su hombro izquierdo abrasado por un disparo de mosquete. Él y su padre, un hombre vigoroso de unos cincuenta años, estaban agradecidos de saber que sus esposas estaban a salvo, y aún más agradecidos de saber que Gordon había rescatado a la pequeña Lizzie del río.

El esposo de Abigail decidió viajar a Virginia para reunirse con su familia; ya que, como oficial de la milicia, no era muy seguro que los británicos lo encontraran. Su padre se quedaría y protegería la casa si fuera necesario.

Media hora más tarde, Gordon se dirigía a la zona de guerra vestido como un caballero inglés y montando a *Samson*, la montura que Alice Green le había recomendado.

¿Cuáles eran las probabilidades de que la viuda Audley estuviera donde se suponía que debía estar? Casi nulas.

Siempre había tenido buen instinto para el peligro, y ese instinto le decía que el futuro se presentaba complicado.

5



Washington D. C., 24 de agosto de 1814

Por lo general, la capital de los Estados Unidos estaba llena de energía y ambición, pero cuatro días después de que el ejército británico hiciera su aparición, Washington estaba tan desierta como una ciudad después de la peste. Callie apenas había dormido en toda la noche. En las horas más oscuras, había visto la luz de un fuego hacia el noreste. Un puente ardiendo, supuso.

Esa mañana había elegido su ropa con cuidado, un vestido azul que fuera elegante pero simple para que pareciera una dama modesta que merecía respeto. Y también había recogido su cabello en un moño rudimentario, ya que era demasiado colorido como para resultar decoroso.

Era la última hora de la tarde y la artillería que antes había estallado se había vuelto amenazadoramente silenciosa. La batalla debía de haber terminado, pero ¿qué pasaba? Callie se movía inquieta por su casa, oprimida por el silencio y deseando desesperadamente que existiera algo que pudiera hacer.

Se dio un susto tremendo cuando alguien golpeó la aldaba de la puerta, pero era un golpe cortés. Abrió con cautela, mientras sostenía su pistola cargada en su mano izquierda, oculta entre los pliegues de su vestido.

—Soy el señor Williams, del Ministerio de Hacienda, señora. —El hombre de apariencia agobiada y vestido como un oficinista, hizo una ligera reverencia—. Intentamos llevarnos de la ciudad todos los documentos posibles, ¿no tendría usted un caballo y un carro que el Ministerio pudiera pedirle prestado? Le daré un comprobante.

—Lo lamento, mis caballos y mi carreta están en Baltimore, con mi familia —dijo, agradecida de que su familia se hubiera ido a Baltimore la mañana después de recibir las noticias del desembarco británico.

—Una sabia decisión —suspiró el hombre—. Pero ¡hubiera deseado que tuviera más caballos y carros! —Tocó el borde de su sombrero—. Manténgase a salvo, señora.

—Usted también, señor Williams. —Cerró la puerta. No era el primero en acudir en busca de transporte para documentación importante, pero podía ser el último.

Les había dicho a sus dos costureras que se quedaran en sus casas, con sus familias. Muchas de las pocas personas que quedaban en la ciudad eran mujeres como ella, que no se marchaban con la esperanza de salvar sus hogares. No era un deseo vano: varias mujeres de pueblos cercanos al Chesapeake habían persuadido a los oficiales británicos de que no incendiaran sus casas; había valido la pena el riesgo de permanecer allí.

Estaba cosiendo un vestido cuando escuchó gritos afuera. Abrió la puerta nuevamente y vio a un oficial de la milicia herido trotando calle abajo.

—¡Ha habido una batalla en Bladensburg y los británicos nos han derrotado! —exclamó al verla—. ¡Podrían estar aquí en cuestión de horas, así que cierre las puertas y rece!

Ahora que el peligro era inminente, Callie se sentía sorprendentemente tranquila. Nunca había sido buena esperando. Después de cerrar la puerta principal, salió de casa por la cocina y caminó rápido por la calle lateral para darle la noticia a su amiga Edith Turner, una viuda mayor que ella,

que había sido la primera en darle la bienvenida a la ciudad. Con la invasión inminente, Edith había acogido a varios amigos ya ancianos, que no se sentían con fuerza para irse.

—¿Hay novedades? —Acudió a la puerta a la primera llamada de Callie, se la veía preocupada.

—Sí, un miliciano me ha informado que los británicos han vencido de forma aplastante a nuestras fuerzas en Bladensburg.

—¡Eso es a unas pocas millas de aquí! —jadeó Edith.

—También ha dicho que echemos el cerrojo a nuestras puertas y que recemos —añadió Callie con gravedad y le dio un ligero abrazo a su amiga—. Es un buen consejo. ¡Mantente a salvo, Edith!

—Tú también, querida. —Su amiga la abrazó.

Cuando Callie regresó a la seguridad de su casa de ladrillos sólidos, escuchó una explosión en dirección a la batalla, hacia el este, y supuso que las fuerzas estadounidenses habían volado otro puente para frenar el avance británico. Se preguntó si, irónicamente, los estadounidenses estarían haciéndole más daño a su capital que los mismos británicos.

Media hora más tarde, se asomó por las cortinas delanteras y vio pasar a los milicianos que se retiraban. Uno vio el movimiento de su cortina, habló con el joven que estaba a su lado, y los dos se dirigieron a su puerta y llamaron. Parecían más asustados que amenazadores, así que abrió, aunque mantuvo su pistola a mano.

—Señora. —El más alto de los dos tosió—. ¿Podría darnos algo de agua, por favor? Mi hermano y yo estamos a punto de desmayarnos.

—Por supuesto. Pónganse en la sombra de ese árbol y les traeré un poco —respondió, y les llevó dos cubos llenos y un par de cucharones, adivinando que podría haber más hombres que necesitaran agua—. Sírvanse. Hay más.

—Los únicos norteamericanos que supieron cómo luchar fueron los hombres de la flotilla del comodoro Barney —dijo con amargura el hermano más alto, luego de tragar sediento un cucharón de agua—. Han estado combatiendo contra la Marina Real por toda la bahía durante meses. ¡Sabían cómo mantenerse firmes! Oí a algunos decir que seguirían luchando por todas las calles de Washington.

—Si los soldados no son experimentados —comentó Callie en voz baja, viendo su humillación—, y la compañía se rinde y da la retirada, no tiene sentido que los soldados se queden a pelear por sí mismos. A tu madre no le gustaría que te asesinaran por ninguna buena razón.

—La señora tiene razón, Jem —dijo el hermano más bajo—. Mamá nos volvería a matar si creyera que hemos sido así de estúpidos. —Dio un gran trago y luego vertió un cucharón de agua sobre su cabeza para refrescarse—. Huimos hoy. Pero, por Dios, ¡pelearemos de nuevo otro día!

—¡No tomarán Baltimore! —Jem llenó su cantimplora vacía con ayuda del cucharón—. Gracias por su amabilidad, señora. Volveremos a nuestra ruta, nos queda una larga caminata hacia el norte.

Callie les deseó lo mejor y volvió a llenar los cubos de agua, dejándolos en el borde de su

jardín con los cucharones para que otros soldados en retirada pudieran beber. Luego se marchó a su casa, corrió las cortinas y esperó.

Los días de verano eran largos en agosto, y aún no estaba del todo oscuro cuando escuchó el sonido de un grupo de hombres en marcha. Tomó su pistola otra vez. Un solo disparo no sería de utilidad contra un ejército, pero se sentía mejor con un arma en la mano.

Corrió un poco las cortinas y miró fuera: varias docenas de soldados marchaban junto a oficiales montados, que iban a la delantera. Se dirigían hacia el Capitolio y ondeaban una bandera blanca, de tregua. Suspiró aliviada. Quizás los británicos querrían negociar un rescate que salvaría a la ciudad de ser destruida.

Callie pensó que un rescate a cambio de salvar la capital era una buena idea, aunque sospechaba que muchos hombres tenían demasiado orgullo como para dar dinero al enemigo aunque fuera para algo tan importante como aquello. De todos modos, aunque el Gobierno estuviera dispuesto a ser razonable, no estaba segura de que quedara alguien en Washington con la autoridad suficiente para negociar.

Estudió a los jinetes. El hombre erguido que iba a la cabeza llevaba la insignia de un general mayor; seguramente era Robert Ross, el comandante de las tropas del ejército y uno de los principales generales de Wellington en las guerras peninsulares. Se decía que era un hombre justo y honorable que no causaba estragos entre los civiles. Pero el hombre que cabalgaba a su lado...

Callie frunció el ceño. Un almirante de la Marina Real cabalgaba junto a Ross; debía ser George Cockburn, quien había sido nombrado el hombre más odiado en Estados Unidos debido a los meses que había pasado atacando y quemando la bahía de Chesapeake. Había destruido ciudades enteras como castigo por la destrucción estadounidense en Canadá.

Se decía que el hermano mayor de Cockburn había muerto luchando contra los rebeldes durante la Revolución Americana, y que por ello el almirante sentía un odio muy personal hacia los estadounidenses. Callie esperaba que, dado que estaban en tierra, el comandante Ross estuviera al mando por encima de Cockburn.

Las tropas se movían de forma ordenada a pesar de haber luchado y marchado en un día muy largo y caluroso. El grupo estaba justo frente a su casa cuando escuchó ruidos en el piso de arriba. ¿Pasos?

Su nerviosismo se transformó en pánico en un instante. La cerradura de la puerta de la cocina, en la parte trasera de la casa, era sencilla y no resistiría a un ladrón experimentado. Además, el acceso a la escalera de servicio estaba en la cocina... El ruido de las tropas debía de haber ahogado los demás sonidos.

Tomó su pistola y se dirigió a las escaleras para investigar, pero antes de que pudiera hacer nada, una ráfaga irregular de disparos de rifle resonó directamente sobre su cabeza. ¡Maldición! ¡Algunos soldados estadounidenses no se rendían y habían elegido *su* casa como un puesto de francotiradores!

Su horror ante la idea se intensificó cuando corrió hacia su ventana delantera y vio al caballo

del comandante Ross caer al suelo, llevándose consigo a su jinete. Varios soldados detrás de él también cayeron, heridos o muertos. Y la tropa inmediatamente devolvió el fuego con furia y disciplina en dirección a las plantas superiores de la casa de Callie. Hubo fuertes disparos y cristales rotos, seguidos de pesados pies que golpeaban las escaleras. Oyó que la puerta trasera se cerraba mientras los francotiradores huían.

En la calle, el general Ross se puso de pie, aparentemente ileso. Pero a algunos de sus hombres no les había ido tan bien. Por las reacciones del resto, asumió que algunos soldados habían muerto o habían resultado gravemente heridos.

Ross pidió otro caballo y, después de volver a montar, ladró una orden que hizo que el jinete que llevaba la bandera blanca la arrojara al suelo. Callie se quedó congelada, atrapada entre el impulso de salir corriendo para ver si podía ayudar a los heridos y un deseo igualmente fuerte de huir. No quería abandonar su casa cuando no había hecho nada malo. Pero ¿la escucharían los soldados británicos?

Un poderoso estruendo resonó en su puerta principal; los cristales de la parte superior se hicieron añicos y la madera se astilló. Otros dos golpes la derribaron por completo, y los soldados irrumpieron en su salón.

—¡Encuentren a los malditos francotiradores! —bramó uno de ellos.

Callie alzó su pistola instintivamente. Era buena disparando y podría matar o herir a uno de los soldados, pero ¿a cuál? Apuntó al soldado menudo que estaba al mando, pero era *muy* joven. ¡Todos se veían tan jóvenes!

Matar a un hombre no la salvaría, así que bajó su pistola y habló en el acento más británico que pudo:

—¡No sé quién ha disparado! Creo que algunos soldados norteamericanos han accedido a la parte trasera de mi casa y han huido tras dispararles a ustedes.

—¡Los atraparemos! —Dos soldados se abrieron paso hacia la parte trasera, pero los demás permanecieron en el salón.

—Le has disparado a mi compañero, ¡bruja traidora! ¡Pagarás por ello! —Un cabo le arrebató la pistola y la golpeó en la cabeza con el cañón de su fusil.

—Soy Catherine Audley —gritó mareada y a punto de caerse a causa del doloroso golpe—. Una viuda inglesa de Lancashire. ¡Jamás le dispararía a un soldado británico!

—¡Tiene una pistola y sus malditos compañeros casi matan al general Ross! —gruñó el cabo. Echó un vistazo a la pistola y luego la metió bajo su cinturón—. Romped los muebles y apiladlos para iniciar el fuego.

—¡Soy *inglesa*! ¡No soy su enemiga! —exclamó Callie con vehemencia, al borde del desmayo.

—¡Demasiado tarde para jugar a la víctima! —En cuanto el cabo la sujetó por el brazo, los demás soldados comenzaron a romper el mobiliario y a arrojarlo al centro de la sala. Un soldado tomó una silla y comenzó a golpear los estantes que contenían telas y adornos.

La vitrina que exhibía los botones especiales y las delicadas tazas de porcelana para servir té a

sus clientas se hizo añicos, abatida por la culata de un mosquete. El soldado vio un cuenco de botones plateados y los vertió en su mochila, luego arrastró los restos del mueble al centro de la habitación. Otro soldado encontró el vestido de seda que Callie había estado recortando cuidadosamente y lo hizo un bulto para agregarlo a la pila.

Ella miró hacia otro lado, estremeciéndose, incapaz de soportar la imagen de esos vándalos que destruían la vida que había construido, los hermosos objetos que había atesorado. Entonces su captor la arrojó a través de la puerta principal hacia el césped. Ella trató de defenderse, pero estaba demasiado mareada y él era demasiado fuerte. Al final de la calle vio a Edith Turner observando la escena con las manos presionadas en la boca y los ojos como platos por el horror.

Ross, Cockburn y la mayoría de sus tropas habían avanzado, dejando que ese escuadrón se cobrara la venganza por el ataque. La bandera blanca, que había sido arrojada al suelo, estaba sucia y pisoteada con huellas de pezuñas y suelas.

A través de la destrozada puerta principal, y mientras se balanceaba vertiginosamente, Callie observó cómo echaban antorchas a la pila de muebles rotos. Primero, las llamas parpadearon y luego se prendieron y llegaron hasta el techo.

—¡Mick, dispara algunos cohetes Congreve! —gritó un soldado.

El interpelado sacó dos de su mochila y los disparó hacia la casa a través de las ventanas rotas. Los cohetes explotaron ruidosamente y las llamas envolvieron el salón y comenzaron a correr por el resto de la estructura. Callie observó aturdida, apenas capaz de comprender lo rápido que su amada casa se había convertido en un infierno.

Cuando el fuego rugió hacia arriba, su captor la arrastró más lejos, más por su seguridad que por la de ella, e incluso en medio de la calle lateral sintió el calor abrasador.

Pero lo peor estaba por llegar... En aquel momento, un soldado salió de la parte trasera de la casa con una botella de brandi que había encontrado en la despensa, y que se vació rápidamente cuando la pasó a sus compañeros. El último hombre en beber arrojó la botella vacía al fuego y se volvió hacia Callie con ojos peligrosamente brillantes.

—¡Yo digo que la colguemos! Ha herido gravemente a mi compañero y podría haber matado al general Ross. ¿Por qué debería respirar cuando tantos de nuestros muchachos han muerto hoy?

—Tal vez luego —replicó el hombre que la sujetaba—. Es una dama elegante, de gran linaje, no deberíamos desaprovecharla. Vamos a enseñarle de qué están hechos los soldados británicos. — La estrechó contra él y enterró una de sus manos en sus senos.

Callie comenzó a luchar frenéticamente por la repulsión y logró asestarle un rodillazo en la ingle a su captor. El hombre gritó y la liberó, pero otros dos hombres la capturaron, con expresiones lobunas. Ella tomó el rifle de uno de ellos y se las arregló para arrebatárselo cuando, de repente, una voz ferozmente aristocrática bramó:

—¡Malditos canallas!

Los soldados y Callie se giraron, absortos al ver a un caballero inglés galopando en un caballo blanco. La ropa que vestía costaba más que el equivalente al sueldo anual de un soldado.

—¡Liberad a mi esposa! —ordenó con ojos ardientes.

6



El radiante cabello de la mujer caía sobre sus hombros, su elegante vestido azul estaba manchado de hollín y sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa. Sin embargo, Gordon la reconoció al instante. No había nadie como Callie, *nadie*, y había visitado los seis continentes. Pero ¿qué demonios hacía su amiga de la infancia en medio de aquel campo de batalla?

Las explicaciones podían esperar. Con el corazón palpitante, saltó del caballo y empuñó su pistola:

—¡Liberadla o moriréis, desgraciados! —Su autoridad feroz disciplinó a la turba de soldados.

—¿Su esposa? —El captor de Callie la soltó y retrocedió—. Pero... —agregó balbuceando—. ¡Pero ha dicho que era viuda!

Gordon se acercó a Callie. Apuntaba al cabo, que parecía ser el líder.

—¡Sígueme la corriente, Catkin! —murmuró junto a su pelo mientras la apretaba contra sí con su brazo libre.

Como esperaba, usar su apodo privado la convenció de que realmente era su viejo amigo, y su figura rígida se suavizó.

—Por el amor de Dios, ¡pensé que estabas muerto! —gritó abrazándolo.

Callie se deshizo en sollozos desgarradores y Gordon agradeció que el abrazo no interfiriera en la sujeción de la pistola; su amiga siempre había tenido el ingenio más veloz de Lancashire. Su cabello sedoso estaba perfumado con humo y lavanda.

—Soy lord George Audley —les dijo a los soldados con la mirada intimidante por encima de la cabeza de Callie, mientras la abrazaba por la cintura—. He sido separado de mi esposa porque estaba arriesgando mi vida en negocios del rey. ¡Es una gran *atrocidad* encontrarla a punto de ser mutilada por soldados británicos! Podría haber esperado eso de los norteamericanos, ¿pero de soldados reales? ¡Sois una lacra para los uniformes que lleváis!

—Lo siento, señor —tartamudeó el cabo—. Pero hubo un ataque desde su casa. Han matado al caballo del general Ross y herido a varios hombres. Cuando rompimos línea para hallar a los francotiradores, ella empuñaba una pistola y se veía que sabía usarla.

—¿La que te di para defenderte, cariño? —preguntó mirando la pistola que apuntaba al cabo.

—Sí —asintió ella y se apartó un poco—. Pero no la he usado —agregó con voz baja—. Un disparo podría haberme salvado, aunque no podía soportar pensar en cómo se sentiría la madre del pobre muchacho al saber de la muerte de su hijo.

—¡*Esta* es la mujer a la que queríais violar y asesinar! —dijo Gordon a los soldados, encolerizado—. ¡Debería daros vergüenza!

—Él tiene mi pistola. —La voz de Callie se oyó más fuerte mientras señalaba al cabo—. Y quiero que me la devuelva —añadió con voz trémula—. Es lo único que me queda. Eso y mi anillo de boda. —Levantó su mano izquierda y la franja dorada en su dedo brilló como una antorcha. Su Callie siempre había tenido un gran sentido teatral.

—Lo siento, señora. —El cabo dio un paso adelante, avergonzado, y le ofreció la pistola por la culata—. Pero usted parecía tan culpable...

—¡Pues no lo es! —Gordon besó su cabello—. Lamento que hayas tenido que soportar esto, pero ahora te llevaré de regreso a casa, a Inglaterra, y estarás a salvo. Podemos zarpar esta misma noche.

—¡No sin los niños! —exclamó ella.

Gordon pestañeó. ¿Niños? Considerando que la habían casado a los dieciséis, la existencia de pequeños no debería haber sido una sorpresa, pero era un recordatorio de los años que habían pasado desde la última vez que se habían visto.

—Claro que no. Asumo que los has enviado a un lugar seguro, ¿dónde están?

—En Baltimore.

Maravilloso. Sus pequeños estaban en una ciudad que pronto sería asediada por la mitad de la Marina Real mientras las tropas de Ross avanzaban por tierra. Pero incluso un viejo soltero sabía que los niños no eran negociables.

—Entonces debemos ir a Baltimore y traerlos a casa con nosotros para que podamos ser una familia otra vez. —Le dio un apretón conciliador. Entonces, elevó la mirada y se dirigió fríamente a los soldados—: Comprendo que estuvierais enfadados porque el general Ross podría haber sido asesinado, pero no ha sido así y es hora de que vayáis con las tropas y ayudéis a quemar ese gran edificio del Gobierno al final de esta calle, ¡largo!

Los soldados corrieron tan rápido como pudieron, agradecidos de que Gordon no tuviera la intención de hablarle a Ross acerca de su mal comportamiento.

Cuando los soldados desaparecieron, Gordon mantuvo el brazo alrededor de Callie, que estaba temblando; no era de extrañar. Él también se sentía tembloroso, tanto por la sorpresa de haberla encontrado como por el horror ante el peligro que había corrido. La violación era una de las partes más espantosas de la guerra, y se estremeció ante lo que podría haber sucedido si hubiera llegado unos minutos más tarde.

Callie levantó la cabeza como para hablar; pero, antes de que pudiera hacerlo, fue interrumpida por una anciana que apareció a un lado de la calle:

—Oh, mi querida Catherine, ¡tu hermoso hogar! —Su rostro preocupado se iluminó por la luz que emanaba de la casa en llamas—. ¡Lo siento tanto! ¿Estás bien?

Callie se deshizo de Gordon para aceptar el abrazo consolador de la mujer.

—Richard, ella es mi amiga, la señora Turner. Ha sido una buena vecina. —Callie alzó la vista con expresión sombría hacia el infierno que ahora era su casa—. Estoy mucho mejor de lo que podría haber estado, Edith, pero... hubiese preferido evitar este tipo de destrucción.

—He visto a los tiradores escapando por tu cocina. Hombres de la Flotilla, supongo. Son luchadores valientes, pero ¡lamento tanto que eligieran tu casa para su ataque! —La señora desplazó la mirada hacia Gordon—. ¿Este es tu esposo, al que creías muerto?

—Sí, señora. Lord George Gordon Richard Augustus Audley a su servicio. —Gordon la saludó con una reverencia.

—¡Dios mío! —La señora Turner parpadeó ante el hilo de nombres—. ¿Eso no te convierte en

lady George Audley, querida?

—¡Esto es Norteamérica! —Callie esbozó una sonrisa torcida—. Usar un título de cortesía británico está fuera de lugar, sin mencionar que sería un poco pretencioso para una modista.

—Debemos entrar —dijo la señora Turner. Los gritos y disparos se oían a la distancia—. ¡Solo Dios sabe qué tipo de hombres andan azotando Washington ahora! Venid a mi casa, necesitaréis comida y un lugar seguro para pasar la noche. Tendréis que compartir una habitación, pero creo que eso no será un problema.

—No, señora. Está en lo cierto, debemos buscar refugio para pasar la noche. —Gordon miró afectuosamente a Callie—. Tenemos mucho de lo que hablar, querida mía.

—¿Hace cuánto que no os veis? —Quiso saber la señora Turner.

—Parece que ha sido una eternidad —respondió Callie con un suspiro—. Gracias por la oferta Edith, pero ya tienes la casa completa. Nosotros podemos pasar la noche en la casa de invitados, al fondo de mi propiedad.

—¿Estás segura, querida? —La señora Turner frunció el ceño—. No es más que una choza.

—Sí, pero es una choza cómoda y que conozco bien. —Callie necesitaba eso—. Sin embargo, apreciaría algo de comida. Pan y queso, y tal vez algo de tu limonada, sería maravilloso.

—Os enviaré una cesta de inmediato. —Edith volvió a abrazarla—. A pesar de lo terrible que ha sido esta noche, ¡al menos tus hijos y sirvientes están a salvo, y tu esposo está vivo! Intenta dormir, pequeña. Te veo exhausta.

—Lo estoy. Sin embargo, con mi esposo de regreso, sé que estaré bien —respondió. En cuanto Edith regresó a su casa, dijo—: Por aquí, Richard —Y lo guio hacia un matorral de arbustos detrás de su jardín, iluminado por las llamas que salían de su casa—. La casa de huéspedes era originalmente una barraca de esclavos, pero en mi casa no hay esclavos. Tiene privacidad y está rodeada de árboles, por lo que es más fresca que el desván de Edith. También hay un establo para tu caballo; ahora está vacío porque mis caballos llevaron a mi familia a Baltimore, aunque aún hay agua y alimento disponible.

—Esto es más grande de lo que había imaginado al ver la fachada de tu casa —observó Gordon, mientras sujetaba las riendas de su paciente montura y seguía a Callie por un camino del jardín que discurría bajo los árboles. El sendero de ladrillos estaba bien iluminado por las llamas, aunque estas comenzaban a extinguirse—. Me alegra que tengamos privacidad, porque hay mucho de lo que hablar.

No veía la hora de descubrir cómo Callie había llegado allí. Después de todo, él y su supuesta esposa deberían coordinar sus mentiras.

Mientras Gordon atendía a su caballo en los establos, Callie sacó la llave de la casa de huéspedes de debajo de una de las macetas que flanqueaban la puerta principal. Fue un alivio entrar allí. La cabaña era pequeña, tenía una sala de estar con un maltrecho sofá y sillas igualmente viejas. Había también un dormitorio estrecho con lavabo, armario y una cama doble situada contra una

pared. Finalmente, un recoveco de la sala había sido habilitado como cocina. Los muebles eran simples y los utensilios de cocina eran piezas desparejadas de la casa principal, pero las paredes encaladas, los suelos de pino pulido y las alfombras de trapo agradablemente descoloridas resultaban reconfortantes. Había una bomba de agua en la encimera y artículos básicos, como té y azúcar, guardados en la cocina. Incluso había leña en la pequeña chimenea, aunque no hacía falta prender fuego en una noche de agosto en Washington.

Callie trató de calmar sus nervios mientras encendía una lámpara. Perder su casa y su negocio había sido devastador, pero sus hijos y amigos más cercanos estaban a salvo, al menos por el momento, lo cual era una bendición incalculable.

Lo más maravilloso y desconcertante de todo era el descubrimiento de que su queridísimo amigo de la infancia estaba vivo, además de asombrosamente guapo, y que este había vuelto a interpretar el papel de su salvador. Pero ¿cómo demonios había aparecido de esa manera tan oportuna?

Mientras Callie abría las ventanas para dejar entrar un poco de aire fresco, una de las sirvientas de Edith y un acompañante llegaron con una generosa cesta llena de comida y bebida. Callie investigaba el contenido cuando Richard entró con sus alforjas; parecía listo para pasear con una dama por Hyde Park, con su abrigo azul bellamente confeccionado, los pantalones de gamuza, el fino lino blanco de su camisa y las botas pulidas. Puso las alforjas junto a la puerta y luego se quitó el abrigo, el pañuelo del cuello y las botas. Ahora parecía un caballero en el tocador de una dama: de hombros anchos, bien parecido e intensamente masculino. En cuanto se descubrió observándolo, Callie se obligó a mirar de nuevo la cesta de la comida.

—Agradable y bastante fresca —dijo mientras revisaba la habitación—. Es una suerte que esta cabaña haya sido construida aquí atrás, oculta. ¿Tienes invitados a menudo?

—Casi nunca, pero me gusta más cómo suena «casa de huéspedes» que «antigua barraca de esclavos». Es más un lugar para tener un poco de privacidad; a veces vengo a trabajar aquí, cuando quiero estar en silencio o simplemente sola. Mis sirvientas, Sarah y Joshua, están casados y ocasionalmente también pasan aquí la noche, para tener intimidad. —Cortó unas rebanadas de pan y un poco de queso y jamón, y puso la comida en una fuente algo desconchada para que pudieran servirse. Por último sacó una botella de vino tinto.

—Edith es generosa. ¿Puedes abrir esto? Hay varios utensilios en el cajón de la cocina y las copas están en el armario inferior.

—Ahora mismo, el vino me parece una gran idea. —Gordon siguió las instrucciones, lo abrió y luego lo sirvió en dos vasos desparejos. Le entregó uno a Callie y brindó con ella—. ¡Por la supervivencia!

—Por la supervivencia —repitió su amiga antes de beber. A pesar de ir medio desvestido, Richard era todo un caballero inglés, y además resultaba desconcertantemente... físico. Algo difícil de ignorar.

—¿Tomará asiento, mi señora? —preguntó él mientras apartaba una desvencijada silla de

madera de la mesa de la cocina con auténtica caballerosidad.

—Esos modales que nos inculcaron desde pequeños no desaparecen, ¿cierto? —Rio mientras se acomodaba contoneando sus faldas azules.

—Podemos ignorar aquellas lecciones cuando queramos, pero no podremos olvidarlas —respondió él mientras se sentaba frente a ella y comenzaba a preparar un sándwich de queso y jamón, que le entregó en cuanto hubo acabado—. Además, los buenos modales pueden ser muy útiles para convencer a otros de que se posee una buena educación, incluso estando harapiento o hecho trizas.

—¿Has tenido que hacer eso? —preguntó Callie con curiosidad.

—Claro que sí —respondió él con una traviesa sonrisa infantil de oreja a oreja mientras preparaba un segundo sándwich para él.

Callie no había comido en los últimos días y cayó en la cuenta de que estaba hambrienta. Después de dos sándwiches y dos vasos de vino, se sintió lista para enfrentar lo que siguiera.

—Por favor, excúsame un momento mientras me pongo un poco más fresca —dijo mientras se levantaba.

—Por supuesto. —Él se puso de pie por cortesía, demostrando una vez más sus excelentes modales—. Qué calor tan horroroso que hace aquí. Es una razón de peso para regresar a Inglaterra.

—Washington es tan caluroso como Jamaica, aunque sin la brisa marina. —Hizo un gesto—. Sin embargo, todo se equilibra porque el invierno aquí puede ser seriamente frío, con fuertes nevadas y heladas. —En ese momento oyó un crujido que provenía de su casa, y supuso que alguna viga carbonizada se habría desplomado. Era extraño que el fuego siguiera vivo tan cerca mientras ella estaba en un mundo tan diferente... No iba a pensar en la casa. Su vida ya había cambiado con brusquedad repentina en otras dos ocasiones, y había aprendido que no tenía sentido mirar hacia atrás. Mirar hacia adelante era la única forma de sobrevivir.

Esa mañana había elegido prendas que se abrochaban en la parte delantera, así que pudo arreglárselas sola. Fue un alivio quitarse las capas de ropa, zapatos y medias. Su liviana camisola de muselina serviría bien como camión.

Conservaba un cepillo para el pelo y un peine en el armario de la habitación, así que los llevó a la sala de estar y se dejó caer en una silla. Aunque no podía bañarse, cepillarse el cabello enredado la haría sentir más civilizada.

—Por lo que logro ver en el horizonte, hay varios incendios grandes en otras partes de la ciudad. —Gordon miraba por la ventana y se giró en cuanto ella regresó a la sala—. Probablemente sean edificios del Gobierno; pues, salvo el ataque a tu casa, parece que el general Ross está dejando intactas la mayoría de las propiedades privadas.

—¿Por qué habré tenido la fortuna de ser elegida por los atacantes norteamericanos cuando había tantas otras casas vacías? —Suspiró.

—Si fuera un francotirador, buscaría una casa sólida, justo en la ruta de mi enemigo y

preferentemente desocupada... Puesto que intentabas pasar desapercibida, deben haber pensado que estaba vacía, así que simplemente has tenido muy mala suerte —dijo mostrando compasión.

En realidad, había sido un día de buena y de mala suerte, pensó Callie, y estudió a Richard mientras estaba de espaldas a la ventana. Le resultaba dolorosamente familiar, pero al mismo tiempo un extraño. La luz del candil perfiló su altura, la anchura de sus hombros, su poderosa y delgada constitución. Su cabello se había oscurecido un poco, aunque todavía era sorprendentemente rubio, y los rasgos suaves de la juventud se habían refinado y habían dado lugar a una esculpida belleza masculina.

Al igual que ella, Richard se había quitado tanta ropa como había podido, lo que significaba que estaba en calzones con una camisa suelta que le caía sobre las caderas, y los pies descalzos; algo apenas decente. Callie trató de no mirar el triángulo de piel desnuda de su garganta, ni los cabellos rubios que centelleaban dorados a la luz de la lámpara. Ahora que se habían instalado y comido, ella podía percibir su inquietante masculinidad y, aunque su amigo Richard nunca la habría lastimado, no estaba tan segura de lord George Audley, ese que había estado ocupado con los negocios del rey y había atemorizado a una multitud de soldados furiosos con su fuerte personalidad.

—Es extraño —dijo al decidir que era mejor enfrentar el asunto—. Por un lado, siento que te conozco tanto como a mí misma, y, por el otro, eres un desconocido. Es impresionante cómo aterrorizaste a esos soldados con solo un par de palabras.

—Es un truco que uno adquiere cuando está al frente de hombres y que he utilizado cuando ha sido necesario —alegó encogiendo los hombros. Entonces, se apoyó sobre el marco de la ventana, cruzó los brazos por encima de su pecho y añadió—: Me siento igual, aquí está la persona que una vez fue mi mejor amiga, a la que no he visto en toda una vida. ¿Cuál de los dos debería hablar primero acerca de los años que han pasado desde la última vez que nos vimos?

—Vayamos por turnos, hay mucho de lo que hablar. Lo primero y más importante es que siento verdadera curiosidad por saber cómo es posible que estés vivo. ¡Aún no puedo creerlo! —Callie comenzó a cepillarse las puntas y luego el resto del pelo cuidadosamente, por si había más enredos.

—¿Qué oíste que te hizo pensar que estaba muerto? —preguntó curioso.

—No mucho. Después de llegar a Jamaica, mi padre me escribió una carta en la que decía que habías fallecido de una horrible enfermedad en el barco-prisión que te llevaba hacia la bahía de Botany. —En aquel momento, Callie había derramado amargas lágrimas de dolor y culpa; sentimientos que habían disminuido con el tiempo, pero que jamás habían desaparecido.

—Un hombre encantador, tu padre. —Richard desabotonó sus puños y se arremangó. Sus antebrazos eran poderosos y estaban salpicados de tonos dorados.

Callie deseaba no ser tan consciente de su imponente físico, así que volvió a cepillarse el cabello, lo que le brindó una excusa para bajar la mirada.

—Estoy segura de que disfrutó contándome esa mentira.

—Quizás pensaba que decía la verdad. Los barcos de prisioneros no son mucho mejores que los barcos negreros —dijo sin pasión—. De hecho, la peste arrasó el barco en el que estaba y murieron muchos miembros de la tripulación. Después de aquello, como yo me mantuve sano y tenía algo de experiencia en navegación, el capitán me tomó como marinero; resulté ser útil y le caí en gracia. —Sonrió de oreja a oreja—. Mis buenos modales, ya sabes.

—¿Lo convenciste de que eras un joven e inocente caballero que había sido trágicamente transportado por un enemigo? —Callie arqueó las cejas.

—Le dije la verdad; que, en realidad, no se aleja mucho de eso —replicó Richard—. No sé si lo sabías, pero me condenaron por haberte raptado y por robar mi propio caballo, que técnicamente pertenecía a mi padre. Así que los cargos de los que me acusaron eran del todo falsos.

—¡Dios! Puedo imaginar a mi padre deleitándose mientras inventaba esas acusaciones —dijo, disgustada—, pero ¿tu padre no objetó?

—No sé cuán cariñoso era mi padre con ninguno de sus cinco hijos, pero consideraba necesario tener un heredero y no le importaba perder alguno en el camino. Lo que sí sé es que a mí me odiaba —afirmó Richard, sin rodeos—. Me parezco demasiado a mi madre, a la que primero amó y luego detestó. Mientras yo estuviera cerca, sería un recordatorio de su deslealtad. Así que me quería muerto.

—¡Qué espantoso! —Callie cerró los ojos y sintió el dolor que él no se permitía mostrar—. En ese entonces, no comprendía lo complicada que era tu situación.

—No podía hablarlo con nadie, ni siquiera contigo —dijo con calma—. Pero fue hace tiempo. Sabía que lord Kingston me odiaba, por lo que su comportamiento no fue una gran sorpresa. Decidí que tenía que seguir con vida solo para fastidiarlo. Cuando el barco de prisioneros llegó al puerto de Sydney, el capitán miró hacia otro lado mientras yo me zambullía por la borda y nadaba hasta la orilla. Imagino que dio mi nombre entre las víctimas que murieron en alta mar y que no fueron necesarias más explicaciones.

—¿Cómo sobreviviste y regresaste a Inglaterra? —Callie intentó imaginar todo lo que no estaba contando; el viaje debía de haber sido atroz.

—Esa es una larga y complicada historia que puede esperar para otro día. Basta con decir que me abrí camino por el mundo, lo cual me tomó mucho tiempo y algunos desvíos. Y aquí estoy. —Esbozó una sonrisa burlona—. ¿Podía alguno de los dos imaginar una escena como esta quince años atrás?

—Tengo buena imaginación, ¡pero no tan buena! —Ella todavía no era totalmente consciente de lo extraordinaria que había sido su oportuna aparición, porque el asombro de que él estuviera vivo había llenado su mente. Pero ambos hechos eran igual de sorprendentes—. ¿Por obra de qué milagro has llegado galopando en un caballo blanco hasta aquí, justo ahora?

—Me contrataron para rescatar a una viuda, la señora Audley, y llevarla de regreso a Inglaterra.

—¿Contratado? —Callie dejó caer su cepillo y miró a su amigo—. ¿Quién? Cuando dejé

Jamaica, corté toda comunicación con Gran Bretaña.

—Tal vez por ello alguien quería que te encontraran y rescataran de ser necesario —explicó—. Un sujeto llamado Andrew Harding se lo planteó a un caballero que es muy bueno resolviendo este tipo de asuntos, y él me pidió que llevara a cabo la tarea.

—Entonces ¿accediste a cruzar el océano y entrar en una zona en guerra para rescatar a una desconocida? Te has convertido en un aventurero que no teme a los peligros, por lo que veo. — Sin lugar a duda, Richard parecía él mismo un peligro silenciosamente letal.

—No del todo —respondió pacífico—. Me considero más bien alguien que soluciona problemas y que está dispuesto a hacer lo que sea necesario para conseguirlo. Fue un encargo extremo, cierto, pero pagan bien.

—Tenías mi dirección. —Ella frunció el ceño—. Me pregunto cómo es posible. Hice todo lo que pude para no dejar rastro cuando vine aquí.

—¿Nunca has oído hablar del señor Andrew Harding? Me dijeron que la señora Audley tenía alguna relación con su esposa, así que tal vez esté casado con una de tus hermanas.

Estaba a punto de negar que conocía a aquel hombre, pero se detuvo.

—Creo que el tipo visitó Washington poco después de que me mudara aquí —dijo ante el vago recuerdo—. Antes de que estallara la guerra. Diría que estaba en una misión comercial o diplomática oficial, porque le hicieron una recepción en la casa presidencial. Hice vestidos para varias mujeres que asistieron al evento, y estas hablaron de la recepción en sus visitas. Por lo visto, fue una gran velada... Y, ahora que lo pienso, dijeron que había traído a su esposa con él. ¡Qué extraño pensar que podría haber sido una de mis hermanas y que me reconoció en algún lugar de la ciudad!

—En tal caso, ¿por qué no te habló?

—Tal vez era la hermana que me traicionó cuando escapé contigo. —Callie lo consideró—. Tal vez temía mi reacción, ¡y con justa razón! Si ella no lo hubiera hecho, tú no hubieras sido golpeado hasta casi la muerte y transportado al otro lado del mundo.

—Es extraño pensar que, si no fuera por ella, podríamos haber llegado a Escocia y casarnos —dijo pensativo—. Pero éramos muy jóvenes. Demasiado jóvenes para contraer matrimonio.

Ella también lo creía. Sin embargo, pensaba que habrían logrado que funcionase a pesar de su juventud.

—Terminé casada de todos modos, con un hombre que tenía tres veces mi edad.

—¿Cómo se te ocurrió llamarte Audley? Tu esposo no era Audley, ¿cierto? Me lo habrías mencionado cuando intentabas escapar del matrimonio.

—Su nombre era Matthew Newell. Elegí Matthias por ser similar, pero distinto a su nombre real —sonrió con arrepentimiento—. Y elegí Audley en memoria de mi fallecido amigo de la infancia.

—Me siento halagado, creo. ¿Fue un marido horroroso? Espero que no. Me lo he preguntado a menudo. —Sonrió sin humor—. Si hubiera sido de los que rezan, lo habría hecho para pedir que te

tratara bien.

—Me trataba con amabilidad. —Callie dudó mientras se preguntaba cómo describir a Matthew—. Podría haberme ido peor. Pero su situación en Jamaica era complicada y prefirió evitar el conflicto, lo que en realidad produjo más complicaciones.

—Al menos te trató bien. —Richard esbozó una pequeña sonrisa—. Quiero saber cuántos hijos tenemos, ¿alguno de ellos se me parece?

—Hay dos y ninguno de ellos se parece a ti. Son mestizos —respondió, preguntándose cómo reaccionaría Richard.

7



Gran parte de la atención de Gordon se centró en lo hermosa que se había vuelto Callie, en lo translúcida que era su camisola y en el esfuerzo que debía hacer para evitar que su interés por ella se notara. Nunca había pensado en su apariencia cuando eran niños: ella había sido la indomable Callie, con el pelo rojo cobrizo y muchas pecas. Y recordaba haberse sorprendido cuando ella le había dicho que el hacendado de las Indias se quería casar con ella porque la encontraba hermosa.

A esa edad, de haber pensado en la apariencia de Callie, la habría clasificado como lo suficientemente bonita, pero nada especial. La familiaridad lo había vuelto ciego a la perfección clásica de sus rasgos y a la gracia suave de sus gestos. Ahora, su figura estaba un poco más llena, y de la mejor manera posible.

Gordon se obligó a dejar de admirarla para pensar en el comentario que acababa de hacerle.

—¿Mestizos? ¿De dónde era tu esposo?

—Era tan inglés como tú o yo. Pero los niños tienen ascendencia africana.

—¿Acaso la primera esposa de tu marido era mulata?

—No, no lo era. —Callie soltó un suspiro, y parte de su tensión se desvaneció—. Es una historia complicada. Ellos son mis hijastros, no tengo hijos propios, pero son *míos* aunque no lleven mi sangre. —Su expresión era desafiante.

Gordon sospechaba que los problemas raciales le habían complicado la vida en Jamaica. Pero estaba claro que ella amaba a sus hijastros y quiso saber más.

—Me gustaría oír la historia completa —dijo con voz baja—. Mi curiosidad no se ha apagado con el paso de los años.

—¿Aún hace que te metas en problemas? —Callie esbozó una sonrisa.

—Todo el tiempo —respondió rápidamente—. Pero he llegado a tener la certeza de que la curiosidad es incurable, ¿no has aprendido lo mismo?

—Probablemente he tenido menos posibilidades que tú de satisfacerla, pero no ha desaparecido —admitió—. Simplemente ha sido reprimida.

Gordon asumió que sus responsabilidades la habían conducido a ello.

—Entonces, ¿cuál es la larga y complicada historia sobre tus hijos?

Callie frunció el ceño.

—Primero tendré que hablar de mi matrimonio, que es la raíz de todas las complicaciones.

—Recuerdo que juraste a tu padre que serías una buena y dócil esposa para evitar que me matara a golpes —dijo—. Pagaste un precio muy alto por nuestra necesidad de esa noche.

—Los dos lo hicimos, pero tu precio fue más alto que el mío, no te quepa la menor duda. —Callie apartó un mechón de cabello cobrizo de su cuello—. No hubiera elegido casarme con Matthew, pero era un hombre decente. Por las cosas que me había escuchado decir cuando visitó a mi padre, dedujo que yo era una rebelde y que podría aceptar mudarme a un hogar exótico. Él estaba listo para volver a casarse y le gustó mi apariencia, así que ofreció desposarme.

—Y tu padre tenía muchas ganas de deshacerse de ti y de obtener algo bueno a cambio —afirmó Gordon con sequedad.

—Exacto. Afortunadamente, Matthew era mejor hombre que mi padre. Por cierto, hablando de él, ¿sigue vivo o ya le dio un ataque apopléjico?

—No lo sé. Y tampoco sé qué fue de mi padre —respondió Gordon—. No he tenido noticias de Kingston ni de Rush Hall desde que me encarcelaron. —Lo habían golpeado tanto que había estado inconsciente hasta que lo depositaron en el barco que debía llevarlo a la colonia penitenciaria—. Pasaron años antes de que volviera a Inglaterra, y para entonces no tuve interés en mi familia.

—Con suerte, nuestros padres han ido a recibir sus recompensas eternas a un lugar más caluroso que Jamaica —dijo ella con acidez—. Volviendo a mi historia, el Caribe me pareció interesante y hermoso, pero la esclavitud allí me horrorizó.

—El transporte de esclavos desde África ha sido abolido y ya es hora de que la esclavitud en sí misma sea ilegal, pero los propietarios de las plantaciones tienen tanto capital invertido en sus esclavos que afirman que no pueden permitirse liberarlos. Es una situación inaceptable —comentó Gordon con una mueca.

—Eso dijo Matthew cuando intenté persuadirlo de que liberara a sus esclavos. La plantación adyacente a la nuestra era propiedad de unos cuáqueros que habían liberado a sus esclavos y pagaban un salario justo a los que se habían quedado con ellos. Pero Matthew dijo que no tenía suficiente dinero para hacer lo mismo. —Suspiró—. Lo único que puedo decir es que, como dueño de esclavos, era mejor que la mayoría. Hasta financió una iglesia para los trabajadores y miró hacia otro lado cuando fui a las barracas para enseñarles a leer y a escribir.

—Eso es ilegal, ¿no es así?

—Sí, pero, como te he dicho, él no interfirió y nadie dijo nada. Con el tiempo, Matthew y yo nos hicimos amigos. A él le gustaba tener una esposa joven como anfitriona, y no era muy exigente. Nos llevamos bien hasta que descubrí a su amante y a sus hijos. Eso fue... impactante.

—Muchos hombres tienen amantes. —Gordon frunció el ceño—. Pero debió haber sido angustiante descubrirlo inesperadamente. ¿Cómo sucedió?

—Un día cabalgué en una dirección diferente a la habitual y me encontré con una pequeña cabaña, escondida en un área difícil de encontrar pese a que no estaba lejos de la casa principal. Matthew estaba allí con Susannah y los niños. Ella era muy hermosa y resultaba obvio que eran una familia feliz... —Respiró hondo—. Fue uno de esos momentos en los que la vida te cambia para siempre.

—Ya veo. En un lugar como Jamaica, una esclava es aceptable como amante, pero nunca como esposa. ¿Cómo lidiaste con la revelación? Sé que probablemente es una pregunta demasiado personal, pero ya hemos admitido que ambos somos bestias curiosas.

Callie rio con remordimiento.

—Me sorprendí tanto que solté las riendas y estuve a punto de caerme del caballo.

—Suerte que eres buena jinete.

—En efecto. Controlar mi montura me tomó un tiempo que me sirvió para recuperarme. Cuando

tuve el caballo dominado, vi que Matthew parecía avergonzado y a la defensiva. Susannah y sus hermosos niños, por su parte, parecían aterrorizados.

—¿Por qué aterrorizados? ¿Tenían miedo de ti?

—Posiblemente —admitió—. Imagino que Susannah temía mi reacción porque yo tenía fama de tener mucho carácter. Aunque, en realidad, ese carácter solo lo había utilizado con Matthew para mejorar las condiciones de sus esclavos; como cuando lo persuadí para que despidiera a un capataz muy violento o cuando me aseguré de que los trabajadores tuvieran comida decente y atención médica. De todos modos, eso no significa que ella no pudiera temer mi reacción en aquellas circunstancias.

—¿Matthew también te temía?

—Es probable —dijo con tono irónico—. Siempre fui cortés y respetuosa con él, pero tenía una personalidad más fuerte que la suya. Creo que lo ponía nervioso.

—¿Qué hiciste cuando descubriste que tu esposo tenía una familia secreta? —preguntó Gordon con fascinación.

—Le dije a Susannah que ni ella ni sus pequeños tenían nada que temer; y a Matthew, que hablaríamos del asunto más tarde.

Gordon estaba a punto de preguntarle cómo había ido la discusión con su esposo cuando unas voces estridentes irrumpieron en la calle. Cruzó la habitación en dos pasos y apagó la lámpara. Callie respiró hondo para preguntar qué hacía, y él rápidamente le tapó la boca con la mano.

—Sospecho que los soldados británicos están ahí afuera buscando botín —explicó con un susurro—. Mejor será que no descubran esta cabaña ni mi caballo.

Ella asintió, y él apartó la mano, pero no se alejó. En la densa oscuridad, Gordon fue plenamente consciente de la cercanía de Callie, y sintió su ansiedad y también su coraje.

El vocabulario grosero se volvió más claro a medida que los saqueadores se acercaban, y la boca de Gordon se apretó en una mueca al darse cuenta de que los soldados especulaban sobre las mejores casas para robar.

—No son las tropas que han entrado a Washington con Ross —susurró con un hilo de voz que no podría haber sido escuchado a más de un palmo—. Probablemente vienen del campamento británico que está en las afueras de la ciudad.

—La casa blanca con molduras azules, entremos allí —dijo una voz con acento característico del bajo este londinense—. ¡Merecemos parte de lo que sea que tenga el traidor!

—¡La casa de los Marquand! —Callie ahogó un sollozo de angustia—. Siempre han sido buenos vecinos. ¿Puedes hacer algo para detenerlos?

—Lo siento, pero la perspectiva de enfrentarme a soldados posiblemente ebrios y lejos de su comandante no es buena. El riesgo podría valer para salvar una vida, pero no las posesiones —dijo lamentándose, luego de haberlo considerado un momento, dado que ella se lo pedía.

—Eres muy pragmático para ser un audaz aventurero —respondió Callie con sequedad.

—Así es como un audaz aventurero consigue llegar a una edad avanzada, lo cual sería mi

objetivo —añadió él con firmeza.

Mientras continuaban oyéndose los gritos, Gordon apoyó una mano en el hombro de Callie. Parecía correcto consolar a su vieja amiga, aunque hubiera sido más fácil si ella no hubiera sido adulta y atractiva.

¡¡¡Crashhhh!!!

Un impactante clamor de sonidos, atterradoramente cercano, llenó la noche de calor y escombros. Los golpes martilleaban el techo como un gigante enojado y los soldados afuera gritaban maldiciones. Callie ahogó un gemido y Gordon la atrapó en un abrazo.

—Todo está bien —murmuró mientras abrazaba su cuerpo tembloroso—. Ese sonido ha sido la estructura y las paredes de tu casa, que se han venido abajo a causa del fuego. Los golpes en el tejado probablemente eran ladrillos que han salido disparados por el derrumbamiento, pero no hay daños que lamentar aquí; afortunadamente, esta cabaña está suficientemente lejos y protegida por los árboles. Además, con el suelo mojado por las lluvias recientes, el fuego no debería extenderse.

—Lo siento, no suelo parecer un conejito asustado —dijo ella con voz temblorosa—. ¡Estoy tan contenta de haber enviado lejos a mi familia! —Hizo un movimiento para abandonar los brazos de Gordon, pero él no mostraba ninguna prisa por soltarla.

—Después de un día como hoy, te has ganado el derecho a sufrir un ataque de nervios, te lo aseguro. Pero esta noche acabará y mañana será mejor, ya lo verás.

En el exterior, oyeron los gritos de los soldados, que se disponían a buscar una nueva casa para saquear.

—Tienes razón. —Callie tomó aire una vez que las voces se desvanecieron—. No tiene sentido quedarme aquí y llorar por lo que he perdido, estaré camino a Baltimore por la mañana.

Gordon buscó el vino, a tientas, y sirvió dos vasos. Puso uno en la mano de su amiga y la atrajo hacia sí, para que se sentara a su lado en el viejo sofá. En medio del oscuro silencio, fue muy consciente del cálido cuerpo de Callie a escasa distancia del suyo y maldijo en silencio para sí mismo. El problema era que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer y su cuerpo reaccionaba con demasiada fuerza a su feminidad seductora. Pero ella no era una viuda cualquiera de mirada lasciva e interesada en el placer mutuo. Ella era su amiga Callie, que había soportado un día devastador y, por lo que parecía, una vida bastante dura. Así que tomó su mano para consolarla, nada más.

—¿Cómo cambió tu vida después de saber que tu esposo tenía una amante?

—Lo eché de mi cama —dijo con pocas palabras—. Según tengo entendido, la primera esposa inglesa de Matthew era muy desagradable, y esa probablemente había sido la razón por la que él se había juntado con Susannah. Fuese por lo que fuese, le dije que continuaría siendo la señora de la plantación, pero que había roto nuestros votos, por lo que había perdido sus derechos matrimoniales en lo que a mí respectaba.

—La mayoría de los hombres no lo hubieran tomado muy bien. —Gordon sonrió en la

oscuridad. Estaba oyendo a la Callie audaz y desafiante con la que había crecido.

—Creo que Matthew sintió alivio al no tener que mantener una doble vida —añadió ella pensativa—. Realmente amaba a Susannah y a sus hijos, y ellos lo amaban a él.

—¿Consideraste regresar a Inglaterra después de eso?

—¿Al infierno de la casa de mi padre? ¿O como una mujer rechazada, patética, sin hijos y ningún propósito de vida? No —respondió rotundamente—. En Jamaica realizaba un trabajo útil, y Matthew y yo volvimos a entendernos bastante bien una vez el sentimiento de humillación y las emociones se calmaron.

—No parece un matrimonio ideal.

—Los hay peores. —Callie se encogió de hombros—. Matthew me trató con amabilidad y respeto, y yo pude hacer lo que quería la mayor parte del tiempo. —Una sonrisa tiñó su voz—. Eso me gustaba. La verdad es que la vida es mucho más gratificante cuando una mujer no tiene a un hombre causándole problemas.

—¿Debería sentirme ofendido en representación de mi sexo?

—Tú siempre has hecho de mi vida algo mejor, no peor. Pero no eres un hombre normal —rio.

—Estoy bastante seguro de que estoy ofendido —replicó él, en tono risueño.

—Piensa en mi comentario como un cumplido —agregó ella a modo tranquilizador—. Matthew era un hombre bastante débil, pero de naturaleza amable. Tuve la suerte de que no fuera un bruto bebedor como muchos propietarios de plantaciones.

—Y él tuvo la suerte de que aceptaras la situación y adaptaras tu matrimonio de forma beneficiosa para ambos.

—Fui más feliz cuando dejé de pensar en Matthew como mi esposo, la verdad. Después de aquello, Susannah y yo nos hicimos buenas amigas; era una mujer encantadora y amable. También me enamoré de los niños y me aseguré de que recibieran una educación igual a la que hubieran tenido como hijos legítimos. —Hizo una pausa—. En su lecho de muerte, le prometí a Susannah que los cuidaría como si fueran mis propios hijos —añadió con un nudo en la voz.

—Entiendo que Matthew emancipó a Susannah y a sus hijos.

Callie soltó un improperio.

—Prometió que lo haría, pero nunca encontró el tiempo para ello. Murió poco después que Susannah, y su muerte puso en riesgo a los niños.

—¿Por esto huiste de Jamaica con ellos?

—Sí, y traje a los padres de Susannah conmigo. Sarah y Joshua son mitad europeos, hijos de dueños de plantaciones y de esclavas. Trabajaban como mayordomo y ama de llaves en la plantación y amaban a los hijos de Susannah tanto como yo, así que les pedí que vinieran con nosotros y les di los papeles de emancipación de inmediato. Pero podría haber tenido problemas legales, dado que Matthew tenía un hijo legítimo de su primera esposa, Henry; él era el heredero, y no era de esos hombres que liberan esclavos valiosos.

—Por eso llegaste aquí y cambiaste tu nombre para que no pudiera encontrarte a ti ni a los niños

—dijo Gordon comprendiendo al fin la historia.

—Exacto. Matthew me había traído a Washington y a Baltimore varias veces, así que conocía ambas ciudades. —Se rio—. Bueno, Washington es más pueblo que ciudad, pero tiene sus aspiraciones, o las tenía antes de que los británicos decidieran quemar todo lo importante. Baltimore, en cambio, es mucho más grande y allí Matthew era dueño de un almacén con vivienda en la planta superior, que es donde envié a mi familia. Ahora lo único que necesito es reunirme con ellos para asegurarme de que todos están a salvo.

—¿Y cómo planeas llegar a Baltimore cuando la mayor parte de Washington ha huido, llevándose prácticamente todos los caballos, carruajes y carretas con ellos?

—Caminaré si es necesario —dijo con calma—. Puedo llegar a la ciudad en dos o tres días. Con suerte, algún carro o carruaje podría llevarme hasta allí.

Gordon hizo una mueca al imaginar a Callie caminando la distancia entre Washington y Baltimore a través de una zona en guerra.

—No es buena idea. Mira, vine aquí desde Londres en un barco que ahora está escondido en uno de los afluentes del Potomac, así que podemos navegar hasta Baltimore.

—Eso también podría ser complicado, pero lo pensaré por la mañana. Estoy tan cansada que mi mente se niega a cooperar. —Suspiró—. Quizás podamos turnarnos para dormir mientras el otro vigila que no aparezcan más soldados.

—No te preocupes. —Él se puso de pie y la alzó en brazos—. Tengo un sueño ligero y no he tenido un día agotador como tú, así que yo montaré vigilancia, ahora debes dormir.

Callie chilló por la sorpresa, pero luego se relajó mientras él la cargaba hacia la pequeña habitación. Gracias a la falta de muebles, Gordon se las arregló para evitar tropezar y dejarla caer, lo que hubiera interferido en su varonil tentativa de llevarla a la cama. Una vez en el dormitorio, la recostó en el lado que estaba contra la pared para que estuviera bien oculta.

—Hay una colcha ligera doblada al pie de la cama —murmuró ella.

Comenzaba a refrescar y, cuando encontró la colcha, la extendió sobre ella. Para entonces, Callie ya estaba dormida.

Gordon no había mentido sobre tener un sueño ligero y puso su cerebro en alerta ante cualquier sonido amenazante. Hecho esto, no encontró una buena razón por la cual no deberían compartir la cama, que parecía más cómoda que el suelo o el sofá; así que se tumbó a su lado, en silencio, y soltó el aliento en un largo suspiro mientras rodaba sobre su costado y colocaba su brazo izquierdo en la cintura de Callie.

Estaban peligrosamente cerca, sobre todo teniendo en cuenta que ella usaba solo una camisola y él estaba en camisa y calzones, pero no importaba. Por primera vez en más años de los que podía contar, todo parecía ir bien en el mundo.

8



Callie fue sacudida por el estruendo de un cañón. No, no era artillería sino truenos, porque un resplandor de relámpagos cercanos recorrió brevemente la habitación. Se tranquilizó, pues prefería una violenta tormenta que el ataque de un ejército, y volvió a dormirse. Se sentía maravillosamente relajada en cada fibra de su cuerpo. Otro relámpago y un trueno casi instantáneo sacudieron el techo y la despertaron de nuevo. De golpe le vino a la memoria que no estaba en su propia cama porque los británicos habían quemado su casa; estaba en la cabaña de invitados y no estaba sola, pues alguien le rodeaba la cintura con el brazo. Dio un respingo y se desveló rápidamente, presa del pánico, pero se calmó igual de rápido. Se trataba de Richard, que estaba milagrosamente vivo y yacía de costado detrás de ella. Incluso en la oscuridad, lo reconoció por su aroma y por alguna misteriosa esencia de su viejo amigo.

Para su alivio, él se movió y retiró el brazo que tenía en su cintura.

—Aquí las tormentas eléctricas son tan extremas como el calor —dijo, medio soñoliento.

—Cierto, pero la lluvia debería poner a raya los incendios, y eso es una bendición. —Callie se estiró mientras arqueaba su espalda y extendía los brazos por encima de su cabeza—. No puedo recordar la última vez que dormí tan bien. Tú me haces sentir segura. —Y después de una pausa, añadió—: ¿Recuerdas cuando decidimos usar el segundo nombre del otro?

—Llovía, aunque no tan ferozmente como ahora —respondió él de inmediato—. Éramos unos críos. Habíamos ido al lago, en Kingston, y estábamos camino a casa cuando la tormenta nos sorprendió y tuvimos que refugiarnos en un granero. Entonces me dijiste que no parecía un George y me preguntaste qué otros nombres tenía.

—Me gustaba más Gordon, pero sonaba demasiado duro; y Augustus, demasiado pomposo —rio ella—. Richard es más suave y cálido. Más como tú. —Desde ese día en el granero él había sido Richard para ella.

—Pocos podrían considerarme suave y cálido —dijo divertido—. Nadie me había llamado Richard, aparte de mi niñera. Pero me gustaba la idea de que tuviéramos nombres privados el uno para el otro, así que también buscamos entre tus nombres.

—Sí, porque dijiste que Catherine era demasiado señorial para una mocosa rebelde como yo. Aunque te recuerdo que yo ya tenía un nombre solo para ti: me llamabas Catkin porque, de pequeño, no sabías pronunciar mi nombre completo —respondió entre risas mientras él se quejaba, falsamente ofendido—. Sea como sea, ese día quisiste elegir un nuevo nombre para mí que no fuera Catherine, y eso dejaba como única opción a Callista; que, siguiendo tu «tendencia» —añadió burlona—, pronto acertaste en Callie.

—El nombre es inusual, como tú; pero el sobrenombre, Callie, es más... *travieso* —contraatacó él—. Además, me gustaba que Calisto hubiera sido una de las cazadoras de Artemisa en la mitología griega.

—A mí también me gustaba ser una cazadora; aunque más tarde aprendí que el nombre significa «la más hermosa». Estoy segura de que no era esa tu idea al escogerlo.

—Ahora que lo dices, eras una niña notablemente bonita, pero nunca pude darme cuenta por tu

cabello enredado y tu cara llena de barro —rió entre dientes.

—¡Ja! ¿Acaso tú eras mejor?

—Peor. Nos alentábamos mutuamente para meternos en problemas.

—Sin embargo, no éramos malos con otros niños, era una diversión inocente. —Callie suspiró con nostalgia—. Estoy contenta de tener a mi hermano de regreso.

Un destello de relámpagos iluminó brevemente la habitación y vio que Richard había arqueado las cejas.

—Tú tienes un hermano y no soy yo.

—La verdad es que casi no recuerdo a Marcus; era tan pequeño cuando me fui de Inglaterra, apenas un crío... Cumplió veintiuno recientemente —dijo ensimismada—. Espero que mis padres dieran un gran baile para celebrar la mayoría de edad de su heredero.

—Es muy probable —respondió Richard—. Pero, aquí y ahora, quiero aclarar que ni soy tu hermano ni te considero como una hermana.

—¡Pero éramos como hermanos, Richard! —protestó ella—. Tú no tenías hermanas y mi hermano no era lo suficientemente mayor como para ser un compañero de juegos, por lo que compartimos fraternalmente la manera de meternos en problemas. Como cuando nos llenábamos de lodo en el arroyo, montábamos y aprendíamos a saltar vallas o encubríamos los crímenes del otro. ¡Hasta nos castigaban juntos! De hecho, eras mucho mejor hermano que mi hermano de verdad.

—Pues *no* soy tu hermano —dijo él con tono crispado.

—¿No? —Callie parpadeó. Otro relámpago iluminó la silueta de Richard y sus rasgos fuertes y elegantes. Y ella sintió una sensación de pérdida, como si el hecho de que él negara su relación de infancia le quitara una parte atesorada de su pasado—. Pues a mí me gustaba tenerte como hermano...

—¡*No* soy tu hermano! —repitió él con la voz más dura. Y se inclinó para besarla.

En cuanto los labios de Richard cubrieron los suyos, la atravesó la turbación. ¡Eso no tendría que estar pasando! A su reacción de sorpresa la siguieron sensaciones distintas a las que había experimentado antes; emociones inquietantes y perturbadoras que la recorrieron de la cabeza a los pies y despertaron todo su cuerpo.

Apenas había comenzado a sentir interés en la mitad masculina de la especie cuando la casaron con un hombre tres veces mayor que ella. Matthew siempre había sido amable, incluso en su breve y ardiente luna de miel; sin embargo, Callie solo había sentido una leve curiosidad y una obediente aceptación en su cama matrimonial.

Pero eso... *eso* era diferente, y por primera vez comprendió por qué las mujeres echaban todo por tierra por los hombres. Sintió la promesa de algo salvaje ante el tacto de Richard, y eso la aterrorizó. Cuando él acercó una cálida mano hacia su cintura, a escasa distancia de sus senos, se apartó para pegarse a la pared que había al lado de la cama.

—¡Esto es muy mala idea! —dijo con la voz entrecortada.

—Tienes toda la razón. —Ante su reacción, Gordon no intentó acercarse ni besarla de nuevo—. Pero quería dejar claro que no soy tu hermano. Aunque nunca he tenido una hermana, estoy seguro de que no me sentiría así por ella.

—¡Espero que no!

Otro rayo iluminó los rasgos serenos de Richard. No parecía un bruto amenazante, pero era mucho más que su amigo de la infancia.

Ella había comprado una cama grande para que los invitados casados pudieran estar cómodos, pero ahora estaba llena de Richard, que dominaba el espacio y el aire que respiraba. Él era todo fuerza y poder, y Callie era consciente de que solo llevaba una fina camisola, y de que él tampoco vestía muchas más prendas. Comenzó a abrirse paso para salir de la cama, pero él la tomó de la muñeca.

—Quédate, Catkin —dijo con voz suave—. Aún falta para el amanecer y te prometo que no pasará nada que tú no quieras.

Dudó, pero se dio cuenta de que le creía. Además, a esa hora de la noche, con la lluvia cayendo sobre la cabaña, realmente no había otro lugar al que ir. Se recostó sobre la almohada, todavía escondida en la esquina entre la cama y la pared, y se cubrió con la ligera colcha.

No podía imaginar, no *debía* hacerlo, que su amigo Richard pudiera lastimarla, pero temía la agresividad masculina y el control que irradiaba. Callie había estado reprimiendo sus miedos desde que había huido de Jamaica; el día anterior los había traído de vuelta, y ahora tenía que volver a acallarlos. Su situación era difícil, pero no desastrosa, y debía concentrarse en sus problemas reales y no dejarse aturdir por un hombre.

—Lo único que quiero que hagamos es un viaje rápido y seguro a Baltimore —dijo fríamente—. Sin que lo compliques.

—Entendido. —Se acomodó de lado frente a ella. De esa manera ocupaba menos espacio—. Pero espero haber pasado de la categoría de hermano.

—Así es, aunque no estoy segura de si eso es bueno o malo. —Deseaba realmente que él fuera su hermano; de ese modo, todo sería mucho más fácil.

—No es ni bueno ni malo, simplemente es —respondió Richard—. Ya no somos niños, Callie. Tenemos una gran y profunda amistad, pero ahora somos dos adultos.

Ella nunca había pensado en su voz cuando eran niños, pero se dio cuenta de que ahora, de adulto, resultaba encantadora; sonora, flexible y peligrosamente persuasiva.

—Muy cierto. Y los adultos tienen menos confianza y tiempo, y más dudas, miedos y responsabilidades.

—Sí, y mi responsabilidad es mantenerte a salvo de los peligros de la guerra, lo que incluye reunirte con tu familia —dijo tranquilamente.

—¿Mi familia inglesa o mi familia de verdad?

—Tu familia inglesa está pagando por esta misión, pero tú eliges adónde ir. Cuando me pidieron que aceptara esta misión, dejé claro que no te llevaría a Inglaterra en contra de tu voluntad. De

todos modos, me pregunto si alguna vez has considerado regresar.

—A veces sueño con Inglaterra. —No le contó que, cuando lo hacía, generalmente las protagonistas eran las horas alegres que había pasado con él—. Fría, verde... el hogar de una manera en la que el Nuevo Mundo jamás lo ha sido para mí. Sin embargo, no regresaré para ser la pariente pobre de nadie. Me gusta tener libertad, vivir mi vida como me plazca. Comenzaré otro negocio de confección en Baltimore. Me tomará tiempo labrarme una clientela, sí, pero la ciudad es mucho más grande que Washington, ¡y es rica! Me las arreglaré, y lo haré bajo mis condiciones.

—Normalmente las mujeres se ocupan de su casa mediante el matrimonio... —observó él, remarcando la singularidad de Callie—. Por otro lado, las mujeres hermosas como tú suelen despertar el interés masculino, pero deduzco que no tuviste amantes después de desterrar a tu esposo de tu cama, ¿cierto?

Ella agradeció que la oscuridad ocultara su rubor.

—¡No iba a deshonorar a Matthew siéndole infiel! Además, tampoco fui tentada por ninguno de los hombres disponibles.

—Está claro que no hay nada como la falta de tentación para promover la virtud —dijo él con sequedad—. En todo caso, ahora eres una viuda y el matrimonio facilitaría tu situación.

—¡Qué forma más masculina de pensar! —resopló—. Con un matrimonio he tenido suficiente, te lo aseguro; no pienso repetir la experiencia. Sé arreglármelas muy bien sola.

—Parte de mi misión consiste en asegurarme de que no sufras apuros económicos —añadió él después de una pausa—. El dinero te sería útil para reconstruir tu vida si decides no regresar a Inglaterra, y tengo una buena cantidad a mi disposición.

—¡Andrew Harding debe ser muy rico para gastar tanto en una mujer que no conoce! —exclamó con sorpresa.

—Es rico y supongo que su esposa es muy persuasiva.

—Me cuesta imaginar que alguna de mis hermanas lo sea, pero también es verdad que hace más de quince años que no las veo... —De repente recordó cómo iban vestidas el día de su boda, justo antes de que se fuera de Rush Hall para siempre—. Si volviera, sería un *shock* verlos a todos crecidos.

—A veces me pregunto por mis hermanos, pero no lo suficiente como para descubrir lo que ha sido de ellos —dijo Richard—. Los dos mayores eran bastante despreciables, y los más pequeños todavía iban a la escuela. Además, como hubo tres madres involucradas y nos enviaron a estudiar a diferentes lugares, no los conozco bien. Sobre todo a los dos más jóvenes.

—Mis hijos se conocen y se aman. Así deberían ser las familias. Lo cual es otra razón para no casarse: nunca jamás podría aceptar un esposo que los menospreciara debido a su sangre mestiza.

—Ciertamente, eso requiere cautela en cuanto al matrimonio —admitió—. Las personas en general muestran su mejor cara durante el noviazgo, pero la realidad puede suponer un golpe inesperado después de la boda.

—Más buenas razones para no casarse —acordó Callie. Y, puesto que le era fácil hablar en la

oscuridad, le preguntó—: ¿Y tú? ¿Estás casado o alguna vez lo has estado?

—¡Dios mío, no! —exclamó, sorprendido—. He llevado una vida demasiado irregular para el matrimonio. Ninguna mujer cuerda querría tenerme a su lado.

Su aspecto y encanto podían fácilmente hacer que una mujer olvidara su cordura, pensó ella.

—¿Y qué deseas? —preguntó con curiosidad—. ¿Has vuelto a echar raíces en Inglaterra? ¿Quieres esposa e hijos? ¿Quieres cumplir el sueño de cualquier hombre inglés: ser dueño de una finca y convertirte en un hacendado?

Él resopló y ella lo escuchó girar sobre su espalda. Callie supuso que miraba hacia la oscuridad mientras respondía:

—Hace un tiempo te hubiera dicho que no. He llevado una vida errática y, aunque a veces ha resultado aterradora y dolorosa, otras ha sido muy gratificante. No cambiaría mi pasado, ni siquiera las partes que lamento. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué? —se apresuró a preguntar ella, mientras la voz de Richard se apagaba.

—Pues que ahora paso de los treinta... —Tras una pausa, continuó—: Hace cinco años, tuve una experiencia que me hizo analizar mi vida detenidamente. He hecho demasiadas cosas de las que no estoy orgulloso; y vivir de manera alocada es relativamente aceptable cuando uno es joven, pero después se vuelve... indecoroso. Desde entonces, he tratado de ser una mejor persona, para ayudar a otros en lo que sea necesario.

—¿Y cuál fue esa experiencia que cambió tu rumbo? —preguntó ella fascinada.

—Una ejecución inminente —respondió de forma breve—. Estaba en el norte de Portugal cuando los franceses invadieron el lugar. Cinco de nosotros terminamos encarcelados en un sótano húmedo y, como nos consideraron espías ingleses, nos condenaron a ser fusilados al amanecer. Esa noche, bebimos brandi malo y hablamos sobre cómo reconduciríamos nuestras vidas si por algún milagro sobrevivíamos.

Callie no podía creerlo: ¡parecía tan relajado al hablar de su sentencia de muerte!

—Está claro que sobreviviste. ¿Cumpliste tus resoluciones? —quiso saber ella.

—Sí, así fue cómo acepté mi actual profesión: digamos que me dedico a encontrar soluciones para la gente que no tiene los medios para resolver ciertos problemas.

—¡Eso suena digno de admiración! —señaló Callie—. Así que aquí estás, rescatando a una viuda pródiga en nombre de un caballero muy rico.

Richard no pudo evitar reírse.

—El trabajo lo vale y me pagan muy bien. Pero, como ya te dije, dado que estoy cerca de los treinta, he comenzado a pensar que tiene que haber algo más. Solo que aún no he descubierto qué.

—¿Matrimonio, familia y una casa señorial? —sugirió ella—. Recuerdo que tenías una herencia de tu padrino. ¿Sería suficiente para convertirte en un terrateniente?

—Imagino que sí, aunque contactar con el abogado de la familia significaría correr el riesgo de reunirme con mi padre o con mis hermanos —dijo sin entusiasmo—. Hasta el momento, mis interacciones con los nobles Audley se han limitado a alguna nota ocasional enviada a su abogado,

diciendo algo como: «¡Lamento informaros que sigo vivo!»

Callie soltó una carcajada.

—Veo que no has superado por completo tu deseo de irritar.

—No, así que es mejor que no los vea —respondió él sin pesar—. Y, si alguna vez me convierto en el mayor terrateniente del país, es poco probable que me encuentre con mis parientes, ya que son tan altivos que prefieren evitar a la «clase baja». Personalmente, en cambio, considero que las clases inferiores son mucho más interesantes que la mayoría de los miembros de la aristocracia.

—Eres lord George Gordon Richard Augustus Audley, tercer hijo del marqués de Kingston —dijo ella con una sonrisa—. No perteneces precisamente a las clases inferiores.

—Mi padre no estaría de acuerdo —replicó él con sequedad.

—Tu padre no tiene remedio, pero podrías entablar amistad con tus hermanos. Seguro que hay uno o dos de ellos a los que vale la pena conocer.

—Tal vez —reconoció Richard—. Aunque tendría que tratarse de uno de los menores, ya que los dos mayores son absolutamente detestables. En todo caso, prefiero a los amigos antes que a la familia, porque a los amigos podemos elegirlos.

—Si decides casarte y sentar cabeza, tu ingenio, tu rostro apuesto, tu título y tu modesta fortuna te lo pondrán fácil para encontrar una esposa que pueda ser tanto tu amiga como tu amante.

—Imagino que encontrar una buena compañera es la cosa más difícil sobre la tierra —dijo pensativo—. Y mi título no es muy útil; es mera cortesía. ¡Ayer no parecías nada impresionada por convertirte en *lady* George Audley!

Callie soltó una risita entre dientes.

—Estaba demasiado sorprendida como para estar impresionada. Además, el nombre de *lady* George me gusta tan poco como que tú seas lord George.

—Con un poco de suerte, no tendrás que volver a fingir ser *lady* George. —Tomó su mano con tranquilidad y entrelazó los dedos de ambos—. Deberíamos descansar una o dos horas más antes de enfrentarnos al nuevo día, que probablemente será bastante agitado.

—Ese es un buen plan —bostezó Callie—. Duerme bien, Richard. Y sueña con una esposa apropiada que sea tu amiga, y también con una vida feliz y sin incidentes.

—No sé si eso es posible, Catkin. Porque la única mujer con la que he estado a punto de casarme eres tú. —Lo escuchó murmurar mientras se quedaba dormida.

9



Ya había amanecido cuando Gordon se despertó, aunque la suave luz anunciaba que aún era temprano. El olor a madera quemada flotaba en el aire, pero la temperatura era relativamente fresca por el momento.

Callie se había movido durante la noche y había rodado hacia él; su cabeza descansaba sobre su brazo y sus suaves curvas estaban presionadas a lo largo de su costado. Parecía mucho más joven y completamente irresistible bajo la luz perlada. Unos mechones de pelo de un tono albaricoque se habían enroscado contra su piel clara, y Gordon sintió una oleada de deseo, puro e irracional; una necesidad imperiosa de inclinarse para besarla y acariciarla con una alegre pasión matutina... Pero debía resistirse por incontables razones; razones que comenzaban con «zona de guerra» y continuaban con que Callie no tenía ningún interés en él ni en cualquier otro hombre. Tal vez más adelante, cuando ella estuviera a salvo y su vida resuelta, estaría más abierta al flirteo. O tal vez eso nunca sucedería. Parecía bastante decidida a mantener a los hombres fuera de su vida, y él entendía el motivo. Los hombres de su vida no le habían hecho ningún bien.

Pensar en todo lo que ella había sufrido le produjo una profunda ternura, ensombrecida por el pasado, el presente y el futuro. El pasado era un alegre recuerdo lleno de diversión y largas conversaciones, hasta que habían sido separados y enviados a diferentes formas de exilio. El presente era deleite, peligro y un deber absoluto de alejarla de esa maldita ciudad de manera segura y de reunirlos con los niños que le daban sentido a su vida. El futuro era un misterio; lo único que sabía era que Callie tenía que formar parte de él. No podía adivinar lo que eso significaba, pero no importaba. Lo resolvería a medida que avanzara. Hoy debían escapar a Baltimore, reunir a su familia y luego dirigirse a Inglaterra cuanto antes. Tenía la intuición de que no sería tan fácil.

Ella se movió y sus ojos se abrieron de golpe al recordar dónde estaba. Su mirada se veía dorada al amanecer, y la intimidad entre los dos los apuñaló con profunda intensidad. Gordon quiso escapar de la cama de un salto, pero no le hizo falta porque Callie se le adelantó y se deslizó hasta los pies de la cama. Cuando se levantó, la colcha cayó y reveló su cuerpo, iluminado por un rayo de sol que hizo que su camisola se volviera translúcida. El deseo volvió a agitarse dentro de él, pero rivalizó con su pánico. ¿De dónde demonios venía esa reacción? Lo pensaría más tarde. Por el momento, cerró la puerta de sus pensamientos salvajemente cambiantes y se levantó de la cama.

—¿Cuándo podremos irnos? Supongo que quieres despedirte de la señora Turner. ¿Hay algo en esta cabaña que debemos llevarnos?

—Sí, quiero despedirme de Edith, pero viajaré muy ligera —dijo con pesar y sacó su vestido azul del armario—. Todo lo que tengo es la ropa que llevaba puesta ayer y mi pistola. Por fortuna, la falda de este vestido es lo suficientemente amplia como para montar a horcajadas detrás de ti sin resultar demasiado indecente.

—Tengo una solución mejor. —Él fue a la sala de estar y abrió una de las alforjas que había dejado junto a la puerta la noche anterior; extrajo dos prendas dobladas cuidadosamente y se las

entregó a Callie. También le dio una pieza plana, que rápidamente convirtió en un sombrero de ala ancha, adecuado para ocuparse del jardín o trabajar en el campo—. Usa esta ropa. Te irá algo holgada, pero no tanto como la mía.

—¿Vas por ahí con ropa que no te queda bien? —Sus cejas se alzaron cuando aceptó los pantalones marrones, la camisa de lino y el sombrero.

—Cuando voy a rescatar a viudas en zonas de guerra, sí —explicó—. Hay mujeres que prefieren morir antes que ponerse una prenda masculina, pero me gusta estar preparado. La ropa femenina no está bien diseñada para escapar de los problemas. Salir por las ventanas o montar a caballo es mucho más fácil en pantalones. Lo que pasa es que, como no sabía el tamaño que tendría mi viuda, me equivoqué en la talla.

—Así es —Callie se había puesto la camisa y le caía hasta las rodillas—, pero es más pequeña que la tuya.

—Te verás como una chiquilla, aunque eso no es malo en estas circunstancias. —Gordon pensó por un momento—. Ayer llevabas unas botas resistentes, ¿no es así? —Ella asintió—. Bien, mucho mejor que unos delicados zapatitos.

—Igual que tú, pensé que eran lo más apropiado en caso de que tuviera que correr para salvar la vida. ¿Pondrás esto en tu alforja? —Le entregó el vestido azul y luego desapareció en dirección al dormitorio para cambiarse.

Él también se vistió; se puso los pantalones y las botas, y se colocó bien la camisa. El grueso abrigo londinense podía esperar hasta que se fueran. Entonces exploró la cesta que la señora Turner les había proporcionado la noche anterior y encontró algún panecillo desmigajado, medio trozo de queso y una botella de limonada tibia pero deliciosa.

Callie salió de la habitación vestida con la camisa y los pantalones, y el cabello recogido para parecer un chico cuando se pusiera el sombrero.

—Supongo que usarás traje de gala —preguntó cuando se acomodó en la mesa para comer.

—Sí, y te envidio por tu vestimenta ligera —dijo él con sinceridad—. Pero, si nos topamos con tropas británicas, es posible que necesite convertirme en un remilgado lord. —Se sentó frente a ella, partió un panecillo y puso una loncha de queso en el medio.

Callie, por su parte, metió las botellas vacías en la cesta junto con la comida restante.

—Le devolveré esto a Edith cuando me despida. La voy a extrañar.

Gordon se levantó y se puso el abrigo.

—Ensillaré a *Samson* mientras echas un último vistazo.

—Aquí no hay nada que valga la pena llevarse, aunque... —Fue hacia la habitación y regresó con una manta doblada y su pistola—. Creo que va a ser molesto viajar sobre tus alforjas, así que usaré esta manta como almohadilla, para ir algo más cómoda.

Él tomó la manta y la pistola.

—Doy por hecho que está cargada. En lugar de guardarla con el equipaje, es mejor viajar con ella por si hay que usarla.

—Está cargada, sí. Y tal vez la necesitaremos más que ayer. —Se mordió el labio mientras miraba el arma—. Pero... no sé si puedo dispararle a alguien. Aunque tengo buena puntería, cuando esos soldados irrumpieron en mi casa, no logré apretar el gatillo. Matar a un solo hombre no me hubiera salvado, más bien al contrario, así que me libré de disparar, pero... hoy podría ser distinto y me asusta no ser capaz de hacerlo en caso necesario.

—Es difícil matar deliberadamente a otro ser humano —respondió Gordon con seriedad—. He tenido que hacerlo, y no ha sido fácil; no es algo a lo que me haya acostumbrado. Pero un disparo de advertencia puede tener un efecto disuasorio sobre los atacantes. De todos modos, si alguien en realidad se merece morir, me encargaré personalmente de ello, no te preocupes.

—Por mucho que me guste proclamar lo valiente que soy, con mucho gusto te cederé esa responsabilidad —sonrió con ironía.

—Adquirí este tipo de habilidades de la manera más difícil, así que haré lo que sea necesario, pero con moderación. —Agarró las alforjas y la manta doblada, y añadió—: Voy a ensillar a *Samson*. Podemos ir con él hasta la casa de la señora Turner para que puedas despedirte.

—De acuerdo. Echaré un vistazo para ver si aquí hay algo que Edith pueda usar, y luego me reuniré contigo fuera.

Él asintió y salió. El olor acre del humo era más fuerte en el exterior, pero la tormenta de la madrugada había empapado el suelo y sofocado algunos de los olores.

Samson había hecho buen uso del forraje y el agua, y se veía preparado para enfrentar el día. La idea de Callie de usar la manta como almohadilla era buena y Gordon la aseguró sobre las alforjas en la espalda ancha de *Samson*.

Cuando salía del cobertizo con su montura, vio que Callie estaba en el exterior, pero había girado a la derecha, hacia los restos de su casa, en lugar de ir hacia la de la señora Turner. La siguió mientras guiaba a *Samson*.

Ella se detuvo y contempló las ruinas, con el rostro endurecido. Al derrumbarse, los ladrillos carbonizados y las maderas ennegrecidas habían formado montones irregulares. La lluvia había convertido las cenizas en suciedad y caos. Y, en el extremo más alejado, se levantaba una fina nube de humo.

—Lo siento, Catkin —dijo Gordon en voz baja. Ella se giró de repente y caminó hacia él, con la mandíbula apretada.

—Así termina otro acto de mi vida —respondió ella, ignorando su simpatía—. Veremos qué viene después.

Él caminó a su lado y *Samson* los siguió obedientemente. En ese momento, Gordon se dio cuenta de que habían evitado mirarse a los ojos desde que se habían despertado; definitivamente, su relación era imposible de definir.

—Hay unas cartucheras ocultas en el borde frontal de las alforjas. —Dio unos golpecitos a la bolsa izquierda—. Tu pistola está aquí, no es visible pero será sencillo extraerla si es necesario.

—Has recordado que soy zurda —dijo ella, sorprendida.

—Por supuesto, como yo. —Rio entre dientes—. Somos *siniestros*, que significa «izquierda» en latín. Eso les dio a nuestros padres otra razón para creer que éramos discípulos de Satanás.

—Nunca les faltaron razones para creer eso. —Ella sonrió y gran parte de su tensión desapareció—. Tampoco se dieron cuenta de que tratar a un niño como si fuera malo lo volvería realmente malo en algún momento.

—¿Crees que funciona en el sentido opuesto? —indagó con curiosidad—. Es decir, si tratas a un niño como si fuera bueno, ¿se volverá así?

—Probablemente, pero no estoy segura. Mis hijos siempre han sido buenos.

Su conversación terminó cuando Edith Turner los vio y salió de su casa.

—¡No te habría reconocido, *lady* George! —exclamó mirando a Callie—. ¿Ya os vais?

—Sí, he venido a despedirme y a dejarte la llave de la cabaña. Siéntete libre de usarla si es necesario. —Callie dejó la canasta en el suelo y le dio un abrazo a su amiga—. No sé si volveré nunca, Edith.

—La cuidaré bien, señora Turner —agregó Gordon cuando las lágrimas de ambas parecían inminentes.

Las mujeres deshicieron su abrazo.

—Estoy segura de que lo hará —dijo la señora Turner después de secarse los ojos. Y añadió—: Catherine, querida, tu hermosa casa ha desaparecido, pero el terreno está bien situado. ¿Vas a venderlo?

—No había pensado en eso. —Callie tenía una expresión vaga—. Pero tienes razón. Es una buena ubicación. Supongo que Washington seguirá existiendo sin importar cómo termine esta guerra bestial, y la propiedad ya no me sirve.

—Si alguien está interesado, ¿tienes un abogado al que pueda derivarlo?

—Pues... hay un abogado en Georgetown que me ha ayudado en algunos asuntos: el señor Key; Francis Scott Key. ¿Lo conoces? Hice algunos vestidos para su esposa y me hice amiga de ambos.

—Conozco el nombre, sí. Le enviaré a cualquier comprador interesado —respondió la señora Turner—. Cuídate, querida, y escribe cuando estés instalada.

Callie prometió hacerlo. Gordon montó a *Samson* y le ofreció una mano. Ella la tomó, apoyó su bota en el estribo y se colocó detrás de él.

—Por favor, di adiós a mis otros amigos de mi parte, Edith.

—Lo haré. Te extrañarán, a ti y a tus maravillosos vestidos. ¡Espero que tengáis un buen viaje! Gordon también lo esperaba.

10



Las calles de Washington estaban silenciosamente tensas. Algunas personas se dedicaban a sus asuntos, pero sus miradas eran recelosas. Callie vio a un vendedor ambulante, un negro libre llamado Harry, que iba de casa en casa con su carrito lleno de productos frescos. Ella le había comprado frutas y verduras en muchas ocasiones. Ver aquello la reconfortó: Washington quizás era una ciudad ocupada, pero la vida continuaba.

Era mejor concentrarse en la ciudad que pensar en lo cerca que estaba del viril cuerpo de Richard. Despertar en la misma cama con él esa mañana había sido profundamente desconcertante, porque una parte de ella lo encontraba muy natural. El deseo nunca había sido parte de su vida, pero aparentemente había estado latente y comenzaba a agitarse. Ese no era, sin embargo, el mejor momento para ello.

Doblaron una esquina y vieron a un gran número de tropas británicas marchando en dirección a la casa quemada del presidente. Cerca había un edificio de ladrillo que no había sido tocado.

—Parece que se dirigen hacia ese edificio, es la sede de los ministerios de Estado, Guerra y Marina —señaló Callie.

—A juzgar por los hombres que transportan pólvora y cohetes, esas oficinas recibirán el mismo tratamiento que otros edificios del Gobierno —dijo Richard sombríamente—. Tal vez lo más sabio sería tomar otra ruta.

Antes de que Callie pudiera responder, un hombre que galopaba en solitario apareció desde un callejón insultando a gritos a los británicos, levantó una pistola y disparó. Inmediatamente fue derribado por una lluvia de disparos como respuesta.

Cuando el jinete cayó al suelo, sangrando, Richard viró y espoleó al caballo, para que empezara a galopar.

—¡Definitivamente, otra ruta! Conoces esta ciudad. Dame indicaciones.

—Ve al final de esta calle y gira a la izquierda. —Callie tragó saliva, sacudida por la rápida e inesperada violencia—. ¿Por qué un hombre haría una cosa tan suicida?

—Supongo que odia a los británicos y que se ha emborrachado lo suficiente como para actuar de forma estúpida —dijo Richard, lacónico—. Ya has visto el resultado.

Probablemente él tenía razón, era un acto estúpido; pero ella solo pensó en lo peligroso que podía ser un ejército de ocupación. Unos minutos después, se toparon con otro grupo de soldados que destrozaban una tienda mientras un incendio ardía detrás del edificio.

—Ese que supervisa es el almirante Cockburn —dijo Richard—. ¿Sabes qué negocio es?

—Un periódico, el *National Intelligencer*. El editor ha estado escribiendo artículos incendiarios sobre los británicos en general y sobre Cockburn en particular —respondió Callie—. Parece que el almirante está cobrándose una venganza personal. Dobla a la derecha en esta esquina.

Richard obedeció en silencio. Transitar las calles más pequeñas y sin edificios gubernamentales les ahorraría enfrentarse a los peligrosos disturbios.

Se acercaban a las afueras de la ciudad cuando una patrulla de soldados británicos liderados

por un oficial a caballo salió de una calle transversal y se dirigió directo hacia ellos.

—¡Alto! —gruñó.

—¿Deberíamos tratar de escapar? —preguntó Callie con una voz tan calmada que la sorprendió.

—Si lo hiciéramos, podrían pensar que tenemos motivos para correr y nos dispararían. Es mejor que los afrontemos. Somos ingleses, después de todo. No sus enemigos.

—Habla por ti —dijo ella de manera tajante—. Yo vivo y trabajo aquí, podría ser considerada una traidora.

—Los golfillos como tú están bajo la protección de los oficiales británicos —le aseguró Richard antes de detener a *Samson* y esperar que el oficial los interceptara.

—¿Quiénes son y qué los trae por aquí? —preguntó el teniente con tono amenazador. Callie posó su mano izquierda sobre la culata de su pistola, pero no la extrajo de su escondite.

—Mi nombre es lord George Audley y los asuntos del rey me traen por aquí —respondió Richard con un acento aristocrático lo suficientemente afilado como para cortar el cristal.

—Así que es un lord... —El teniente adoptó un aire despectivo—. ¡Y yo soy el maldito Bonaparte! Parece inglés, pero apuesto a que es un yanqui traidor.

—Pues apuesto que perderá su apuesta —replicó Richard en su tono señorial—. ¿Le enseño mis cartas de presentación?

—Puede hacerlo, pero no le garantizará que le crea.

—Esto debería bastar. —Richard extrajo una bolsa impermeable del interior de su abrigo y la abrió con gran deliberación—. Tenga cuidado —le dijo después de entregarle una pieza de papel cuidadosamente doblada.

El oficial abrió la carta y le echó un vistazo.

—¿Lord Liverpool? ¿El primer ministro? —jadeó.

—Sí. ¿Prefiere una carta de lord Castlereagh? Como ministro de Asuntos Exteriores, podría ser apropiado. —Richard sonrió con arrogancia—. O, si espera un momento, creo que tengo una carta del duque de Wellington, el más relevante de todos.

—¿Qué hace en una capital enemiga conquistada? —El teniente le devolvió la carta de lord Liverpool, reprimiendo su ira.

Richard dobló la carta ceremoniosamente, la metió en la bolsa de piel, la devolvió a su bolsillo interior y respondió con altivez:

—Eso, teniente, no es asunto suyo. ¡Ahora déjenos pasar!

El oficial hizo un gesto a sus hombres y se abrió un pasillo en medio de la patrulla. La piel de Callie se erizó mientras cabalgaban a través del grupo de soldados ceñudos.

—¡Hay una maldita mujer cabalgando detrás de él! —exclamó uno.

—¿Trajo a su propia ramera? —gruñó el teniente.

—La dama es mi *esposa* —dijo Richard con intensidad letal después de darse la vuelta—. Anoche, un grupo de soldados británicos atacó a *lady* George y apenas pude rescatarla a tiempo. Puesto que no se puede confiar en que nuestras tropas se comporten correctamente, ha tenido que

disfrazarse por su propia seguridad. Imagino que no la culpará por ello, ¿verdad? ¡Ahora déjenos pasar o correrá la sangre!

El oficial palideció:

—¡Largo y aléjense de las patrullas británicas!

—Es lo que vamos a hacer, créame. —Richard giró y continuaron avanzando calle abajo, a través de la patrulla. A Callie se le erizó la piel de nuevo mientras se alejaban.

—¿Cuáles son las probabilidades de que uno de los soldados dispare? —murmuró.

—Escasas, pero no imposibles —respondió Richard con honestidad.

—Eso me temía —dijo ella en tono grave—. Ese horrible teniente parecía listo para asesinar solo porque podía hacerlo.

—Que todos sus conejos mueran y no pueda vender las conejeras —maldijo él con impecable acento aristocrático.

Después de un momento de desconcierto, Callie estalló en una risa que liberó parte de la tensión acumulada.

—¡No había oído a nadie decir eso desde que salí de Lancashire!

—Una de las razones por las que me gustan «las clases bajas» es porque a menudo tienen frases tan maravillosas —Richard se echó a reír.

—Extraño la franqueza del norte de Inglaterra.

—Es más fresco allí también. La lluvia de esta mañana no alivió la temperatura. —Pasó un dedo por el borde de su pañuelo de cuello para aflojarlo un poco—. Estaré encantado de volver al *Céfiro* para poder quitarme el abrigo y el pañuelo.

—Debes estar incómodo —observó ella, compasiva—. Pero lucir y hablar como un señor ayuda cuando se trata con los soldados británicos. No funcionaría tan bien con los estadounidenses.

—Lo he notado —dijo, adaptando su acento al de un hombre que sería considerado educado y cortés en cualquier lado del Atlántico.

—Los estadounidenses son extraños —murmuró Callie—. Desprecian y al mismo tiempo se sienten fascinados por la nobleza británica. Dado que no tenía ningún deseo de llamar la atención, yo jamás mencioné que mi padre era un lord.

—Ni que estabas casada con uno —dijo él en broma—. Por cierto, manejaste muy bien nuestra escena de reencuentro. Fue conmovedor.

—Bueno, supongo que las representaciones teatrales que hacíamos de niños fueron útiles. Aunque generalmente prefiero una combinación de honestidad y decir lo menos posible sobre mí misma.

—La verdad tiene la ventaja de ser más fácil de recordar que las mentiras. —Richard guio a *Samson* a un lado de la carretera mientras un carro militar británico los adelantaba con varios soldados dentro. Estos les dirigieron miradas curiosas, pero nada más. Entonces, prosiguió—: Anoche no terminamos nuestra discusión sobre el nombre. Me di cuenta de que la señora Turner te

llamaba Catherine, que es un nombre lo suficientemente común como para no llamar la atención.

—Exacto. En Jamaica, sin embargo, era la señora Callista, porque le pedí a mi esposo que me llamara Callista, no Catherine. ¿Y tú? ¿Qué nombre usas generalmente? ¿O has tenido docenas a lo largo de los años?

—No han sido *docenas*. Bueno, tal vez dos docenas —dijo después de un momento de reflexión—. Pero solo he creado identidades falsas cuando ha sido necesario. Principalmente he pasado por Gordon. Como dices, tiene un sonido más firme y duro que George o Richard, y Augustus nunca ha estado en la carrera. Gordon, además, puede ser un nombre o un apellido, por lo que es muy ambiguo.

—Igual que tú.

—Me gusta ser ambiguo. Es más seguro.

Callie podía entender esa necesidad de seguridad. Después de todo, ella se había creado una nueva identidad cuando se había mudado a los Estados Unidos.

—Con todas tus identidades cambiantes, ¿hay algún lugar al que llames hogar?

—Cuando regresé a Inglaterra, compré una casa en un agradable vecindario de Londres, no muy distinto a Mayfair, pero menos imponente. Descubrí que me gustaba tener un lugar al que llamar hogar. —Aquello asombró a Callie. Entonces, después de que *Samson* avanzara unos pasos, agregó—: Me sorprendió descubrir que esperaba regresar allí cuando estaba lejos.

Dados los desafíos a los que había sobrevivido después de ser transportado a Nueva Gales del Sur, a ella le gustaba saber que él había madurado hasta el punto de ansiar un hogar real; todo el mundo necesitaba un hogar. Ese pensamiento le provocó una profunda punzada por la casa que había amado y en la que había conocido la felicidad, y que acababa de perder; sin embargo, en última instancia, se trataba solo de una casa. La gente que la había convertido en hogar la esperaba en Baltimore.

De repente, una explosión destrozó el aire y entumeció los oídos. El plácido *Samson* se sobresaltó tanto que dio un respingo y empezó a sacudirse hacia ambos lados. Callie agarró instintivamente la cintura de Richard para mantener el equilibrio y por un momento estuvieron en peligro de caerse.

—¡Resiste! —Después de unos momentos de tensión, Richard volvió a controlar el caballo—. A *Samson* no le gustan los ruidos repentinos —dijo mientras acariciaba el cuello del animal con dulzura.

—¡A mí tampoco! —Callie le soltó la cintura con los nervios de punta—. ¿Tienes alguna idea de lo que ha podido ser?

—Una explosión tan grande es probable que venga de un almacén de pólvora estadounidense, y podría haber sido causada por cualquiera de los bandos para mantenerlo fuera del alcance del enemigo. Espero que no hubiera nadie cerca. —Richard hizo avanzar más rápido a *Samson*—. La verdad es que estaré encantado de salir de Washington. Están sucediendo demasiadas cosas impredecibles.

Callie estuvo de acuerdo. Su nerviosismo disminuyó cuando salieron de la ciudad y se dirigieron hacia el este siguiendo un agradable camino rural. Los árboles altos mantenían la senda algo más fresca que la ciudad, aunque el ambiente aún resultaba denso y no corría el aire.

—¿Cuánto dura el viaje hasta nuestro destino?

—Tenemos alrededor de dos horas hasta Tucker Hall si nada nos entretiene. El barco debería estar esperándonos en el Tucker, cerca de la plantación.

Callie miró las nubes oscuras que se agitaban en el horizonte.

—Se acerca una tormenta. Espero que lleguemos a nuestro destino antes de que llegue.

—¿Otra tormenta? —Él levantó la vista y vio las nubes que se juntaban—. ¡Qué lugar tan alegre es tu Maryland!

—Las tormentas de tarde son comunes en verano, pero generalmente tienen un alcance limitado. De hecho, puede llover a un lado de Washington y no caer ni una gota en el otro. Con suerte, esta podría esquivarnos. —Callie estudió la amplitud de las nubes oscuras y turbulentas—. Pero no soy optimista.

—Yo tampoco. —Richard apresuró el ritmo de *Samson*—. Aunque la lluvia solo moja, lo que es leve en comparación con la amenaza de los soldados armados.

—La lluvia resultaría agradablemente fresca —admitió ella—. Pero las tormentas de verano pueden ser virulentas en esta parte del mundo.

Las nubes se acercaban con destellos de rayos visibles, lo que sugería que la tormenta sería una de las malas. Callie deseó que pudieran refugiarse, pero el camino estaba muy alejado de las pocas construcciones de la zona.

El cielo se oscureció tanto que Richard redujo la velocidad para ver por dónde pasaban. Una brisa comenzó a agitar el pesado aire y poco a poco se fortaleció hasta convertirse casi en un vendaval. Las ramas pequeñas y las hojas muertas del otoño giraban en el aire, y chocaban entre sí con fuerza. Pronto comenzaron a caer gotas pesadas y gruesas. Al principio, estas solo los salpicaban. Pero entonces los árboles del bosque comenzaron a quebrarse y se desató el infierno.

11



En un instante, la lluvia pasó de llovizna a soplar de lado, empapándolos. Al principio, el agua era fresca, pero cuando el viento se levantó, Callie comenzó a sentirse helada.

—Ojalá nos hubiéramos refugiado, pero esperaba llegar a Tucker Hall antes de la tormenta —gritó Richard, alzando la voz sobre su hombro contra el rugido del viento y la lluvia—. No estamos lejos, así que aguanta. Pronto estaremos seguros y a cubierto.

—Mojarse sienta bien, ¡aunque no le está haciendo ningún bien a tu hermoso abrigo! —exclamó ella animada—. La lluvia podría parar tan repentinamente como ha comenzado. Estas tormentas pasan rápido.

Al menos, en general lo hacían, pensó; aunque esa era la tormenta más violenta que había visto desde que un huracán azotara Jamaica. O tal vez le parecía peor porque nunca había estado al aire libre cuando hacía mal tiempo... Se estremeció cuando un relámpago brilló en lo alto, seguido por un trueno retumbante. *Samson* volvió a asustarse y Richard tuvo que usar su considerable habilidad para evitar que el caballo saliera corriendo.

—*Samson* está aterrado por estos ruidos —dijo mientras desaceleraba el ritmo para calmarlo.

Los relámpagos y los truenos ya eran simultáneos. Un árbol cayó al otro lado del camino, justo detrás de ellos, y *Samson* entró en pánico. Se levantó sobre sus patas traseras y empezó a sacudirse de manera salvaje. Al ver que iba a caer, Callie soltó la cintura de Richard para no arrastrarlo con ella. Experimentada en caídas, se acurrucó y, al tocar el suelo, rodó entre relámpagos, truenos y árboles, hasta que chocó con unos troncos. La naturaleza le acababa de mostrar cómo era estar en un bombardeo, pensó mareada.

Richard logró mantenerse en su montura. Y, tan pronto como *Samson* estuvo bajo control, descabalgó.

—Callie, ¿estás bien? —preguntó con urgencia.

—Estoy bien. —Ella aceptó la mano que él le tendía—. El suelo es tan suave que ni siquiera tendré moretones. ¡Pero gracias a Dios que no estábamos un poco más atrás! —dijo señalando el enorme árbol que acababa de caer; sus ramas frondosas aún vibraban por el impacto con la tierra. Habrían muerto si hubieran estado debajo.

Richard maldijo, pero, como estaba cerca de *Samson*, lo hizo con la voz suave que solía calmar al caballo.

—No es seguro quedarse aquí. Hay un puente sobre un arroyo a la vuelta de la siguiente curva. Parecía fuerte cuando lo crucé ayer, así que espero que aún sea transitable. Del otro lado hay un pequeño granero en el que podemos refugiarnos si la lluvia no ha aflojado para entonces.

—De acuerdo. ¿*Samson* cruzará el puente?

—Creo que sí. No lo culpo por estar asustado. —Gordon acarició el cuello del caballo, luego comenzó a avanzar por el camino fangoso, y *Samson* caminó obediente a su lado—. Quédate cerca, no hay mucha visibilidad debajo de esta lluvia.

—Es mejor que las balas. Caminaré al otro lado de *Samson* y sostendré un estribo.

—Buena chica. Al menos la lluvia te lavará rápidamente todo el barro. —Le sonrió, por encima

de la silla de montar.

Ella lo miró: su sombrero había volado hacia el bosque y su cabello rubio estaba oscurecido por la lluvia. Era el hombre más hermoso y elegante que había visto en su vida. De repente, se dio cuenta de que aquello se estaba convirtiendo en una aventura y no en un empapado fastidioso, y se echó a reír a carcajadas.

—¡Seré la mujer más limpia de Maryland!

Limpia, pero despeinada por el viento, que arrastraba algunas ramas y hojas que chocaban contra ella. Se recordó a sí misma que eso no duraría mucho más. El huracán en Jamaica había durado horas, pero eso no era Jamaica.

Como Richard había predicho, el puente estaba cerca de la siguiente curva y los vagos contornos de un granero se hicieron visibles al otro lado del arroyo. El edificio parecía intacto y se encontraba en una pradera con árboles lo suficientemente lejos como para no aplastar la estructura si caían. Callie se sintió tranquilizada por ello. Pero primero tenían que cruzar el puente, y el arroyo estaba a punto de desbordarse, con sus aguas que se agitaban corriente abajo como caballos salvajes.

—¡Supongo que el nivel del agua no era tan alto ayer!

—¡No! Estaba considerablemente más bajo y bajaba mucho más tranquilo —dijo él, sombrío—. Pero el puente parece sólido —añadió mientras lo analizaba de nuevo—: está hecho de varios troncos grandes que cruzan el arroyo, con tablas clavadas en la parte superior para nivelarlo y pilotes en ambos extremos y barandas... debería ser seguro si cruzamos antes de que el agua suba más.

Otro árbol se estrelló detrás de ellos, lo suficientemente cerca como para que las hojas rozaran los talones de Callie.

—¿Quieres que cruce el puente para comprobar que todavía es seguro? —preguntó ella.

—Peso más que tú, yo haré la prueba. Toma a *Samson*. —Ella tomó la brida mientras acariciaba el cuello del animal y le murmuraba palabras de consuelo. El caballo se veía nervioso ante el puente y el agua que corría, pero no preso del pánico. Sería fácil guiarlo.

Richard se acercó al puente con cautela. A pesar de no tener sombrero y de estar empapado, seguía pareciendo un caballero. Y, como le había dicho, era un aventurero pragmático; no tomaba riesgos innecesarios, así que comenzó por agarrar y zarandear la barandilla del lado izquierdo. Era una rama larga y delgada, irregular pero sólida, que no se movió. Entonces, aferrado a la barandilla, golpeó los tablones con un pie mientras mantenía el otro en tierra. El puente vibró con su pisada y el agua golpeó contra los pilotes, pero continuó siendo sólido y seguro. Richard lo cruzó con cuidado; era corto, mediría unos treinta pies. Y tras atravesarlo, regresó más rápido.

—Es un buen puente. Venga, ¡entremos a ese granero antes de que un rayo o un árbol nos caiga encima! Pasa tú primero. Una vez que estés a salvo del otro lado, llevaré a *Samson*.

Callie esperó a que Richard tomara el control del caballo y luego, cautelosa, empezó a cruzar el puente. Después de una breve disminución de intensidad, la lluvia había vuelto a caer con tanta

fuerza que apenas podía ver la orilla opuesta. Además, aunque el puente parecía sólido, el temblor de la estructura se notaba más fuerte ahora que caminaba sobre él. El agua salpicaba los tablones y, en cuestión de minutos, el puente estaría completamente sumergido.

—¡Ahora tú! —gritó cuando llegó al otro lado y pisó agradecida la tierra.

Samson estaba nervioso, pero había sido bien entrenado. Con Richard a cuestas, caminó con precaución y comenzaron a cruzar. La mirada de Callie estaba tan concentrada en el hombre y en el caballo que no vio el árbol desarraigado que bajaba a toda velocidad por el arroyo.

Justo antes de que golpeará contra el puente, lo vio y gritó:

—¡Richard! ¡Ten cuidado!

Antes de que pudiera decir algo más, las enormes raíces del árbol se estrellaron contra el centro del puente, rompieron las tablas y arrancaron los troncos de los pilotes que los aseguraban. *Samson* se asustó y tiró a Richard. Callie instintivamente trató de atrapar al caballo cuando este pasó a todo galope junto a ella, pero falló y apenas se salvó de caer bajo sus cascos atronadores.

Richard, ¿dónde estaba Richard?

¡Dios mío, había caído en la furiosa corriente y estaba siendo arrastrado! Una de las barandillas del puente se había soltado y estaba a punto de ser arrastrada por el agua. Callie la sujetó antes de que el agua pudiera llevársela y corrió a lo largo de la orilla con la larga baranda detrás de ella.

Un poco más adelante, un árbol joven había caído al agua, pero sus raíces seguían conectadas a la orilla. Richard logró aferrarse a una de las ramas superiores, que llegaba casi a la mitad del arroyo. Las delgadas ramas se doblaron y las raíces comenzaron a salir del montículo de tierra, pero su agarre lo detuvo lo suficiente como para que Callie lo alcanzara.

—¡Toma esto! —gritó ella.

Él levantó la vista y la vio empujando la barandilla a través del agua hacia él. Soltó las ramas a las que se agarraba justo cuando el árbol era arrancado del terraplén y fue capaz de atrapar el extremo de la baranda antes de ser llevado por la corriente. Su peso casi arrastró a Callie, que se zambulló en el fango para sostenerlo con todas sus fuerzas. La madera estaba resbaladiza, pero se las arregló para agarrarse mientras Richard se arrastraba por la barandilla hacia ella.

Él tenía sangre en el pelo y Callie supuso que había sido golpeado por los escombros flotantes, pero lo importante era que había luchado obstinadamente a través de la corriente caótica y que había conseguido llegar a la orilla. Ella tiró de él para sacarlo del agua y permanecieron uno al lado del otro, sin aliento, por un largo momento mientras la lluvia golpeaba sus cuerpos empapados.

—¡Realmente comienzo a detestar tu país! —dijo Richard con la voz entrecortada.

Callie no pudo evitar reírse.

—Ahora mismo a mí tampoco me gusta demasiado esta parte de América, te lo aseguro.

—Venga, debemos llegar a ese granero.

—¿Estás herido? —Ella se incorporó y miró el arroyo. El puente había desaparecido, solo quedaban los pilotes.

Richard movió brazos y piernas y luego se frotó la herida de la cabeza, haciendo una mueca.

—Estoy algo magullado, pero creo que no hay nada roto. —Se sentó, moviéndose con cuidado—. Supongo que *Samson* ya estará llegando a su casa.

—Si tuviera cuatro patas, estaría justo detrás de él —dijo ella con ironía.

—¿Vamos a por un techo para refugiarnos? —Él se incorporó y le ofreció una mano. Cuando ambos estuvieron de pie, Richard le pasó un brazo por los hombros y se abrieron paso hasta el granero, golpeados por la lluvia que aún caía.

—Creo que está cediendo. —Ella tropezó en un surco y él evitó que se cayera.

—Optimista. Creo que este es el primero de los cuarenta días y cuarenta noches que ahogarán el mundo —respondió mientras levantaba el pestillo de hierro que aseguraba las puertas del granero y abría una para ella, que entró agradecida de poder resguardarse de la fuerte lluvia. Al cerrar la puerta quedaron a oscuras, salvo por la luz que entraba por los orificios de ventilación que había debajo de la cornisa. La oscuridad aumentaba la fragancia del heno verde y fresco, y Callie emitió un sonido involuntario cuando ese olor tan característico la hizo retroceder quince años, hasta la noche en la que también se habían refugiado en un granero durante su condenada fuga.

Richard echó un vistazo a las familiares herramientas de granja, las vigas ásperas y el forraje almacenado, y exhaló suavemente.

—Estás pensando en el granero en el que nos quedamos cuando escapamos, ¿cierto?

—¿Cómo no hacerlo? —le contestó contemplando su contorno oscuro. Aquel había sido el momento en que toda su vida había cambiado, pensó.

12



El granero de Lancashire estaba a media vida y a miles de millas de distancia. Gordon había sido un joven estúpido que no se daba cuenta de lo desastrosas que podían ser sus acciones impulsivas, y había sido el maldito tonto que había sugerido que huyeran juntos.

Respiró hondo y lentamente mientras se quitaba su pesado abrigo empapado y lo dejó caer al suelo en una pila mojada.

—Veamos si el americano es tan cómodo como la variedad británica. —Tomó la mano de Callie y la atrajo hacia un montón de heno suave y fragante.

Ella lo siguió de buena gana, exhausta por el día y el peligro. Él se tumbó de lado y estudió su rostro: la tenue luz enfatizaba la delicadeza de sus rasgos; su sombrero también se había perdido, y su larga trenza de cabello rojo cobrizo se veía más oscura a causa de la lluvia.

—Pareces una rata extenuada —dijo cariñosamente—. Una rata extenuada muy bonita. Gracias por sacarme del agua.

Inclinó la cabeza, con la intención de darle un ligero beso de agradecimiento en la boca, pero ella acercó los labios y descubrió que no podía parar porque Callie le devolvía el beso. Su mente se volvió tan turbulenta como las aguas rugientes que casi lo habían ahogado. Entonces ella lo rodeó con los brazos y soltó un pequeño suspiro.

«*Callie, Callie...*» Su mano se deslizó hacia abajo para tomar el suave pecho oculto debajo de su camisa mojada y holgada. Era dulce, fuerte y profundamente femenina; una mujer como ninguna...

—¡No! —Ella se apartó de repente, aplastando el heno y liberando un fresco aroma a trébol—. ¡Te necesito como amigo, Richard! ¡No tengo espacio en mi vida para nada más!

Él quería besarla de nuevo y hacerla cambiar de opinión, pero había aprendido algunas cosas a lo largo de los años.

—¡Lo siento! Ha sido un impulso de agradecimiento que ha salido mal. No debería haber sucedido. —Se puso de espaldas, con la mirada fija en los tenues patrones de luz de los orificios de ventilación—. Solo quería darte las gracias con un beso, pero tienes un... efecto desafortunado en mi sentido común y me olvido de que estoy aquí para ayudarte, no para hacerte la vida más complicada.

—Más complicada, pero mejor. —Callie respiró hondo y él se alegró de ver que ella tenía sentimientos parecidos a los suyos—. Gran parte de la culpa es mía. No debería haberte devuelto el beso, pero por unos momentos... me pareció una buena idea.

A él le había parecido una idea espléndida. Pero...

—Me aterrorizas, Callie.

—¿Yo? —Parpadeó en su dirección—. ¡Ni siquiera estoy armada!

Río y la tensión disminuyó considerablemente.

—Estoy bastante seguro de que podría vencerte en una pelea justa, aunque probablemente no sería así en una más injusta.

—Pues es el único tipo de pelea que intentaría —respondió rápido—. ¿Por qué pelear justo con

alguien que tiene dos veces mi tamaño?

—Esa es mi chica. —La tomó de la mano, sin intentar acercarse—. Eres aterradora porque... —Dudó mientras pensaba en ello—. A lo largo de los años he tenido amigos y enemigos, pero... no he estado muy cerca de nadie desde que era un crío, y entonces también estabas tú.

—Lo siento —dijo suavemente—. Entiendo que la situación puede ser desconcertante. —Y después de un largo silencio, añadió—: Yo he estado cerca de otros, particularmente de los niños, de Sarah y de Joshua, pero mi amistad contigo era un tipo diferente de cercanía; algo que no he vuelto a tener desde que nuestros caminos se separaron.

—¿Quién podría haber adivinado hasta qué punto nuestras vidas divergirían teniendo en cuenta que comenzamos en lugares tan similares? Ahora que lo pienso, me resulta muy curioso. —Él le apretó la mano brevemente—. Ahora descansa, Catkin. Creo que la lluvia está amainando. Cuando pare del todo, haremos a pie el último trecho hasta Tucker Hall.

Ella exhaló bruscamente.

—Buena idea. La lluvia en el techo es mucho más relajante que sobre la cabeza. —Cerró los ojos y su respiración se ralentizó. Luego rodó de lado para estar frente a él, sin soltarle la mano y con el rostro en calma.

Con dolor repentino, Gordon se dio cuenta de por qué Callie lo aterrizzaba: no era solo que no había estado cerca de nadie durante quince años, sino que ya no era capaz de esa cercanía; había sobrevivido cultivando un desapego frío e irónico. Podía disfrutar de la vida y de otras personas, pero nunca tanto como para no poder irse sin mirar atrás. La capacidad de sentir una conexión emocional profunda había muerto cuando le culparon de robo y secuestro, y le empujaron a una nave infernal con destino al otro lado del mundo.

Pensó que, en general, se había adaptado bien a la nueva vida que se le había impuesto. Había sobrevivido y, aunque había hecho cosas de las que no estaba orgulloso, no se había vuelto malvado. Sin embargo, en algún punto del camino, había perdido la capacidad de esperanza que había tenido de joven y, con ella, sus sentimientos profundos.

No había perdido, en cambio, su capacidad de deseo. Esta seguía muy viva, y deseaba a Callie con vergonzosa intensidad. Pero se preocupaba por ella lo suficiente como para no querer hacerle ningún daño; ya había sufrido lo suficiente y necesitaba un amigo.

Podría con eso. Callie no necesitaba las complicaciones de una aventura amorosa, y él no necesitaba que su vida volviera a destrozarse. El deseo era un asunto diferente, y él podía controlarlo. Serían amigos.

Siempre amigos.

Gordon también se durmió y despertó cuando se dio cuenta de que la lluvia caía más suave y sin truenos. No había descansado mucho, menos de una hora, pero se sentía recuperado de haber burlado a la muerte una vez más. La oscuridad en el granero había disminuido a medida que pasaba la tormenta y, al abrir los ojos, vio que Callie también estaba despierta y lo miraba

pensativa.

—Hola, Catkin. —Sonrió.

—Debería llamarte León —murmuró ella—. Más grande que un gato, pero de la misma naturaleza. Y con el coraje de un león.

—¿Ricardo Corazón de León? —preguntó él con una risa entre dientes.

—Tu melena es de un rubio oscuro perfecto para ello.

—Si tú lo dices... ¿Corazón de León no pasó varios años dando vueltas por Europa y por las Tierras Santas, metiéndose en problemas en lugar de quedarse en casa en Inglaterra y ocuparse de sus responsabilidades?

Callie sonrió de oreja a oreja.

—¡El parecido es cada vez más grande!

—La única diferencia es que yo no soy el rey de Inglaterra —rió—, y que no tengo responsabilidades para con mi nación.

—Pero ahora tienes un hogar allí —dijo ella con voz suave.

Era cierto, tenía una casa en Londres, y se sentía desconcertado por lo mucho que deseaba regresar.

—Es una casa bastante modesta, no el castillo de Plantagenet. No puedo causar muchos perjuicios a Inglaterra.

—Tal vez no a la nación; pero, así como Corazón de León fue un irresponsable al abandonar Inglaterra bajo la administración de su hermano, conocido como Juan sin Tierra, tú también tienes un hermano malvado. Y, cuando el horrible vizconde Welham herede y se convierta en el marqués de Kingston, será el equivalente del rey Juan. —La nariz de Callie se arrugó—. Lo recuerdo bien, era un canalla que siempre intentaba que nos quedásemos solos para poder manosearme.

—¡¿Cómo?! —Gordon se sacudió hasta despertar por completo, impactado por las palabras que Callie había soltado con tanta tranquilidad—. ¿Por qué no me lo dijiste nunca?

—Porque creí que podías matarlo —respondió con pesar—. Y no quería que te colgaran.

—Probablemente estés en lo cierto —replicó él reprimiendo su furia. Jamás le había agradado Welham, el mayor y más acosador de los hermanos Audley, pero ahora sentía instintos asesinos, ¡¿cómo se había atrevido, ese desagradable bruto, a intentar abusar de Callie?!— Si lo hubiera asesinado, me hubiera encargado cuidadosamente de que pareciera un accidente.

—Vaya, debí haberlo imaginado —respondió ella con una sonrisa socarrona—. Él merecía la muerte por varias razones, pero prefiero pensar en las personas que me han perjudicado de la misma manera en que lo hacía mi niñera. —Sonrió—. Siempre decía: «Continúa con lo tuyo, sabiendo que Dios finalmente los castigará».

—¡Sabio consejo! —Gordon soltó una risita y comenzó a relajarse—. La verdad es que actualmente suelo hacer eso; pero, si Welham estuviera aquí, lo golpearía por lo que te hizo. Siempre lo alejaba de las criadas, pero jamás pensé que iría tras alguien de alta cuna.

—Era buena evitándolo, así que en realidad solo fue una molestia, no una amenaza. —La

expresión de Callie cambió—. Antes dijiste que no has estado cerca de nadie en años. ¿Qué hay de tus compañeras de cama? No te imagino haciendo ningún voto de castidad.

La inesperada pregunta hizo que Gordon rodara sobre su espalda y mirara hacia las toscas vigas.

—Bueno, supongo que eso significa que no quieres hablar de tu vida romántica —dijo Callie divertida.

—No es un tema que un caballero, incluso una versión deslucida y de segunda mano como yo, discuta con una dama. —Bajó su mirada hacia ella—. Pero no eres una dama, eres Callie, y siempre hemos sido francos el uno con el otro.

—Trataré de ver eso como un cumplido —respondió ella—. ¿Qué tal si me dices la verdad, pero no toda la verdad? Todos tenemos nuestros secretos.

—Es una buena manera de abordarlo. —Prefirió no pensar en toda la verdad incluso en la privacidad de su mente—. Bueno, pues te diré que, a diferencia de Welham, yo no toco a mujeres en contra de su voluntad.

—Eso siempre lo he sabido. Eres más amable de lo que pareces, Richard.

—No, no lo soy —dijo con ironía—. Pero crecí con una mujer como mi mejor amiga, ¿cómo podría maltratar a otras?

—¿Entonces el mérito de que trates bien al sexo opuesto es mío? Me gusta.

—No te precipites. Hay una gran diferencia entre no abusar de las mujeres y tratarlas bien —respondió él con seriedad—. Como viajaba mucho, durante años elegí esposas infelices como compañeras de cama. Ellas sabían que la relación sería limitada y que nunca las traicionaría. A cambio, hice todo lo posible para darles placer y aportarles algo de felicidad en sus vidas, al menos durante un breve tiempo. —Respiró lentamente—. No quería causar dolor, pero lo hice.

—¿Porque algunas de esas tontas se enamoraron de ti?

Él la miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—¡No podía ser de otro modo! —Pellizcó distraídamente una pizca de heno—. Para una mujer atrapada en un matrimonio infeliz, un hombre guapo que la trate amablemente y desee darle placer ¡es un sueño hecho realidad! Y lo va a querer en su vida para siempre, no solo como un asunto breve y pasajero. Espero que ninguna mujer casada asesinara a su esposo con la esperanza de que te casaras con ella.

—¡Por Dios! ¡Yo también lo espero! Pero me ha llevado años darme cuenta de que estaba causando dolor, porque siempre continuaba mis viajes hacia otro lugar.

—Das a entender que, en algún momento, cambiaste tu comportamiento. ¿Cómo fue? —preguntó Callie arqueando las cejas—. ¿Maduraste lentamente?

—Un día me encontré por casualidad con una mujer con la que había tenido una aventura años atrás. —Sonrió con pesar—. Estaba contento porque mis recuerdos de nuestro tiempo juntos eran buenos, pero descubrí mi error cuando ella se acercó y me devolvió el saludo con un golpe en la

mandíbula y un buen puñetazo. Le pregunté qué había hecho y ella me lo explicó. Entonces me disculpé por mi imprudencia criminal y dije que lo haría mejor en el futuro.

—¿Te creyó?

—No lo sé, pero cambié. —Gordon echó un vistazo a los orificios de ventilación del final del granero—. Parece que la lluvia se ha detenido, así que podemos seguir nuestro camino. —Se puso de pie, se sacudió los pantalones húmedos y le ofreció una mano.

—¡Me equivocaba al creer que no tendría ningún moretón tras caer del caballo! —Callie se levantó con una mueca de dolor—. Aunque no es nada serio.

Gordon abrió la puerta, luego agarró su abrigo empapado del suelo y revisó el bolsillo interior.

—Bien, la piel impermeable ha conservado mis cartas de presentación. Es posible que aún las necesitemos.

Entonces escurrió tanta agua del abrigo como pudo y ató las mangas alrededor de su cintura en lugar de ponérselo. Afuera, el suelo empapado comenzaba a humear bajo los rayos del sol. La temperatura había bajado con la tormenta, pero hacía calor y el clima estaba tan húmedo como en cualquier país tropical que hubiera visitado. El puente se había desvanecido por completo y el arroyo había desbordado sus riberas en ciertos lugares.

—Me alegra que hayamos logrado cruzar el río mientras todavía había un puente —dijo Callie—. ¿Cuánto queda por llegar?

—Menos de una milla, creo. —Sonrió, alentador—. Entonces estaremos listos para la próxima etapa de esta aventura.

—¡Habla por ti, Corazón de León! Yo no quiero una aventura, quiero un viaje completamente aburrido hasta Baltimore.

—Donde esperaremos la invasión del ejército más poderoso del mundo. Eso será muy aburrido, estoy seguro —dijo con sequedad.

Callie se echó a reír.

—¡Una dama puede tener esperanzas!

13



Encontraron a Thomas Green, el dueño de Tucker Hall, en sus establos preparando a *Samson*. Cuando entraron, levantó la vista con cautela y se relajó al reconocer a Gordon.

—Me alegra ver que están a salvo. Empecé a preocuparme cuando *Samson* galopó hasta aquí—. Le dio una zanahoria al caballo, luego dejó el establo y cerró la puerta para salir a saludar a sus visitantes—. Es una bestia estable la mayor parte del tiempo, pero no le gustan los truenos.

—Lo hemos descubierto —dijo Gordon mientras estrechaba la mano de Green—. Lo estaba guiando a pie a través del puente cuando un árbol desarraigado destrozó el centro de la plataforma. *Samson* ya estaba ansioso, así que salió disparado hacia tierra firme y se dirigió a casa mientras la señora Audley me sacaba del arroyo. Nos refugiamos en un granero hasta que pasó la tormenta.

—Vaya, pensé que el puente resistiría, pero no lo construimos para sobrevivir a un ariete flotante. —Green hizo una mueca—. Me alegra que hayan llegado hasta aquí sin más incidentes. —Le ofreció una mano a Callie—. Es un placer, señora Audley. Me alegra que lord George haya podido encontrarla. ¿Va a regresar a Inglaterra ahora?

—No lo sé —respondió mientras se daban la mano—. No esperaba que los británicos incendiaran mi casa, pero lo han hecho. Por suerte, había enviado a mi familia a Baltimore por seguridad. Ahora mi principal preocupación es reunirme con ellos y abrazarlos a todos.

—Lamento escuchar lo de su casa. —Suspiró—. Y la entiendo: yo también quiero a mi familia de regreso; espero que puedan hacerlo pronto. ¿Alguna idea de si los británicos planean ocupar Washington?

—Sospecho que pretendían un asalto y no una ocupación —respondió Gordon—. Debieron sorprenderse al descubrir que, después de Bladensburg, no hubo ningún intento por defender la capital. De todos modos, es probable que algunos oficiales estadounidenses competentes organicen un contraataque en breve, y los británicos tal vez no quieran estar aquí cuando esto ocurra.

—¡Espero que eso signifique que las tropas británicas se irán pronto! —dijo fervientemente Green—. ¡Es infame que quemen nuestra capital! Es hora de que Estados Unidos deje de depender de voluntarios de la milicia sin experiencia y entrene a soldados profesionales como Gran Bretaña.

—Seguramente es lo que sucederá —admitió Callie—. Nuestras derrotas militares han sido terribles hasta el momento. Podemos hacerlo mejor. —Mientras hablaba, se preguntaba si tenía derecho a considerarse estadounidense. Había estado en el país por poco más de tres años, y estar cerca de Richard la hacía sentirse más inglesa.

—¿El *Céfiro* sigue en el Tucker? —preguntó él—. No he visto ningún mástil cuando entramos.

—El barco ha navegado hacia el río abierto cuando ha empezado la tormenta, para evitar naufragar —respondió Green—. Imagino que volverá ahora que ha dejado de llover.

—Me lo suponía. De todos modos, la corriente todavía es muy violenta en el afluente, por lo que probablemente esperará hasta que las aguas se calmen y bajen un poco.

—Entonces, puede que no regrese hasta mañana —replicó Green—. Pero estoy siendo un mal anfitrión, entren en casa y les daré ropa seca y comida.

—¡Algo seco sería maravilloso, gracias! —Callie hizo un gesto hacia sus pantalones húmedos y pegajosos—. Y un vestido apropiado también sería bueno si le sobrara alguno.

—Lord George salvó a Lizzie, así que pueden agarrar cualquier cosa que necesiten. —Green los condujo desde los establos a la espaciosa casa mientras llamaba a un par de sirvientes.

Media hora después, Callie estaba seca y su cabello lucía suelto y peinado sobre sus hombros para que también pudiera secarse. Cuando le ofrecieron elegir entre las prendas del guardarropa de la señora Green, escogió un vestido de algodón viejo y liso, desvaído por el lavado, que intuyó que su propietaria no echaría mucho de menos.

El sol se estaba poniendo y el aire era un poco más fresco cuando fue a buscar a los dos hombres para una cena sencilla. Una vez en el comedor, sonrió al ver a Richard. Llevaba una camisa y un pantalón que no le quedaba bien, pero aun así parecía un caballero inglés. Tenía que preguntarle cómo lo lograba.

Tom Green demostró ser un anfitrión ejemplar. La ropa que le había ofrecido a Gordon del guardarropa de su hijo estaba limpia y seca, y no le sentaba muy mal. Un criado se había hecho cargo de sus apreciadas y costosas botas, prometiendo que volverían a la normalidad por la mañana. Y también se había llevado su abrigo, sin las valiosas cartas de presentación, aunque no se había mostrado tan optimista acerca de su recuperación.

Callie lucía un vestido gris desteñido. Sin embargo, con el cabello húmedo, brillante y cobrizo cayéndole sobre los hombros, todavía parecía la chica con la que Gordon había escapado años atrás; excepto por los ojos, que se veían envejecidos.

La comida fue ligera y agradable: pollo asado frío, panecillos calientes y crujientes, y una ensalada de vegetales frescos. Callie dijo poco mientras comían. Si no la conociera, Gordon habría pensado que se trataba de una joven recatada, y supuso que sus pensamientos eran complejos y turbulentos.

Después del té y de un delicioso pastel de durazno, Green retiró la silla de la mesa:

—Si me disculpan, regresaré a mi oficina un par de horas. Debo ponerme al día con mis cuentas.

—¿Ha enviado a su gente al otro lado del río por seguridad? —indagó Callie.

—No ha sido necesario, mis negros están a salvo aquí. Los británicos no se meten con ellos. —Green hizo una mueca—. Salvo para darles uniformes y armas, y llamarlos infantes de marina de la colonia.

Gordon hubiese preferido no tocar este tema, pero Callie no pudo evitarlo:

—Yo he liberado a mis esclavos. ¿Ha considerado hacerlo? De esa forma no huirían con los británicos.

—Usted no maneja una gran plantación como yo —dijo Green con voz condescendiente—. No

puedo permitirme liberarlos. Ya tengo demasiada poca mano de obra a causa de los que se han ido con los británicos para luchar contra los estadounidenses.

—Es fácil imaginar por qué quieren escapar —acotó Gordon, manteniendo su voz relajada—. Si usted fuera un esclavo, ¿no haría lo mismo?

Green iba a protestar, pero cerró la boca y frunció el ceño.

—Supongo que sí. Pero los africanos son diferentes a nosotros. Además, yo trato bien a mis esclavos; mejor que la mayoría de los propietarios, de hecho. Si tuvieran sentido común, se quedarían conmigo.

—El deseo de libertad es muy poderoso —replicó Callie con voz suave—. Tanto como el deseo de amor y familia. Hombres y mujeres de cualquier raza arriesgarían sus vidas por este tipo de cosas.

—No estoy en desacuerdo, pero no puedo manejar esta plantación sin esclavos. —Green parecía extremadamente incómodo.

—¿Y por qué no tratarlos como trabajadores por contrato? —continuó Callie, con tacto—. Puede dejar que sus esclavos obtengan su libertad después de un cierto número de años de trabajo, por ejemplo. Entonces, si el esclavo está de acuerdo, redacte un contrato que explique los términos y haga que un predicador local o un abolicionista lo atestigüe. Eso le daría tiempo para ajustar sus finanzas, y creo que muchos trabajadores se quedarían con usted tras ser liberados.

Green abrió la boca, pero la cerró de nuevo mientras lo consideraba.

—Quizás eso sí sería posible. Cuando termine esta crisis y mi esposa, mi hijo y su familia vuelvan a casa, discutiré el asunto con ellos.

Callie le ofreció a Green una sonrisa radiante y tan potente que, aunque no iba dirigida a él, casi tiró a Gordon de su silla. Su anfitrión también pareció aturdido por un momento y después añadió:

—De hecho, lo consideraré seriamente, señora Audley. Gracias. —Se levantó—. Ahora debo volver a trabajar.

—Buenas noches, Richard. —Callie también se levantó después de que Green saliera de la habitación—. Voy a tomar un poco de aire fresco en el porche y luego me iré a la cama. Ha sido un día agotador.

—Eso... ¿Te importa si me uno?

—En absoluto —respondió con una sonrisa forzada—. ¿Puedes decirme en qué dirección se encuentra Washington para ver si todavía hay algo ardiendo?

—Probablemente nada arde ya después de la lluvia. —La siguió afuera. La luz de la luna iluminaba tenuemente el amplio porche que rodeaba tres de los lados de la casa. Había mecedoras de madera por todos lados, y era fácil imaginar a los Green y a sus invitados allí sentados disfrutando del hermoso paisaje y de unos refrescos.

—La ciudad está por allí. —Señaló él luego de guiarla hacia el lado oeste de la casa—. No hay signos de llamas.

—¡Gracias al cielo!

El porche daba sobre el Tucker, con sus aguas iluminadas también por la luna. A diferencia de lo ocurrido con el puente, el muelle macizo que sobresalía del afluyente había sobrevivido.

—El muelle estaba sumergido cuando llegamos, pero el agua ha disminuido un par de pies desde entonces —observó Gordon—. Debería estar cerca del nivel normal para mañana por la mañana.

—Y podremos zarpar hacia Baltimore. —Callie se cruzó de brazos y se apoyó contra una de las altas columnas de madera que sostenían el techo del porche.

Su cabello estaba bastante seco y caía sobre sus hombros como un velo brillante. Parecía tan joven como cuando se habían fugado juntos y era tan hermosa que dolía verla; más hermosa que nada en la tierra. Gordon quería abrazarla y tenerla a su lado para siempre.

Los pensamientos de Callie, sin embargo, parecían ir por otros derroteros:

—¿Crees que el señor Green tomará mi sugerencia y convertirá a sus esclavos en sirvientes para finalmente liberarlos? —dijo.

—Podría ser. —Él dudó, no quería ser falsamente optimista—. Ahora bien, no he vivido en una sociedad de esclavos como tú, así que tu suposición es mejor que la mía.

—En Jamaica, la mayoría simplemente asumía que los esclavos eran necesarios y debían mantenerse subyugados. Sin embargo, algunos hacendados se sienten incómodos con la esclavitud y agradecerían una alternativa que no los llevara a la quiebra. El señor Green podría ser uno de esos. —Ella exhaló bruscamente—. Pero no tengo la energía como para preocuparme por los grandes problemas sociales en este momento. Lo que realmente quiero hacer es ir a Baltimore, recoger a mi familia y mantenerla unida y a salvo.

Gordon deseaba hacer algo parecido por ella. Entonces contempló su silueta elegante y supo que la quería más que a nadie ni a nada en su vida, pero tendría que ser muy tonto para pensar que ese era un buen momento para tratar de atraer su interés. Lo que sí podía hacer era ofrecerle consuelo, así que le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Tu familia está bien y los verás pronto —dijo en tono tranquilizador.

Tras un instante de resistencia, ella se acomodó contra él con un pequeño suspiro de relajación.

—Estoy segura de que tienes razón. Pero, con todo lo que ha sucedido, no seré feliz hasta que estemos juntos de nuevo.

El vestido suave y desgastado que llevaba puesto había sido guardado con lavanda y ese aroma encantador la hacía aún más parecida a la Callie de antaño. Gordon tragó saliva y se dijo a sí mismo que no la acercaría tanto como para que huyera.

—Háblame de tus hijos. No sé nada excepto que son mulatos, y seguramente hay mucho más que contar.

Callie soltó una risita.

—¡Vas a arrepentirte de haber preguntado, porque puedo hablar de ellos durante horas! —Gordon le sonrió, invitándola a proseguir—. Intentaré ser breve. Molly tiene dieciséis años. Su verdadero nombre es Mary, pero Molly se adapta mejor a su espíritu vivaracho. Es aún más

hermosa de lo que era su madre, que lo era mucho. Y también es muy inteligente y ha sido una maravillosa asistente en mi negocio de confección. Cuando los niños eran pequeños, siempre les contaba historias de Inglaterra. Por ello, cuando la guerra acabe, ella quiere ir de visita.

—Pronto tendrá esa oportunidad. ¿Y el otro?

—Trey tiene catorce, está crecido para su edad y derrocha energía, encanto y curiosidad. Su verdadero nombre es Matthew, en honor a su padre y a su abuelo. Pero, como es el tercero, fue apodado Trey desde pequeño.

—¿El hijo legítimo no se llama Matthew? —preguntó Gordon con curiosidad. Había olvidado si ella se lo había mencionado.

—No. Su madre, la primera esposa de Matthew, insistió en que su hijo se llamara Henry por su padre —explicó Callie—. Supongo que era una mujer difícil de disuadir.

Gordon se preguntó si Matthew Newell habría pensado que casarse con una niña de dieciséis años le daría una esposa dócil. Si había sido así, se había equivocado de lleno, pero al menos Callie habría escuchado y discutido, y nunca lo habría amenazado.

—Por cómo hablabas de tus hijos, pensé que eran más pequeños, pero ahora veo que son casi adultos.

—Sí, y estoy aprendiendo la antigua lección de que hay nuevas preocupaciones a medida que los niños crecen —dijo Callie con pesar—. Molly, por ejemplo, ya atrae demasiado la atención no deseada de los hombres, así que le he enseñado algunas formas de protegerse, por si lo necesita. Afortunadamente, tiene una buena cabeza sobre sus hombros y no es probable que se enamore de un vividor persuasivo.

A Gordon le gustaba la sensación de tenerla contra su cuerpo mientras la escuchaba. Le acarició el brazo suavemente, lo que la acercó aún más, y preguntó:

—¿Y qué le gustaría hacer a Trey en el futuro?

—Pues le encantan las máquinas, las ideas y los trabajos manuales. La verdad es que, si pudiera, lo llevaría con un inventor para que fuera su aprendiz. O tal vez a una imprenta de periódicos.

—¿Recibirán herencia de su padre?

—Esa es otra historia —respondió ella cortante—. Matthew redactó un testamento en el que dejaba la plantación a su hijo Henry y legados generosos para Molly y Trey, de quien yo sería la tutora legal hasta que fueran mayores de edad. A petición mía, también iba a liberar a sus esclavos después de su muerte. Me dio el borrador para leer, le hice un par de sugerencias que dijo que incorporaría y nunca más se supo: Matthew murió poco después y, si llegó a actualizar el testamento, este desapareció.

—Déjame adivinar. —Gordon contuvo el aliento—. El único testamento que se pudo encontrar fue uno en el que lo dejaba todo a su hijo legítimo.

—Exacto. Creo que Henry destruyó el nuevo. No le bastaba con heredar la propiedad de su padre, quería los esclavos y cada centavo de su fortuna.

—Supongo que no pudiste presentar recurso legal ya que no disponías de una copia de sus últimas voluntades.

—La historia empeora. No solo desapareció el testamento, sino que Henry me dijo que tenía la intención de vender a sus hermanos. Molly valía mucho dinero, me aclaró. —Callie rio con amargura—. Y a mí me ofreció «generosamente» quedarme en la finca como su amante.

Gordon maldijo en voz alta, deseando haber estado allí para matar a ese bastardo por ella.

—Entonces huisteis y no puedes tocar tu parte de la herencia porque eso significaría revelar tu ubicación. ¡Es horrible!

—Trato de no pensar en ello porque despierta mis instintos asesinos y, en realidad, no puedo hacer nada, excepto rezar para que ya no nos esté buscando. Él ya lo tiene todo y yo no soy ninguna amenaza, pero odio que Molly y Trey no reciban lo que les corresponde. —Suspiró—. Ciertamente, podrían estar más seguros en Inglaterra.

—He sido enviado para llevarte a ti y a los tuyos allí —dijo él suavemente—. Todo lo que tienes que hacer es decir que eso es lo que quieres.

—Inglaterra es un país costoso. Allí no sé si podría ganar lo suficiente como para mantenernos —argumentó—. Tendría que empezar de nuevo y no quiero la caridad de mi familia, si es que me ofrecieran alguna.

—Puedes casarte conmigo —propuso él—. No soy muy rico, pero tengo lo suficiente como para manteneros a ti y a tu familia cómodamente. Puedo darle una dote a Molly y ayudar a Trey a lograr lo que desee; quizás quiera ir a la universidad.

—Gracias, pero no estoy tan desesperada —respondió ella, mirándolo sorprendida.

Gordon se echó a reír.

—Callie, si alguna vez me he engañado a mí mismo pensando que resultaba atractivo para las mujeres, acabas de destruir, por completo, esa ilusión.

—¡Lo siento! —Ella se unió a su risa—. Es una oferta amable, pero no te han contratado para eso. No quiero casarme con nadie, y estoy segura de que puedes hallar a alguien mucho mejor que yo si decides que quieres tener una esposa.

No, no podría. Él lo sabía, pero no era el momento de decirselo.

—La oferta está abierta —dijo relajado—. Por si algún día estás suficientemente *desesperada*.

—Sigo diciéndome a mí misma que no me preocupe; que mi mundo está cambiando y no se pueden tomar buenas decisiones hasta que vea lo que sucede.

—Salta a la vista que cada familia tiene su propio sufridor, y que, en general, es la mujer.

—¿Sugieres que, aunque no pueda evitar preocuparme, trate de no volverme loca?

—Más o menos —admitió—. Venga, hora de ir a la cama. Quizás un poco de leche tibia con azúcar y brandi te ayude a dormir mejor.

—Eso me llevará de regreso a mi infancia. —Sonrió—. ¿Fue mi niñera quien le dio la receta a la tuya, o fue tu niñera a la mía?

—No lo recuerdo. ¿Buscamos la cocina y vemos si podemos hacernos con un par de tazas de

relajación?

Aunque la propuesta era tentadora, Callie la rechazó.

—Demasiado complicado en el hogar de un extraño, sobre todo en situación de crisis. —Y, tras sofocar un bostezo, agregó—: Además, estoy tan cansada como para no necesitarlo.

—Ha sido un día agotador y fatídico. —Gordon pensó en su sencilla y agradable habitación de huéspedes, que se encontraba en la parte de arriba—. Anoche compartimos una cama.

—Solo teníamos una —señaló ella—. Duerme bien, Richard.

—Tú también, Callie —respondió mientras entraba en la casa.

14



A la mañana siguiente, el sol apenas había salido cuando Gordon se despertó. Tan pronto como comenzó a moverse, llegaron dos sirvientes, uno con una jarra de agua caliente y el otro con sus botas y su abrigo. Según lo prometido, las botas estaban en buen estado. Su abrigo azul oscuro, en cambio, nunca sería el mismo, pero todavía podía servir.

Después de lavarse y vestirse, guardó rápidamente las pocas posesiones que tenía en la maltratada bolsa de lona que había usado para llevar los mismos artículos a Tucker Hall; lo había transferido todo a las alforjas del señor Green antes de viajar a Washington para encontrar a la misteriosa viuda Audley. Ambas pistolas necesitarían limpieza ya que había llovido, pero todo había sobrevivido.

Con la bolsa en la mano, bajó las escaleras y encontró a Callie junto a la ventana, mirando hacia el río. Su cabello caía en una trenza por su espalda y, con su vestido gris claro, parecía una criada inusualmente bonita.

—No hay señales de tu capitán Hawkins, todavía. —Se giró al escuchar sus pasos.

—Es temprano, y el *Céfiro* no puede navegar hasta aquí. Enviarán un bote. —Gordon examinó el horizonte, pero no vio ningún mástil o vela.

—¿Puedo poner mi ropa con la tuya? Todo lo que tengo es lo que me diste.

—Por supuesto.

Gordon guardó las prendas dobladas y, para cuando la bolsa volvió a estar cerrada, el señor Green se había unido a ellos, con un par de sombreros de paja de ala ancha en una mano.

—Para reemplazar los que perdieron ayer —dijo mientras le daba uno a cada uno—. Estos no son elegantes, pero evitarán que les queme el sol. De momento, ¿qué les parece si desayunamos?

La comida era excelente y el señor Green, un anfitrión muy amable; pero Gordon sintió que el hombre estaba ansioso por despedirse de ellos y volver a sus responsabilidades. Callie probablemente estaba aún más impaciente por partir hacia Baltimore. Él, por el contrario, había aprendido a vivir en el presente, por lo que disfrutó de la comida y contemplando a Callie, que estaba sentada delante de él.

Después de comer, ella volvió a instalarse frente a una de las ventanas que daban al Tucker.

—¡Hay un bote acercándose a su muelle, señor Green! —Se puso en pie de un salto.

—Nadie dentro con uniforme rojo, espero. —El interpelado también se levantó.

—No, es Hawkins. —Gordon se puso uno de los sombreros de paja, le entregó el otro a Callie y, mientras recogía la cartera, dijo—: Gracias por su hospitalidad, señor Green. ¿Vamos a ver qué noticias trae Hawkins? —Ese pensamiento los impulsó hacia el muelle.

—¡Me alegra que estés vivo! —Hawkins saludó a Gordon con un firme apretón de manos y su mirada se movió interesada hacia Callie—. ¿Has encontrado a tu viuda?

—En efecto —respondió Gordon—. A la señora Audley y al señor Green, quien es el patriarca de la familia que has llevado a Virginia.

—Ya hemos desayunado, pero hay comida de sobra si quiere entrar —dijo Green luego de un

apretón de manos.

—Gracias, pero he comido y espero que mis pasajeros estén ansiosos por salir de aquí.

—Así es. —Callie le dio un rápido abrazo al señor Green—. ¡Permanezca a salvo y que su familia esté en casa con usted pronto!

—¡Dios la oiga! —exclamó él y le devolvió el abrazo—. Capitán Hawkins, ¿sabe lo que está pasando allá afuera?

—Las tropas británicas se han retirado de Washington —respondió este—. Me imagino que los funcionarios del Gobierno regresarán pronto para restablecer el orden.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Green fervientemente—. ¿Alguien sabe a dónde van las fuerzas británicas?

—Se cree que a Baltimore —dijo Hawkins—. Pero es demasiado pronto para saberlo. Tal vez decidan quemar Annapolis de camino.

Green asintió con seriedad.

—Es egoísta de mi parte, pero me alegro de que se vayan a otro lado. Espero que nuestras tropas estén mejor preparadas para la próxima batalla.

Después de las últimas despedidas, el capitán dirigió a sus pasajeros hacia el bote y Gordon se divirtió al ver cómo se sonrojaban los dos jóvenes remeros. Sin duda alguna, Callie era una potente fuerza femenina.

—¿Has escapado de la tormenta? —preguntó a Hawkins después de ayudar a Callie a subir al bote y acomodarse en el banco junto a ella.

—No, maldita sea —gruñó el capitán—. El *Céfiro* ha sufrido daños importantes en los mástiles y en las velas. Había granizo como bolas de mosquete. Si no hubiera podido llevarlo al Potomac, habría sido destruido. Todavía puede navegar, pero no podría escapar de una barca de remos, y menos de una fragata británica. No podremos cruzar el Atlántico hasta que hagamos las reparaciones necesarias.

—¿Puede llegar hasta Baltimore? —Callie se tensó—. ¡Debo ir allí!

—¿Quiere ir a Baltimore? —Hawkins parecía dolido—. No se lo recomiendo.

—Pues, si no puedes hacerlo, lléveme a la orilla —respondió ella con rigidez—. Haré el camino por tierra.

—¡Realmente no lo recomiendo! —exclamó Hawkins—. Está todo revuelto y correría usted el riesgo de enfrentarse a bandidos, saqueadores, milicianos estadounidenses frustrados y posiblemente patrullas del ejército británico.

—No es un destino fácil, lo sé, pero la señora Audley debe ir allí para encontrar a su familia, a la que ha enviado lejos de Washington por seguridad —dijo Richard antes de que Callie respondiera que estaría dispuesta a arriesgarlo todo—. ¿Cuál crees que es la mejor manera de llegar a la ciudad?

Hawkins frunció el ceño mientras lo consideraba.

—Planoo llevar al *Céfiro* hasta St. Michaels, una ciudad famosa por la construcción naval en la

costa este de la bahía. Mi piloto, Landers, creció allí y su padre posee un astillero de primer nivel. Mientras mi barco esté en reparación, puedo alquilar una embarcación pequeña y llevaros a Baltimore. Algo de la medida de un barco de pesca, por ejemplo, será demasiado pequeño como para atraer la inoportuna atención británica; lo que, sin duda, es la mejor forma de llegar a Baltimore de una pieza.

Cuando Gordon notó el dolor de Callie ante la perspectiva del tiempo que tomaría todo eso, envolvió su mano en un cálido apretón.

—Es bueno escuchar a las personas que saben de lo que hablan, Catkin —dijo en voz baja—. No le harás ningún favor a tu familia si te matan.

—Sé que tienes razón. —Ella exhaló lentamente, luchando por controlar su ansiedad—. ¡Pero no me gusta!

—Señora Audley, hay muchas cosas que no me gustan y que no puedo cambiar. Y esta es una de ellas —acotó brevemente Hawkins—. Pero prometo hacer todo lo posible para asegurarme de llegar a Baltimore de manera segura.

Callie miró a los dos hombres fuertes y capaces que se arriesgaban por ayudarla, y se mordió el labio. Ella también había aprendido lecciones difíciles sobre aceptar lo que no se podía cambiar; era hora de actuar como una adulta.

—Siento no ser razonable —dijo en tono de disculpa—. Su barco ha sufrido graves daños, capitán, y Richard ha arriesgado su vida solo para encontrarme. Les estoy profundamente agradecida.

Hawkins asintió con la cabeza en señal de reconocimiento, aunque miró a Richard socarronamente:

—¿Richard? ¿Tu nombre de pila es *Richard*?!

—Es uno de ellos, sí. Me sorprendió descubrir que la viuda Audley era una amiga de la infancia de Inglaterra. —Le dirigió una sonrisa íntima—. Crecimos como vecinos, pero hacía años que habíamos perdido el contacto.

—Pensaba que estaba muerto —agregó Callie.

—Que todavía respire no quiere decir que nadie haya intentado matarlo —respondió Hawkins con sequedad.

—¡No es el único! —Callie rio—. Richard me ha hablado de cierto sótano en Portugal, uno en el que había un brandi muy malo.

—No es uno de mis mejores recuerdos. —Hawkins arqueó las cejas.

—Sin embargo, los hombres a menudo parecen amar el peligro. —Y, con curiosidad, añadió—: Veo que usted no conocía ninguno de los nombres de pila de Richard, capitán Hawkins. Pero ¿cuáles son los suyos?

—Si alguna vez necesita saberlo, se lo diré —dijo con un brillo divertido en los ojos—. Sin embargo, por ahora, prefiero mantener el misterio.

Callie sonrió, y de repente contuvo el aliento en estado de *shock*. El bote acababa de doblar una

amplia curva del afluyente y ahora podían ver al *Céfiro*, que los esperaba tranquilamente anclado. Dos de los mástiles estaban rotos y algunas de las velas, destrozadas; los marineros trabajaban para reemplazarlos.

Richard soltó un silbido suave.

—¡No bromeabas sobre los desperfectos!

—Bueno, el *Céfiro* ha estado peor en otras ocasiones —observó Hawkins lacónicamente—. Pero puedes ver por qué no estoy en condiciones de llevarte de regreso a Inglaterra.

—Está bien —dijo Callie, sabiendo que era hora de revelar su incertidumbre—, todavía no he decidido si me quedaré aquí o si volveré a casa. —De repente, mientras pronunciaba esas palabras, cayó en la cuenta de que Inglaterra era su casa; sin embargo, ese no iba a ser el único factor en su decisión final.

—Debería haber imaginado que rescatar a una mujer no sería sencillo —replicó el capitán con severidad.

—Esto tiene más que ver con estar en medio de una guerra que con mi género, señor Hawkins. He aprendido cuán rápida y desastrosamente puede cambiar la vida, y cuán incierto puede ser el futuro. —Frunció el ceño—. No sé si estoy ansiosa por llegar a Baltimore solo por principios o si mis instintos maternos me dicen que algo anda mal; pero la preocupación no ayuda, así que todo lo que puedo hacer es esperar y ver.

—La paciencia es una de las virtudes adultas más fastidiosas de conseguir —apuntó Richard con pesar—. Pero juro que me quedaré contigo hasta que sepas lo que quieres hacer.

—Mientras tanto, nos brinda usted grandes oportunidades para el peligro y el misterio —dijo Hawkins con tono irónico y divertido—. Recuérdeme que se lo agradezca si vivo lo suficiente.

15



La dicha de Callie por llegar finalmente a Baltimore se apagó cuando el velero entró en el puerto de la ciudad. Era tarde y una luz dorada se derramaba sobre las embarcaciones y los edificios. Ya habían pasado el fuerte McHenry, una pequeña construcción de ladrillos a la que, según les contó Hawkins, se conocía también por el nombre de fuerte Estrella debido a su forma; y tanto el puerto como el fuerte bullían de actividad militar. Su pequeña embarcación, la *Sally May*, había pasado por encima de una barrera flotante que había sido diseñada para evitar que los buques de guerra enemigos ingresaran al puerto interior, y estaba respaldada por barcazas llenas de cañones.

Más cerca de la costa, una extraña estructura cruzaba el puerto, subiendo y bajando sobre las olas.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Han utilizado barcos para crear un puente temporal para llevar hombres y suministros hacia el fuerte —respondió Hawkins.

—No puedo evitar pensar en el puente de barcos de Oporto en el día fatal en que nos conocimos —comentó Gordon mientras contemplaba las construcción.

—Este es más resistente y no está lleno de fugitivos —dijo Hawkins—. Pero preferiría no tener que arriesgar mi vida en él.

Callie volvió a mirar el puente flotante mientras los escuchaba, y pensó que, más tarde, debería hacerle más preguntas a Richard al respecto. Por el momento, sin embargo, su atención estaba centrada en el reencuentro. Después de una semana de impaciencia, finalmente estaba allí. Habían pasado casi quince días desde que había enviado a su familia al norte.

El viaje a St. Michaels había sido lento en el dañado *Céfiro*, y habían tenido que refugiarse dos veces en uno de los muchos afluentes y ríos que desembocaban en la bahía al ver los mástiles de los barcos de la Marina Real.

St. Michaels resultó ser una ciudad encantadora, en la que los recuerdos del ataque británico del año anterior aún eran vívidos. El propietario del astillero Landers estuvo feliz de tener que realizar reparaciones en el *Céfiro*, pues él y Hawkins habían hecho negocios antes, y él mismo había negociado el alquiler de un velero rápido y suficientemente pequeño como para pasar inadvertido, pero bastante grande como para transportar a la familia de Callie.

Hawkins, por su parte, disfrutaba de tener una embarcación pequeña y manejable que podía gobernar casi sin ayuda, aunque había llevado con ellos a uno de sus marineros para ayudar y Richard también actuaba como tripulación. A los ojos inexpertos de Callie, él parecía tan hábil como Hawkins y supuso que se había calificado como marinero profesional al final del largo viaje desde Gran Bretaña a la bahía Botany y que había estado en barcos desde entonces.

El viaje finalmente había terminado. Se sentó a la derecha de Hawkins, quien estaba en el timón para guiar la embarcación.

—Newell's está justo en la costa —dijo mientras echaba un vistazo a los sólidos depósitos que bordeaban el puerto—. ¡Ahí! —Señaló—. Ese edificio alto con un polispasto en la parte superior y una especie de campanario más allá.

—Parece que hay mucha preparación para resistir un posible ataque, pero no para una evacuación masiva como la que hubo en Washington. —Richard se había sentado al otro lado de Hawkins, y estudiaba atentamente las calles y los edificios.

—Esta ciudad es más grande, está mejor defendida y tiene mucho más que perder —dijo Hawkins—. También debe haber algún militar competente a cargo, algo que Washington no tenía.

—¡Espero que tengas razón! —exclamó Callie fervientemente mientras navegaban hacia el muelle más cercano al almacén de Newell.

Richard y el marinero de Hawkins amarraron la embarcación; luego Richard subió al muelle y extendió una mano hacia Callie.

—Ya falta poco, Catkin —la animó.

Mientras trepaba al muelle, ella pensó en lo fácil que hubiera sido hacerlo con los pantalones que Richard le había proporcionado el día anterior. Pero estaba en Baltimore, y necesitaba verse y actuar como una mujer de prestigio.

—Voy a buscar a un compañero para el que trabajé en el pasado —dijo Hawkins—. Más tarde podremos determinar el siguiente paso.

Callie asintió, deseando saber cuál sería ese paso, y se dirigió rápidamente al almacén.

—No es necesario que me escoltes —comentó en cuanto Richard se puso a su lado—. Newell's está a solo unos pasos de distancia.

—La ciudad está en crisis, así que estás atrapada conmigo hasta que tu situación se resuelva. —Le ofreció una media sonrisa—. Pronto te librarás de mí, no te preocupes.

Para Callie, tomar conciencia de ello fue doloroso, pero también un alivio; Richard resultaba demasiado inquietante.

Su paso se aceleró al acercarse al almacén. Las amplias puertas de carga estaban cerradas, pero divisó la luz de la pequeña oficina en una esquina delantera del edificio. Entró y parpadeó ante la falta de luz solar. La oficina estaba como la recordaba: con un largo mostrador detrás del cual había varias sillas, cajones y una mesa. El lugar parecía desocupado, pero entonces vio una figura detrás del mostrador; una mujer hacía una alfombra de trapo con restos de telas sobre la mesa. No, no era una mujer, sino una niña. ¡Su hijastra! Callie la reconoció un instante antes de que Molly levantara la vista.

—¡Callista! —exclamó, corriendo hacia el final del mostrador para arrojarse en sus brazos—. ¡Teníamos tanto miedo de que estuvieras muerta! —dijo sollozando.

—¡Estoy tan feliz de verte! —Callie la abrazó con fuerza, intentando recordar cuándo Molly se había vuelto más alta que ella—. ¿Por qué creías que había muerto?

—Nos llegaron noticias de que nuestra casa había sido incendiada por los británicos y nadie sabía qué había sido de ti. Teníamos miedo de que te hubieras quedado atrapada dentro. —Abrazó a Callie nuevamente—. ¡Los últimos quince días han sido horribles!

—Quiero que me cuentes todo lo que ha sucedido. Pero primero quiero que conozcas a un viejo amigo que me ha acompañado hasta aquí desde Washington. —Callie le hizo un gesto a Richard,

que esperaba en silencio en la puerta; y entonces dudó, pues se dio cuenta de que no sabía cómo presentarlo.

—Soy Gordon —resolvió él al tiempo que extendía la mano—. Callista me había dicho que eras hermosa, Molly, y no exageraba.

—Gracias por mantenerla a salvo. —Molly sonrió y tomó su mano.

Entonces Callie se dio cuenta de que las escasas dos semanas separada de ella le habían servido para tomar conciencia de que Molly ya no era una niña. Su hijastra, con su cabello oscuro ondulado y la piel dorada que recorría su hermoso rostro y figura, era deslumbrante. Y, al igual que los de su preciosa madre, sus ojos reflejaban una gran amabilidad. Además, por lo visto, también había aprendido a aceptar un cumplido gentilmente y sin bajar la cabeza.

—A ver, cuéntame, ¿por qué estás aquí en la oficina y por qué las últimas semanas han sido una pesadilla? —preguntó Callie—. ¿Ha salido algo mal, más allá de haber tenido que dejar nuestra casa?

—Vigilo la oficina porque no hay nadie más que pueda hacerlo: el gerente y los trabajadores del almacén se han unido a sus milicias y entrenan día y noche —explicó Molly—. Por otro lado, la abuela ha tenido unas fiebres y nos ha dado un susto de muerte.

—¿Sarah está enferma? ¡Debo ir con ella! —Molly levantó una mano cuando Callie se giró en dirección a las escaleras.

—¡Espera! La crisis ha terminado y ella ya está bien, ahora está descansando. No hace falta que vayamos corriendo. Vayamos detrás del mostrador y así nos ponemos al día.

Callie se detuvo de mala gana y siguió a Molly hasta la parte trasera de la oficina. Richard las acompañó, silencioso pero interesado.

—¿Y el abuelo? —preguntó Callie.

—Cuando la abuela comenzó a mejorar, el abuelo se ofreció para ayudar a cavar trincheras al este de la ciudad. Dicen que es el lugar más propenso a recibir un ataque británico —respondió Molly—. El general Sam Smith está a cargo de la defensa de la ciudad, y mandó llamar a todos los hombres que tuvieran un pico, una pala o una carretilla para que fueran a cavar a la zona del monte Hampstead.

—Trabajar juntos para defender la ciudad parece prometedor —observó Richard—. No como en Washington.

—Espero que tenga usted razón. La mayoría de nosotros no tenemos otro lugar al que ir —manifestó Molly con seriedad.

—¿Y qué hay de Trey? ¿También está cavando? —preguntó Callie.

—No... Se ha unido a un regimiento de la milicia de Maryland y está entrenando con ellos —dijo Molly.

—¿¡Cómo?! ¡Solo tiene catorce años! —Callie se quedó sin aliento.

—Casi quince, es alto para su edad y sabe manejar armas de fuego. No ha sido el más joven en alistarse. —Molly levantó las manos en un gesto de impotencia—. ¿Cómo podía detenerlo?

—No hubieras podido —respondió Callie, evitando que Molly se sintiera culpable—. Y tampoco sé si yo podría haberlo hecho. Tu hermano es un muchacho terco.

—Y está en una época en la que los niños están ansiosos por convertirse en hombres —añadió Richard en voz baja—. Unirse a la milicia no significa necesariamente que vaya a ser enviado a la batalla; es muy pronto para saberlo. Pero su disposición a defender a su familia y su hogar es admirable.

—¿Y a ti qué te ha pasado, Callista? —quiso saber Molly—. ¿Por qué se ha incendiado nuestra casa cuando dicen que la mayoría de las casas en Washington se han salvado?

—Pura mala suerte —dijo Callie y luego dio una breve explicación sobre los francotiradores, los disparos y el fuego.

—¿Se ha quemado todo? —Molly se mordió el labio—. ¿Mi ropa y mi habitación?

—Eso me temo. —Callie respondió con suavidad. Sabía que a Molly le gustaban las cosas bonitas y que había trabajado duro cosiendo sus vestidos y decorando su dormitorio, y había pensado que podría volver con ellos—. Yo logré escapar del fuego, pero... —Su mirada se dirigió a Richard—. Si mi amigo no hubiera venido cuando lo hizo, habría sido terrible.

Molly no era tonta, y podía adivinar lo que podría haber sucedido.

—¿¡Pero estás bien!? ¿Te lastimaron? —exclamó horrorizada.

—Estoy bien, estoy bien. —Callie esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Mi caballero acudió al rescate montado en un caballo blanco y llegó justo a tiempo. Igual que en esas historias góticas que tanto te gustan.

—¡Gracias! —le dijo Molly a Richard. Parecía que quería besarla, pero se contuvo—. ¿Te gustaría ver a la abuela? Puede que ya esté despierta.

—¡Cuanto antes mejor! —Callie se puso en pie de un salto.

Molly cerró con llave la puerta principal, y los condujo desde la oficina hasta una escalera que se encontraba en el corredor contiguo. Dos pisos dedicados al almacenamiento de mercancías separaban la planta baja de la vivienda. Mientras subían, el aire se volvió sofocante.

Callie no había visto el departamento de arriba en su anterior visita al almacén, así que no sabía realmente con qué se iba a encontrar. Recordaba haber oído que había una sala de estar y un par de habitaciones, pero sabía que parte del espacio se usaba como depósito cuando el almacén estaba demasiado lleno.

Tras cruzar la puerta de arriba llegaron a una larga y estrecha estancia que ocupaba toda la longitud del edificio, aunque el espacio disponible se veía reducido a causa de un grupo de barriles, de los que emanaba un leve y nada desagradable aroma a tabaco que impregnaba el aire.

El apartamento era tosco, con muebles gastados y paredes de tablones ásperos. Pero alguien había montado una humilde sala de estar con sillas y un banco de respaldo alto alrededor de una gastada alfombra de trapo, y las ventanas, en el frente y la parte posterior, dejaban pasar mucha luz.

Las dos habitaciones, en la parte trasera, se adentraban en el área principal dejando un espacio

intermedio que había sido ocupado por una cocina rudimentaria. Asimismo, la sala de estar tenía una puerta que daba a un saliente cubierto, que hacía las veces de balcón con vistas al puerto. Callie miró hacia afuera y su imaginación reprodujo imágenes angustiantes, de buques de guerra de la Marina Real entrando al puerto para ocupar una ciudad destrozada.

—¿Sarah está en una de las habitaciones?

—Sí, en la de la derecha —indicó Molly.

La puerta de la habitación estaba abierta y también lo estaba la ventana de la parte trasera, por lo que corría un poco de brisa, aunque no lo suficiente como para refrescar el aire viciado y el olor persistente de la enfermedad. Aquello estaba muy lejos de su lujosa casa de Washington.

Sarah yacía sobre un colchón de paja en una cama sencilla, con los ojos cerrados y la cara demacrada. Su camisón y la manta ligera que tenía encima estaban húmedos y arrugados. Parecía terriblemente frágil.

—Sarah, ¿estás despierta? —susurró—. Estoy aquí, sana y salva.

Los ojos de Sarah se abrieron con una sonrisa dulce y cansada.

—¡Señora Callista! Sabía que tenía que estar bien. Es como un gato con vidas extra. —Intentó levantar una mano, pero vaciló hasta que Callie la atrapó. Los huesos de su amiga parecían frágiles.

—Debes estar volviéndote loca aquí acostada —dijo Callie cariñosamente—. En casa nunca estabas quieta.

Sara hizo una mueca.

—Sí, estoy cansada de esta habitación. Pero, cuando Josh llegue a casa esta noche, me llevará al balcón a tomar un poco de aire fresco, y en un día o dos podré caminar de nuevo.

—¿Le gustaría que la lleve al balcón ahora? —preguntó una suave voz masculina—. Allí se está más fresco y la vista es mejor.

Recelosa por la presencia de un extraño, Sarah dirigió su atención a Richard, que estaba en la puerta; parecía elegante y discreto.

—Este es Gordon, un viejo amigo de Lancashire —le explicó Callie con tono tranquilizador—. Me ha rescatado de Washington y me ha escoltado hasta aquí.

Sarah decidió que esas credenciales eran lo suficientemente buenas, así que aceptó la oferta.

—Ciertamente, me gustaría tomar un poco de aire fresco si no es mucho problema.

—Por supuesto que no. —Sonrió él—. Me gusta cargar con damas encantadoras.

Sarah rio.

—Ya veo que su viejo amigo es un adulator, señora Callista.

—Todos necesitamos tener alguna habilidad —alegó él, jovial, mientras se inclinaba hacia la cama.

—Pondré una colcha doblada en una de las sillas reclinables —dijo Molly.

Sin apartar la fina manta que la cubría, Richard deslizó cuidadosamente un brazo por debajo de

la espalda de Sarah para ayudarla a sentarse y luego puso el otro brazo debajo de sus rodillas.

—Lo peor de las fiebres es que lo dejan a uno débil como un bebé cansado —comentó él, con empatía—. Una vez tuve unas que me dejaron casi paralizado durante quince días y llegué a preguntarme si alguna vez me recuperaría.

Interrumpió su charla trivial para levantar cuidadosamente a Sarah, lo que no resultaba sencillo porque el colchón se encontraba a ras de suelo. Callie se mantuvo cerca por si necesitaba ayuda, pero él se las arregló sin problemas; su físico esbelto escondía una gran fuerza.

Richard llevó a Sarah de lado al cruzar la puerta de la habitación, para que no se golpeará contra el marco, y Molly mantuvo abierta la puerta del balcón. Varias de las sillas de madera tenían altos respaldos y asientos reclinables para poder estirar las piernas cómodamente y, en una de ellas, Molly había preparado un acogedor nido con la colcha.

Una vez que Richard acomodó a Sarah en su lugar, Callie le alisó la manta que la cubría y le puso una pequeña almohada detrás de la cabeza.

—¿Qué tal? ¿Estás cómoda?

—Oh, sí. —Sarah suspiró y apoyó la cabeza contra el respaldo alto de la silla—. La fresca brisa del puerto es muy agradable

—Abuela, aquí tienes un poco de ese té de menta que te gusta. —Molly salió al balcón con una bandeja en la que había una jarra y varias tazas de peltre abolladas. Y, tras dejarlo todo sobre una mesa, sirvió una taza a su abuela.

—Gracias, Molly. —Sarah ya estaba lo suficientemente fuerte como para sostener una taza y tomar un sorbo—. Eres una buena chica.

—Lo intento. Venga, hay suficiente para todos nosotros. —Molly sirvió tres tazas más y las pasó.

Callie aceptó la suya y se acomodó en una de las sillas de madera. El té era fresco y dulce. Richard aceptó una taza con placer y eligió una silla cerca de Callie, que sorbía su té y se relajaba gracias a ese momento de paz.

—Hay una gran vista desde aquí —dijo él—. Podemos ver todo el camino hasta el fuerte McHenry.

Tenía razón sobre la vista, pensó Callie; solo deseaba que gran parte de la actividad que contemplaba no estuviera relacionada con la guerra.

Durante varios minutos, todos saborearon en silencio la paz. Entonces Molly se levantó y miró por encima de la barandilla.

—¡Mirad, vienen Trey y el abuelo! ¡Ya verás cuando te vean, Callista!

Callie se levantó también para contemplar a los hombres de su familia: Joshua parecía sucio y cansado, pero era el mismo de siempre: fuerte y totalmente digno de confianza. ¡Dios mío, Trey era el joven soldado que iba a su lado! Enfundado en su chaqueta de uniforme, parecía tener toda la seguridad y arrogancia de un hombre. Ella se mordió el labio, orgullosa pero también triste porque, de su hermoso y pequeño niño, ya solo quedaría el recuerdo.

—Abuelo, Trey —gritó Molly—. ¡Mirad quién está aquí!

Los dos hombres levantaron la cabeza y Callie los saludó. Joshua sonrió ampliamente y Trey...

—¡Callista, has conseguido llegar a salvo! —Dio un grito exuberante.

—¡Sí! —gritó ella—. ¡Ahora sube aquí para que pueda abrazarte!

En solo un par de minutos, estaba haciendo exactamente eso. ¡Abrazar a Trey sentaba tan bien! Cuando se soltaron, él sonrió, travieso:

—Te has quedado pequeña, Callista.

—Oye, tú, ¡tengo una altura normal! —replicó ella.

—¡Pues nosotros, los Adam, estamos todos por encima de lo normal!

Aquello era tristemente cierto: ella era la persona más baja de los que estaban allí; en Washington, no se había dado cuenta. En aquel momento, le dio un vuelco el corazón y comprendió que hasta entonces había sido la pieza clave de su hogar; era la dueña de la casa y ganaba la mayor parte del dinero que los sostenía, pero ahora todo había cambiado, incluidos los patrones de su familia.

Mientras abrazaba a Trey, Richard ya se había presentado con Joshua, ofreciéndole la mano, y ella vio que hacían el ritual masculino de medirse el uno al otro. La aprobación parecía ser mutua.

—Señora Callista —dijo Josh—. ¿Ha escondido a un soldado británico aquí? ¡Habla igual que usted!

Ella se rio y presentó a Trey y Richard, cuya soltura con los Adams hablaba de lo variopinta que había sido su vida.

—¿Así que rescató a la señora Callista? —preguntó Joshua.

—Sí, un miembro de su familia me envió para buscarla y asegurarme de que estaba a salvo. —Hizo una pausa y, de repente, Callie tuvo la certeza de que iba a lanzar una bomba allí mismo—. Y luego llevarla a casa, a Inglaterra.

16



Gordon no se sorprendió de las expresiones de sorpresa que recibieron sus palabras, pero era necesario explicar la situación a la familia de Callie. Su lado protector quería llevársela lejos de esa ciudad, antes de que las fuerzas del ejército británico y la Marina Real atacaran; pero no podía hacerlo si ella no estaba dispuesta. Callie necesitaba decidir lo que realmente quería... por eso lo había hecho, por eso se lo había contado a todos.

—¿Nos la va a quitar? —preguntó Sarah.

Ella y su esposo eran mulatos y tenían el recelo silencioso de las personas nacidas y criadas en la esclavitud. Un hombre como Gordon, con confianza en sí mismo y la piel blanca, lo tenía todo para ser su peor enemigo, así que él hizo un esfuerzo consciente para no parecer amenazador.

—Solo si ella quiere —respondió con serenidad—. Puedo llevarlos a todos a Inglaterra, a nuevas vidas si lo desean. Podemos irnos mañana por la mañana.

—¿Qué tipo de vidas? —dijo Josh—. ¿Como mano de obra? No, gracias. Eso no va a pasar.

—Podrían elegir qué hacer, y les prometo que estarían a gusto hasta que pudieran establecerse por ustedes mismos. Y si alguno deseara establecer un negocio, tal vez ser dueño de una posada o de un taller de carpintería, también se podría. —La mirada de Gordon se movió alrededor del grupo—. Molly, habrá una dote para ti cuando estés lista para casarte. Trey, tú puedes ir a la universidad o estudiar un oficio si quieres. Todos tendrán opciones.

Callie lo miraba entrecerrando los ojos, probablemente preguntándose si tenía autoridad para hacer ese tipo de promesas, o si suponía que ella estaría dispuesta a casarse con él para obtener esos beneficios. Era una chica desconfiada y eso le gustaba en una mujer, pensó Gordon.

—Dicen que hace frío y humedad en Inglaterra —dijo Sarah, frunciendo el ceño.

—Lo dicen con razón —admitió él—. Hace más frío que aquí, pero no hace tanto calor, y los inviernos son bastante suaves.

—Molly, tú siempre has querido ver Londres —añadió Callie, indecisa—. Me encantaría llevarte allí.

—¡No contéis conmigo! —dijo Trey con vehemencia—. Gran Bretaña es el enemigo. ¡Quiero matarlos a todos!

—¿Incluyéndome a mí? —preguntó Callie sorprendida.

—¡Por supuesto que no! —Se sonrojó—. Pero tú eres estadounidense, como yo. No es necesario nacer aquí para serlo.

Al ver la dolorosa expresión de Callie, Gordon intervino:

—Esta guerra es detestable; y a nadie en su sano juicio debería gustarle. Estar en contra de lo que está ocurriendo no significa pensar que todos los del otro bando merecen la muerte.

—Quizás a usted le parece una guerra estúpida, pero Inglaterra no tiene mucho que perder, excepto algunos soldados y dinero —dijo Trey con tono monocorde—. Estados Unidos, en cambio, lo arriesga todo.

—Es cierto, las apuestas son desiguales —admitió Gordon, luego de haberlo pensado y de caer en la cuenta de que el chico tenía razón—. Gran Bretaña paga con vidas y riqueza, lo cual ya es

suficientemente malo, pero Estados Unidos, además, corre el riesgo de perder su identidad. Sin embargo, este país todavía tiene esclavos, e Inglaterra no. ¿Sería este un factor a considerar?

Trey vaciló, y luego sacudió la cabeza.

—Quizás no haya esclavos en Inglaterra, pero los británicos están perfectamente felices de poseer colonias esclavistas como Jamaica. Yo soy libre aquí. Baltimore tiene más negros libres que cualquier otra ciudad de América. Me gusta este lugar.

—Nadie tiene que decidir nada esta noche —aseguró Gordon con tranquilidad, dirigiéndose a todos—. Se trata de una oportunidad enorme y alarmante. Necesitan pensarlo y discutirlo en familia.

—A mí me gustaría ver Londres algún día —dijo Sarah suavemente—, pero estoy demasiado débil para viajar, y no me iré lejos de mi familia. Quiero ver a mi hijo y a sus hijos.

—¿Tu hijo? —preguntó Callie, sorprendida—. ¿Susannah no era tu única hija?

Puesto que Sarah estaba agotada, Josh se lo explicó:

—Tenemos otro hijo, Joshua; se llama así por mí. Se escapó de Jamaica antes de que usted viniera a la isla. Vive en Filadelfia, está casado y tiene tres hijos que no hemos visto nunca, pero hemos estado hablando de ir a visitarlos cuando termine la guerra, para que los primos se conozcan.

—¿Por qué no me habéis hablado nunca de él? —preguntó Callie, desconcertada.

—No ha sido necesario —respondió Josh con sencillez.

El dolor se profundizó en la expresión de Callie y Gordon supuso que su ignorancia acerca de algo tan importante la hacía sentir como si fueran menos familia.

—Callie, tenemos que hablar. ¿Bajamos a la oficina?

Ella asintió y se dirigió a las escaleras, con la expresión entumecida.

—Cuando hayan terminado de hablar, únase a nosotros para cenar, señor Gordon —dijo Molly—. He comprado un buen pastel de carne de cerdo y hecho una ensalada de patatas y zanahorias.

—Gracias por la invitación. —Le sonrió—. Puede que acepte, pero primero debo mantener una discusión.

Callie bajó la escalera con pasos rápidos y tensos, y Gordon no la alcanzó hasta que estuvo en la oficina. Apoyada contra el mostrador con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía lista para morder a alguien, comenzando por él. De hecho, era como un ángel enojado, con su perfil impecable y su postura elegante.

—¿Esa oferta de apoyar a los Adams en Inglaterra depende de que me case contigo? —preguntó, entrecerrando los ojos. Ella siempre había tenido una aversión profunda a la coerción.

—No —respondió él—. Una cosa no tiene que ver con la otra.

—Entonces, ¿por qué hacer esa oferta a personas que son prácticamente unos desconocidos para ti? —Callie inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Te refieres a qué gano yo con ello? —Él imitó su postura apoyándose contra el marco de la puerta con los brazos cruzados, pero de una manera más relajada—. Simplemente puedo

permitirme ayudarlos a establecerse en Inglaterra, entonces, ¿por qué no hacerlo? Son buenas personas y merecen la oportunidad de construir la vida que desean. Además, te importan y les importas. —Evitó usar las palabras «amor» o «familia» ya que intuyó la tirantez de la situación en ese momento.

—Siempre he pensado en ellos como en una familia —dijo con voz tensa—. Sin embargo, no sabía que Josh y Sarah tenían un hijo y otra familia entera aquí, en los Estados Unidos. ¿Por qué no me lo dijeron?

El sufrimiento que podía leer en el rostro de Callie lo hizo alegrarse de haber perdido la capacidad de amar. Exiliada de su familia biológica, ella había creado una familia propia, y ahora estaba descubriendo que estaban menos unidos de lo que había imaginado.

—Eran esclavos, Callie —advirtió Richard eligiendo sus palabras con sumo cuidado—. Tú siempre los has visto como personas que importan y los liberaste legalmente, pero sus vidas fueron moldeadas por la esclavitud. Por cuestión de supervivencia, los esclavos aprenden a tener mucho cuidado con lo que dicen; esa autoprotección se convierte en un hábito imprescindible.

—Pero hace tres años que son libres, desde que llegamos a los Estados Unidos —respondió en tono de queja—. ¿No sabían que los habría ayudado a visitar a su hijo y a su familia?

Él frunció el ceño, tratando de encontrar una explicación que tuviera sentido para ambos.

—Cuando llegaste a Washington, eras su dueña. Fuiste tú quien les dio la libertad y les proporcionó hogar, trabajo y dinero. Eras su amiga querida, sí; pero también poseías el poder. Así que, no contarte más de lo necesario fue una especie de acto reflejo para ellos.

—Y venir a Baltimore ha roto ese patrón —observó lentamente—. Tiene sentido. El mundo está patas arriba, los niños ya no son realmente niños y sus abuelos se están convirtiendo en individuos independientes. —Sonrió con tristeza—. Creo que lo entiendo, pero el cambio duele.

A pesar del dolor que se leía en sus ojos, Gordon pensó que lo estaba asimilando sorprendentemente bien; muchas mujeres en su lugar hubieran llorado devastadas.

—Todos se están convirtiendo en mariposas, libres de volar —dijo él con tono alentador—. Eso es bueno.

—Sí, y están volando lejos de mí —replicó sarcástica.

—Eso es lo que suele pasar con los niños, incluso en condiciones normales.

—Y eso que mi vida no ha sido normal. —Suspiró—. Inconscientemente asumí que continuaríamos como en los últimos tres años, viviendo juntos como una familia. —Tragó saliva—. Pero ahora me doy cuenta de que era una situación temporal por naturaleza. Era tan feliz que no miré lo suficiente el futuro; y ahora lo miro y no tengo idea de lo que hay allí.

—Ya eres una mariposa. ¡Elige tu flor! —dijo quitándole importancia—. Pero no inspecciones todo un prado lleno de flores a la vez. Es demasiado desconcertante.

Callie sonrió.

—Es una buena metáfora, pero no sé hasta dónde puede llegar.

—Bueno, a ver, comienza con esto: olvídate por un momento de la familia y piensa dónde te

gustaría vivir. ¿Aquí? ¿En Washington de nuevo? ¿En Inglaterra? —Él contuvo el aliento mientras se preguntaba qué respondería ella.

—Hay muchas cosas que amo de Estados Unidos, pero mis raíces aún están en Inglaterra... ¡Eso es lo que elegiría si la vida fuera simple! —Sonrió sin humor—. Pensé que mi familia estaba aquí, pero ahora debo reconsiderarlo.

—La base de tu relación con los Adams no ha cambiado —dijo él suavemente—. Los amas y ellos te aman. Pronto ya no compartiréis vuestras vidas como antes, pero seguiréis siendo grandes y muy queridos amigos.

—Pero no familia. La sangre importa, dicen. —Callie se mordió el labio—. Quizás debería volver a Inglaterra y enterarme de qué pariente mío se ha preocupado lo suficiente como para enviarte. Quizás podría comenzar un negocio de confección en un lugar como Bath. Si puedo vender la propiedad de Washington, tendré suficiente dinero para montar una tienda y cubrir mis gastos hasta que me recupere.

—Eso podría funcionar. —Él hizo una pausa y luego añadió—: O podrías casarte conmigo.

17



Callie estudió a Richard, que, apoyado contra el marco de la puerta, lucía como un león descansando. Demasiado guapo para ser real. Richard, amigo y desconocido.

—Si dices eso con tanta frecuencia, podría comenzar a creerte y aceptar. Entonces ya no te librarías de mí.

—No lo preguntaría si no estuviera preparado para aceptar las consecuencias. —Sonrió.

—¿Por qué yo, Richard? —quiso saber Callie—. Con tu aspecto y linaje, y una fortuna cómoda, si deseas tener una familia, podrías encontrar esposa fácilmente.

—Sí, pero eso sería mucho trabajo —dijo rápidamente.

—¿Así que yo soy más fácil? —Sonrió ella—. No soy una mujer fácil y no aceptaré una respuesta fácil. Puedes hacerlo mejor que esto, venga.

La ligereza de Richard se desvaneció.

—Estoy listo para un cambio, Callie. Nunca he conocido a ninguna otra mujer con la que me quiera casar, pero he visto matrimonios que envidio; parejas que realmente disfrutan de la compañía del otro y que son totalmente fieles el uno al otro. A mí también me gustaría tener eso.

—Ya, y yo estoy aquí y conoces mis defectos, así que no tendrías que esforzarte mucho para familiarizarte con ellos, ¿no? —replicó con sequedad.

—Exacto. Hemos sido mejores amigos, y creo que podríamos llevarnos bastante bien.

—Es la propuesta de matrimonio menos romántica de la que he oído hablar en mi vida, te lo aseguro —dijo con una media sonrisa.

—Habrá mucho de lo que puedas decepcionarte —admitió él—. Como aventurero, soy aburridamente prudente y práctico. Como esposo, seré incapaz de hacer declaraciones poéticas de amor. Pero siempre te cuidaré. Y... —bajó la voz—, me gusta la idea de casarme con mi mejor amiga.

Al estudiar sus facciones, Callie se dio cuenta de que, bajo su fuerza y confianza, había soledad. Su vida no había sido fácil, pero la de él había sido peor.

De niña, había tenido los sueños románticos habituales de enamorarse locamente de un hombre digno que la amara del mismo modo. Quizás solo los jóvenes e idealistas podían conocer ese tipo de amor que, incluso si no duraba, al menos podían disfrutar por un tiempo. Pero, si no iba a haber ningún gran amor romántico, la amistad no era un mal sustituto.

—Haces que nuestro matrimonio parezca... posible. Pero ahora no es viable, no cuando una batalla puede caer sobre nosotros en los próximos días.

—Podríamos navegar con Hawkins y esperar que pase la batalla de Baltimore en la tranquila St. Michaels, pero dudo que estés de acuerdo con eso. En todo caso, la oferta de matrimonio está abierta, dependiendo de las circunstancias. Por ahora, salgamos a ver si Hawkins está de vuelta en el *Sally May*.

Ella se levantó y se dirigió a la puerta principal.

—¿Le pedirás que espere mientras se resuelven mis complicados asuntos y se toman las decisiones oportunas? Eso llevará tiempo.

—No, no voy a hacerlo. Hawkins ha cumplido con creces su parte del trato inicial. —Richard sacó la llave de la puerta exterior de un clavo en el que Molly la había colgado antes, y le abrió la puerta—. Sospecho que estará ansioso por escapar antes de que la Marina Real toque a las puertas de Baltimore. Cualquiera hombre en su sano juicio lo estaría.

—Así que nosotros no parecemos muy cuerdos, ¿verdad? —dijo Callie mientras salía a la calle.

—La cordura nunca ha sido nuestro punto fuerte, ¿no crees? —respondió él, y le dirigió una sonrisa íntima que alborotó de manera extraña su pulso.

Richard cerró la puerta con llave y luego la escoltó durante la corta distancia que había hasta el *Sally May*, con una mano posada ligeramente en la parte baja de su espalda. Ella se sintió... reclamada, y no estaba segura de si le gustaba o no la sensación.

Hawkins estaba sentado en la cabina del piloto del *Sally May* y resoplaba distraídamente sobre una tubería mientras estudiaba la actividad en el puerto. Levantó la vista cuando Richard lo llamó desde el muelle.

—Hola —dijo. Moviéndose con el equilibrio de un marinero, se levantó y le ofreció a Callie una mano para que subiera a la embarcación—. ¿Ha encontrado a su familia segura y feliz? ¿Ya podemos irnos?

Ella bajó con cuidado a la cabina y se sentó en uno de los bancos de madera pulida

—Lo siento, pero no. Como no podía ser de otro modo, todo es más complicado de lo esperado. No podemos irnos ahora, así que probablemente sea hora de decir adiós y buena suerte.

—Has cumplido tu parte del trato, Hawkins. Puedes irte a casa —añadió Richard, que había seguido a Callie hasta la cabina.

—Solo por curiosidad, ¿cómo de complicado se ha vuelto todo? —preguntó Hawkins.

—Mi hijastro se ha unido a la milicia y se niega rotundamente a irse, su abuela se recupera de unas fiebres y está demasiado débil para viajar, y nadie en la familia está seguro de querer ir a Inglaterra. —Miró de soslayo a Richard—. Yo tampoco estoy segura.

Los ojos de Hawkins mostraron simpatía ante las situaciones complicadas.

—¿Y tú, Gordon? Me parece que también has cumplido con tu deber.

—No voy a abandonar a Callie a las puertas de una gran batalla. Puedo organizar el regreso a casa más adelante.

—Escucha —dijo Hawkins—, cuando hablé con el tipo con el que hago negocios aquí, mencionó a una pareja que deseaba desesperadamente llegar a Norfolk, donde viven su hija y la familia de esta. He dicho que los llevaría hasta allí. Es una buena travesía por el Chesapeake en una pequeña embarcación, lo que significa que me tomará varios días llegar a Norfolk, y varios más regresar a St. Michaels.

—Para entonces, podría estar claro lo que sucederá aquí en Baltimore —remarcó Richard, pensativo.

Hawkins asintió

—Yo no puedo esperar indefinidamente, pero mi barco aún no está reparado, así que puedo quedarme en St. Michaels durante el desenlace de los eventos. Después de la batalla, si es que hay una, volveré y veremos si alguno de ustedes quiere regresar a Gran Bretaña —añadió dirigiéndose a Callie.

—Eso es más que justo —dijo cálidamente ella—. Lamento que esta misión se haya vuelto tan complicada para usted, capitán.

—Son las complicaciones las que hacen la vida interesante. —El capitán se echó a reír—. Partiré al amanecer, con la marea matutina. Cuidense. —Extendió una mano y Richard la estrechó.

—Tú también. Iré abajo y recogeré mis cosas.

Callie, por su parte, se levantó y le dio un beso en la mejilla a Hawkins.

—Gracias. Le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros.

—Espero que encuentre lo que busca, encanto —dijo en voz baja.

Richard salió de la cabina con sus pertenencias, luego saltó al muelle y le ofreció la mano a Callie.

—¿Hay sitio para mí en tus aposentos si prometo no molestar?

—Por supuesto. —Ella sonrió—. Puedes reorganizar los barriles de tabaco para crearte un agradable espacio privado.

—No es mala idea... —Él la tomó de la mano con naturalidad mientras regresaban al almacén. Ella debería haberse apartado, pero, en un mundo en el que todo cambiaba, Richard era sólido, le daba confianza y una conexión con un pasado que resultaba más simple que el presente.

Los muelles estaban en plena actividad incluso a esas horas del día: algunos comerciantes habían encontrado carros para llevar sus bienes fuera de la ciudad y otras personas tomaban sus posesiones y abordaban pequeñas embarcaciones, pues, aunque Baltimore no se estaba vaciando como Washington, también algunos residentes estaban evacuando. De todos modos, la mayoría de los que allí se encontraban estaban ocupados en sus quehaceres o vestían uniformes.

Callie resopló abruptamente y se detuvo, deteniendo también a Richard, que sostenía su mano.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Lo siento. —Callie examinó a las personas que estaban delante y luego comenzó a caminar de nuevo—. Vi a un hombre que se parecía a mi hijastro, Henry. Eso me sucedía mucho cuando vine por primera vez a los Estados Unidos. Hacía tiempo que no me ocurría, pero supongo que tanta incertidumbre me está volviendo asustadiza.

—¿Estás segura de que no se trataba de él?

—Vive en Jamaica y no puedo imaginarlo viniendo aquí en medio de una guerra —respondió negando con la cabeza—. Estoy nerviosa por todo lo que está pasando, eso es todo.

Llegaron al almacén y Richard abrió la puerta.

—¿Qué harás mientras esperamos que llegue la guerra? —preguntó Callie—. No te imagino uniéndote a la milicia de Maryland.

—No lucharé contra mi gente, no. Como tampoco dispararía a los estadounidenses si estuviera

con las tropas británicas. —Le sonrió—. ¡Pero puedo cavar zanjas!

—Así que trabajarás en la defensa y no en el ataque —dijo pensativa mientras subía las escaleras—. Me parece razonable.

—Si las defensas son buenas, las fuerzas británicas pueden optar por no invadir la ciudad. No tienen una gran cantidad de tropas y Ross no es tan tonto como para malgastar vidas atacando a unas fuerzas atrincheradas que esta vez no van a salir corriendo.

—¿Entonces es posible que el ejército británico se retire? —preguntó esperanzada.

—Sí, pero faltaría ver qué probabilidad hay de que así sea. Podemos preguntarle a Josh cómo va la construcción de las trincheras. —Llegaron a lo alto de la escalera y él abrió la puerta. Entonces, cuando llegaron a la sala principal, Richard anunció—: Bueno, me quedaré aquí mientras dure todo esto. Trataré de no causar muchas molestias, lo prometo.

Josh ponía la mesa con ayuda de Trey, pero levantó una ceja socarrona hacia Richard:

—Dicen que las manos ociosas hacen el trabajo del diablo... ¿Quiere que le encontremos alguna ocupación?

—Le he dicho a Callie que me ofrecería voluntario para cavar trincheras al este de la ciudad si todavía se necesitan *manos ociosas* como las mías —respondió Richard, divertido.

Joshua pareció sorprendido de que un hombre tan aristocrático quisiera hacer eso, pero se recuperó rápidamente.

—Parece que tiene una espalda fuerte, así que creo que será bienvenido. Y, si no quiere arruinar su sastrería de Londres, puedo prestarle algo de ropa. Tenemos más o menos la misma talla.

—Pues se lo agradecería mucho; he viajado con muy poco. —Richard señaló su bolsa.

—En lugar de cavar zanjas, debería unirse a la milicia. —Trey sonrió—. Es más divertido y el uniforme es mejor. ¿Sabe cómo disparar?

—Soy un tirador aceptable, pero no quiero matar a soldados británicos ni estadounidenses —explicó Richard—. Prefiero cavar zanjas y evitar el conflicto.

Callie sabía que era un tirador excelente, lo que era una razón de más para evitar el servicio militar activo. Por el murmullo de voces en la habitación de Sarah, supo que Molly estaría cuidando a su abuela, y se sorprendió al ver entrar a un joven y rubio miliciano que venía del balcón.

—Hola, ¿eres amigo de Trey? —Ella le sonrió.

—Sí, señora —dijo con timidez—. Soy Peter Carroll. Por lo general estudio derecho, pero esta semana soy un soldado. Trey me ha dicho que podía venir a cenar y contemplar a su hermana.

Era un joven atractivo, un par de años mayor que Trey, que se sonrojó de forma encantadora cuando Molly salió de la habitación de Sarah. Curiosamente, Molly también parecía estar prendada de él.

—¡Hola, Peter! Qué bien que te hayas podido unir a nosotros. ¡La lista de invitados se está expandiendo, así que es una suerte que haya comprado una barra de pan para acompañar el pastel de cerdo y la ensalada!

Molly parecía cansada, pero estaba asumiendo muy bien las tareas de cocinera y señora de la casa. Callie se dio cuenta de que ella no era necesaria, ya no. Suspiró mentalmente y escondió ese descubrimiento con los demás que le indicaban que su vida estaba cambiando.

Unos minutos más tarde, se sentaron todos a cenar. Fue una de las cenas más agradables que Callie había experimentado nunca, a pesar de que la comida fuera sencilla y la gente sentada alrededor de la mesa, muy variopinta. Quizás el peligro inminente hizo que esos momentos de placer compartido fueran especiales.

Al terminar de comer, Trey y Peter volvieron a su regimiento. Y al resto no les tomó mucho tiempo resolver cómo distribuirse para poder ir a acostarse. Josh y Sarah habían compartido habitación hasta que ella había enfermado, pero desde entonces hombres y mujeres dormían separados: Molly lo hacía en un camastro junto a su abuela para cuidarla, mientras que Josh y Trey habían convertido el otro cuarto en un dormitorio masculino. De esa manera, Molly estaba de guardia para el servicio de enfermería y Joshua no perturbaba el descanso de Sarah cuando se marchaba temprano para trabajar en la defensa de la ciudad. Como era verano, una manta y una almohada improvisada fueron suficientes para hacer un camastro para Callie al otro lado de la cama de Sarah, y lo mismo para Richard al lado de la de Josh; aunque este había intentado cederle la cama, antes de que Richard señalara alegremente que no era él quien tenía los huesos viejos. Trey también dormiría en esa habitación si pasaba la noche en casa.

A pesar de su inquietud por la forma en que las cosas cambiaban, Callie durmió relajada y feliz. A excepción de Trey, las personas que más amaba estaban bajo ese mismo techo de vigas ásperas, y rezó para que, al mes siguiente, todos estuvieran igual de sanos y felices.

18



Cavar zanjas era extremadamente duro. Gordon lo sabía de antemano, por supuesto, y estaba familiarizado con el trabajo pesado, pero preparar trincheras era su particular vía de escape.

Al final del día, estaba cubierto de lodo y tenía dolores musculares en lugares en los que antes no sabía que tenía músculos. Josh se dio cuenta de ello, pero tuvo el tacto de no señalar que Gordon parecía haber servido como pista para una carrera de caballos. Para varias de ellas, de hecho.

Cuando llegaron al almacén, apenas tuvo energía para comer unos bocados de pan y queso antes de dirigirse a su camastro, despojarse de sus prendas embarradas y derrumbarse. Antes de perder la conciencia por completo, pudo oír lo que Joshua decía de él entre risas:

—Ese chico blanco tiene mérito, hay que reconocerlo. Sabe trabajar.

—¿Ah, sí? —La voz de Callie tenía un toque ácido.

—Era un cumplido, señora Callista. Nada en él le hacía parecer un caballero remilgado mientras cavaba con la pala.

Gordon sonrió mientras se dormía. Al parecer, había pasado la prueba de Josh.

A la mañana siguiente, Richard se levantó para descubrir que, mientras dormía, alguien le había quitado la ropa y las botas embarradas, antes de cepillarlo todo y dejarlo secar en el aire cálido. Le conmovió que alguien lo estuviera cuidando. ¿Callie? ¿Molly? ¿Josh? Una de las mujeres, supuso. Josh ya había tenido un largo día de trabajo.

Ese día, la excavación fue tan dura como el anterior, pero su cuerpo empezaba a adaptarse.

—¿Vamos a dar un paseo? Me gustaría ver la ciudad —propuso Callie después de la cena.

—De acuerdo —respondió él luego de dudar un poco—. Tampoco conozco Baltimore.

Bajaron a la calle y ella lo tomó del brazo mientras paseaban hacia el este por la costa. El ligero agarre resultaba correcto y apropiado. Richard estaba cansado, pero satisfecho por todo.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó.

—Coser. —Sonrió Callie. —Es lo que se me da mejor. Como no tengo casi nada que ponerme, he comprado un par de vestidos, una capa y alguna cosa más en una tienda de ropa usada. Hoy he ajustado este vestido y el otro lo arreglaré mañana. También he comprado tela para hacer algo nuevo.

En ese momento, Richard se dio cuenta de que ella ya no llevaba el vestido gris paloma y sin forma de los Green, sino una prenda discreta y elegante, de muselina verde pálido.

—Debo estar muy cansado para no haberme dado cuenta de que habías ampliado tu guardarropa. Lo que pasa es que siempre estás tan bonita que es fácil pasar por alto lo que llevas puesto.

—Adulador... —dijo, divertida—. Cuéntame, ¿cómo es la vida de un cavador de zanjas?

—Las ampollas están floreciendo. —Le mostró las manos—. Pero resulta una buena experiencia para añadir en mi lista de cosas extrañas e interesantes que he hecho en la vida.

En realidad, nunca había tenido manos muy cuidadas, caso en que las ampollas habrían sido

peores, pero aun así había algunas zonas en carne viva, allí donde se habían formado ampollas que luego se habían roto.

Ella frunció el ceño.

—Recuérdame que te ponga unguento esta noche para que no se inflamen. —Volvió a tomar su brazo y continuaron caminando—. Puedo entender por qué cavar trincheras te resulta extraño, pero ¿qué lo hace interesante?

—Los hombres —respondió él—. Blancos y negros, esclavos y libres, ricos y pobres, y todo lo demás. Trabajar por un objetivo común y vital ha creado un espíritu maravilloso que nos une a todos. —Tras perderse un momento en sus pensamientos, añadió con una sonrisa—: Hay un niño, no tendrá más de once o doce años, que se llama Sam Smith y es nieto del general Sam Smith, comandante de la defensa de la ciudad. El chaval trabaja hasta que las fuerzas lo abandonan, ¡y está orgulloso de hacerlo!

—No hay nada como una amenaza compartida para unir a las personas —aseguró Callie estrechando un poco su abrazo.

Eso mismo había aprendido él en sitios como aquel sótano de Portugal en el que cinco desconocidos habían esperado que un pelotón los fusilara al amanecer; pero lo de ahora era más grande e involucraba el destino de toda una nación.

—Nadie ha comentado siquiera mi acento —continuó él, ligeramente conmovido—. De hecho, hay un par más de británicos en las trincheras. Mientras cavemos, seremos aceptados como habitantes de Baltimore.

—¿Te gusta ser parte de algo más grande?

—Sí. El sentimiento es temporal, pero poderoso.

Ella estaba a punto de decir algo cuando se estremeció y murmuró una maldición muy poco femenina en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¡Otra vez el hombre que se parece a mi hijastro Henry! Debe vivir cerca de aquí, porque me ha parecido verlo un par de veces más por el rabillo del ojo. Nada claro, lo justo como para activar mis alarmas.

—¿Cómo es él? —Miró en la misma dirección que Callie, pero no vio a nadie que pareciera estar mirándolos.

—Henry es bastante alto, cabello castaño, ojos azules... Parece un hombre flaco que se ha hinchado debido a la autocomplacencia —dijo mordaz.

—Todavía tienes una lengua afilada —señaló él con una sonrisa—. Pero creo mucho en la intuición y, dada tu reacción, ¿estás segura de que el hombre al que has visto no es tu hijastro? Otro no te haría crisparte tanto.

Callie negó con la cabeza.

—Si fuera Henry, ya habría causado problemas.

—¿Podría estar aquí por el almacén? Deduzco que es suyo y que, en tiempos menos convulsos,

da buenas ganancias.

—Lo de la propiedad es complicado —respondió ella—. ¿Recuerdas que dije que el último testamento de Matthew había desaparecido misteriosamente? —Gordon asintió—. Bien, pues en ese testamento él me dejaba el almacén y otras empresas que producían ingresos regulares; no era una gran fortuna, pero iba a permitirme vivir bien.

—Pero no puedes probar eso sin la última corrección del testamento.

—Así es. Lo que no te dije es que conservo la versión del borrador que Matthew me dio para estudiar. Allí se ven mis anotaciones, que él rubricó para mostrar su intención de realizar esos cambios. Se lo llevó para hacer una copia oficial y firmarla correctamente, pero luego murió de repente. Creo que hizo la copia final, pero nunca la vi. En todo caso, como te comenté, si se hizo, Henry probablemente la quemó antes de que Matthew exhalara su último aliento.

—Pero, si Henry aparece, ¿podrías utilizar el borrador del testamento como evidencia de que tu esposo tenía la intención de darte el negocio del almacén?

—Esa es mi intención. No sé si funcionaría. De todos modos, si Henry interviene y exige que nos vayamos, es un tipo tan repulsivo que un juez podría estar más dispuesto a creer que la propiedad es mía. Además, tengo mis acuerdos matrimoniales, que establecen que Matthew prometió darme ciertas propiedades para que me pudiera mantener si él fallecía.

—Parece suficientemente complicado como para mantener a un abogado entretenido durante años —observó—. ¿Realmente tienes los papeles para respaldar todo eso?

—Sí, los envié a Baltimore con Joshua y Sarah. Todos los documentos importantes están aquí. —Ella se estremeció—. Me alegra haber hecho caso a mi intuición en este sentido. Si Henry causa problemas, al menos no estaré totalmente desarmada.

—¿Se parecían el borrador y el testamento final?

—Bastante, que yo sepa. Matthew lo escribió él mismo a mano y tiene varias palabras tachadas, pero lo estipulado para mí y sus hijos queda claro.

—No se me da mal la falsificación —dijo Gordon—. Si tienes una copia de la firma de Matthew, podría agregarla fácilmente al borrador del testamento. Sin embargo, parecería más legítimo si hubiera testigos, y deduzco que a Josh y a Sarah no se les permitiría actuar como tales porque eran esclavos en ese momento. —Callie se detuvo en medio de la calle y lo miró con sus ojos color avellana—. ¿Qué pasa? ¿Te he sorprendido? —preguntó él.

—¡Creo que es una idea *maravillosa*! —exclamó—. Siempre me ha exasperado que Molly y Trey no recibieran las herencias que se merecen y que su padre quería que tuvieran.

—Tú también tienes derecho a tus bienes —señaló—. A pesar de lo complicado de la situación, fuiste una buena esposa para él y madre para sus hijos más pequeños.

—La verdad es que sería agradable tener una renta para mí, pero no es tan importante como que Molly y Trey puedan empezar sus vidas sin dificultades. —Frunció el ceño—. En cuanto a los testigos, Matthew tenía un buen amigo llamado Frederick Holmes. Se reunían regularmente para jugar a las cartas y fumar puros. El señor Holmes era muy viejo y murió una semana después que

Matthew, más o menos. Era un hacendado local respetado y podría haber firmado el testamento... —Su sonrisa se volvió perversa—. Y tengo una copia de su firma en una carta de condolencia que me envió después de la muerte de Matthew.

—¡Brillante! —exclamó Gordon—. No había contemplado la posibilidad de que tu marido tuviera otros amigos convenientemente muertos.

—Afortunadamente para ellos, no hay más. ¿Con un testigo será suficiente?

—Resulta un poco irregular, pero podría haberlo firmado de manera personal. —Gordon continuó caminando mientras pensaba—. Algo así como: «Esto parece muy justo, señor Newell. Su amada esposa, la honorable Catherine Callista, etcétera». Y ponerle fecha.

—Si el testamento parece legítimo, ¿no se preguntará un juez por qué no lo he presentado antes?

—Parpadea con tus hermosos ojos y di que no pensaste que era legal porque había palabras tachadas y solo había firmado un testigo. Muéstrate adorable y vulnerable, y quizás no muy inteligente, y tendrás al juez comiendo de tu mano. —Gordon sonrió.

—¡Me encanta esta idea! —Callie rio y le apretó el brazo—. Mi abogado, Francis Scott Key, es uno de los mejores de Washington, según dicen. No sé dónde estará ahora, probablemente alojado en la finca familiar en el centro de Maryland, donde no hace tanto calor. Pero, cuando termine toda esta locura, le escribiré para ver qué se puede hacer. Quizás conoce algún abogado en Jamaica que pueda presentar el testamento y obtener justicia para Molly y Trey.

—Vale la pena intentarlo —dijo Gordon—. No vas a robar algo a lo que no tienes derecho, simplemente vas a hacer que se cumplan los deseos de tu esposo.

—Una justificación elegante y verdadera. —Rio Callie entre dientes—. Me alegra descubrir tus múltiples talentos.

—Todos a tu servicio, Catkin. —Su mirada se desvió hacia la costa. Había elegantes embarcaciones a vela con doble mástil típicas de Baltimore amarradas en los muelles, y se estaba construyendo un barco similar en un astillero. Cerca de allí, una campana sonó melancólica—. Evidentemente estamos en Fells Point, el barrio dedicado a la construcción naval.

—Y lugar de nacimiento de muchos de los navíos que hostigaron las embarcaciones británicas. He oído que más de mil barcos británicos han sido tomados por corsarios estadounidenses.

Gordon silbó suavemente.

—¡No es de extrañar que los británicos llamen a Baltimore un nido de piratas!

—Sí, este título es como una insignia de honor por aquí. —Su diversión se desvaneció de golpe—. Si toman la ciudad, Fells Point será arrasado.

—No creo que lleguen tan lejos. ¡Deberías ver nuestras trincheras!

Ella se rio y, por mutuo consentimiento, se giraron para volver sobre sus pasos. Era casi de noche cuando llegaron al almacén.

—Una de las primeras cosas que hizo Josh cuando se mudaron aquí fue colocar barandas a ambos lados de estas escaleras —dijo Callie mientras subían hacia la vivienda—. Muy útil cuando subes en la oscuridad sin una linterna.

—Quizás debería montar un taller de carpintería. Baltimore es una ciudad en crecimiento, por lo que se necesitan buenos carpinteros.

—Creo que le encantaría tener su propio negocio.

—¿Callie? —Casi habían llegado a la cima de los escalones, así que era hora de hacer un movimiento.

—¿Sí? —Ella se detuvo y se volvió hacia él. En la oscuridad, era una sombra bien formada, un leve aroma a lavanda y una cara pálida—. ¿Qué deseas?

Él estaba dos escalones más abajo, así que se movió uno más arriba para que sus rostros quedaran al mismo nivel.

—Eso. —Con una mano sobre la barandilla para mantener el equilibrio, se inclinó hacia delante y la besó. En la oscuridad, sus labios tocaron por primera vez su mejilla, pero fue bastante fácil encontrar su boca. Callie suspiró, relajó los labios y alzó la mano para posarla sobre su hombro. Él no trató de intensificar el beso, pero le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí para que sus cuerpos se tocaran. Ella era suave y cálida, y se fundía con él.

Le resultó difícil mantener la moderación, pero hubiera sido un tonto si hubiese corrido el riesgo de alejarla. El tierno beso siguió y siguió, hasta que ella se apartó.

—¿Trata de seducirme, lord George? —dijo con voz entrecortada.

—De ningún modo. Pensé que era un beso muy caballeroso —respondió mientras luchaba por recuperar un tono más ligero—. La seducción sería poco adecuada. —Y decir que la estaba cortejando sería ir demasiado rápido.

—Así que solo ha sido un caballeroso beso de buenas noches... —Callie se inclinó hacia adelante y sus labios rozaron brevemente los de él—. Pues buenas noches.

Se dio la vuelta y subió los últimos escalones a paso ligero. Él la siguió.

—Después de este beso creo que voy a tener sueños muy felices —dijo antes de que Callie abriera la puerta—. ¿Y tú?

Ella abrió y la luz de los candiles del interior iluminó la sonrisa enigmática que dejó ver por encima de su hombro. Luego, se fue.

Gordon adivinó que ambos tendrían dulces sueños esa noche.



—Dicen que, desde lo alto del monte Federal, puede llegar a verse Washington —explicó Richard mientras subían la colina juntos—. Aunque quizás es algo exagerado.

Durante esa semana de preparación y espera, Callie y Richard habían cerrado cada día con una caminata a una parte diferente de la ciudad. Baltimore era la tercera ciudad más grande de los Estados Unidos, pero empezaban a conocerla a fondo.

—¿El Federal es tan alto como tu monte Hampstead? ¿Ese en el que cavas zanjas? —preguntó Callie, jadeando un poco por la subida—. Allí disfrutamos de una vista espléndida de la ciudad y sus trincheras.

—No creo que esta colina sea tan alta, pero tiene buenas vistas a la bahía.

Al llegar a la cima, miraron más allá de los fuertes y contemplaron el curso del río Patapsco, que desembocaba en la bahía. Richard se puso rígido de pronto y maldijo por lo bajo.

Callie siguió su mirada hacia la brumosa distancia, donde se amontonaban los mástiles de los veleros. Una mano fría pareció apretarle el corazón.

—¿Es la Marina Real?

Richard posó una de sus reconfortantes palmas en la parte baja de la espalda de Callie.

—Eso creo. —Su voz era severa—. En los próximos días, la gente de Baltimore y su determinación van a tener que ponerse a prueba.

—Trey. —Ella tragó saliva—. Si el general Ross desembarca sus tropas, seguro que el regimiento de Trey será llamado a la acción.

—Quizás sí o quizás no —dijo Richard con calma—. Las milicias, los voluntarios y los soldados experimentados han ido llegando; la ciudad está llena hasta el borde. Los británicos no pueden igualar en número a los estadounidenses y, dadas las muy buenas defensas que hemos construido, la milicia no será derrotada como lo han sido las tropas en Bladensburg.

Callie supuso que él tenía razón. Sarah le había dicho que, después de los incendios de Washington, Baltimore había entrado en pánico, pero que, en un par de días, la ciudad se había recuperado y había dedicado sus recursos a resistir el probable ataque británico.

Rezó para que Trey estuviera a salvo y, ocultando su ansiedad, comentó:

—He oído que los británicos no pueden navegar hacia el puerto a menos que conviertan el fuerte McHenry en escombros. ¿Crees que es verdad?

—Los equipos de excavación del monte Hampstead así lo creen. —Richard hizo un gesto hacia

el fuerte en forma de estrella que había en el extremo de una península y que apuntaba directo a los distantes buques de guerra—. De acuerdo con los marineros con los que he estado trabajando, el fuerte está bien posicionado y el río es demasiado poco profundo como para que entren los buques de guerra más grandes. Solo los más pequeños pueden acercarse y ponerse a tiro.

—Mientras tanto, el ejército del general Ross desembarcará e invadirá desde el este. —Callie se dio cuenta de que su mano atrapaba la de él con fuerza y suavizó su agarre—. ¡Desearía que esta maldita guerra nunca hubiera comenzado!

—Lo mismo digo —respondió Richard mientras fruncía el ceño en dirección al fuerte—. Me he dado cuenta de que, si bien no me opongo a mi propio país, quiero que los Estados Unidos salgan de esta guerra más fuertes y más seguros de su identidad. —Su mirada se deslizó hacia Callie—. Siempre me he puesto del lado de los más débiles.

—Igual que yo. —Sonrió—. ¡Pero qué insensata América al enfrentarse al mayor poder militar del mundo! Han cometido terribles errores a lo largo de esta guerra, aunque aquí están literalmente atrincherándose y tomando posiciones.

—Y bien que hacen. —Richard se giró, llevándola con él, y ambos se dirigieron en silencio hacia el almacén.

Callie disfrutaba de esas caminatas después de la cena porque les daban tiempo a estar a solas; horas compartidas como durante su amistad de la infancia, excepto por el beso nocturno que él le reclamaba en las escaleras.

Callie podría haberlo esquivado si hubiera querido, pero había descubierto que no quería. Él no intentaba seducirla, pero los besos se habían hecho más largos y más embriagadores cada noche. Sospechaba que la estaba cortejando, pero no quería preguntar. En una semana, la batalla podría haber terminado y ya sería posible pensar en el futuro. Pero todavía no.

Después de los intensos preparativos, Baltimore había empezado a relajarse, pero tener barcos británicos a la vista había devuelto a la ciudad a un estado de gran inquietud, y las tropas, que vestían desde uniformes oficiales hasta ropa de marineros desaliñados, se agitaban por las calles, obstruidas por la gran cantidad de gente que había decidido que era el momento de visitar a los familiares que vivían fuera de la ciudad.

—¡Nos movilizarán por la mañana, estoy seguro! —exclamó Trey, que tenía la noche libre, burbujando de emoción.

Gordon consideró ilustrarlo sobre las horribles realidades del combate, pero decidió no hacerlo. Trey no le creería, y pronto descubriría la verdad.

—Hagamos una escalera de cuerda esta noche, por si acaso —dijo Callie—. Josh, ¿tenemos suficiente cordaje para hacer una escalera que llegue al suelo desde este piso?

—Sí, y tengo madera que serviría para unas barras transversales sólidas —asintió él, después de pensarlo un momento.

—¿Crees que tendremos que escapar de esa manera, Callista? —preguntó Molly.

—Probablemente no, pero ya nos han incendiado una casa en esta guerra y quiero estar preparada —explicó Callie—. Estos edificios son de madera y quemarían muy rápido si los británicos decidieran prender fuego a la ciudad.

Gordon estuvo de acuerdo y también reconoció que tener un proyecto conjunto para trabajar era una buena distracción de la incertidumbre que se cernía sobre ellos.

Callie encendió todos los candiles para tener luz suficiente para trabajar, e incluso Sarah ayudó, ahora que se sentía más fuerte.

Como la mayoría de los hombres que habían pasado tiempo en el mar, Gordon sabía mucho sobre nudos, así que se encargó de esta parte de la tarea. Y, gracias al trabajo en equipo, en un par de horas tuvieron una resistente escalera de cuerda tan larga como para llegar al suelo desde el frente o a la parte posterior del almacén. Una vez terminada, como era demasiado grande como para tenerla apilada, Gordon y Trey la enrollaron en un cilindro casi tan ancho como uno de los barriles de tabaco.

—¿Te las arreglarás si debemos usarla, abuela? —preguntó Molly con preocupación

—¡Si hay que elegir entre escalera o convertirse en barbacoa, me las arreglaré! —Sarah se echó a reír.

Joshua asintió con aprobación.

—No te dejaré caer, cariño. Por la mañana, cuando haya un poco de luz, pondré anclajes en las partes delantera y trasera. —Cubrió un bostezo—. Ahora me voy a la cama.

—Yo voy a dormir en el balcón —anunció Trey—. Así podré escuchar si dan la señal para reunir a las tropas.

—Creo que me uniré a ti —dijo Gordon—. Seguro que estaré agradablemente fresco ahí.

Molly sonrió.

—Si Callista y yo también dormimos fuera, la abuela y el abuelo pueden recuperar su cama.

—Una muy buena idea. —Josh rio entre dientes—. No me gusta dormir solo.

—A mí tampoco —respondió Sarah con una sonrisa—. Extraño tus ronquidos.

Gordon no echaría de menos los ronquidos de Joshua, pero envidiaba a la pareja por el profundo afecto que los unía. Él y Callie también sentían un gran afecto el uno por el otro, pero faltaba ver si este sería suficiente para mantenerlos unidos.

Ciertamente, el ambiente era fresco y agradable en el balcón, aunque había más actividad de lo habitual en las calles. Trey y Molly extendieron sus mantas en el extremo izquierdo, mientras que Gordon y Callie tomaron el extremo derecho. Gordon se alegró cuando ella extendió su camastro junto al de él. No tan cerca como para que fuera un problema, pero sí lo suficiente como para que, cuando todos se hubieran dormido, su mano pudiera deslizarse y tomar la suya.

Le levantó la mano para besarla en los dedos y luego se acomodó para dormir. Agradecía tanto su autocontrol como su fatiga; si hubiera caído en la tentación y hubiera tratado seriamente de seducir a Callie durante esa extraña semana, ella probablemente lo habría golpeado en la cabeza con el cañón de su pistola. En lugar de eso, cada vez estaba más relajada y respondía a sus besos

de modo alentador. Estaba seguro de que, la próxima vez que le pidiera que se casara con él, ella consideraría seriamente la pregunta. Y, si no, esperaría y le preguntaría nuevamente más tarde.

Callie se despertó al amanecer y descubrió que estaba junto a Richard y se había enterrado bajo su brazo para descansar la cabeza en su hombro. La levantó y vio que él la miraba con deleite a través de sus ojos grises. Al verla despierta, Richard deslizó suavemente la mano por debajo de su brazo, del lado de la cadera. Resultaba terriblemente maravilloso. No dijo una palabra cuando ella se apartó silenciosa, pero el deleite de sus ojos se hizo más profundo.

Ella se tumbó boca arriba y recordó que la guerra seguramente llegaría a Baltimore ese mismo día y que su hijastro participaría en ella. Su mano se movió para tomar la de Richard, y él entrelazó sus dedos con los de ella. Sus sentimientos por él eran complicados, pero, por el momento, tomaría todo el consuelo que estuviera a su alcance.

Permanecieron así hasta que Trey comenzó a moverse.

—¡Hoy es el gran día! —dijo con voz ronca. Era la voz de un hombre, no la de un niño.

—Sé que estás ansioso por que te maten, pero, ¿puedes ser menos escandaloso? —protestó Molly, a quien no le gustaba nada madrugar.

Callie sonrió ante las familiares disputas entre hermanos.

—Vamos, creo que es hora de que nos levantemos. —Unió los actos a las palabras y se sentó con un bostezo.

—¡Hora de moverse, dormilones! —exclamó Sarah desde la puerta del balcón. Sonaba como si hubiese recuperado la salud, como si dormir junto al cálido cuerpo de su esposo le hubiese devuelto la energía—. Prepararé el desayuno y luego todos deberíamos ir a la iglesia más cercana y rezar un poco.

—No voy a discutirse lo —dijo Richard mientras se levantaba y enrollaba su camastro—. Solo espero que Dios recuerde mi rostro cuando ponga un pie en esa iglesia. ¡Hace tiempo que no nos vemos!

—¡Entonces es bueno que vaya, porque le garantizo que el diablo sabe su nombre! —Sarah se echó a reír y volvió a la cocina.

Comenzar el día con risas era bueno, pensó Callie. Risas y oraciones. Necesitaban ambas cosas.

20



La iglesia más cercana era metodista y estaba a solo unas cuadras de distancia. Las calles estaban abarrotadas de personas vestidas con sus mejores galas para asistir a los oficios religiosos, milicianos inquietos que esperaban su convocatoria para la guerra, y carros llenos de aquellos que habían decidido que era hora de abandonar la ciudad.

—La iglesia estará desbordada —observó Gordon al ver la gente que se dirigía al mismo destino que ellos—. ¿Esto es habitual?

—No —respondió Sarah con seriedad—. No seremos los únicos que hoy le pediremos protección adicional a Dios.

Gordon trató de recordar la última vez que había estado en una iglesia. Probablemente había sido el año anterior, cuando un viejo compañero de clase, Daniel Herbert, se había casado en Londres, en la grandiosa iglesia de St. George de la plaza de Hanover. La iglesia a la que se acercaban en esa ocasión era más modesta en diseño y materiales, aunque el campanario tenía sus aspiraciones.

Como Callie y Molly estaban charlando y Sarah iba del brazo de Joshua, Gordon se situó junto a Trey. El joven llevaba su chaqueta de la milicia, su rifle y su mochila, y estaba listo para ser llamado en cualquier momento.

—¿Y ese traje, Trey? —preguntó—. El uniforme verde oscuro que llevas es similar al de las brigadas de fusileros del ejército británico.

—¡Exacto, señor! Estoy entre los fusileros del capitán Aisquith porque soy muy bueno disparando. Soy el más joven de la compañía, de hecho. —Bajó la voz—. Bueno, piensan que tengo diecisiete y un par de chicos más tienen esa edad, pero en realidad yo soy más joven.

—Quizás los otros chicos también están mintiendo.

—No había pensado en eso —dijo Trey, abatido.

—No importa la edad que tengas, es un honor estar en un grupo de élite —aseguró Gordon—. Aunque no he oído a nadie de tu familia mencionar que estás en una compañía de rifles.

—No se lo he explicado porque se preocuparían aún más —confesó Trey—. Muchos milicianos estarán posicionados en las trincheras en las que has trabajado, pero las tropas especiales como la mía serán enviadas al frente. ¡Vamos a pelear de verdad!

—Hay una buena razón por la cual tu familia no estaría fascinada con eso —dijo Gordon secamente—. La lucha real puede conducir a una muerte real.

—No me matarán —declaró Trey con confianza—. Pero, si lo hacen, al menos será por una buena causa —agregó al ver las cejas arqueadas de Gordon.

Deseando que la seguridad del chico en sí mismo no estuviese fuera de lugar, Gordon le preguntó:

—¿Dónde has aprendido a disparar tan bien?

—Me enseñó mi padre. Él decía que tenía un don natural para esto. —Trey parecía melancólico—. Lo extraño. Sé que no era correcto que tuviera a mi madre y a Callista al mismo tiempo, pero nos trataba bien a todos.

—¿Y tu medio hermano Henry?

—Él es malo. —El buen humor de Trey se había desvanecido—. Un matón. No creo que a mi padre le gustara mucho, pero era el mayor y legítimo, así que tuvo que hacerlo heredero. Henry estaba generalmente en la escuela, en Inglaterra; sin embargo, cuando regresaba, siempre iba detrás de mi familia. Mi madre, Molly y yo le teníamos mucho miedo. Esa es una de las razones por las que pensé que debía aprender a disparar.

—¿Henry era peligroso?

—Ya lo creo... Quería vendernos a todos: a mí, a Molly y a mis abuelos, en otra isla. En Jamaica, mi padre tenía amigos que habrían podido ayudarnos; pero, en otra isla, habríamos sido esclavos.

En ese momento Gordon comprendió cómo Trey había desarrollado la dureza mental que necesitaba todo soldado.

—Me alegro que Callista estuviera allí y pudiera llevaros a todos.

—Ella es nuestro ángel —dijo Trey en voz baja—. Sin ella... —Le dirigió una mirada dura a Gordon—. ¿Usted sabe lo especial que es?

—Sí, siempre lo he sabido. —Y ahora se estaba volviendo especial de nuevas maneras.

Cuando llegaron a la iglesia, vieron que los soldados estaban apilando sus armas en el exterior y las dejaban con un cabo de la brigada de la ciudad que las vigilaba.

—No te preocupes, nadie las robará —dijo el guardia al ver que Trey dudaba—. No puedes entrar armado.

Por suerte, la pistola de Gordon estaba oculta. De mala gana, Trey dejó su fino rifle en el extremo del montón, entre las otras armas y la pared, y se unieron al resto del grupo. El último banco a la derecha tenía espacio para los seis, aunque estuvieron bastante apretados.

En general, a Gordon le resultaban aburridos los oficios religiosos; sin embargo, ese domingo en particular, los cánticos eran sinceros y el ambiente estaba cargado de un miedo electrizante. El reverendo, de cabello plateado, pronunció un sermón entusiasta basado en un pasaje bíblico en el que los israelíes conquistaban una fuerza mucho mayor.

Un cañón retumbó cerca y el Parlamento fue interrumpido de repente. Entonces sonó un segundo disparo. Luego, un tercero.

—¡Es la señal para reunirnos! —Trey se puso de pie de un salto, ardiente de la emoción.

Un clamor llenó la iglesia cuando las voces gritaron y la gente se puso de pie.

—¡Mis hermanos y amigos, acaban de disparar los cañones de alarma! —El reverendo cerró su Biblia y levantó la voz—. Los británicos se acercan. Os encomiendo a Dios y a la palabra de su Gracia. Os bendigo, ¡y que el dios de las batallas os acompañe! —Su voz rugió, y Gordon le dio las mejores calificaciones por lo dramático y apropiado de su discurso.

Trey estaba en el medio del banco y tuvo que abrirse paso entre toda su familia. Abrazó a las mujeres y estrechó la mano de Josh y la de Gordon. Luego se fue, recogió su rifle y fue a reunirse con su compañía.

Callie se puso de pie

—Es hora de ir a casa. Podemos seguir rezando donde quiera que estemos —dijo con una voz casi firme.

—Podemos y lo haremos. —Sarah también se puso de pie, parecía muy cansada.

Cuando se fusionaron con la multitud que fluía lentamente hacia la salida de la iglesia, Gordon estaba detrás de Callie y la vio mirar a su alrededor, con expresión cautelosa.

—¿Pasa algo? —preguntó en voz baja.

—Sigo teniendo la sensación de que me observan. —Ella sonrió, disculpándose—. Pero probablemente solo son los nervios generales.

—O puede que no. Ya te dije que suelo escuchar mi intuición. —Apoyó la mano en su hombro—. Quizás Henry Newell no vendría desde Jamaica, pero el negocio del almacén está aquí y existe una posible disputa sobre la propiedad. ¿Crees que puede haber contratado a alguien para vigilar si tú o el resto de la familia veníais a Baltimore?

—Supongo que es posible —respondió Callie con inquietud. Cruzaron la puerta principal hacia la calle, y ella respiró profundo el aire fresco—. ¡Muchas gracias por darme aún más de qué preocuparme!

Él se rio y le apretó el hombro antes de soltarlo.

—Siempre he pensado que tener muchas preocupaciones reduce la ansiedad ante cualquier preocupación concreta.

—Voy a tenerlo en cuenta. —Callie lo tomó del brazo mientras él avanzaba a su lado—. ¿Qué hacemos ahora? ¡Me volveré loca con la espera!

El centro de la calzada estaba lleno de milicianos que corrían hacia sus puntos de reunión. Al igual que otros civiles, su grupo se hizo a un lado para dejar pasar a los soldados.

—Yo tampoco soy bueno esperando. Por lo general, si hay acción, estoy atrapado en el medio, con la cabeza gacha y tratando de seguir con vida.

—Me alegro de que no lo estés esta vez. Ya tengo suficientes preocupaciones. —Entonces, le apretó ligeramente el brazo y añadió—: Esta no es tu pelea.

Tal vez no lo era, pero se sentía mal al ver a un niño que aún no tenía quince años irse a pelear para tal vez morir.

—Necesitamos mantenernos ocupados, y una forma de hacerlo es preparándonos para lo peor. Lo peor no sucederá porque aquí hay muchas tropas, tienen más experiencia en el terreno que los británicos y mejores posiciones de defensa; además, muchos son habitantes de Baltimore que luchan por sus hogares y son tan peligrosos como un gato salvaje acorralado. Pero, en todo caso, los preparativos nos ayudarán a mantenernos cuerdos.

—En otras palabras: mejor ocupados. —Callie sonrió.

Gordon estuvo de acuerdo. El ajeteo no solo los distraería a todos, sino que lo ayudaría a mantener sus manos lejos de ella. Cuanto antes terminara esa situación, con suerte sin grandes daños, antes podría sacar a la luz su cortejo encubierto.

21



—¡Hola! ¿Hola? —Se oyó un martilleo en la puerta de la calle del almacén, y una voz joven que llamaba—. ¿Señor Gordon? ¿Señora Newell?

Callie se congeló. Descansaba en el balcón después de haber recogido y almacenado agua y otras provisiones para un posible asedio u ocupación por parte de las tropas británicas. Mediante un polispasto que había en la parte posterior del edificio, Richard y Joshua habían subido a la vivienda barriles de agua y combustible para poder cocinar. Josh también había construido unos anclajes resistentes para la escalera de cuerda y, a petición de Sarah, había ido a buscar suministros médicos. Al terminar todos sus encargos, Joshua dijo con ironía que era una pena que ninguno de ellos fumara, ya que tenían tabaco de por vida en el salón.

Durante la madrugada del lunes, tres disparos de cañón habían anunciado la llegada de los británicos en North Point, la península al este de la ciudad que se extendía entre los ríos Patapsco y Back. Como el general Sam Smith había predicho, el ataque terrestre venía del este y tendría que superar las enormes zanjas que Richard había ayudado a cavar.

La ciudad no se había vaciado como Washington, y los residentes estaban decididos a enfrentar tranquilamente lo que pudiera venir. Los cañones y disparos ladraron de manera esporádica desde el este, y corrió la voz de que el general Stricker había establecido líneas de escaramuzas de sus mejores tropas en la parte más estrecha de la península, con la esperanza de bloquear el avance británico.

Todo eso había sido vivido por Callie desde la distancia, pero ahora, con el amigo de Trey, Peter Carroll, gritando desde abajo, el peligro se había vuelto muy personal.

—¡Ya bajo a abrirte, Peter! —gritó inclinándose sobre la barandilla.

Ella era rápida, pero Richard lo era más. Este se jugó la vida al bajar corriendo los escalones de tres en tres y, cuando Callie llegó al pie de la escalera, ya había dejado entrar a Peter al pequeño recibidor. El uniforme de Peter estaba polvoriento y la manga derecha había sido arrancada para sostener su brazo derecho, toscamente vendado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Callie con brusquedad—. ¿Dónde está Trey?

—Está vivo, pero herido y necesita ayuda. —Peter se limpió la cara sudorosa con la mano izquierda, tratando visiblemente de recuperarse.

—¿Es muy grave su herida? —preguntó Richard—. No, espera. Sube para que todos puedan escucharte a la vez.

Callie sabía que eso tenía sentido, pero su corazón latía con ansiedad mientras seguía a Peter escaleras arriba. El pobre se tambaleaba debido al agotamiento.

Cuando llegó arriba, los tres Adams fueron a su encuentro.

—¡Toma, bebe esto, y luego cuéntanos sobre mi hermano! —Molly le ofreció una jarra de limonada con hielo, del que había traído Richard antes.

Peter se dejó caer en una silla y vació la mitad de la jarra con un trago largo. Mientras bebía el resto más despacio, Sarah se acercó con el botiquín que había preparado, le quitó el cabestrillo improvisado y examinó su brazo. Él hizo una mueca bajo sus gentiles dedos.

—Resulta desagradable y sangriento, pero solo es una herida superficial —dijo Sarah con dulzura—. Voy a verter *whisky* en ella, lo que picará, pero hará menos probable que se infecte. Cuando esté vendada adecuadamente, podrás mover un poco el brazo.

Peter inhaló rápidamente mientras ella aplicaba el *whisky*.

—Trey tiene una herida en la pierna y otra en el hombro. Parece que no hay nada roto, pero ha perdido una buena cantidad de sangre e, incluso con mi ayuda, apenas puede cojear.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Richard—. Hemos oído disparos, pero no parecían suficientemente sostenidos como para una batalla campal.

—Escaramuzas, no batallas, señor —respondió Peter—. El general Stricker nos ha enviado para provocar una pelea antes de que desembarcaran más soldados británicos. Ha funcionado. Trey ha sido uno de los tiradores y yo su observador. —Tragó saliva—. El comandante británico, el general Ross, está gravemente herido o muerto. Creo que muerto.

Hubo expresiones de sorpresa por parte todos. Si Ross estaba muerto o incapacitado, podría terminar el ataque terrestre; o, por lo menos, menguaría. Ross era un oficial sobresaliente y era poco probable que el siguiente al mando fuera tan capaz.

—¿Dónde está Trey ahora? —preguntó Callie palidecida.

—Como no tengo movilidad con este brazo, nuestro teniente me ha dicho que lo ayudara a ir detrás de las líneas, al cirujano. He tenido que cargarlo a medias, pero ha sido demasiado para los dos. Lo he dejado en una cabaña vacía cerca de la carretera de Philadelphia. Trey ha dicho que tenéis un carro y un par de caballos. ¿Podéis traerlo a casa?

—Por supuesto —contestó Richard, naturalmente al mando—. Iremos Josh y yo. Peter, deberás viajar con nosotros para guiarnos hacia Trey.

—Yo también iré —dijo Callie—. Tengo más experiencia en enfermería que cualquiera de vosotros.

—Yo aún más —replicó Sarah fervientemente mientras vendaba el brazo de Peter—. ¡Quiero ir con mi bebé!

—Aún no se ha recuperado por completo, Sarah. —Richard habló antes de que Josh pudiera protestar—. Debe estar aquí y en forma para curarlo cuando llegue. —Entonces su mirada se dirigió a Callie y a Molly—. Sé que queréis venir, pero sois demasiado bonitas como para entrar en una zona de guerra; la posibilidad de problemas es demasiado grande.

—¡Hasta haces que una negativa suene bien! —dijo Molly con pesar.

—Tiene una lengua muy talentosa —respondió Callie antes de darse cuenta de lo sugerente que era su comentario.

Por suerte para ella, Richard hizo caso omiso a la insinuación.

—Es posible que tardemos en volver, así que mantén la pistola a mano por si acaso —le pidió.

—Lo haré. —Callie aceptó a regañadientes que él tenía razón: ella y su pistola debían estar allí, ya que ni Sarah ni Molly sabían disparar—. Sarah, ¿necesitas reponer algo en el botiquín antes de que se lo lleven?

—Mientras no decidan beberse el resto del *whisky*, hay suficientes suministros. —Cerró su botiquín y se lo entregó a su esposo.

—Recogeré mantas para acolchar el carro —dijo Josh—. Gordon, ¿podría ir a la caballeriza, poner los arneses a los caballos y llevarlos a la parte de atrás del almacén? El carro está guardado allí atrás.

—Por supuesto.

—Peter, ¿cuán lejos está el lugar donde has dejado a Trey? —quiso saber Callie.

—A unas cuatro millas más o menos —respondió él después de pensarlo un momento—. A mitad de camino de donde le disparamos a Ross y este lado de la lucha, a menos que nuestras tropas se retiren como lo hicieron en Bladensburg. Deberíamos estar de vuelta al anoecer.

—Seguramente habrá demoras —dijo Richard—. No te preocupes, volveremos con Trey tan pronto como sea posible.

Él se acercó a su bolsa y sacó su pistola. Estaba encima de sus otras pertenencias y ya estaba cargada. La puso en la cartuchera, agarró la pólvora y más munición, y las enfundó en la otra cadera.

Callie se fijó en él, su expresión había cambiado y ya no era su amable Richard, sino el amenazante lord George Audley que había emergido de la nada en Washington para rescatarla; un ángel peligroso.

—¡Tened cuidado! —Sarah besó a su esposo con fiereza.

Richard se acercó a Callie y la atrajo hacia sí para darle un beso de cuerpo completo. No le dio un cortés roce de labios, sino la boca y la lengua, y la atrajo con fuerza contra él, moviendo sus manos hambrientamente sobre su espalda y caderas.

Después de un instante de resistencia, ella cayó en el abrazo con las mismas ansias. El fuego ardía por sus venas y su cerebro, erradicando la conciencia de dónde estaban y la crisis que enfrentaban. Su leal amigo, el hombre que más le importaba en el mundo...

—Volveré, Callie. No lo dudes. —La soltó—. Y traeremos a Trey, así que no te preocupes. ¡*Volveré!* —dijo con sus manos firmes en sus brazos.

Entonces giró sobre sus talones y se fue. Callie lo miró fijamente y se llevó los dedos de la mano izquierda a los labios. ¿¡Qué acababa de pasar!?! Su vida se había puesto patas arriba. Otra vez.

—¡Pensé que solo erais amigos! —exclamó Molly con los ojos redondos.

—Lo éramos. —Callie se humedeció los labios con la lengua, conmocionada—. Pero creo que eso está cambiando.

—¡La próxima vez que ese chico le pida que se case con él, tiene que decirle que sí! —Sarah soltó una risotada.

Quizás lo haría. La idea comenzaba a tener sentido.

El apartamento parecía vacío después de que Richard, Josh y Peter se fueran.

—Trey estará bien, ¿no? —dijo Molly con incertidumbre, en el silencio.

—Sí. —Sarah puso un brazo consolador alrededor de su nieta—. Peter Carroll no parecía demasiado preocupado. Es solo que una herida en la pierna hace que sea difícil caminar, y es un día muy caluroso. El niño estará cansado.

Callie no estaba en desacuerdo con nada de eso; sin embargo, una nube de ansiedad se cernía sobre ella. ¿Era realmente amenazante el peligro o estaba atada a nudos de angustia? Sentía que un verdadero peligro venía en dirección a ellos. Tal vez un pequeño grupo de soldados británicos llegaría a la ciudad, o los marineros británicos podrían desembarcar en un pequeño bote para causar estragos. Ambas ideas eran altamente improbables. Pero, su inquietud persistiría.

—Parece un gato bailando sobre brasas, señora Callista —dijo una Sarah cansada que se dejó caer sobre la silla acolchada.

—Tengo un mal presentimiento. —Callie respiró hondo para calmar sus nervios—. No creo que los británicos vayan a invadir la ciudad, al menos no todavía. Pero siento que va a ocurrir... *algo*.

—¿Simples criminales quizás? —sugirió Molly—. Con tantos hombres fuera, en la milicia, los saqueadores podrían irrumpir en casas donde no hay hombres para defenderlas.

—Tal vez sea eso, sí —respondió Callie—. ¿Qué tal si practicamos lo que haríamos si los ladrones entraran? Para mantenernos ocupadas hasta que los hombres regresen. Como los ejercicios que hacen los soldados.

—Me gusta la idea —dijo Molly—. Trey dice que los soldados practican todo el tiempo, entonces saben qué hacer cuando enfrentan el peligro. La mayoría de las personas se congelan cuando sucede algo terrible, así que será mejor que practiquemos cómo reaccionar.

—¡Exacto! —exclamó Callie, impresionada—. Cuando los soldados británicos irrumpieron en mi casa en Washington, me sentí paralizada, como un conejo aterrorizado. No creo que pudiera haber hecho nada más dado que me superaban en número, pero me odio por haberme sentido tan indefensa.

—A nadie le gusta sentirse así —dijo Sarah con un dejo de tristeza—. Vamos a resolver lo que haremos si tenemos que defendernos.

—En Washington, sabía que un solo disparo no sería suficiente para salvarme de un escuadrón de soldados enojados. —Callie miró su pistola pensativa—. Pero si hubiera un robo aquí, probablemente serían solo unos pocos hombres. Debo tener la pistola a mano, junto con la pólvora y las municiones para recargarla.

—¿Qué tal aquí? —Molly acercó una pequeña mesa a una posición desde la cual se veía perfectamente la puerta. Luego puso una canasta con sus materiales para hacer alfombras de trozos de tela en el borde del mueble—. Puedes poner tu pistola y las municiones aquí detrás y quien sea que venga no las verá.

—¡Perfecto! ¿Y qué hay de los cuchillos? Tenemos los cuchillos de cocina afilados de Sarah, pero sería difícil tirarlos con precisión sin tener práctica.

—Los cuchillos funcionan mejor de cerca —comentó Molly—. ¡Pero espero que nadie se me acerque tanto!

—Yo también lo espero; sin embargo, si varios borrachos entran y ven a tres mujeres solas, podrían decidir que quieren divertirse. —Callie tragó saliva—. Lo que significa que podrían acercarse demasiado.

Todas guardaron silencio, conscientes de las posibilidades de que aquello pasara. Entonces, Molly continuó con su plan:

—Estoy pensando que tengo un buen pedazo de cuero curtido por aquí. Podría convertirlo en un par de fundas para los cuchillos más pequeños que podrían esconderse en nuestros muslos.

—¡Dios mío! ¡Tienes una mente deliciosamente malvada! —exclamó Callie—. Vamos a trabajar en eso.

—No os olvidéis del tabaco —dijo Sarah—. Tenemos magníficos barriles justo aquí. Son buenos y estables en sus extremos planos, pero si tumbáramos un par de lado, rodarían rápido si los empujáramos, y son pesados.

—¡Brillante, Sarah! Molly, comencemos inclinando un par de barriles y apuntémoslos hacia la puerta. Después de eso, haremos las fundas para los cuchillos.

Su hijastra sonrió.

—Esto es divertido, de una manera alarmante.

—Estoy segura de que nuestras defensas podrían verse frustradas —respondió Callie—. Pero al menos los preparativos nos mantendrán ocupadas. —Dejó la pistola cargada, la pólvora y las municiones adicionales en la mesa, detrás de la canasta de trapos. Le había dicho a Richard que no estaba segura de poder matar a alguien, pero su opinión al respecto estaba cambiando.



—La cabaña está aquí abajo. —Peter los dirigió hacia una pista llena de baches y flanqueada por un túnel de árboles—. Llevé a Trey lo más lejos que pude de la batalla. —Sus palabras fueron destacadas por un estallido de artillería, justo al este de donde se encontraban.

El camino terminaba en una cabaña de madera desgastada. Las gallinas se paseaban por el patio y, al verlos llegar, levantaron la vista con indiferencia antes de regresar a su cacería. Gordon supuso que habían sido liberadas de sus jaulas para que no murieran de hambre antes de que los dueños de la cabaña pudieran regresar.

—Si los casacas rojas encuentran este lugar, esas gallinas serán historia —dijo Josh mientras detenía el carro frente a la choza—. ¿Has tenido que forzar la propiedad para entrar, Peter?

El joven asintió, parecía arrepentido.

—La cerradura era simple y no quería dejar a Trey tirado a la intemperie. Dejé algo de dinero y una nota de disculpa. También nuestros rifles debajo de la mesa, pues no me sentía con fuerzas para cargarlos.

Gordon y Joshua siguieron a Peter hacia el interior. Trey yacía con los ojos cerrados sobre un camastro de mantas viejas que su amigo había improvisado frente a la chimenea apagada. Los rudimentarios vendajes en su hombro y pierna izquierdos estaban manchados de sangre, pero el chico abrió los ojos cuando entraron.

—¡Abuelo! —Parecía a punto de llorar de alivio.

—No te preocupes, Trey —dijo Josh con su voz profunda y consoladora—. Es un buen amigo el que tienes aquí: vino directo al almacén y luego nos guio de regreso.

—Me ha salvado la vida. —La mirada exhausta de Trey se movió hacia Peter—. Si los británicos me hubieran encontrado, estaría muerto, como sucedió con Hank McComas y Danny Wells. —Tragó saliva—. Ambos me caían realmente bien...

—¿Fueron ellos los que le dispararon al general Ross? —preguntó Gordon.

—No estoy seguro de quién disparó el tiro que lo derribó —dijo Trey con dolor—. Tres de nosotros disparamos a la vez y todos somos fusileros, por lo que podría haber sido cualquiera de nosotros. El general Ross cayó de su caballo y un ayudante lo atrapó antes de que llegara al suelo. Sus tropas lanzaron una especie de aullido de angustia y se apresuraron a atacarnos. Hank y Danny fueron asesinados debajo del árbol que habían usado como plataforma de tiro. Yo... bueno, estoy seguro de que están muertos. A mí me alcanzaron dos veces, pero estaba más lejos, así que no ha

sido tan malo. —De repente hizo un puchero y pareció un crío—. No estoy muerto aún... ¿Voy a morir?

—Algún día, pero no hoy. —Gordon retiró el vendaje de la pierna, vertió *whisky* para limpiarlo y luego aplicó una venda nueva—. La bala que te ha dado en el muslo izquierdo ha atravesado el músculo sin golpear ningún vaso sanguíneo importante. —Trey no llevaba su chaqueta, por lo que fue fácil examinar la herida en su hombro—. Y por aquí solo te han rozado —dijo y vertió más brandi, antes de colocarle un apósito y vendarlo de nuevo—. Siempre puede haber riesgo de infección, claro, pero eres joven y fuerte y estarás en casa pronto, así que todo irá bien. En el futuro podrás presumir ante las chicas de que eres un héroe de la batalla de Baltimore. —Lo cual era totalmente cierto.

Trey soltó una risita oxidada, y jadeó cuando Josh y Gordon levantaron con cuidado la manta en la que yacía, usándola como camilla para llevarlo al carro. Mientras Peter construía un dosel cubierto para proteger a su amigo del sol, Gordon regresó a la cabaña y agregó más dinero al que el chico les había dejado. Luego recogió los rifles, la pólvora y las municiones, y cerró la puerta. Con suerte, los propietarios regresarían y encontrarían su cabaña intacta y el dinero suficiente para excusar la invasión.

Partieron a un ritmo lento para que Trey no se sacudiera más de lo necesario. Josh condujo mientras Peter daba instrucciones. Gordon se sentó atrás con Trey y cargó ambos rifles antes de ocultarlos debajo de las mantas, así podía sacar uno y disparar rápidamente, pero esperaba no tener que hacerlo.

Poco después de llegar a la carretera de Filadelfia, un escuadrón de soldados estadounidenses liderados por un teniente detuvo el carro y exigió bruscamente una explicación de lo que hacían tan cerca de las líneas de batalla.

—Mi amigo herido y yo estábamos en la vanguardia de los francotiradores —les dijo Peter al tiempo que mostraba su brazo vendado—. Yo no soy útil ahora, así que me han dicho que lleve a mi amigo Trey de vuelta para recibir tratamiento médico.

—¿Y usted quién es? —le preguntó el joven oficial a Gordon, luego de mirar la parte de atrás del carro y ver las vendas ensangrentadas.

—Un cirujano, George Gordon. —Mostró sus manos ampolladas y americanizó su acento—. Aunque esta última semana me he dedicado a cavar trincheras.

El teniente aceptó su respuesta y los saludó.

—Será mejor que salgan de aquí rápidamente. La brigada está reteniendo a los británicos, pero si logran pasar... —Sacudió la cabeza sin decir nada y se alejó con su patrulla. Apenas había prestado atención a Josh, al que probablemente había considerado un esclavo sin importancia.

—Intentabas advertirme que la guerra no era glamur y gloria —dijo Trey mientras se dirigían al oeste, hacia Baltimore.

—Sí, aunque normalmente es una de esas cosas que uno tiene que descubrir por sí mismo —respondió Gordon—. Al menos has sobrevivido a tu bautismo de fuego.

—Por ahora. —Trey esbozó una sonrisa torcida—. ¿Usted era oficial en el ejército británico? Me pareció oír que Callista lo llamaba capitán Audley.

—He dirigido un barco o dos, pero nunca he sido un soldado con rango y uniforme. Obedecer órdenes no es mi fuerte —contestó—. Pero he tenido que luchar por mi vida en más de una ocasión. Sobrevivir a los piratas en el Mar del Sur de China es algo serio.

—¿Está hablando en serio? —Los ojos de Trey se abrieron de par en par—. ¿No es solo una historia que está contando para distraerme?

—Te aseguro que es completamente cierto. También he peleado en otras ocasiones; por lo general, contra bandidos o piratas. Nunca por mi país, solo para defenderme a mí y a mis amigos de las personas mezquinas que querían matarnos por cualquier razón.

Trey cerró los ojos y se quedó tan callado que Gordon pensó que estaba dormido o inconsciente. Se encontraban a medio camino del almacén cuando, en un susurro y con los ojos aún cerrados, preguntó:

—Dicen que el general Ross era un hombre bueno y honorable, y puede que lo haya matado. ¿Soy un héroe o un villano?

Gordon puso su mano sobre la de Trey.

—Ambos. Ninguno. Lo peor de la guerra es tener que matar a extraños, muchos de los cuales son hombres dignos y honorables, con amigos y familiares que los aman; Ross es uno de estos. Sin embargo, lo que hay que tener en cuenta es que el ejército británico no tiene otros oficiales de su categoría aquí y, con él desaparecido, puede que se retiren o, si atacan nuestras defensas, que no hagan un buen trabajo. Y eso podría salvar muchas vidas estadounidenses.

—Pensé que ser soldado sería algo grandioso y honorable, pero ahora creo que no me gusta demasiado —declaró Trey luego de otro largo silencio.

—Eso demuestra que eres muy sabio para tu edad. Has cumplido con tu deber, Trey. Puedes sentirte orgulloso de eso, incluso si no te gusta lo que has hecho.

—Gracias —susurró él. No dijo nada más en todo el viaje, pero Gordon vio un destello de lágrimas debajo de sus ojos. Verse catapultado a la edad adulta no era fácil.

23



Organizar sus defensas resultó una buena distracción para Callie, Molly y Sarah. Esta última todavía estaba algo débil, pero les aseguró que sería capaz de lanzar un barril de tabaco contra los invasores llegado el caso.

El cuero curtido de Molly se convirtió fácilmente en un par de fundas para ocultar dos cuchillos de cocina pequeños. Callie se sintió como una elegante pirata cuando se ató la vaina a la pierna izquierda y practicó cómo sacarla rápidamente de debajo de su falda.

Sarah le pidió secamente que no matara a nadie con ese cuchillo porque no querría usarlo en la cocina después de eso. A pesar del calor, estaba haciendo la sopa de carne, cebada y vegetales que le gustaba a Trey, porque dijo que al chico le resultaría reconfortante. Aunque lo más reconfortante sería, sin duda, el amor de abuela que estaba poniendo en el cocido, pensó Callie.

Era difícil ignorar el ruido de los disparos que llegaba del este, pero Callie había llegado a acostumbrarse un poco; era curioso cómo la gente realmente podía acostumbrarse a cualquier cosa.

Al anoecer, habían terminado con sus preparativos, así que Callie y Molly se acomodaron a ambos lados de una lámpara; Molly para trabajar en su alfombra de trapo y Callie para ajustar otro vestido de segunda mano. Al desabrochar una costura, a Callie se le ocurrió que las dos parecían más hermanas que madre e hija; y ser hermana parecía acarrear menos responsabilidades que ser madre...

De hecho, Molly no era mucho más joven que la hermana más pequeña de Callie; Annie apenas si empezaba a andar cuando se había ido a Jamaica... ¿Cómo sería ella ahora? De repente, sintió una punzada de añoranza por su hogar. Su padre era un matón y probablemente su otra hermana menor la había traicionado cuando había tratado de fugarse con Richard; pero, en general, se había llevado bien con sus hermanas y con su hermano pequeño. ¿La habrían extrañado? ¿La recordarían después de tantos años?

¡Crash! Un golpe atronador en la puerta sacó a Callie de sus pensamientos. Se puso de pie de un salto y el miedo la atravesó. Otro golpe se estrelló contra la puerta y arrancó hasta la mitad de las bisagras. ¡Esa era la amenaza que había sentido!

Después de un momento de parálisis, recordó la pistola. Pero, antes de que pudiera saltar de su silla, un tercer golpe destrozó la puerta en fragmentos irregulares y tres hombres entraron a la sala de estar. A la cabeza estaba su brutal hijastro, Henry Newell.

—¡Ya te tengo, perra! —dijo con una burlona sonrisa triunfante.

Sarah estaba en la cocina removiendo la sopa. Ella y Molly se congelaron y se quedaron mirando a Henry como conejos hipnotizados por una serpiente; sabían de lo que era capaz.

Callie había pensado que era altamente improbable que su hijastro fuera hasta Norteamérica para encontrarla. Sin embargo, ahora que estaba allí, se daba cuenta de que aquel reencuentro era inevitable. Según los sirvientes de Matthew, Henry había sido un niño horrible, incapaz de admitir sus equivocaciones y que no soportaba perder; así que habría hecho todo lo posible para ganar, lo que significaba perseguirla y destruirla.

Reuniendo todas sus fuerzas, Callie se levantó con gracia y dejó que el vestido que arreglaba se deslizara hacia el suelo. Era una pena que se hubiera alejado de su pistola para coser con más luz. La mesa estaba entre ella y Henry, y su arma estaba escondida tras la canasta de retazos, donde él no podía verla.

Callie avanzó hacia él y exclamó con fingida calidez:

—¡Henry, qué sorpresa! ¿Has venido a asegurarte de que tu madrastra y tus medio hermanos estén seguros y bien? Pensé que ya tendrías una esposa y un hijo que cuidar.

—¡Ni esposa ni hijo, no hasta que haya terminado contigo! —Sacó una pistola de debajo de su abrigo y la apuntó hacia ella. El cañón parecía tan grande y mortal como la boca de un cañón—. ¡He esperado tres malditos años este momento!

—¿Cómo me has encontrado? —Callie solo tenía un pensamiento: ganar tiempo—. Pensé que te habrías dado por vencido.

—¡Yo nunca me rindo! No podía creer mi suerte cuando el gerente del almacén me escribió hace un par de meses y me dijo que la señora Newell vivía en Washington y quería mudarse al almacén en caso de invasión británica... ¡Por fin!, después de tres malditos años y de haber tenido que navegar con la Marina Real. —Sonrió de manera enferma—. Hoy pasamos horas en el callejón vigilando el almacén y esperamos hasta que estuvimos seguros de que los hombres no volverían pronto. ¡Ha llegado el momento de hacer justicia!

—No entiendo por qué necesitas justicia, Henry —dijo Callie mientras reprimía su pánico y se acercaba un par de pasos—. El último testamento de tu padre desapareció misteriosamente, por lo que has heredado todo. ¿No es eso suficiente?

—Te llevaste el dinero de la caja fuerte de mi padre y cuatro esclavos valiosos. ¡Sin mencionar las joyas de mi madre! ¡Quiero que me lo devuelvas todo! —Sus pálidos ojos brillaron.

Ni la guerra había sido suficiente para detenerlo. Su caza habría costado mucho más de lo que afirmaba haber perdido, pero a Henry no le importaba la lógica. Callie siempre había sentido que su hijastro tenía una oscura obsesión con ella y que debía satisfacerla a cualquier precio.

—Sabes que tu padre quería liberar a los cuatro Adams. Nos lo dijo a los dos.

—Ya, pero era demasiado vago como para hacerlo. Y, como no lo hizo, ¡son *míos*! ¡Y tú no tenías derecho legal a liberarlos! He venido a recuperarlos y a ajustar cuentas contigo. Con la ciudad bajo ataque, nadie se percatará de lo que sucede aquí.

—¿Y qué cuentas son esas? —Callie dio otro paso sin perder de vista a los secuaces de su hijastro. Eran un par de brutos hoscos y olían como si acabaran de salir de una destilería. Uno de ellos le resultó familiar y se dio cuenta de que era Hoyle, el violento capataz al que Mathew había despedido gracias a su persuasión. El otro era un amigo de este, un tipo musculoso no muy brillante llamado Goat—. No te he hecho daño —dijo ella con la voz tranquila—. El dinero de la caja fuerte era menos de lo que tenía derecho a heredar. Incluso si añades el valor de mercado de los Adams a lo que tomé, es menos que lo que deberías pagarme como pensión de viudedad. —La sola idea de que sus amigos tuvieran precio la hizo querer vomitar, pero tragó y continuó—: *Has*

ganado, Henry. ¿Por qué has hecho tanto esfuerzo para localizarnos?

—¡No solo tomaste mis pertenencias, sino que trataste a la puta de mi padre como si fuera una mujer blanca! Nadie estaba a la altura de mi madre, ¡y sin embargo allí estabas tú, estafando a mi padre y conspirando en mi contra!

—Traté a tu padre con respeto y afecto, y nunca conspiré contra ti. —Callie avanzó un paso más. La pistola estaba casi al alcance de su mano; pero, en el instante que le tomaría agarrarla y apuntar, él podía dispararle, ya que su arma estaba lista. Claro que podría encasquillarse, pero no iba a jugársela.

—¡Les has dado ideas a otros esclavos! —gritó él furioso—. Cuando te fuiste, mis mejores peones escaparon de la plantación y se unieron a los cimarrones libres en las colinas. ¡Es culpa tuya!

—¡Basta ya! —dijo Hoyle, el capataz despedido, impaciente—. ¡Nos prometiste chicas y esa chica negra de allá se ve madura!

—Ni lo pienses. Esa vale mucho como virgen, si todavía lo es, y puedo hacer una pequeña fortuna si la vendo en Nueva Orleans. Pero puedes quedarte con la viuda de mi padre cuando haya terminado con ella. —Henry agitó la pistola hacia Callie y luego hacia Sarah—. La vieja es buena cocinera y también tendrá un buen precio. ¿Dónde está el niño?

—Mi hermano se ha unido a la milicia para luchar contra los británicos —respondió Molly con fiereza—. ¡Está fuera de tu alcance! —También se acercó a los invasores, con una luz peligrosa en sus ojos.

—No debería haber esperado a que los hombres se fueran, pero el tipo rubio parecía peligroso... —Henry maldijo mientras consideraba qué hacer—. Bueno, puede que el niño esté fuera de mi alcance, pero el viejo es un buen carpintero y algo me darán por él, así que esperaremos hasta que regresen. —Su mirada ardió nuevamente sobre Callie—. Podemos divertirnos con las mujeres y luego emboscar a los hombres. ¿Quién es el rubio, madrastra querida? ¿Tu amante?

—Solo un viejo amigo de Inglaterra —respondió ella con suavidad—. Nadie que conozcas.

—Así que le disparo, me llevo a todos mis esclavos y dejo que el gerente del almacén encuentre vuestros cuerpos. —Se rio—. ¡O lo que quede de ellos!

—No veo la hora de que termines con la pelirroja. —Goat, cuya mirada había pasado de una mujer a otra, se dirigió a la cocina—. La anciana no tiene mala pinta. Creo que voy a darle una oportunidad mientras Hoyle hace guardia —añadió mientras sujetaba a Sarah con mirada lasciva.

—¡No me toques, cerdo! —Sarah arrojó un cucharón de sopa hirviendo a la horrible cara de Goat, que gritó y saltó hacia atrás mientras se tapaba los ojos. Aprovechando su desconcierto, la mujer lo empujó furiosamente hacia el barril de tabaco más cercano, uno de los que habían tumbado. La cabeza de Goat golpeó contra la madera con un feo crujido, y el tonel salió disparado hacia Hoyle.

—¡Cuidado con lo que haces! —gritó el capataz mientras salía del camino del barril y

tropezaba con Henry.

—¡Menudo par de inútiles! —rugió tras el choque y se dio la vuelta para ver qué pasaba a sus espaldas.

En el instante en que se distrajo, Callie tomó su pistola y la sostuvo con ambas manos mientras apuntaba con expresión adusta.

—¿Querías justicia, Henry? ¡Yo te la daré! —En Washington no había podido apretar el gatillo, pero esta vez no dudó. Lo apretó lentamente para que su puntería fuera cierta y disparó al corazón negro de Henry.

Una explosión ensordecedora y una nube de humo punzante saturaron la habitación cuando la pistola la sacudió. Mientras la sangre brotaba de la herida, ella luchó contra las náuseas. Estaba mareada, pero no arrepentida.

—¿Qué...? —Con expresión incrédula, Henry se dobló lentamente, mirándola mientras la sangre brotaba de su pecho—. ¡Perra! —dijo con su último aliento.

Callie se aferró a la mesa cuando Henry se desplomó dejando caer la pistola que sostenía. Ella retrocedió instintivamente, temiendo que el arma pudiera dispararse. Efectivamente, el arma estalló, hubo más sonido atronador y más humo punzante, y Goat chilló. Cuando Callie se enderezó, vio la sangre que brotaba de la sien del hombre. Este hizo un sonido estrangulado mientras se espatarraba en el suelo y no habló más.

Callie recargaba desesperada su arma cuando Hoyle se la arrancó de la mano y la arrojó a un lado.

—¡Maldita bruja! ¡Pagarás por esto! —La sujetó del cuello y la arrastró hacia él. Callie trató de levantarse la falda, entre jadeos, para alcanzar la funda del cuchillo en su muslo izquierdo. Molly había afilado cuidadosamente ambos cuchillos y, si conseguía alcanzar el suyo...

—¡Déjala ir! —gritó Molly, que tomó la pistola vacía de Henry y la arrojó a la cara de Hoyle; el arma impactó brutalmente en su nariz y mejillas. Luego la joven buscó su propio cuchillo con furia en sus ojos.

Mientras Hoyle maldecía y se agarraba la nariz, Callie logró sacar su cuchillo de la vaina y le hizo un corte en el lado derecho del rostro. Él la golpeó salvajemente, pero no consiguió darle en la mano que sostenía el cuchillo. Más por instinto que por intención, ella movió el cuchillo de un lado a otro con todas sus fuerzas y le desgarró la garganta; aquello liberó una fuente escarlata de sangre tibia que se esparció por encima de Callie, antes de que Hoyle se desplomara. Ella se atragantó y casi se cayó, pero Molly la tomó del brazo y la mantuvo en posición vertical.

—Tranquila, ¡ya pasó! —dijo Molly, exaltada—. ¡¡Ya pasó todo!!

Desde que Goat fue tras Sarah hasta la muerte de Hoyle, no había pasado más de un minuto. Callie miró la sangre y los cuerpos; aquello parecía un campo de batalla. Comenzó a temblar, sus ojos ardían por el humo... Entonces oyó fuertes pasos golpeando la escalera. A ciegas, levantó el cuchillo y se preparó para enfrentar la nueva amenaza.

—¡Callie! —Era la voz de Richard—. ¡¡Callie!! ¡Dios mío! —Atravesó la puerta rota y se dio

cuenta de la situación con una mirada rápida y horrorizada.

—Henry nos ha atacado —dijo Molly severamente a través de sus lágrimas—. Mi maldito hermano.

—Callie, ¿estás bien? —Richard la alcanzó en unas zancadas y la abrazó antes de que ella se diera cuenta de que él estaba allí. Su cuerpo lo reconoció primero que su mente; se hundió en su pecho y se le aferró con dedos mordaces cuando el miedo y la angustia de los últimos minutos la atravesaron. Entonces comenzó a sollozar sin control.

—¡Sarah, Molly! —Josh entró corriendo, era mayor que Richard, pero no mucho más lento. Se detuvo y miró el cuerpo de Henry Newell—. Querido Dios, ¿ese bruto ha venido hasta aquí?

—¡Abuelo! —Molly corrió llorando hacia sus brazos. Sarah la siguió a un ritmo más moderado.

—Ese demonio ha venido a violar y a matar a la señora Callista y a llevarnos al resto a la esclavitud —dijo Sarah con frialdad. Cuando llegó donde estaba su esposo, deslizó un brazo alrededor de su cintura y se apoyó en su sólida fuerza—. Ella los ha matado a él y a Hoyle como los cerdos que eran —añadió con feroz satisfacción—. Yo he peleado como una tigresa y Molly también. —Hizo un gesto hacia Goat—. El último disparo de Henry ha matado a ese.

Josh maldijo con palabras que Callie nunca lo había oído usar y él, sin soltar a sus mujeres, se adelantó y pateó a Henry en la cabeza.

—¡Ojalá hubiera estado aquí para participar de la matanza!

—Ojalá. —La voz de Callie era tan baja que apenas se oía—. Pero ha esperado a que tú y Richard estuvierais lejos, porque hubiera sido difícil entrar con vosotros aquí.

—Ven y siéntate, Catkin. Pareces a punto de desmayarte. —Richard le alisó el pelo hacia atrás con su mano grande y gentil.

Aturdida, se plegó sin fuerzas en la silla más cercana.

—¿Dónde está Trey?

Richard se arrodilló y tomó las manos de ella entre las suyas con la mirada penetrante.

—Está abajo en el carro con Peter Carroll. No está gravemente herido, solo un poco débil. Estábamos llegando al almacén cuando hemos oído disparos. Josh y yo hemos dejado a Peter a cargo y hemos corrido tan rápido como hemos podido. —Su sonrisa era tan cálida como sus manos—. Pero veo que no nos necesitabas, Catkin. Mi mujer guerrera.

—Estaba aterrada —susurró.

—Por supuesto —señaló enérgico—. Cualquiera persona sensata lo hubiera estado. Un héroe hace lo que debe hacer a pesar de estar aterrado. Y tú eres una heroína, Callie.

—No me siento como una.

—Pero lo eres. —Richard hizo una pausa—. Escucha, necesito bajar y ayudar a subir a Trey aquí. Solo serán unos minutos, ¿estarás bien?

Callie reunió toda su fuerza y resolución y apretó las manos de Richard:

—Estoy bien. —Le soltó las manos y añadió—: Tú trae a Trey. Entonces, después de que Sarah lo haya atendido... —Miró los cuerpos en el suelo, luego miró hacia otro lado—. Después

podremos decidir qué hacer a continuación.

24



Estaba completamente oscuro. Gordon dejó a Josh al cargo de los cuerpos y se dirigió hacia el carro, su corazón aún latía con fuerza por el pánico que lo había consumido al oír los disparos. Apenas recordaba haberle dicho a Peter que cuidara a Trey antes de salir disparado del carro, abrir la puerta y correr escaleras arriba, con Josh media docena de pasos detrás de él. La puerta destrozada indicaba que había ocurrido un desastre... Al entrar y ver a Callie cubierta de sangre, había sentido que su corazón moría en él. Nunca olvidaría el alivio abrumador al descubrir que ella estaba ilesa, pero su desolación había resultado suficientemente alarmante; las manos de ella todavía estaban heladas cuando él la había sentado para intentar calentárselas. Por suerte, se había recuperado un poco cuando él le había dicho que necesitaba ayudar a Trey, pero era innegable que estaba profundamente conmocionada: Callie haría siempre todo lo que fuera necesario, pero tenía el alma de una madre, no la de una asesina.

Cuando llegó a la calle, Trey estaba luchando contra los intentos de Peter de mantenerlo en el carro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó frenéticamente—. ¿Mi familia está bien?

—Todos están a salvo. —Miró a Peter, preguntándose cuánto debería decir frente a alguien que no era de la familia.

—Soy un Carroll de Carrollton y haré cualquier cosa para proteger a Molly y Trey —dijo Peter en voz baja, adivinando sus pensamientos—. Si hay secretos, estos están a salvo conmigo.

Gordon asintió con agradecimiento.

—Trey, tu medio hermano, Henry, ha irrumpido con dos matones. Callie, Molly y Sarah han luchado contra ellos.

—¿¡Ellas han luchado!?! —Trey parpadeó con incertidumbre.

—Los tres están muertos —respondió Gordon sin rodeos—. Eres parte de esto ahora —le dijo a Peter—. Ata los caballos y llevaremos a Trey arriba. Podréis saber el resto de la historia allí.

Peter asintió y aseguró el carro y los caballos después de que Gordon ayudara a salir a Trey. Aunque Peter mantenía su brazo herido en el cabestrillo la mayor parte del tiempo, podía hacer algunas cosas si era necesario, como sacar los dos rifles. Era un buen muchacho, pensó Gordon antes de pasarle un brazo por la cintura a Trey, que apenas podía caminar. Lo llevó medio a rastras hasta el hueco de la escalera. El niño jadeó por el dolor cuando tuvo que empujarse escaleras arriba con su pierna lesionada, pero siguió subiendo, apoyando parte de su peso en la baranda.

Finalmente llegaron a la vivienda, que estaba iluminada por la luz de los candiles y les daba la bienvenida. Sarah terminaba de arreglar la cama del dormitorio de hombres para su nieto y, al oírlos entrar en la sala, gritó:

—¡Traed a mi niño aquí!

Trey casi lloró de gratitud cuando lo dejaron sobre el colchón y pudo hacerse un ovillo entre los brazos suaves y acogedores de Sarah, que ahuyentó silenciosamente a los demás y lo meció como si fuera un bebé, emitiendo palabras de consuelo mientras le acariciaba la espalda.

Gordon y Peter regresaron cansados a la sala principal y descubrieron que Josh había arrastrado los cuerpos contra la pared y los había cubierto con una manta.

—¡Gracias por salvar a mi hermano! —Molly estaba poniendo la mesa del comedor, pero se giró y fue directamente a los brazos de Peter.

—Me alegro de haber estado allí para ayudarlo. —Él le devolvió el abrazo y fue un abrazo mutuo de mucho más que gratitud.

Gordon había sospechado que había una fuerte atracción entre ellos dos, y ahora lo confirmaba. Ambos eran jóvenes, pero, si desarrollaban un vínculo duradero, aquello dejaría a Molly en una muy buena posición de por vida, pues Gordon había estado en Baltimore el tiempo suficiente como para saber que los Carroll eran una de las primeras familias de Maryland. Charles Carroll, ¿quizás el abuelo de Peter?, había firmado la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y se decía que era el hombre más rico de América. La riqueza generalmente se casaba con la riqueza, pero Molly era hermosa, amable, inteligente, y la muerte de Henry Newell había cambiado su situación financiera de manera drástica: ahora ella y su hermano serían los herederos de la finca Newell; gracias a su habilidad para falsificar, Gordon se aseguraría de que así fuera. Molly iba a ser una heredera.

¿Cuándo había comenzado Gordon a pensar como una madre casamentera?

—¿Podrías traer la botella de brandi que compré hace un par de días, Molly? —pidió con diplomacia, pasando por alto el abrazo—. Creo que a todos nos iría bien tomar un poco.

—Por supuesto.

Callie salió de la habitación de las mujeres con un aspecto pálido y tembloroso, pero bajo control. Se había limpiado la sangre y se había cambiado el vestido, y parecía casi normal, a menos que uno la mirara a los ojos.

Con dificultad, él se abstuvo de abrazarla, ya que eso podría socavar su frágil control.

—¿Cómo lo llevas?

—Todos estamos vivos e ilesos, y Henry y sus brutos están muertos. Creo que es lo mejor que podía pasar. —Su sonrisa era torcida pero genuina. Entonces su mirada se dirigió a la pila de cuerpos cubiertos y tragó saliva—. Ahora debemos decidir qué hacer con... los restos.

—Tengo algunas ideas, pero, primero, tomemos un tónico para los nervios. —Gordon vertió brandi en la media docena de copitas que había traído Molly, bebió la suya de un trago y luego se sirvió otra. Si la botella hubiera sido lo suficientemente grande, se habría metido dentro y la habría secado. Callie no bebió tan rápido, pero pronto iba a estar lista para rellenar su vaso. Molly, por su parte, se atragantó un poco con el suyo, pero el licor parecía calmarla.

—Ahora comamos; pensaremos más claro una vez que lo hayamos hecho —dijo.

—Hablas como tu abuela. —Josh sonrió con cariño.

Ella sonrió tímidamente en agradecimiento y trajo una fuente de jamón y queso en lonchas, una olla de sopa humeante con unos tazones, una gran barra de pan y una jarra de su limonada. Gordon se dio cuenta de que estaba hambriento, y lo mismo les ocurrió a Joshua y a Peter. Callie y Molly

también empezaron a comer y Callie dejó de verse tan pálida.

—Trey ya duerme —anunció Sarah, que se les unió unos minutos después—. Creo que estará bien. —Se dejó caer cansada en la silla junto a su marido y él le llenó un plato de manera eficiente.

Eso era lo que debía ser una familia, pensó Gordon. Ese intercambio y consideración para con los otros no se parecían en nada a las comidas tensas y miserables de su infancia.

Molly fue la primera en terminar y le habló a Peter de la chaqueta de su uniforme. Mientras los hombres habían ido a buscar a Trey, ella había lavado la sangre de la manga derecha, que había sido arrancada y convertida en cabestrillo improvisado. Ahora que el hombre, la chaqueta y la manga estaban en el mismo lugar, comenzó a recoser la manga. Mientras, Peter la miraba como si no se cansara nunca de hacerlo.

—¿Qué hacemos con los cuerpos? —preguntó Callie sin rodeos cuando todos hubieron terminado de comer.

—Antes he visto los mástiles de la Marina Real en el río Patapsco —dijo Peter—. En las próximas horas, comenzarán a bombardear el fuerte McHenry. No sé cuánto tiempo aguantará el fuerte, pero supongo que, si nos damos prisa, poner silenciosamente algunos cuerpos en el puerto no llamará mucho la atención.

—¿Se les permite a los abogados sugerir este tipo de cosas? —preguntó Callie, luego de un silencio causado por la sorpresa.

—El objetivo de la ley es la justicia —respondió él con una voz ronca que insinuaba al hombre en el que un día se convertiría—. Esos tres hombres han irrumpido aquí para destruir a tres mujeres inocentes; sus muertes son justas.

—Eso es muy pragmático —advirtió Callie—. Admito que prefiero no tratar de explicar lo que ha sucedido aquí, en especial con una batalla a punto de comenzar.

—Los dos matones se pueden eliminar de esa manera, pero la muerte de Henry debe confirmarse oficialmente —dijo Gordon—. Si ha muerto soltero, Molly y Trey son los herederos de la finca Newell.

Callie le lanzó una mirada aguda.

—Dijo literalmente que no se casaría hasta que hubiese terminado conmigo.

Gordon deseaba matar a Henry de nuevo.

—En ese caso, el codicilo del testamento entra en vigencia y todo el patrimonio va a parar a Molly y a Trey, excepto tu renta y algunos legados individuales. No hace falta que te recuerde que eres su tutor legal hasta que sean mayores de edad, ¿verdad?

Callie sabía que estaba mintiendo acerca de un codicilo en el testamento, pero tenía fe en sus habilidades de falsificación.

—Me alegra que Matthew me eligiera como tutora legal, pero ¿significa eso que debo llevarlos de regreso a Jamaica para administrar la plantación?

—¡No! —exclamó la voz ronca de Trey. Se había levantado de la cama y se aferraba al marco de la puerta de su habitación—. No volveré allí. ¡Jamás! —Josh se puso de pie para ayudarlo a llegar a la mesa.

—Yo tampoco —añadió Molly con voz más baja, pero no menos enfática—. Papá nos adoraba, pero no lo suficiente como para liberarnos. Allí éramos esclavos. ¡No pienso volver nunca jamás!

—Os entiendo y estoy de acuerdo con lo que decís; yo tampoco quiero volver. —Callie frunció el ceño—. Pero eso significa que la plantación tendrá que ponerse en manos de un administrador, lo que a menudo es problemático para los propietarios ausentes, o deberá venderse.

—No podemos vender la plantación con sus esclavos —zanjó Molly, rotunda—. Son nuestros amigos y deben ser liberados.

—Molly tiene razón. No quiero que las cosas sigan como antes —replicó Trey, mirando a su abuela con cautela, mientras vertía una pequeña cantidad de brandi en su vaso de limonada. Sarah no se opuso, pero su expresión decía que eso era todo lo que él iba a obtener.

—Hay otra posibilidad —indicó Gordon—. Callie, ¿no me dijiste que una plantación vecina era propiedad de unos cuáqueros que trabajaban con negros libres? Podrías liberar a los esclavos de Newell y vender la plantación a esos cuáqueros con la condición de que mantengan a cualquiera que desee continuar trabajando allí por un salario justo. Eso, sin embargo, reducirá considerablemente el valor de la herencia.

Molly y Trey intercambiaron una larga mirada, luego asintieron.

—Hagamos eso —dijo Molly—. No necesitamos ser ricos, sino hacer lo correcto.

—Estoy tan orgullosa de vosotros... —Callie sonrió amablemente—. Sin embargo, eso será complicado de hacer desde la distancia. Peter, una vez que tengamos un certificado de defunción de Henry, ¿debería contactar con mi abogado? Él podría tener algún vínculo con abogados de Jamaica, o conocer a alguien que los tenga.

—Eso depende del abogado —comentó Peter—. Muchos trabajan solo localmente, pero en Baltimore y Washington hay muchos abogados con conexiones internacionales. ¿Cómo se llama el suyo?

—Francis Scott Key, de Georgetown.

—¿El señor Key? ¡Excelente! —exclamó Peter con entusiasmo—. He estudiado leyes con mi tío, y él y el señor Key son buenos amigos. Trabajaron juntos en algunos casos en el pasado. Seguro que ellos podrán encontrar un abogado bueno y honesto en Jamaica para manejar la sucesión, liberar a los esclavos y vender la plantación después de que se confirme su propiedad. Aunque llevará tiempo, por supuesto.

—No sé dónde está el señor Key en este momento, pero seguro que todo terminará por volver a la normalidad en algún momento —dijo Callie—. ¿Crees que tu tío podría comenzar el proceso de declarar a Henry Newell muerto e informarnos de los aspectos legales del asunto?

—Estoy seguro de que mi tío estará encantado de ayudar. —La expresión de Peter dejó en claro que cualquier excusa para ver a Molly con más frecuencia era bienvenida—. En cuanto a la

ubicación actual del señor Key, creo que es un invitado de la Marina Real.

Callie lo miró fijamente.

—¿Y por qué iba a estar en un barco británico?

—El señor Key y el señor Skinner, el agente de prisioneros de guerra estadounidense, han navegado hasta el buque almirante *Cochrane* para pedir la liberación de un prisionero, un médico anciano que no está muy bien de salud —explicó Peter—. Y también quieren una lista del resto de estadounidenses que son prisioneros de los británicos. Mi tío ha dicho que, puesto que están a bordo del buque insignia británico, es probable que sean retenidos hasta después de la derrota de Baltimore.

—¿Y si Baltimore no es derrotado? —gruñó Trey.

—No importa quién gane la batalla, deberían ser liberados después. El señor Skinner ha sido agente estadounidense durante un tiempo y siempre ha sido tratado con gran cortesía. —Peter sonrió—. Dice que en los buques insignia británicos sirven cenas excelentes.

—Es bueno saberlo —comentó Callie. Entonces añadió preocupada—: Pero ¿cómo podemos hacer que Henry sea declarado muerto sin que se me acuse de asesinato?

—Tengo una idea, aunque probablemente no va a gustarle a nadie —dijo Gordon—. Podríamos decir que Henry estaba preocupado por su madrastra y sus medio hermanos, así que vino a Baltimore con la esperanza de llevarlos a un lugar seguro. Al enterarse de la lesión de su joven hermano, nos acompañó al campo de batalla para ayudar a traer a Trey a casa y, por desgracia, resultó mortalmente herido en el camino; había suficientes balas volando alrededor de North Point como para hacer eso plausible.

—Tienes razón —dijo Callie con una sonrisa irónica—, ¡la idea de un heroico y preocupado Henry es repugnante! Pero puede funcionar si todos nos ponemos de acuerdo en los detalles de la historia. Incluso podríamos justificar que su cuerpo estuviera aquí. ¿Qué os parece, estáis de acuerdo con ello?

—Estaré de acuerdo con lo que usted diga si alguien me lo pregunta —asintió Josh—. ¡Pero sería incapaz de decir que ese diablo ha venido a Baltimore para proteger a Molly y a Trey!

—Podemos mentir si tenemos que hacerlo —añadió Sarah—. Pero no es probable que seamos interrogados; solo somos un par de viejos sirvientes negros.

—Pues si me preguntan a mí, estoy segura de que podría estallar en lágrimas convincentes —replicó Molly—. ¡Mientras no tenga que decir por qué estoy llorando!

Todos rieron.

—Podemos hacer eso, sí. Aunque odie decir que Henry alguna vez tuvo un impulso desinteresado. De todos modos, imagino que principalmente hablarán contigo, Callista, ya que eres nuestra tutora —zanjó Trey.

Peter sacó un pedazo de papel doblado y un lápiz de su bolsillo.

—Le pongo una nota y la dirección de un médico de la zona que conoce a mi familia —dijo mientras escribía—. Es menos probable que esté con la milicia que un cirujano. Él puede hacerle

un certificado de defunción y ayudarla a organizar un entierro.

—Esta semana mejora cada vez más —murmuró Callie, luego de aceptar el papel—. Te lo agradezco, Peter. Estás haciendo todo mucho más fácil.

—Me alegra ayudar, señora. —Se puso de pie y dejó que Molly lo ayudara a ponerse la chaqueta del uniforme, permitiendo que se abriera sobre el cabestrillo que sostenía su brazo derecho—. Debo volver a mi regimiento. No sé si seré de mucha utilidad allí, pero es probable que los británicos ataquen nuestras defensas del monte Hampstead mañana y debo estar allí.

—¡Vuelve sano y salvo! —exclamó Molly. Parecía infeliz, pero no discutió.

—Planeo hacerlo —dijo él con una sonrisa torcida mientras recuperaba su rifle y sus municiones—. ¡Bueno, será mejor que me vaya ahora, por si tienen otros asuntos que discutir que un abogado no debería oír!

«Un muchacho inteligente», pensó Gordon. «Lo suficientemente bueno para Molly.»

Todas las mujeres abrazaron a Peter y Molly lo acompañó hasta la calle para despedirse en privado.

—Josh, ¿tienes alguna idea sobre la mejor manera de arrojar a los socios de Henry al puerto sin que nadie se dé cuenta? —preguntó Gordon cuando la pareja ya no podía oírlos.

—Lloverá pronto —declaró el interpelado—. Una mala tormenta, creo. Podemos poner los cuerpos en la eslinga de lona que hay aquí detrás, bajarlos con el polispasto y sacarlos en el bote de Newell. Si remamos hacia el fuerte, basta con tirarlos por la borda y volver a casa.

—Eso suena lluvioso pero eficiente —admitió Gordon—. Ya que usaremos el montacargas, podríamos aprovechar bajar a Henry y llevarlo a la oficina. Dudo que alguien quiera acostarse con su cadáver aquí.

—¡Tienes razón en eso! —dijo Callie con fervor—. ¿Has tenido que deshacerte de cuerpos no deseados a menudo?

—No, pero es una nueva habilidad para agregar a mi lista —respondió con seriedad fingida.

Callie se echó a reír y se levantó de la mesa

—¡Algún día me gustaría ver esa lista! Vamos, es hora de que todos nos pongamos a trabajar.

25



Callie siempre había pensado que Josh era un buen pronosticador del tiempo y, una vez más, había dado en el clavo. Mientras caía una fuerte lluvia, él y Richard aseguraron los tres cuerpos en una lona y los bajaron con el montacargas. Era un trabajo lúgubre, pero lo hicieron estoicamente; y Callie agradeció que su hogar contara con dos hombres musculosos y de estómagos fuertes.

En medio de la oscuridad y la lluvia, era difícil que los vieran; de todos modos, si alguien preguntaba, había una razón legítima para bajar el cuerpo de Henry a la oficina del almacén. Henry, el héroe que había ido a Baltimore para proteger a su familia... A Callie, la idea le habría provocado la risa si no hubiera estado temblando aún por sus amenazas.

Al tiempo que Richard y Josh remaban bajo el aguacero, ella se concentraba en limpiar la sangre derramada, obligándose a pensar en ella como una mancha cualquiera, como vino tinto o sopa. Después, ayudó a Molly a guardar la comida y lavar los platos. Por fortuna, el polispasto también servía para subir agua para lavar y cocinar.

—¿Qué opinas de Peter Carroll? —preguntó Molly mientras Callie secaba los platos.

—Creo que es un buen chico —respondió esta sin sorprenderse por la pregunta.

—¿Y crees que podría haber algo... duradero entre alguien de una de las primeras familias de Maryland y una esclava?

—¡Tú ya no eres una esclava! —dijo Callie con brusquedad—. Eres una joven bella y bien educada, y una heredera. Pero, en cuanto a la posibilidad de una relación duradera... es algo que nadie puede saber. Estoy segura de que a Peter no le importan tus orígenes, pero puede que a su familia sí. E incluso si no se oponen a vuestra relación, ambos sois muy jóvenes, y los primeros amores a menudo son como tormentas de verano: intensos pero fugaces.

—Peter ya tiene diecinueve años. —Molly la miró de soslayo—. Y yo dieciséis. Tú estabas casada a los dieciséis.

Eso era indiscutible e impactante. ¿Molly tenía la misma edad que Callie cuando se casó? ¡Pero si era muy joven! Aunque Callie también había sido muy joven; demasiado joven.

—Yo no me casé por elección. Y, aunque no funcionó mal, no puedo recomendarlo.

—¿Tuviste algún primer amor que consumiera tu mente y tu corazón? —le preguntó Molly con atención—. ¿Alguien con quien quisieras estar desesperadamente aunque te vieras obligada a casarte con mi padre?

—La verdad es que no —dijo Callie, pesarosa, mientras apilaba los platos secos y los colocaba en el estante de la cocina—. Las chicas que conocía siempre andaban enamoradas de profesores de baile, de mozos de cuadra o de curas jóvenes y bien parecidos, pero a mí nunca me pasó. No sé, supongo que no soy muy apasionada.

—¡No te creo! —exclamó Molly—. ¡Seguro que había alguien!

Callie frunció el ceño mientras lo pensaba, y sacudió la cabeza.

—Supongo que, como Richard era mi mejor amigo, no me fijé en los mozos de cuadra.

—¿Nunca te enamoraste de él? —preguntó Molly con asombro—. ¡Es muy guapo!

Callie negó con la cabeza

—¡Era mi mejor amigo! Cabalgábamos, nadábamos y nos metíamos en problemas juntos. Pero eso es distinto.

—¿En serio? —Molly preguntó con escepticismo.

—En serio —respondió Callie con firmeza mientras reprimía los recuerdos de varios besos recientes que eran muy diferentes de la relación de su infancia—. ¡Y no cuestiones a tus mayores!

Molly se echó a reír y terminaron la limpieza en silencio. Sarah ya se había acostado, agotada por el ajetreo del día, al igual que Trey.

—Pareces cansada. Yo, en cambio, no podré acostarme hasta que los hombres estén en casa —dijo Callie—. Antes de irte a la cama, ¿me ayudarías a mover algunos barriles de tabaco para crear una pequeña alcoba? Quiero poner mi camastro allí porque no creo que pueda dormir bien esta noche y no quiero despertar a Sarah.

—¿Y qué hay de mantenerme despierta a mí? —preguntó Molly mientras se movía hacia los barriles de tabaco.

—¡Oh, no me importa si arruino tu sueño! —Ambas se rieron y, una vez más, Callie pensó que Molly se parecía más a una hermana pequeña que a una hija.

Fue fácil organizar los barriles para crear una estancia en forma de U que diera al balcón y a la bahía. Callie extendió las mantas lo más que pudo, porque sabía que daría vueltas toda la noche. Aquí, al menos, si lloraba a causa de los nervios destrozados, nadie la oiría.

Envió a Molly a la cama y sacó una limonada y brandi al balcón. Se había pedido a los residentes de la ciudad que apagaran las luces para no mostrar objetivos al enemigo, por lo que afuera todo era lluvia y oscuridad. Ellos tenían dos linternas sordas que proyectaban una estrecha banda de luz; una estaba colgada en el hueco de la escalera y la otra la había dejado en una mesa para guiar a los hombres cuando regresaran.

Fue un alivio escuchar el chapoteo de los remos, seguido del golpe de la madera contra la madera cuando el robusto bote se detuvo en el muelle. Tras uno o dos minutos, una llave chirrió en la cerradura de la puerta que había bajo el balcón. Esa puerta no estaba dañada, así que Henry debía haberla abierto con una llave maestra, pensó. En unos segundos, escuchó los pasos lentos de los hombres que, cansados, subían al departamento.

—¡A primera hora arreglaré esta puerta y le cambiaré la cerradura a la de abajo! —murmuró Josh en cuanto entraron.

Callie dejó su bebida a un lado, tomó dos copitas de brandi que había servido antes, y fue a recibirlos en la puerta.

—Estáis chorreando como si fuerais ropa recién sacada de la tina —dijo mientras Richard seguía a Josh adentro.

—Así me siento, se lo aseguro. Podría dar clases de natación a los peces. —Josh cubrió un bostezo. Había subido la linterna del hueco de la escalera y mantenía cuidadosamente el pequeño haz de luz alejado del balcón.

—Trey está dormido en tu habitación. —Callie le entregó un brandi—. Quería darte la cama, pero lo obligamos a quedarse en ella señalándole que le habían disparado dos veces, por lo que hoy podía aprovecharla.

—¡Ese chico! —dijo Josh cariñosamente—. No importa. Estaré bien en el suelo. Podría dormir hasta en las rocas esta noche. —Se bebió el brandi de un trago y le devolvió el vaso a Callie—. Realmente ha sido un día largo.

—Así es. —Había unas clavijas en la pared, junto a la puerta, en las que Richard colgó su sombrero y abrigo empapados antes de aceptar su bebida.

—Hay toallas y ropa seca en la zona de la cocina —comentó Callie—. ¿Te apetecería ir conmigo al balcón para relajarte un poco antes de irte a la cama?

—Me apetecería, sí. —Su sonrisa en la tenue luz era cansada pero pacífica. Tomó la segunda lámpara y se dirigió hacia la cocina.

Callie regresó al balcón y dejó caer su cuerpo cansado en una de las sillas. Unos minutos más tarde, Richard se acomodó en la silla a su izquierda, con la linterna en una mano y, en la otra, un vaso que probablemente contenía una mezcla de limonada y brandi como la de ella.

Aunque el ruido de la lluvia ahogaba la mayoría de los sonidos, parecía natural hablar en voz baja.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó ella.

—Sí, hemos remado hacia el puerto y los hemos arrojado al mar en dos lugares diferentes. No sé cuánto tiempo pasará hasta que los encuentren, ni si pensarán que sus muertes están relacionadas con la guerra o no, pero no creo que importe. —Levantó su vaso hacia el puerto y el fuerte que se extendía al final del mismo—. Hay cosas más graves por las que preocuparse.

—Como dijo Peter Carroll, merecían su destino. No me preocupan esos dos, todavía... —Dudó mientras buscaba las palabras correctas—. Todavía estoy triste por Henry, que era el peor de todos ellos. Es verdad que lo despreciaba, pero Matthew lo amaba.

—El amor puede ser muy ciego. —Richard extendió su mano y tomó la de ella.

Bebieron en silencio mientras la lluvia pasaba de un salvaje aguacero a otro constante, pero más normal. Después de un último trago de limonada, ella dejó su vaso en el suelo junto a su silla.

—Deduzco que tienes la intención de falsificar el útil codicilo del testamento de Matthew.

—Sí. Necesitaré el antiguo borrador del testamento y cualquier otra muestra de su letra que tengas, con ello debería poder crear un documento que parezca convincente. De todos modos, no hay otros herederos esperando para llevar esto a los tribunales.

—Cierto. Y realmente es lo que Matthew hubiera querido. Es justo aunque no sea precisamente legal. Me gusta la perspectiva de Peter.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él—. Yo he tenido un día largo y agotador, pero todo lo que hice fue viajar al campo de batalla para recuperar a un amigo, y luego deshacerme de un par de villanos muertos. Tu día ha sido mucho peor.

Ella intentó hacer algún comentario trivial de mujer guerrera, pero comenzó a temblar.

—Creo que ha sido el peor día de mi vida —dijo entrecortadamente mientras se aferraba a su mano como si fuese un salvavidas en un mar sacudido por la tormenta—. Peor que cuando nos escapamos y destrozamos nuestras vidas; peor que cuando los británicos quemaron mi casa y casi me lincharon... Hoy, todos los que me importan profundamente han estado en peligro: Trey ha resultado herido, tú y Josh podríais haber sido asesinados al ir tras él, luego ha venido Henry y... —Se derrumbó, incapaz de hablar.

Él se levantó, la tomó en sus brazos y se sentó nuevamente con ella en su regazo. La cabeza de Callie reposaba debajo de su barbilla mientras él le acariciaba la espalda.

—Aquellos que amas han sido amenazados violentamente, y tú has tenido que matar. Tienes todo el derecho de tener un ataque de histeria; siéntete libre de romper porcelana o tirarte al suelo y golpear con los puños y los talones.

—Sería mejor arrojarme y golpear el suelo antes de comenzar a romper la porcelana. —No estaba segura de que su intención hubiese sido hacerlo reír, pero lo hizo.

—Muy práctica. —Los largos dedos de Richard masajearon suavemente su nuca, y el calor y la relajación se abrieron paso en su cuerpo contracturado—. Ya ha habido demasiada sangre hoy.

—Lamento haberme convertido en una llorona. —Callie exhaló exhausta—. Solías decirme con admiración que era un niño más y no una niña quejica, y mírame ahora.

—Los tiempos han cambiado. —Su risa era suave y tierna—. Ahora me he dado cuenta de que eres una niña y que eso no me importa. De hecho, me gusta bastante. Además, perder la compostura al final del día no es lo mismo que ser una llorona.

—Supongo que no, pero no puedo permitírmelo durante mucho rato. Mañana Baltimore puede ser bombardeada y necesito estar preparada para cualquier cosa.

—La Marina Real no lo tendrá fácil —aseguró él—. Primero tendrán que destruir el fuerte Estrella y la batería de artillería en Lazaretto Point, al lado opuesto del canal. Y luego todavía tendrán que pasar la barrera flotante en la boca del puerto interior. Los fuertes pueden resistir tanto tiempo bajo el bombardeo que los británicos se aburrirán y regresarán a casa, ya lo verás.

—¡Esperemos que sí! Esto no es Washington. Los habitantes de Baltimore están cavando y luchando por sus hogares. —Ella suspiró—. Mañana debería poder fingir que soy fuerte otra vez, pero esta noche no quiero dormir sola. He improvisado un camastro entre los barriles de tabaco. ¿Te unirás a mí allí?

El cuerpo de Richard se puso rígido debajo del de ella.

—Define lo que quieres decir con «unirme a ti».

—Dormir abrazados, nada más. —Callie se deslizó de su regazo y le ofreció la mano—. Debes estar tan cansado como yo, señor Audaz Aventurero. Ven a descansar.

—Con mucho gusto, Catkin. —Él tomó su mano y se levantó de la silla. Luego esbozó su sonrisa íntima y fascinante—. Puedes arrullarme para que me duerma.

26



Había sido un día largo. De hecho, Gordon sospechaba que ya era el día siguiente. Incluso con un compañero tan robusto como Josh Adams, luchar contra las olas de tormenta en el puerto había sido agotador. Gordon estaba agotado, lo que hizo que la invitación de Callie a su camastro fuera más que bienvenida. La fatiga debería permitirle comportarse como un caballero, aunque sería un desafío, pues ella le inspiraba intensos sentimientos de ternura y lujuria.

La alcoba entre los barriles era acogedora, con un ligero aroma a tabaco y una gran vista, aunque no había mucho que ver bajo la fuerte lluvia sobre una ciudad ennegrecida.

Callie alzó la manta y se metió sigilosamente en el camastro, que era lo suficientemente ancho para los dos.

—¿Es el suelo menos duro que las noches anteriores o estoy tan cansado que no me doy cuenta? —preguntó Gordon al tumbarse a su lado.

—El camastro es algo más grueso. Esta mañana, Molly y yo encontramos unos sacos de arpillera vacíos en el almacén y agarramos los necesarios para proporcionar un mejor acolchado —dijo mientras se estiraba en el lado derecho—. No es una cama de verdad, pero es mejor que el suelo.

Cierto. Pero incluso el suelo sin relleno habría estado bien con Callie a su lado, pensó él.

Callie rodó sobre su costado para situarse frente a él y lo agarró por la cintura mientras exhalaba suavemente contra su cuello.

—Gracias por estar aquí conmigo.

—El placer es mío —respondió Gordon—. Ha sido un día terrible. Sin embargo, estamos todos aquí y vivos, y Trey no está gravemente herido. Hay mucho por lo que estar agradecido. —Le acarició la espalda y confirmó lo que había sospechado cuando la sostenía en su regazo: no llevaba nada debajo de su desgastado camisón de lino. Y eso le pareció casi tan maravilloso como si no llevara nada de nada.

—Molly está loca por Peter y aparentemente él lo está por ella —murmuró Callie—. ¿Crees que llegarán a algo?

—Confío en que te refieres al matrimonio, no a una relación extramatrimonial.

—¡Por supuesto! —exclamó indignada—. Quiero que encuentre un esposo amable y devoto que la cuide a ella y a la familia que puedan tener. Como Sarah y Josh.

—Peter parece un buen hombre. Así que, suponiendo que sobreviva al ataque británico, sí, creo que podrían tener futuro. Imagino que su herencia será decente.

—Con todos los esclavos liberados, no será una gran fortuna, pero creo que le permitiría vivir de forma independiente o tomar una buena dote.

—El dinero siempre hace que una pareja potencial sea más atractiva —dijo Gordon—. Pero son jóvenes. La atracción puede ser fugaz.

—Eso le he dicho. Y ella ha querido saber si a su edad me había fascinado tanto un hombre como para quererlo por encima de todo. —Callie rio entre dientes—. He tenido que admitir que eso jamás me había pasado.

—¿No?

—No. Pensé en ello y decidí que ser tu amiga había absorbido toda mi energía en lo relativo a chicos.

—Lo mismo me pasó a mí —señaló él—. Tal vez eso nos hizo más lentos a la hora de pensar en el sexo con otros de nuestra edad.

—Prefiero pensar que era lenta a que me pasaba algo malo —dijo con ironía.

—No te pasaba nada —respondió él con tono tranquilizador—. Solo careciste de oportunidades, pasaste de ser mi mejor amiga a casarte con un hombre lo suficientemente mayor como para ser tu padre. Y supongo que, cuando llegaste a Jamaica, eras demasiado honorable como para tener relaciones con un hombre de tu edad.

—Nunca conocí a nadie que me tentara al adulterio —respondió ella—. ¿Qué fue de ti? Cuando saliste al mundo, ¿descubriste que te interesaba el sexo opuesto?

Él sonrió en la noche. Solo Callie podía hacer una pregunta tan directa.

—Oh, sí. Descubrí que me gustaba de manera completamente normal. —Sin embargo, a pesar de haber conocido a mujeres con las que había disfrutado dentro y fuera de la cama, nunca había conocido a una que le ocupara la mente y el corazón, o lo llevara a la locura juvenil.

—Desde que nos reencontramos en Washington, sigo pensando en lo diferentes que habrían sido nuestras vidas si no hubiéramos sido atrapados por nuestros padres cuando nos fugamos —dijo Callie—. Si nos hubiéramos casado en Escocia, ¿nuestras vidas habrían sido mejores o peores? ¿Nos habríamos aburrido el uno del otro al madurar? ¿Habría sido la amistad una base lo suficientemente sólida para un matrimonio aunque no estuviéramos locos el uno por el otro?

—También he pensado en eso —admitió él—. Ofrecí casarme contigo como amigo para salvarte de un matrimonio no deseado. Pero, cuando me diste aquel beso de agradecimiento... bueno, me di cuenta de que eras una chica y que esa fuga no era una mala idea.

Ella rio.

—¿De veras? Recuerdo haberme sentido enormemente aliviada, agradecida y emocionada por la aventura, pero no sentir algo romántico por ti. Será que no soy muy apasionada.

—Lamento discrepar —dijo él, recordando la forma en que ella había respondido a su beso de despedida unas horas antes.

Entonces giró la cara y la besó de nuevo. Lento, a fondo, y sintiéndose lo suficientemente apasionado por los dos. Acarició el sutil arco de su elegante espalda, se deslizó por la ropa gastada hasta llegar a la dulce curva de su trasero y su palma se calmó allí mientras la presionaba contra su ingle.

Ella emitió un sonido suave desde el fondo de su garganta y se apretó aún más, con la boca hambrienta y receptiva. Tampoco apartó la parte inferior de su cuerpo, sino que deslizó su pierna entre las de él y provocó un contacto abrasador incluso a través de las capas de tela.

—¡Si no quieres que esto continúe, es el momento de parar! —jadeó él mientras la fatiga desaparecía.

Ella deslizó sus manos debajo de su camisa a modo de respuesta; resultaban eróticamente frías contra su piel caliente.

—Olvidemos este día, juntos. —Ella respiró.

Enterrando hasta el último escrúpulo caballeroso, el movió la mano hacia su pecho y sintió la cálida plenitud a través de la tela del camión. Callie contuvo el aliento y se arqueó al sentir el roce en el pezón; entonces capturó su boca y su lengua bailó contra la de él, provocadora y apetecible.

Él deslizó una mano debajo del dobladillo de su camisola y acarició sus piernas suaves y contorneadas; y también más arriba, sobre su cadera. Luego, delicadamente, pasó entre sus muslos hasta que alcanzó un calor sedoso e íntimo. Ella separó las piernas y soltó un pequeño gemido, que fue ahogado por la lluvia.

Mientras él exploraba las zonas más sensibles, Callie comenzó a retorcerse contra sus hábiles dedos y sus caderas se mecieron ante su tacto. Se daba cuenta, de forma vertiginosa, de que él podía tomarla y de que ella lo recibiría si eso ocurría. Su anhelo por esa fascinante consumación casi destruyó los últimos vestigios de su control; sin embargo, tenía el suficiente sentido común como para darse cuenta de que la intimidad total cruzaría una línea que lo cambiaría todo entre los dos, y tal vez destruiría cualquier posibilidad de futuro, así que esa noche no habría unión definitiva. Pero, ¡por Dios!, ¡estaba claro que Richard iba a demostrarle que ella también era apasionada!

Él reclamó su boca irresistible mientras sus dedos indagaban cada vez más en sus lugares secretos. Calor, humedad y aromas sensuales, más embriagadores que los mejores licores.

Cuando ella se derrumbó bajo sus caricias, él capturó su grito con la boca. Y, al disolverse la tensión, ella se suavizó contra él, lentamente. Entonces él movió los labios hacia su garganta y el delicado hueco de su hombro, sintiendo el calor de su sangre contra la lengua. Era tan deseable, tan dulcemente apetecible...

A medida que recuperaba la respiración, ella fluyó débilmente contra él y se amoldaron tan estrechamente que era difícil saber dónde terminaba uno y dónde comenzaba el otro.

La sangre de Gordon latía frenéticamente por sus venas, exigiendo satisfacción, pero la intensidad del placer de Callie era suficiente para compensarlo.

Estaba medio recuperado de su excitación cuando se dio cuenta de que la mano de ella se deslizaba tímidamente bajo sus calzones, y no lo había asimilado aún cuando ella lo sujetó y todo su cuerpo se endureció. Callie no era experta, pero no necesitaba serlo. Su mano acariciándolo, su cuerpo apretado contra el suyo y su esencia fueron suficientes para derretir su cerebro y olvidarse de todo de forma ardiente.

—Callie... —La presionó, gimiendo—. ¡Dios mío, Callie!

—Mi Richard —susurró ella, su aliento era una caricia contra su garganta—. Mi Corazón de León.

Su mano se apretó con presión y desencadenó una violenta culminación que pareció durar para

siempre, pero que terminó con demasiada rapidez. ¡Bendito olvido!

La abrazó mientras su mente y su cuerpo se alineaban lentamente. ¿Cuándo había conocido una plenitud tan feroz? Nunca. ¿Una satisfacción tan grande? Jamás.

—Lo siento, Catkin —murmuró inseguro—. No era mi intención que esto pasara.

—Tampoco la mía, pero ha sido una buena distracción para un día difícil —replicó con un rastro de risa en su voz.

—Me alegra que lo pienses, la verdad. —Él sonrió con arrepentimiento—. Porque te he mentado: no lo había planeado, pero no lo lamento en lo más mínimo.

Él acariciaba suavemente su espalda y cuello. No quería dejarla ir, nunca.

—Callie, ¿te casarías conmigo? —dijo preso de ese anhelo—. A los dos nos ha tratado mal la vida y tenemos nuestras limitaciones, pero creo que estamos mejor juntos que separados.

Ella estuvo largo rato en silencio, pero no trató de alejarse.

—Es difícil ver más allá de los próximos días —respondió finalmente—. Pero, si estamos vivos e intactos después de esta batalla, vale la pena discutirlo.

Él rio con euforia.

—¡Estoy empezando a menoscabar tu resistencia!

—Creo que sí —respondió ella con una sonrisa—. Pero también se debe a que todo ha cambiado desde que volviste a mi vida hace tres semanas.

—Mi mundo también es diferente. —Él había pasado de una inquietante y constante búsqueda a la calma; había viajado literalmente por todo el mundo para encontrar el camino a casa. Ahora solo necesitaba convencer a su cautelosa mujer guerrera de que compartiera su vida con él.

Besó la parte superior de su cabeza y echó las mantas sobre ellos. La lluvia amainaba, pero la temperatura había bajado y el aire nocturno era fresco.

—Me gustaría abrazarte así para siempre.

—Me conformaré con esta noche, ya que no sabemos qué ocurrirá mañana. —Callie se retorció deliciosamente mientras encontraba la posición más cómoda contra él; encajaba tan bien en su abrazo—. ¡Pero espero que el amanecer tarde en llegar!

Gordon sintió que su profunda fatiga se había disuelto y había dado paso a una satisfacción relajada. ¿Cuándo había sido más feliz? Nunca.

Se quedó dormido con una sonrisa en los labios.

La noche se hizo añicos cuando los británicos comenzaron a bombardear el fuerte McHenry al amanecer. La armada más poderosa del mundo llamaba a la puerta de Baltimore.

27



Josh guio al médico y a su asistente a la oficina del almacén. Los tres chorreaban bajo la lluvia. El médico, un hombre de mediana edad de aspecto solemne, había respondido de inmediato al poder del nombre Carroll que había al final de la nota de Peter.

—El doctor Williams y su asistente, señora Callista —anunció Joshua tras esperar que disminuyera el ruido de una serie particularmente ruidosa de explosiones.

Callie dio la vuelta al mostrador para saludar al doctor.

—Gracias por venir tan pronto, doctor Williams. El... cuerpo está en la mesa de trabajo aquí atrás. —Lo condujo a donde descansaba la forma alargada envuelta en una lona, sobre la mesa en la que Molly había trabajado en sus alfombras de trapo.

Cuando todos estuvieron alrededor, Callie les hizo un gesto a Richard y a Molly y los presentó con los nombres que habían decidido que eran los más apropiados. ¡Había tantos distintos! Richard no iba a presentarse como un lord y no era necesario mencionar que Molly y Trey eran ilegítimos; ella y los chicos serían todos Newell: Callista, Mary y Matthew Newell.

—Ellos son el señor Audley y la señorita Mary Newell. Supongo que Joshua le habrá explicado que el fallecido es mi hijastro, Henry Newell, que acababa de llegar de Jamaica en busca de su familia y se ha convertido en víctima de esta terrible violencia.

Williams asintió mientras se quitaba la capa de lluvia y se la daba a Josh sin siquiera mirarlo; él desempeñó bien el papel de esclavo imperceptible.

—Sí, imagino que el desafortunado caballero recibiría un disparo. ¿Cuáles fueron las circunstancias?

—Peter Carroll vino a comunicarnos que el hermano de Mary, un fusilero de la milicia, había resultado herido durante los combates en North Point —explicó Richard, que se había adjudicado el honor de contar las mentiras necesarias ya que era el mejor en eso—. Joshua y yo, siguiendo las indicaciones del joven Carroll, fuimos a buscar a Matthew con nuestro carro y estábamos de regreso cuando descubrimos al señor Newell, que había resultado herido de muerte en el camino que lleva a la ciudad. Matthew estaba inconsciente, pero Joshua reconoció al señor Newell de inmediato. Su caballo había desaparecido; probablemente robado por los británicos.

Williams tomó algunas notas en un pequeño cuaderno y no pareció encontrar nada sospechoso en la explicación de lo ocurrido.

—¿Saben por qué salió al campo de batalla?

—Cuando lo encontramos, el señor Newell todavía respiraba y estaba semiconsciente; nos dijo que él también había salido a buscar a su hermano menor, quien sabía que era un excelente tirador y había tenido el coraje de ofrecerse como voluntario para el puesto más peligroso. —Richard disminuyó el tono de su voz—. Por suerte, todavía estaba lo suficientemente consciente y pudo ver que Matthew se encontraba a su lado y que no estaba gravemente herido. Entonces trajimos al señor Newell de regreso a la ciudad con la esperanza de poder llevarlo a un cirujano a tiempo, pero...

—Por desgracia, ya era demasiado tarde. —Callie se secó los ojos con un fino pañuelo de

muselina—. Ya había traspasado cuando llegó aquí. ¡Y pensar que vino hasta Baltimore para asegurarse de que sus hermanos estaban bien!

—Admirable, pero tonto —advirtió Williams con gravedad mientras tomaba otra nota—. ¿Debo suponer que es usted amigo de la familia, señor Audley?

—La señora Newell y yo estamos comprometidos —comentó Richard con naturalidad, ignorando las miradas sobresaltadas de Callie, Molly y Josh—. Planeamos contraer matrimonio cuando las cosas se hayan calmado.

—Estaba totalmente deshecha por la muerte de Henry —dijo Callie, haciendo todo lo posible para sonar indefensa—, y, en estos momentos tan difíciles, la ayuda del señor Audley ha sido incalculable. De hecho, ha sido él quien me ha explicado la importancia de obtener un certificado de defunción, ya que Henry tenía propiedades y, ahora, al no tener ni esposa ni hijo, su hermano y su hermana son sus herederos. La situación se complica por el hecho de que él es de Jamaica, así que todo debe hacerse correctamente aquí.

—Entiendo. —El doctor guardó su cuaderno dentro de su abrigo—. Me siento honrado de que el señor Carroll me haya sugerido servir en un asunto tan importante.

Un conjunto inusualmente violento de impactos en el fuerte sacudió el almacén. Todos se estremecieron, pero, después de horas de bombardeo, no hubo reacciones más fuertes.

—Henry Newell habría sido mi hijastro —prosiguió Richard—. Y, aunque nunca tuve la oportunidad de conocerlo realmente antes de su trágica desaparición, debo hacer lo mejor que pueda por él ahora. —Entonces bajó la lona con solemnidad para revelar el rostro de Henry. Incluso en la muerte, unas líneas de ira y brutalidad marcaban su expresión.

—¿No hay dudas sobre la identidad del fallecido? —indagó el doctor Williams; aquello sonó como una formalidad requerida antes de emitir un certificado de defunción.

—Ninguna duda. Ciertamente es mi hijastro. Aquí están los papeles que llevaba encima. —Callie extrajo los documentos que Richard había tomado de los bolsillos de Henry. También habían encontrado una cantidad sustancial de dinero, aunque habían confiscado la mayor parte en nombre de Molly y de Trey.

—También tenía este anillo de sello. —Le mostró el anillo de oro con una elaborada N inicial grabada en la parte plana superior—. Pertenece a mi esposo y fue a parar a Henry tras la muerte de su padre. Ahora entiendo que debe ir al hijo menor de Matthew. —Aunque no estaba segura de que Trey quisiera algo que Henry había usado.

Williams asintió con la cabeza.

—¿Alguien más puede identificar el cuerpo?

—Sí, es mi hermano mayor, Henry. —Molly había dado un paso adelante—. ¡Ojalá no hubiera venido a Norteamérica! —Comenzó a llorar con sollozos que resonaban en la oficina del almacén y Callie le pasó un brazo reconfortante por los hombros.

—Matthew, el hermano menor, también puede jurar la veracidad de su identidad —dijo Richard—. No puede bajar las escaleras debido a su herida en la pierna, pero vio a Henry ayer, en un

momento en que recuperó la conciencia, y puede testificar. Puedo llevarle con él si lo desea.

—No, no es necesario, gracias. —Williams tiró de la lona hasta la cintura de Henry y reveló la herida en el centro del pecho; había mucha sangre seca a su alrededor, sobre la camisa—. Tampoco hay ninguna duda sobre la forma de la muerte. —El médico sacudió la cabeza con tristeza—. Un hombre tan joven. Una lástima que el señor Newell viajara solo para encontrar la muerte lejos de su hogar.

—Una gran pérdida para la sociedad jamaicana y para su familia —dijo Richard con piedad. Callie tuvo que admitir que mentía muy bien—. Nuestro último deber con el señor Newell es darle un entierro cristiano adecuado. Él era de la Iglesia anglicana y esa sería nuestra elección si hay alguna parroquia cerca.

—La iglesia de Saint Paul, a la que asisto, está bastante cerca. —Williams sonrió con un toque de humor mientras volvía a pasar la lona sobre la cabeza de Henry—. Los habitantes de Baltimore estamos muy orgullosos de nuestra ciudad, pero es de un tamaño modesto en comparación con Londres. Aquí todo está cerca.

—¿Cree que el vicario podría ayudarnos? —preguntó Callie. Nadie lo mencionó, pero el clima caluroso hacía que el paso del tiempo fuera un problema importante.

—El vicario, el reverendo Harbow, es amigo mío. —Williams sonrió discretamente—. En las últimas dos semanas, ha hecho que el sacristán cavara tumbas adicionales en caso de que fueran necesarias después de la batalla, así que estoy seguro de que estaría dispuesto a hacer un funeral rápido. También hay un fabricante de féretros que ha hecho ataúdes extra, por si acaso.

Qué práctico, pensó Callie y respiró hondo, dándose cuenta de que no veía la hora de enterrar a Henry de una vez por todas.

—Richard, querido, ¿vamos a ver al vicario?

—Por supuesto. —Richard levantó una de las capas impermeables que habían bajado a la oficina por si tenían que salir y se la echó sobre los hombros—. Doctor Williams, ¿podría enviar a su asistente a la tienda de ataúdes para pedir que traigan uno aquí? Tenemos un carro que puede transportarlo a la iglesia si el reverendo Harbow nos lo permite.

—Será un placer prestar toda la ayuda que pueda. —Williams hizo señas al asistente para que se acercara y le explicó. Después, Richard le dio al hombre algo del dinero de Henry para el ataúd; el dinero era útil, ya que él no tenía recursos ilimitados.

Decidieron que Molly y Josh se quedarían con el cuerpo hasta que llegara el féretro, y que Callie y Richard irían a St. Paul y tratarían de persuadir al vicario para que enterrara a un distinguido extranjero que no era de su parroquia. Callie rezó en silencio para que el funeral pudiera celebrarse de inmediato, a ser posible esa misma tarde.

El doctor Williams salió con ellos del almacén y les dio instrucciones de cómo llegar a la iglesia antes de despedirse. Callie sujetó el brazo de Richard con firmeza mientras el viento y la lluvia los azotaban y los cañones retumbaban en la distancia.

—¿Cómo es que no me he enterado de que estamos comprometidos? —preguntó con dulzura

cuando estuvieron fuera del alcance del oído del médico.

—Pensé que estar a punto de casarnos me daría más autoridad para tratar con médicos, vicarios y similares. —Richard sonrió.

Callie puso los ojos en blanco.

—Recuérdame que rompa nuestro compromiso después de haber enterrado a Henry.

—Sí, Catkin —dijo dócilmente, pero sus ojos centelleaban—. Será como si el compromiso nunca hubiera existido.

Ella agachó la cabeza y se concentró en el suelo mojado. Ella nunca lo admitiría, pero le parecía... interesante estudiar la posibilidad de comprometerse con Richard. Aquello ya no le parecía imposible o indeseable.

Lo miró con recelo. ¡Maldito hombre! Después de la noche anterior y del descubrimiento de esa faceta apasionada que no sabía que tenía, cada vez le resultaba más difícil imaginar que lo alejaba, y más fácil, que compartía cama con él... ¡Pero ahora no era el momento! Ya pensaría en el futuro más tarde. Primero se concentraría en enterrar a su hijastro y en no prestar atención al constante estruendo de las armas.

El funeral de Henry Newell fue rápido y sencillo. Callie supuso que todos los que no se encontraban en el frente estaban tensos y nerviosos por el enfrentamiento en curso y, a la vez, agradecidos de poder hacer algo útil. El reverendo Harbow había sido muy comprensivo y servicial, y que Richard mencionara el nombre «Carroll» una o dos veces seguro que había ayudado.

Su hijastro fue enterrado en el cementerio fangoso de la iglesia de Saint Paul bajo una lluvia persistente. Trey no había podido asistir y Molly se había negado rotundamente a hacerlo, así que ellos dos, a diferencia del resto, se habían quedado en casa.

Como el reverendo Harbow no sabía nada del difunto, preguntó si alguien quería decir unas palabras. Callie sintió una repentina y horrible necesidad de gritar: «¡Mi hijastro era un tirano y un bruto y me alegro de haberlo matado!» Pero se tragó sus palabras y enterró su rostro entre sus manos, esperando que su reacción fuera percibida como dolor.

—No conocí a Henry Newell en vida. —Richard se había levantado suavemente—. Y, debido a las tristes circunstancias, nunca seremos miembros de la misma familia. Un hombre sofisticado que había sido educado en Gran Bretaña, era bien conocido en su sociedad jamaicana nativa y todos sus amigos lo extrañarán mucho.

«Si es que tenía alguno», pensó Callie, sin levantar la cabeza. Aunque Jamaica ciertamente tendría otros matones borrachos, así que tal vez él también tenía amigos.

—Su extraordinario viaje a Estados Unidos en busca de sus hermanos y de su madrastra nunca será olvidado por ellos —continuó Richard—. Sé que fue amado por su madre y por su padre. Y, con la gracia de Dios, seguramente está con ellos ahora. —Richard inclinó la cabeza—. Que Henry Newell conozca la paz.

Callie se dio cuenta de que la última frase sonaba sincera. Quizás lo era.

Así terminó la existencia de Henry Newell. Richard dio generosos honorarios a la iglesia y al vicario, y encargó una lápida muy presentable, con el nombre de Henry, las fechas de nacimiento y defunción, y el piadoso deseo de que descansara en paz.

—Me alegra haber venido —dijo Josh mientras los cuatro caminaban hacia casa—. ¡Quería asegurarme de que el diablo estuviera muerto!

Su comentario hizo que los demás estallaran en risas que aliviaron la tensión. La batalla por Baltimore todavía estaba en progreso, pero al menos el diablo había muerto.

Regresaron al almacén y encontraron a Molly y a Trey durmiendo. Richard y Joshua sacaron el catalejo al balcón para observar el cañoneo; desde allí, tenían una excelente vista de los destellos de los morteros y de los cohetes que ardían en el cielo.

A pesar de la lluvia, en los tejados adyacentes había numerosos observadores de la batalla, todos ellos con el semblante serio. Sin embargo, aunque desde esa distancia era imposible saber cómo progresaba el enfrentamiento, el bombardeo continuo era una buena señal porque significaba que el fuerte McHenry aún no se había rendido.

Callie y Sarah se habían dirigido a la cocina para preparar la cena. Callie cortaba jamón y queso mientras Sarah preparaba un poco de su limonada, usando el último limón de la despensa. Con la ciudad asediada, ¿quién sabía cuándo volverían a tener limones?

—Qué bueno que compraras este jamón de Virginia, Sarah. Nos ha mantenido alimentados durante días.

Ella asintió mientras partía los panecillos por la mitad y colocaba capas de jamón y queso en el medio.

—Se pueden hacer muchas cosas ricas con un jamón. Pronto este hueso terminará sus días en una olla de sopa de frijoles, ya verá. Pero es una pena que no tengamos comida más elegante a mano. ¡Si un funeral merecía celebrarse, era este!

Callie se tapó la boca con su mano, luego de echarse a reír.

—Sigo pensando que debería ser más respetuosa, pero no puedo.

—Se ha hecho justicia y nos hemos salido con la nuestra —dijo Sarah con un brillo de humor en los ojos—. Sinceramente, puedo decir que hoy mi alma se ha liberado de una pesadísima carga.

—Empiezo a sentirme menos terrible por lo que hice. —La plancha ya se había calentado, así que Callie derritió un trozo de mantequilla y cubrió la superficie de hierro fundido con sándwiches de jamón y queso. Mientras el queso se derretía y los panecillos empezaban a dorarse, se limpió las manos con un trapo.

—Richard me ha pedido que me case con él de verdad, no solo para engañar al médico y al vicario —confesó sin mirar a su amiga.

—¿Y va a decirle que sí? —preguntó Sarah con interés.

—No lo sé —respondió Callie en voz baja—. Cuando me lo preguntó por primera vez en Washington, la idea me parecía impensable, tenía muchas otras responsabilidades. Pero cuanto

más tiempo pasa, más me cuesta imaginar no tenerlo cerca.

—Su lord George, o Gordon o Richard o Audley o como quiera que se llame, es un buen hombre y piensa que el sol sale y se pone con usted. —Sarah sonrió—. ¡Y es el tipo más guapo que he visto en mi vida! ¿Por qué está dándole vueltas al asunto?

—¡Porque vosotros sois mi familia y no puedo soportar la idea de dejaros! —espetó dolorosamente—. Y tendría que irme, porque Richard quiere regresar a su hogar, en Inglaterra.

—Señora Callista, míreme a mí en lugar de esa plancha —dijo Sarah con firmeza. Cuando Callie levantó la mirada, continuó—: Usted es el ángel amado de mi familia. Nos liberó de la esclavitud con su propio carro celestial y nos apoyó cuando no teníamos un centavo. Y lo mejor de todo es que nos dio la oportunidad de levantar la cabeza, y ser libres e independientes. Usted nos dio la vida que tenemos ahora y el futuro que podemos esperar. —Su voz se suavizó—. Ha llegado el momento de que se encargue de su propia vida. Si lo ama, ¿por qué no casarse con él?

—No sé si lo amo como tú y Josh os amáis, o como Molly y Peter. Richard y yo fuimos mejores amigos y creo que aún lo somos. Pero ¿es una base lo suficientemente sólida para el matrimonio?

—Cada matrimonio tiene su propia historia —comentó Sarah—. Todos comienzan en diferentes lugares y siguen distintos caminos. Josh y yo nos enamoramos cuando teníamos la misma edad que Molly y el joven Peter, y saltamos juntos sobre la escoba¹ mucho antes de poder casarnos oficialmente en una iglesia. ¿Sabía que el amo Matthew me compró en otra plantación para que Josh y yo pudiéramos estar juntos?

—No lo sabía —dijo Callie, sorprendida por su ignorancia de otra gran parte de la historia de su amiga—. Fue muy amable de su parte.

—Josh le pidió que me comprara, y él lo hizo porque valoraba a Josh y yo era barata, solo era una sirvienta en ese momento. ¡Y salió ganando con el trato, porque me convertí en una magnífica cocinera! —añadió con una sonrisa—. De todos modos, él no tenía por qué ayudarnos a estar juntos, así que nunca podré olvidar lo que hizo por nosotros. —Su voz se volvió nostálgica—. Josh y yo nos amábamos entonces y nos amamos ahora, pero ese amor ha crecido y ha cambiado con los años. Es más silencioso, más profundo, más fuerte... más allá de cualquier cosa que pudiéramos imaginar cuando éramos jóvenes y solo queríamos desnudarnos el uno al otro.

—¡Hay cosas que no quiero saber! —exclamó Callie ruborizada—. Es como pensar en mis padres compartiendo una cama.

Sara se echó a reír.

—Solo digo que si ahora no ama a su hombre como cree que debería hacerlo, le garantizo que lo amaré de una manera que nunca ha soñado. Usted es una buena mujer y él un buen hombre, juntos encontrarán buenas formas de amar.

Callie respiró hondo y lentamente.

—¿Entonces me das tu bendición?

—Sí, eso hago. —Sarah cruzó la pequeña cocina para atraer a Callie a sus brazos—. Se ha desvivido por nosotros durante mucho tiempo, ahora le toca ocuparse de sí misma. ¡Y eso no

significa que no la amemos o que no nos ame! Nos escribiremos muchas cartas y tal vez algún día vendrá a visitarnos, o tal vez lo hagamos nosotros; tengo la intención de visitar Londres antes de morir.

Callie abrazó a Sarah, deseando que su propia madre hubiera sido tan cálida y sabia. Luego olió a quemado y se apartó para girar rápidamente los panecillos en la plancha antes de que se calcinaran.

Sarah le había dado mucho en qué pensar: sus amigos ya no la necesitaban realmente. Y aquello resultaba triste... y liberador.

[1.](#) Es una tradición nupcial africana.

28



La media docena de sillas del balcón lucían mejoradas gracias a unos sacos de arpillera acolchados y conformaban una refinada galería para ver el bombardeo de Baltimore. Callie y Sarah prepararon platos de humeantes sándwiches de jamón y queso, una jarra de limonada y dos cuencos pequeños de cebolla en escabeche.

Como el flautista de Hamelin, atrajeron seguidores; en este caso, Molly y Trey, que se habían despertado hambrientos. El chico usaba la muleta improvisada que Josh había diseñado para él.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Sarah—. Te ves más fuerte.

—Estoy bien —dijo alegremente su nieto mientras tomaba una silla junto a su abuelo—. Mañana ya podré volver al campo de batalla.

—¡No!, ¡no lo harás! —exclamaron Sarah y Callie al unísono—. Esta batalla se ganará o se perderá sin ti —añadió Sarah—. Ya has hecho suficiente.

Callie eligió la silla al lado de Gordon. A un palmo de distancia, señaló él, complacido, mientras mordía la corteza crujiente del panecillo de jamón y queso, y se la tragaba con un poco de la limonada; se dio cuenta de que la bebida tenía una pizca de brandi y pensó que Sarah sabía cómo calmar un hogar en tiempos difíciles.

—¿Cómo va la batalla? —preguntó Callie, luego de zamparse un bocadillo.

—No lo sabemos. —Le pasó el catalejo y tomó otro panecillo de jamón y queso—. Entre la oscuridad y la lluvia, todo lo que podemos ver son las bombas y los cohetes que explotan en el fuerte y la batería en el punto de Lazaretto.

Ella ajustó el catalejo.

—Puedo ver las paredes de ladrillo cuando un cohete explota sobre el fuerte, pero nada más. —Suspiró y se lo pasó a Sarah—. Qué día tan extraño.

—Los libros de historia describirán este día como la Batalla de Baltimore y todo esto se verá como algo predecible porque los libros sabrán quién ganó —dijo Gordon—. Pero, ahora mismo, es un misterio. Por si sirve de algo, os diré que empiezo a sentirme optimista: la Marina Real lleva horas bombardeando el fuerte sin apenas consecuencias.

—Me parece que los barcos británicos tienen cañones con un alcance mayor que los estadounidenses —dijo Josh juicioso—, pero mantenerse lo suficientemente lejos como para estar a salvo puede hacer que los cañones sean menos precisos.

—No oigo ningún disparo desde el este. ¿Creéis que las tropas británicas se han retirado? —preguntó Molly sin mucha esperanza.

—Es más probable que los dos ejércitos se estén midiendo el uno al otro y desplazando a sus tropas como en un juego de ajedrez —respondió Gordon—. Las fuerzas estadounidenses son mayores y están escondidas tras trincheras formidables. Yo creo que las tropas británicas están esperando que el ataque naval tenga éxito. Si eso sucede, el ejército británico atacará y entonces la ciudad será atrapada como una nuez en un cascanueces. —Mostró un movimiento de pinza con el pulgar y el índice.

Molly se retorció ante una explosión particularmente ensordecedora.

—¡Dios! ¡Esto debe haberse oído hasta en Washington!

—Tal vez incluso en Filadelfia —dijo Trey mientras recogía dos sándwiches más.

Callie suspiró.

—¿Cuánto tiempo pueden los británicos seguir así? Llevamos más de... —calculó—, quince horas de explosiones, ¿no se les termina nunca la munición?

—Con el tiempo, pero aún no —dijo Josh sombrío—. De todos modos, el fuerte no está usando tanto, saben que los buques de guerra británicos quedan fuera del alcance de sus armas, así que deben guardar las municiones por si los británicos se acercan.

Comieron en silencio hasta que terminaron. Callie tenía el catalejo y lo miraba de vez en cuando.

—Aunque no podamos ver mucho, todo esto produce una fascinación espantosa —observó.

—Tal vez —dijo Josh mientras se ponía de pie—. Pero estoy cansado. Despertadme si sucede algo interesante.

—Es curioso cómo podemos acostumbrarnos a casi cualquier cosa, ¿verdad? —Sarah también se levantó—. Estoy bastante segura de que puedo dormir con unos cientos de cañonazos más. Molly, Trey, también es hora de acostarse para vosotros, andando. Han sido días muy duros.

Prueba de su fatiga fue que los jóvenes se fueron dentro sin protestar. Josh pasó el brazo por los hombros de Sarah y siguieron a los chicos dentro.

—Solos tú y yo... Ven y siéntate en mi regazo —dijo Gordon—. Me resulta reconfortante.

—A mí también. —Callie se levantó de su silla y tomó una manta de su camastro, que todavía estaba entre los barriles de tabaco. Cuando se acomodó sobre él, tiró la manta sobre los dos y apoyó la cabeza en su hombro, relajada—. Podría acostumbrarme a esto.

—Espero que lo hagas. —Gordon jugueteó con su cabello, sacando las horquillas que ella había usado para parecer una viuda respetable, y luego peinó la pesada masa de seda sobre sus hombros—. Me gusta tu cabello. Brilla como oro rojo en el resplandor de los cohetes Congreve.

—Creo que estamos demasiado lejos para eso —respondió ella con una sonrisa—. Odio esos horribles cohetes, se disparan como locos. Nunca olvidaré cuando los británicos lanzaron dos de ellos en mi casa. —Suspiró—. Eso parece haber pasado hace mil años.

—Siento lo mismo. Han pasado muchas cosas desde entonces. Estamos viviendo en un limbo extraño. —Frunció el ceño mientras trataba de definir sus sentimientos—. Es extraño no hacer nada. No estoy acostumbrado a ser espectador. En general, cuando hay problemas, o estoy luchando, o huyendo para salvar la vida.

Ella rio entre dientes.

—Espero que peles más que huyas. ¿Dónde están tus lealtades ahora mismo?

—Admiro esta ciudad. Chicos como Trey y un puñado de veteranos astutos como Sam Smith se enfrentan al mayor poder militar en la tierra. Los Invencibles de Wellington derrotaron al propio Napoleón, pero las tropas estadounidenses sin experiencia mantienen el tipo contra ellos. —Dejó que su mano descansara sobre la nuca de ella, con presión cálida y protectora—. No quiero ver a

Baltimore derrotada.

—Yo tampoco —dijo Callie—. Pero, como ha dicho Josh, despiértame si sucede algo interesante.

—Lo haré. Duerme bien, Catkin —susurró. Le encantaba tenerla durmiendo en sus brazos. Sus arrumacos de la noche anterior lo habían hecho posible. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que estuviera tan acostumbrada a tenerlo cerca que estuviera dispuesta a casarse con él? No mucho, esperaba. Quería irse a casa, y quería a Callie a su lado.

A pesar del continuo cañoneo, él también dormitaba. Entonces, un cambio brusco lo despertó. No más cañonazos, sino silencio; un misterioso silencio. El bombardeo se había detenido.

Se puso alerta y contempló el cielo oscuro y cargado de lluvia sobre el fuerte McHenry. A lo lejos, un reloj dio las cuatro.

Callie se agitó y se despertó de golpe.

—¡Las armas han dejado de disparar! La batalla por el fuerte debe haber terminado, pero ¿quién ha ganado?

—Imposible saberlo —respondió él sombrío—. Pero, incluso si el fuerte McHenry se ha rendido, la Marina Real todavía tendrá que atravesar los barcos que se hundieron en el canal para cortarles el paso, y no será fácil.

—¡Odio no saber qué ocurre! —Callie miró hacia la oscuridad con frustración.

—Yo también —dijo mientras la abrazaba—. Hay tantas cosas que odiar de la guerra, pero la falta de información sobre lo que sucede es una de las peores. Tendremos que esperar hasta el amanecer para ver qué bandera ondea sobre el fuerte.

—Eres un buen colchón, pero estoy agarrotada. —Ella se deslizó fuera de su regazo y se estiró.

—Yo también. —Se levantó crujiente de la silla. El acolchado de arpillera no era suficiente para hacerlo cómodo—. ¿Paseamos de un lado a otro por el balcón?

—Tengo una idea mejor. Siéntate. —Él obedeció y Callie se puso detrás de la silla y comenzó a masajearle el cuello y los hombros. Resultaba maravilloso, pensó Gordon. Una prueba más de la conexión física entre ellos.

Cuando terminó, él hizo lo mismo por ella, aunque algunos de los masajes se trasladaron a zonas que la hicieron alejar su mano.

—¡Compórtate! —ordenó.

—Sí, señora —dijo él dócilmente.

Cuando se sintieron más flexibles, caminaron de un lado a otro del balcón tomados de la mano mientras observaban la oscuridad y la lluvia. Gordon pensaban en los que se encontraban en las trincheras del monte Hampstead, que debían estar con el barro a la altura de los ojos. Sin embargo, aún no habían oído nada que sugiriera que habían sido atacados por las fuerzas británicas.

Finalmente, el horizonte oriental comenzó a aligerarse, aunque, para su mutua frustración, el cielo todavía estaba demasiado apelmazado como para ver algún detalle del fuerte. Gordon

recuperó el catalejo para un estudio más a fondo y sacudió la cabeza.

—Puedo ver el asta y una bandera colgada en ella, pero me es imposible distinguir cuál.

Se les unieron Josh y Sarah, luego Molly y Trey. Sarah puso a freír algunos huevos, los metió dentro de los últimos panecillos y los sirvió con té caliente. Comieron, observaron y esperaron, y apenas dijeron nada.

El cielo se aligeró cuando las nubes comenzaron a diluirse. Entonces, con sorprendente brusquedad, estas se movieron y la luz del sol iluminó el fuerte en forma de estrella y la bandera se desplegó en el viento.

—¡Mirad! —Molly respiró—. ¡Mirad eso!

La brisa de la mañana atrapaba la bandera y la enorme pancarta se desplegaba con un poder perezoso: rojo, blanco y azul, estrellas y rayas. ¡El fuerte McHenry estaba invicto!

Callie jadeó. La bandera más hermosa que jamás había visto ondeaba sobre el fuerte, las rayas y las estrellas se hicieron más nítidas cuando la brisa hizo que la tela alcanzara su completo y magnífico tamaño.

—Hemos ganado. —Respiró. En el horizonte vio mástiles de barcos británicos que se alejaban, casi desapareciendo en la niebla de la mañana—. ¡Se han ido! ¡El pequeño Fuerte Estrella de ladrillo ha resistido a la mejor armada del mundo! —gritó en cuanto la euforia la atravesó.

Trey gritaba, Molly lloraba, Sarah y Josh se abrazaban, y Callie tomó a Richard y lo hizo girar. Este, riendo, la acercó a él.

—Podrían estar planeando un ataque desde una dirección diferente —advirtió, aunque también sonreía como un tonto.

—No lo harán. Es otoño y se irán a un lugar cálido y agradable como las Bermudas o las Barbados —dijo ella con firmeza—. Tengo uno de mis presentimientos, Richard. ¿Los recuerdas? Baltimore está a salvo.

—Por lo general, tienes buena intuición, sí —respondió él abrazándola y mirando la bandera ondeante y lujosa como si no se cansara de verla.

Mientras miraba en la misma dirección, Callie se dio cuenta con sorpresa de que era la primera vez en muchos años que tenía una profunda sensación de certeza. Era algo que le había sucedido a menudo durante su juventud, pero esas intuiciones habían desaparecido hacía tiempo. ¿Cuándo?

Cuando se había casado y se había mudado a Jamaica. Durante quince años había hecho lo que había sido necesario y había ido avanzando paso a paso, pero el espíritu vivo y rebelde de su juventud había sido enterrado.

Con una claridad aguda, reconoció cómo había adoptado a sus hijastros y sus abuelos como familia, no solo porque la necesitaban, sino porque ella también los necesitaba desesperadamente.

Pero ahora se sentía renacida, y estaba lista para una nueva aventura. Cuando comenzaron a oírse más gritos de júbilo desde las calles y los tejados a su alrededor, Callie agarró la mano de Richard y lo atrajo hacia adentro, lejos del creciente clamor de la victoria.

—Lord George Gordon Richard Augustus Audley, ¿todavía quieres casarte conmigo? —preguntó mientras miraba fijamente sus enigmáticos ojos grises.

—Sí. —Parpadeó él ante su conjunto completo de nombres.

—Entonces, ¿quieres preguntármelo de nuevo o debo preguntártelo yo?

Él se rio de manera exuberante y la abrazó con energía mientras la hacía girar en círculos.

—¡Pregúntame, Catkin! ¡No me había dado cuenta de que soñaba con el día en el que una mujer hermosa me pediría que me casara con ella!

La dejó en el suelo con una sonrisa que hubiese podido iluminar la amaneciente sala de estar de su ático. Y ella, poniéndose seria, tomó sus manos y miró esa cara hermosa, querida y conocida, más que la suya propia, desde que se habían conocido de pequeños en Rush Hall.

—Como dijiste, los dos estamos dañados de diferentes maneras, pero estamos mejor juntos que separados. Afuera, en el balcón, me he dado cuenta de que no había tenido profundas sensaciones de certeza desde que te perdí y tuve que casarme contra mi voluntad. Hasta hoy. Sé que los británicos se están retirando de esta batalla y sé que quiero vivir la aventura de la vida contigo; la misma aventura que se interrumpió una vez. Es nuestro momento. —Respiró hondo—. ¿Quieres casarte conmigo, mi Corazón de León?

La expresión de Richard cambió y por primera vez ella vio vulnerabilidad y necesidad en sus ojos. Desde que había llegado a su rescate, al galope, de manera ridículamente romántica durante los incendios de Washington, él se había mostrado muy competente y había permanecido bajo control, pero ahora podía ver un atisbo del hombre profundo que era, y aquello tocó su corazón.

—No sé si podré darte todo lo que mereces, Callie —dijo solemnemente—. Pero juro y prometo que me casaré contigo y te daré todo lo que tengo.

—¿Qué más puede pedir una mujer? —Sus manos se apretaron con las de él.

—Bueno, un techo sobre tu cabeza, por ejemplo. Eso puedo dártelo —respondió sonriente—. El que tengo está en Londres; pero, si lo deseas, podemos encontrar un techo diferente en un lugar distinto.

—¿Incluso aquí? —preguntó ella con curiosidad.

—Incluso aquí. Empiezo a sentir debilidad por esta ciudad. —Se encogió de hombros—. Cualquier lugar estará bien mientras esté contigo. Pero, primero... ¡Inglaterra!

Un escalofrío le recorrió la espalda al escucharle decir esas palabras en voz alta.

—Acabo de tener otro de mis presentimientos.

—¡Vaya! ¡Veo que no solo son profundos, sino también rápidos! —dijo él con interés.

Resultaba evidente que ella había renacido.

—Habrá grandes desafíos cuando regresemos a Inglaterra. Peligros, incluso.

—Bueno, deberemos enfrentar nuestro pasado, lo que sin duda será un desafío. —Esta vez su sonrisa fue gentil—. Y en cuanto a los peligros, ¿no queríamos aventura?

—La aventura de toda una vida. —Ella se puso de puntillas, envolvió sus brazos alrededor del cuello de Richard y se hundió en un beso que no tenía restricciones ni dudas. Se estaba casando

con su mejor amigo, y era real.

29



Incapaz de creer en su buena suerte, Gordon besó a su futura esposa. Ahora que ya estaba decidida, Callie no se contenía lo más mínimo; volvía a ser la mejor amiga intrépida de su infancia, la chica a la que había añorado en lugares oscuros y desesperados desde entonces.

Se oyeron unos fuertes carraspeos que venían desde las puertas abiertas al balcón y, al alzar la vista, Gordon vio a los cuatro Adams mirándolos con una amplia sonrisa.

—Señora Callista, ¡creo que ya va siendo hora de que convierta a este pobre tipo en un hombre honesto!

Callie se sonrojó como solo una mujer de piel clara y cabello rojo cobrizo podía sonrojarse.

—Eso pretendo, Sarah. Acabo de proponerle matrimonio y ha dicho que sí.

—¿Cuándo y dónde será la boda? —preguntó Molly con ojos brillantes.

—Aquí en Baltimore, tan pronto como sea posible —respondió Gordon rápidamente. Envolvió con un brazo los hombros de Callie y la retuvo a su lado—. Esta vez no quiero que se escape. Josh, ¿querría ser mi padrino?

—Claro que sí, mi lord —dijo Josh con una sonrisa.

—Si me vuelve a llamar «lord», escogeré a Trey —amenazó Gordon.

—Si insiste, Gordon. Pero me gustaba la idea de estar al lado de un verdadero lord inglés —respondió burlón.

—Es solo un título de cortesía, Josh —explicó Callie—. Sarah, ¿serías mi madrina? Y, Molly, también te quiero allí conmigo.

—¿Qué pasa?, ¿que todos estaréis en la boda menos yo? —protestó Trey, insultado.

—Serás nuestro escolta —dijo Gordon—. Si alguien habla cuando el vicario pregunte si hay un impedimento para que nos casemos, golpéalo con tu muleta.

—Tengo mi rifle de francotirador —replicó Trey esperanzado—. ¿Puedo usarlo?

Su broma provocó un momento de incómodo silencio, que Callie rompió con una sugerencia:

—¿Qué tal si vosotros cuatro vais a dar un agradable paseo por la costa? Compartid las celebraciones, ved lo que dice la gente... Mi prometido y yo necesitamos más o menos dos horas para... discutir nuestros arreglos de boda.

—Vamos, niños —dijo Sarah—. Nos echan. De todos modos, no quiero que os quedéis por aquí cerca para ser corrompidos por estos tortolitos.

Molly fue riéndose a buscar un chal, porque la lluvia había cesado y refrescaba. Los Adam tardaron unos minutos en prepararse y partir. Por suerte, Trey caminaba muy bien esta mañana. Antes de que se fueran, Gordon lanzó una moneda de oro a Josh, que hacía avanzar a los demás.

—¡Disfrutad de un almuerzo de celebración a mi salud!

—A estas horas, será más bien un segundo desayuno. Así que brindaremos en su honor con un café fuerte y caliente si tenemos suerte —respondió Josh después de atrapar la moneda con pericia y antes de cerrar la puerta firmemente detrás de él.

—Arreglos de boda... veamos —dijo Gordon—. ¿En Saint Paul o en la iglesia metodista, donde el ministro nos despidió a todos con el dios de las batallas velando por nosotros? Al

parecer sus bendiciones son efectivas.

—Podemos decidirlo más tarde. —Callie se lanzó hacia él mientras se reía y comenzaba a arrancarle el abrigo—. Propongo que anticipemos nuestros votos solo para ver si estamos tomando una decisión acertada.

—Claro que estamos tomando una decisión acertada —respondió él mientras terminaba de quitarse el abrigo y le quitaba el chal de los hombros—, pero debemos asegurarnos. —El vestido de Callie se abrochaba en la parte delantera, y él procedió a desabrocharlo con dedos ridículamente torpes—. ¿Qué cama debemos usar?

—Las camas ya tienen dueños, así que mejor usar el camastro. Puede que sea incómodo, pero es nuestro y allí nadie puede vernos. —Se dirigió a los botones en la garganta de su camisa con dedos tan torpes como los de él.

¿Cuándo había sentido una lujuria tan loca? Nunca. Pero es que nunca se había acostado con Callie antes.

—Hemos esperado esto mucho tiempo —dijo con voz ronca—. Deberíamos tomarlo con calma.

—Sé que tienes razón. —Ella se inclinó para besar la piel desnuda de su garganta con una lamida burlona—. ¿Pero cuándo hemos sido razonables?

—Ese es un buen argumento. Pero esto... esto importa, Callie —replicó con seriedad—. Es nuestro futuro. Una mujer me dijo una vez que el matrimonio es como tomar la mano de otra persona y saltar juntos por un acantilado.

Callie se echó a reír.

—Entonces la pregunta es, ¿nos elevamos o nos estrellamos en el fondo del acantilado?

—Mientras lo hagamos juntos —respondió él quitándole el vestido y dejándola con solo una camisola translúcida y un ligero corsé—. ¡Vuela conmigo, Catkin!

—Siempre. —Mientras desabotonaba sus pantalones, Callie se dio cuenta de que esa era su verdadera boda. Aunque pronto la harían oficial, esas eran sus promesas mutuas, y estaban a punto de comprometerse física y definitivamente.

Ella tiró de su camisa y, en un ataque de malicia, la rasgó y dejó al descubierto su amplio pecho, bien musculoso y espolvoreado con cabello dorado, pero algo más oscuro que el blanqueado por el sol en su cabeza. Deslizó ambas manos por su piel desnuda y se deleitó con el pulso cálido de la fuerza musculosa. Tenía cicatrices, varias.

—¿Alguien te ha usado para la práctica de tiro? —preguntó mientras tocaba una depresión áspera que parecía haber sido hecha por una bola de mosquete.

—Las cicatrices no llegaron en un día. —Se rio entre dientes—. Tengo una colección cuidadosamente seleccionada. Y hasta es probable que tenga cicatrices que ya haya olvidado.

—¡Pues es hora de dejar de coleccionarlas! —exclamó con firmeza, sin permitirse pensar en su peligroso pasado—. Es una orden. —Le bajó la camisa por los hombros y los brazos, preguntándose cuántas cicatrices encontraría si hiciera un inventario exhaustivo. Lo dejaría para otro día.

—Sí, señora —respondió él con fingida mansedumbre—. Aunque, si quieres agregar la marca de un mordisco...

—No me parece mala idea, déjame que lo considere. —Arrojó su camisa a un lado y le mordisqueó el hombro. Sintió su piel cálida y salada debajo de la lengua, una esencia puramente de Richard.

Con los ojos brillantes como los de un león a la luz del sol, él desató rápidamente su corsé y la dejó en su fina camisola. Callie se estremeció a pesar del calor en sus ojos y, tímidamente, le bajó los pantalones por las piernas mientras disfrutaba de la fuerza y la textura de sus muslos, rodillas y tobillos. Luego se arrodilló ante él y sostuvo la tela de cada pierna, para que él pudiera sacar los pies y, cuando se levantó, tuvo una buena vista de lo preparado que estaba para consumir su... compromiso.

—¿Estás bien? ¿Te sientes cohibida? —preguntó con suavidad como si le leyera la mente.

—He estado casada una docena de años y llevo tres viuda, pero ningún hombre me ha visto nunca sin ropa. —Se sonrojó.

—Entonces, espero ser el primer afortunado, pero la revelación completa puede esperar. —La tomó de la mano y la llevó entre los barriles hasta el nido que los esperaba.

Richard lucía hermoso en la creciente luz de la mañana, con su piel clara y su cabello dorado. Su madre había sido noruega y le había regalado una belleza nórdica como de otro mundo, pensó Callie.

Cuando él echó la manta superior a un lado, ella vio que tenía los bordes irregulares. Sarah había comprado mantas usadas y baratas, y luego las había hervido con lavanda para asegurarse de que tenían un olor limpio y dulce. No eran particularmente suaves, ya que la tela era gruesa, pero la aspereza que rozaba la piel desnuda se volvía erótica. Aunque Callie sospechaba que todo le parecería erótico en su estado actual.

Richard tiró de ella para que se acostaran cara a cara y empezó a acariciarle la cabeza y la espalda mientras la besaba con ternura. Callie podía sentir cómo se contenía, para no alterarla. Se sentía como una virgen nerviosa, aunque no fuera virgen; pero sí estaba nerviosa. Había pasado mucho tiempo desde que se había acostado con un hombre, y eso había sido un deber, no un deseo. Ahora estaba entrando en territorio desconocido.

Sus nervios se desvanecieron cuando las caricias y besos de Richard reavivaron la pasión que la había incendiado antes. Callie enterró los dedos en su cabello y los mechones pálidos cayeron sedosamente sobre su mano.

—Espero que mantengas tu pelo más largo de lo que dicta la costumbre —murmuró—. Es tan agradable.

—¿No se supone que debo ser yo el que diga esas cosas? —Rio entre dientes y le cepilló el cabello cobrizo con los dedos para extenderlo sobre su hombro—. Mi gata de fuego, roja y dorada y rebosante de vitalidad.

—Siento como si hubiera vuelto a la vida después de años de represión. —Ella acarició su

mejilla y sintió el cosquilleo de su barba, ya que él no se había afeitado esa mañana. Eran casi invisibles debido a su color, pero la sensación era seductoramente masculina. Entonces pasó su mano desde su mejilla hasta su mandíbula y su garganta, y continuó por su cuerpo con puro deleite.

Como era ella la que había necesitado reducir la velocidad, debía ser ella quien volviera a subir la temperatura. Así que su mano siguió bajando más y más por encima de la piel lisa y los músculos tensos, y las yemas de los dedos fueron rozando el vello más grueso hasta que pudo sujetar su calor y dureza tentadores.

Él contuvo el aliento, cada vez más tenso. A Callie le gustaba provocarle ese efecto.

—Es hora de que me retire del punto de ebullición y de que me centre en ti —dijo Richard con voz ronca, antes de que ella pudiera probar su dominio sobre él un poco más.

Entonces la hizo rodar sobre su espalda y la besó más profundamente. Ella no se dio cuenta de que él había remangado su camisola hasta que sintió su cálida y desnuda mano sobre su pecho. Jadeó y se sacudió de placer.

Él inclinó la cabeza servicialmente y besó su pecho, jugando con su lengua y mordisqueándolo ligeramente, hasta que ella estuvo a punto de chillar a causa de las sensaciones en cascada. Entonces Richard mudó su boca al otro seno, mientras deslizaba la palma de la mano sobre la cintura y el vientre hasta llegar al lugar más sensible de todos.

—Por favor, no te detengas —susurró, y sus caderas se agitaron alrededor de sus dedos exploradores—. ¡Por favor!

—Su deseo es mi placer, mi *lady* —respondió él con voz grave antes de colocarse entre sus piernas y utilizar los dedos para posicionarse. Apoyado sobre ella, era hermoso; un león poderoso que, con su melena, le quitaba el aliento, pensó Callie.

El sudor brillaba en la frente de Richard cuando empezó a entrar lentamente en ella, con reparo por el largo celibato; a pesar de su tensión, sin embargo, su cuerpo lo recibió y, anhelando el fin, Callie levantó las caderas hacia arriba hasta que se unieron por completo. Y entonces contuvo el aliento con asombro y deleite. Matthew había sido un amante atento para una novia poco entusiasta, y ella no había tenido motivos para quejarse de él, pero nunca antes había sido así. *Nunca.*

En el momento en que él comenzó a mecerse dentro de ella, Callie se rindió a las sensaciones que la rebasaban, y encontró rápidamente un ritmo con él que le hizo hervir la sangre. Él empujó, ella respondió, él empujó de nuevo y ella imitó el movimiento. El fuego mutuo se elevó más y más hasta que la consumió. Y, cuando alcanzó la cima, se convirtió en pura pasión, ya no era solo un cuerpo, era emoción y placer embriagador.

Mientras su cuerpo se contraía, sujetó el torso de Richard; necesitaba que la abrazara para no salir volando en pedazos. Él la comprendió instintivamente y la abrazó mientras empujaba por última vez antes de culminar con un profundo gemido. Entonces enterró el rostro en su cabello y ella lo sostuvo, agitada desde el fondo de su ser. Pasó un intervalo vertiginoso antes de que volvieran a hablar.

—Creo que esto significa que somos compatibles —dijo Callie en tono vacilante.

Richard se echó a reír, rodando sobre su costado y llevándola con él para que estuvieran cara a cara de nuevo. Los cubrió a ambos con la manta superior y Callie descubrió que le encantaba estar piel contra piel con él. Ese era otro tipo de intimidad tan poderoso como lo había sido su apareamiento.

—Muy compatibles, de hecho —admitió Richard—. Me pregunto si hubiera sido así de haber llegado a Gretna Green y habernos casado entonces.

—No lo creo. Éramos jóvenes y mucho más simples en aquel momento; imagino que no hubiéramos traído tanto a nuestra cama. —Ella le mordisqueó el hombro—. Eso sí, ¡creo que lo habríamos resuelto todo rápidamente!

—Como has dicho antes, este es el momento adecuado para nosotros. —La atrajo más cerca—. Aunque... —Hizo una pausa, y continuó con una voz más seria con ecos de dolor—. Aunque entonces podría haber venido a ti con un corazón más abierto; más de lo que puedo manejar ahora. —Le acarició suavemente la mejilla con los nudillos—. Pero, aunque no pueda amar tan bien como te mereces, moriría por ti.

—Espero que no tengas que hacerlo —dijo ella con seriedad—. A cambio, diré que mataría por ti. —Ella ya había demostrado que podía matar y, por muy horrible que hubiera sido, lo haría de nuevo y sin dudarle un momento para proteger a Richard.

—¡Somos una pareja sedienta de sangre! —Él deslizó sus dedos masajeándole el cuero cabelludo y la nuca—. Pienso que no necesitaremos esas habilidades en Inglaterra.

—Espero que tengas razón. —Hasta ese momento, Callie no se había dado cuenta de cuánto le gustaba a Richard tocarla, y de cómo disfrutaba ella con el contacto desde que él le había despertado esas ansias.

—Me pregunto cuánto tiempo tendremos hasta que regresen los Adam. —Callie se acurrucó contra él, segura de que nunca se cansaría de esa cercanía.

—No el suficiente. Me gustaría pasar la próxima semana aquí contigo. —Sus dedos se acercaron a su pecho y comenzaron a hacer cosas deliciosas.

Con un suspiro, Callie apartó su mano.

—Ha sido maravilloso poder pasar tiempo a solas, así que será mejor que nos casemos rápidamente y podamos hacerlo de forma legítima.

—Muy cierto. —Se levantó y se estiró, hermoso como un león—. No me importaría intentar esto en una cama de verdad.

—¿No se supone que la primera vez tiene que ser especial? ¡Nunca olvidaremos los sacos de arpillera en el ático de un almacén! —Rio mientras se levantaba; estaba lista para reírse de cualquier cosa. Se sentía mucho menos tímida que antes, así que se quitó la camisola por encima de la cabeza y se quedó tan desnuda como él, ya que parecía haber perdido su ropa interior en alguna parte—. En caso de que te preguntes lo que te estás llevando...

Richard contuvo el aliento y sus ojos se oscurecieron.

—Eres tan hermosa. Siempre lo has sido y lo serás. ¡Y será mejor que te cubras antes de que olvide que no estaremos solos mucho tiempo más!

Volvió a ponerse la camisola y se sintió agradablemente traviesa.

—Una vez que estemos vestidos adecuadamente, tal vez podamos tomar una siesta hasta que los demás regresen. Ninguno de los dos durmió mucho anoche.

Miró hacia afuera y volvió a emocionarse al ver la gran bandera estadounidense ondeando. Ella no era estadounidense, pero sabía de qué lado estaba en esa guerra.

—Una siesta estaría muy bien, sí. —Dejó de vestirse un momento para besar su sien y continuó —: Y después de eso, podemos dedicarnos a nuestro próximo trabajo.

—¿Cuál será?

—¡La falsificación! —exclamó él como el chico travieso de diecisiete años con el que se había fugado.

30



Callie no se sorprendió lo más mínimo al descubrir que Richard era un falsificador meticuloso. ¡Qué marido tan lleno de talentos iba a llevarse!

Después de la larga noche de insomnio y de la exuberante celebración de la victoria del amanecer, ella y Richard se habían vestido y acostado juntos en el camastro de arpillera y habían descansado hasta el mediodía. Afortunadamente, se habían quedado dormidos el uno frente al otro, tomados de la mano y sin hacer nada que pudiera avergonzar a sus compañeros de casa.

Cuando Callie se despertó y vio a Richard, sintió el intenso deseo de abrazarlo para descubrir si había soñado con la pasión de las horas anteriores. El mismo deseo estaba en los ojos de él, pero se controlaron; principalmente porque él se puso de pie antes de que ella pudiera intentarlo.

Después de almorzar unas salchichas, Josh, Molly y Trey volvieron a salir, y era hora de que Callie y Richard se pusieran a trabajar. Mientras ella arreglaba el vestido que usaría para la boda, Richard empezó con la falsificación.

Primero, leyó todos los escritos de Matthew que poseía Callie. Por fortuna, ella había enviado una caja de documentos importantes a Baltimore con los Adam cuando estos habían evacuado, así que tenía varios ejemplos.

Entonces, con las muestras frente a él, Richard comenzó a practicar la escritura en el mismo estilo, poniendo especial atención en la firma de Matthew Newell.

—¿Es más difícil copiar su letra porque eres zurdo? —indagó Callie.

—Sí, pero soy un muy buen falsificador —respondió él divertido.

—Algún día tendrás que explicarme cómo te has vuelto tan hábil. Quizás cuando naveguemos de regreso a Inglaterra y tengamos todo el tiempo del mundo.

—El tiempo nunca alcanzará estando contigo —dijo Richard al recordar las horas anteriores—. Pero, tristemente, debo concentrarme en esto. ¿Cómo debemos redactar el codicilo?

Callie pensó en la redacción del borrador que había estudiado.

—Debe ser breve. Solo unas pocas oraciones que especifiquen la disposición de la herencia de Matthew «en caso de que mi amado hijo Henry Newell muera sin cónyuge o descendencia». Excepto lo referente a legados individuales, descritos en su testamento completo, todo se divide entre «Mary Adams Newell, conocida como Molly, y Matthew Adams Newell, conocido como Trey». Y yo seré el único tutor.

—Tiene sentido. Cuanto más simple, mejor. —Richard comenzó a trabajar en un borrador del codicilo. Ya tenía también el papel del tipo que usaba Matthew, y que usaría para la versión final.

Callie volvió a sus confecciones de costura y, como ambas actividades requerían de la buena luz de una lámpara, se sentaron en lados opuestos de la misma mesa. Ella cosía adornos, él refinaba su falsificación. Muy casero.

Cuando necesitó un descanso, Callie dejó el vestido a un lado y se dirigió hacia la cocina, donde Sarah preparaba una gran cantidad de galletas en el horno que Josh había construido para ella; Joshua podía construir o improvisar casi cualquier cosa. La primera bandeja ya había salido, así que Callie confiscó una galleta, la partió y la untó con la compota de manzana que Sarah

también había preparado. La galleta se desmenuzó deliciosamente en su boca, donde el sabor de la manzana especiada resaltaba la textura crujiente de la corteza.

—¡Cuánto voy a extrañar tu cocina!

—Espero que tenga un elegante chef francés, aunque él no podrá igualar mis galletas —dijo Sarah mientras hacía una bola con la masa y luego la aplastaba suavemente hasta formar un círculo amplio y plano—. De todos modos, le daré la receta.

—A mí nunca me saldrán tan buenas. —Callie tomó otra galleta y la cargó con abundante compota de manzana—. Ahora que la batalla ha terminado, es posible pensar de nuevo en el futuro. Estoy segura de que tú y Josh habéis discutido lo que haréis. ¿Os quedaréis en Baltimore?

—Sí, queremos comenzar nuestros propios negocios —respondió mientras terminaba de dar unas palmaditas a la masa para que adquiriera el grosor adecuado en el tablero enharinado—. Josh hará carpintería y construirá cosas y yo dirigiré una tienda de cocina. Nos instalaremos en un edificio lo suficientemente grande para nuestros negocios y viviremos arriba. Josh ha estado buscando una buena ubicación.

—Veo que lo tenéis bien resuelto. —Callie sintió una punzada al comprender que esos planes no tenían nada que ver con ella, pero ahora iban en diferentes direcciones—. ¿Qué hay de visitar a vuestro hijo y su familia?

—No están tan lejos de Filadelfia. Iremos a visitarlos, o puede que sean ellos los que vengan. —Sarah sonrió y puso un vaso al revés para cortar círculos de masa—. Quizás podamos hacer que se quede aquí para siempre, ya veremos. Tenemos todo un mundo de posibilidades y se las debemos todas a usted.

Callie se sonrojó un poco y terminó el último bocado de galleta. Ella se había beneficiado mucho más de la amistad de su familia adoptiva, así que, en cierta manera, ella era la que se sentía en deuda.

—Henry llevaba mucho dinero encima. Teniendo en cuenta lo que os robó, creo que todo debería ir para vosotros, para apoyaros en esta nueva fase.

Sarah dejó de cortar galletas y abrió mucho los ojos

—Pensábamos administrar lo que habíamos ahorrado hasta ahora, pero ese dinero seguro que nos lo haría todo más fácil. Sin embargo, ¿qué hay de su renta, señora Callista? Él también le robó a usted.

—Llegado el momento, cuando el testamento de Matthew haya pasado por la legalización, obtendré lo que me deben. —Callie sonrió—. Mientras tanto, me caso con un hombre que dice que puede sustentarme decentemente.

—¡Estoy segura de que puede! —Sarah volvió a cortar galletas y colocó los círculos de masa en una bandeja de hierro.

—¿Qué planes tienen Molly y Trey?

—Molly ha estado practicando la firma «SRA. PETER CARROLL» —dijo Sarah con sequedad—. Si eso no funciona, después de que haya terminado de llorar, ya habrá otros chicos. La mantendré

ocupada hasta que se case, y no me costará mucho esfuerzo, pues la ha entrenado usted para ser una buena costurera. En cuanto a Trey, está pensando en estudiar abogacía.

—¿De veras? ¡Veo que Peter Carroll se ha convertido en una gran influencia en esta familia!

—Ciertamente. Trey dice que hablaban de leyes durante los descansos de su unidad de milicias y resulta que lo encuentra muy interesante. Si habla en serio, deberíamos buscar a alguien con quien pueda aprender.

—Me imagino que la milicia será dada de alta y regresará a casa pronto, por lo que el gerente del almacén debería volver aquí en los próximos días. Pero no debéis preocuparos, es un hombre amable. Además, como soy más o menos propietaria de ese almacén, ya le diré que os podéis quedar aquí hasta que encontréis un nuevo hogar.

—¡Antes del invierno, espero! Vivir aquí para entonces sería como estar en una casa de hielo.

Callie estaba a punto de regresar a sus costuras cuando sonó la campana que colgaba de la puerta que daba a la vivienda. Joshua había armado una cuerda que corría desde la puerta de la calle hasta la parte superior de las escaleras para que los visitantes pudieran dar a conocer su presencia.

—Voy a bajar y ver quién es.

—Voy contigo. —Richard se puso de pie y se estiró—. Necesito un descanso.

—¿Vienes por si necesito que me defiendan en la escalera? —dijo Callie con una sonrisa. No le importaba tenerlo cerca.

—Recuerda que se está celebrando una victoria, lo que significa que algunos hombres beberán demasiado —advirtió con seriedad—. Si un par de borrachos han notado que tres hermosas mujeres viven aquí, es posible que necesites protección.

—¿Tres hermosas mujeres? ¡Gracias, lord George! —Sarah asomó la cabeza por la cocina. Su tono era risueño, pero el de él era serio cuando se acercó y la besó en la mejilla.

—Usted es hermosa, Sarah. Espero que Josh se lo diga regularmente.

—¡Lo hace! —Sarah se sonrojó bajo su piel oscura—. Pero será mejor que tenga cuidado, Richard. Se está convirtiendo en un hombre muy agradable —dijo mientras Callie y él bajaban las escaleras.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó él con horror fingido—. Me encargaré de practicar mi mal genio. —Entonces sonrió y miró a Callie—. Aunque eso no sucederá hasta que los recuerdos de esta mañana se desvanezcan. Y podría pasar bastante tiempo.

Esta vez fue Callie quien se sonrojó.

Al abrir la puerta de la calle, encontraron a un joven miliciano que preguntaba por ella.

—¿Es usted la señora Newell? —ella asintió—. Peter Carroll me ha enviado con un mensaje: Las tropas del ejército británico se han retirado en medio de la noche sin atacar las fortificaciones estadounidenses y están siendo embarcadas en barcos de la Marina Real para zarpar. Quería asegurarle a la señorita Molly Adams que está bien y que pasará a verla tan pronto como sea liberado del servicio.

—¿Qué noticias más maravillosas! Gracias, joven —dijo Callie calurosamente—. ¿Puedo ofrecerle algún refrigerio?

—Gracias, señora, pero vivo cerca y tengo que decirle a mi madre que estoy sano y salvo —respondió con una sonrisa. La saludó con su sombrero y siguió su camino.

—Tu presentimiento de esta mañana ha sido correcto. —Richard cerró la puerta—. Realmente se ha acabado. ¿Vamos a visitar las iglesias locales mañana y ver qué tan rápido podrán casarnos? Estoy seguro de que podemos encontrar un vicario o ministro que no insista en leer las amonestaciones. —Sonrió con malicia—. No quiero esperar más de lo necesario.

—¿No podría estar más de acuerdo!

Ahora había más la luz en el hueco de la escalera, porque Josh había instalado una ventana en lo alto.

—Hay otras razones para venir contigo aparte de la protección. —Richard la miró resuelto y, con sus dedos manchados de tinta, la tomó entre sus brazos—. Por ejemplo, la oportunidad de robar un beso.

—¿Puedes robar un beso si se da libremente? —Callie acudió ansiosa a su abrazo, presionando su cuerpo contra el de él.

—Una cuestión filosófica sobre la que reflexionaré más adelante —observó con voz ronca antes de que su boca se cerrara sobre la de ella.

Ella no sabía que un simple beso podía ser tan embriagador. Aunque, por supuesto, ese no tenía nada de simple; sus lenguas se tocaron, respiraron el aire del otro, y la hábil mano de Richard amasó su trasero, acercándola más contra él.

Ella estaba encantada de sentir la prueba sólida de su excitación; deslizó su mano en el espacio entre los dos y apretó. Él contuvo el aliento y Callie se encontró con la espalda presionada contra la pared y una mano subiéndole por el muslo. Luego entre sus piernas...

Gimió cuando él la levantó, y envolvió una de sus piernas alrededor de las caderas masculinas. Fue una unión rápida; una culminación repentina y devastadora. Sus cuerpos chocaron en éxtasis y, una vez más, ella perdió la noción de quién era y de dónde estaba mientras giraba vertiginosamente de pura sensación. Mejor juntos que separados...

La conciencia volvió cuando Richard exhaló bruscamente y devolvió con suavidad los pies de Callie al suelo, jadeando.

—¿Realmente tenía la intención de no volver a hacerlo hasta que nos hubiéramos casado adecuadamente y tuviéramos una cama de verdad!

Callie soltó una carcajada.

—Ahora entiendo por qué el matrimonio tiene una popularidad tan duradera. ¿Cuánto dura esta maravillosa fase de luna de miel?

—Teniendo en cuenta que aún no estamos ni casados, creo que tenemos mucho tiempo por delante. Años. —Le besó la oreja—. Décadas.

Se quedaron abrazados mientras se recuperaban y, con la relajación, a Callie le llegó un nuevo

pensamiento sorprendente:

—Como no estaba interesada en volver a casarme, no se me había ocurrido que podía tener hijos propios —susurró—. Pero ahora... ¿qué piensas sobre el tema? —Él levantó la cabeza y estuvo callado tanto tiempo que Callie se preocupó—: ¿Richard? Podría no suceder; es decir, no ocurrió en mi primer matrimonio. De todos modos, si odias la idea, hay cosas que se pueden hacer para prevenir a los bebés. —Aunque quizás fuera demasiado tarde para tomar precauciones.

—No odio la idea. —La abrazó tranquilizadamente—. Solo es que yo también pensaba, incluso más que tú, que nunca tendría hijos. Sin embargo... me gusta la idea de tenerlos contigo. —Sus ojos se entrecerraron—. De hecho, me gusta mucho. Solo que deberíamos criarlos mejor de lo que hemos sido criados.

—¡Eso espero! —exclamó—. Pero somos personas inteligentes, seguro que podemos averiguar cómo ser mejores padres que los nuestros.

—No pongas el listón tan bajo —dijo él con humor—. Apuntemos a ser tan buenos como Josh y Sarah. Dudo que lo logremos, pero es un buen objetivo. —Richard le pasó un brazo por los hombros y comenzaron a subir las escaleras—. Mañana trabajaremos en los detalles de la boda: una iglesia, un vicario y una joyería para comprar un anillo.

—Para comprar *dos* anillos —dijo ella con firmeza—. ¿Por qué las mujeres debemos ser las únicas marcadas como no disponibles?

—Buena observación —rio—. Dos anillos, entonces.

—¿Y cómo volveremos a Inglaterra? ¿Crees que Hawkins vendrá por nosotros?

—Sí, si puede; es un hombre de palabra. Cuando la noticia de que Baltimore ha resistido a los británicos llegue a St. Michaels, seguro que navegará hasta aquí. Las reparaciones de su barco ya deberían estar terminadas. Y, si por alguna razón no puede volver, encontraremos otro camino a casa.

Callie iba a regresar a Inglaterra con su mejor amigo al lado. ¿Cuándo se había vuelto tan afortunada?, se preguntó.

31



Los siguientes dos días convencieron a Gordon de que le iba a gustar estar casado. Siempre le había encantado la compañía de Callie, y tenerla a su lado de nuevo era como recuperar su infancia, excepto que, en lugar de atrapar ranas o galopar como alma que lleva el diablo, ahora organizaban una boda y se robaban besos en secreto de vez en cuando.

Su primera parada fue un joyero y orfebre, el señor Tate. Cuando entraron a su tienda, este estaba colocando unas bandejas con joyas en el mostrador.

—¡Buen día! —los saludó alegre—. Como pueden ver, justo estoy reabriendo después de haber tenido que llevarme el negocio de la ciudad durante la última desafortunada quincena.

—Las batallas son malas para los negocios —dijo Gordon—. En particular para uno que se ocupa de artículos pequeños, valiosos y fáciles de saquear. Espero que pueda brindarnos un servicio rápido en un par de anillos de boda a juego.

—Alianzas de oro lisas —agregó Callie, mientras le echaba una mirada traviesa a Gordon, quien pensó que, esa mañana, ella lucía particularmente deslumbrante, con su cabello albaricoque despeinado y un sencillo pero hermoso vestido azul oscuro—. En el anillo que le entregaré a mi esposo, me gustaría que grabara «MI CORAZÓN DE LEÓN».

Gordon sonrió.

—En ese caso, en el anillo para mi esposa, grave «MI CATKIN».

El señor Tate parpadeó sorprendido, pero se recuperó rápidamente.

—Por favor, muéstrenme cómo quieren escribirlo. Han tenido ustedes una idea muy avanzada... un intercambio de anillos, ¡creo que hasta podría ponerse de moda en el futuro! —Sonrió—. Naturalmente, es una tendencia que apruebo. Dejen que les muestre algunas alianzas de oro y luego tomamos las medidas. —Cuando ellos dos se hubieron decidido, añadió—: Podría tener los anillos listos mañana, si lo desean.

—Eso sería excelente. —Gordon estaba a punto de hacer la paga y señal cuando vio una bandeja de pendientes en el mostrador. Había un par con topacios dorados que colgaban de unos delicados alambres de oro; levantó uno y admiró cómo la luz del sol brillaba a través de las gemas facetadas—. ¿Te gustan? No te he hecho ningún regalo de compromiso.

—Ni tienes que hacérmelo, fue suficiente con que dijeras que sí cuando te propuse matrimonio. —No obstante, levantó el otro pendiente y se lo acercó a la oreja mientras se miraba en un pequeño espejo del mostrador—. Ciertamente, son preciosos.

Durante tres años, Callie había estado ocupándose de un hogar de cinco personas en el que el dinero no sobraba, pensó él, y tuvo una repentina y poderosa necesidad de consentirla.

—El oro coincide con tus ojos. ¿Cuánto cuestan los pendientes, señor Tate?

La negociación fue rápida y satisfactoria para ambas partes. Callie deslizó los alambres de oro en los lóbulos de su oreja y se puso de puntillas para besar la mejilla de Gordon.

—Nadie me había cuidado tan bien. Gracias —susurró—. A veces hasta a las mujeres más independientes les gusta que las mimen.

Sintiéndose ridículamente satisfecho, le devolvió el beso más a fondo mientras el señor Tate

preparaba el recibo, ignorándolos con tacto.

Finalmente se marcharon tomados del brazo y riendo como no lo habían hecho desde su condenada fuga. Callie siempre había sido capaz de hacerlo reír y sentirse bien con la vida, y, ahora que ya no estaba preocupada por la guerra, sus responsabilidades familiares o el miedo a que Henry Newell la encontrara, volvía a verse brillante y feliz; la misma de siempre, pero enriquecida por quince años de madurez y experiencia. Sí, había recuperado a su mejor amiga, y la posibilidad de compartir una cama con ella durante el tiempo que ambos deberían vivir era increíblemente atractiva. Pero, por el momento, evitaría quedarse a solas con ella en cualquier hueco de escalera, ya que no sabían estarse con las manos quietas. Ella merecía una cama adecuada, y eso estaba a solo unos días de distancia.

El vicario de Saint Paul había aceptado fácilmente una boda rápida. Harbow había vivido muchos años en Maryland, pero había nacido en Inglaterra y aún era capaz de quedar impresionado por el hecho de que Gordon fuera hijo de un marqués. También era lo suficientemente masculino como para entender por qué un hombre querría llevar a Callie a su cama lo antes posible.

Con la iglesia y los anillos de boda asegurados, toda la familia del ático fue a buscar locales para el nuevo hogar y negocio de los Adam. Incluso Trey se les unió, ya que la herida de la pierna se estaba curando tan bien que apenas necesitaba usar la muleta.

En la tarde del segundo día, encontraron el lugar perfecto: un espacioso edificio de la calle Charles, en el centro de la ciudad, a pocas cuadras de la costa, cuyo propietario era un fabricante de barriles, por lo que el gran patio trasero ya tenía un cobertizo para carpintería y espacio de almacenamiento. A Sarah, por su parte, le encantó la larga cocina y de inmediato decidió dónde colocaría el gran horno que iba a necesitar.

El edificio estaba en buenas condiciones y las habitaciones de arriba eran amplias y cómodas. Además, el dueño había decidido que quería irse de la ciudad, por lo que estaba dispuesto a bajar el precio a cambio de una transacción rápida; el dinero de Henry cubriría el importe cómodamente.

Más tarde, Gordon los invitó a todos a una cena de celebración en la mayor taberna de la ciudad.

—¡A la felicidad y satisfacción futuras para todos nosotros, y no más guerras! —Ofreció un brindis antes de que comenzaran a comer.

Todos se rieron y bebieron. Mientras miraba el círculo de caras a su alrededor, se dio cuenta de que él también echaría de menos a los Adam. En solo quince días, se habían convertido en una familia. No, en algo mejor que una familia; los seis habían estado unidos por las experiencias compartidas de la guerra, y nunca olvidarían ese vínculo.

—¡Nos veremos de nuevo, lo prometo! —exclamó levantando su copa para un segundo brindis.

—¡Beberé felizmente por eso! —dijo Josh levantando su vaso una vez más.

Nadie bebió en exceso, pero todos estaban achispados cuando salieron de la taberna y fueron de

camino al almacén, a dos cuadras de distancia. Ya era de noche, pero las calles estaban llenas de milicianos fangosos y felices que habían sido liberados de sus posiciones en el monte Hampstead y ahora celebraban el fin de la guerra. El ambiente era brillante y Gordon y Callie avanzaron a la retaguardia del pequeño grupo, tomados de la mano. Cuando llegaron al Newell's, una figura tiraba de la cuerda de la puerta y miraba con esperanza.

—¡Peter! —La joven lo reconoció y corrió hacia él de una manera poco femenina.

—¡Molly! —exclamó él luego de atraparla en sus brazos con un beso.

—Me alegro de verlos. —Peter los saludó a todos, una vez finalizado el beso, manteniendo su brazo alrededor de la chica—. Quería asegurarle a Molly que estaba bien, y tengo algunas noticias para usted, señora Newell.

—Sube y me las cuentas, Peter —dijo Callie mientras Josh abría la puerta, que ahora tenía una cerradura nueva y era mucho más segura—. Acabamos de cenar, pero, si tienes hambre, ¡siempre hay algo delicioso en la cocina de Sarah!

—Eso sería espléndido, señora. —Su mirada volvió a Molly. El muchacho estaba seriamente enamorado, y también ella.

Joshua encendió una linterna en el corto pasillo que había al pie de las escaleras y los guio hacia arriba. La puerta en la parte superior también había sido reconstruida de manera más robusta y con una nueva cerradura.

—Señora Newell, pensé que querría saber que su abogado, el señor Key, y los estadounidenses que estaban con él han sido liberados por los británicos y han llegado a Baltimore esta noche —dijo Peter una vez en el interior de la casa. Hizo una pausa para aceptar con agradecimiento una jarra de cerveza que le ofreció Sarah—. Él y el señor Skinner han obtenido la liberación del médico anciano y también tienen una lista de los prisioneros en poder de los británicos, lo cual es un gran alivio para las familias.

—¡Maravilloso! —exclamó Callie—. Por los prisioneros y por mí. Tengo varios asuntos legales que deben abordarse y pensábamos llamar a tu tío, pero hablar con el señor Key será aún mejor. ¿Sabes dónde se hospeda? Ahora es demasiado tarde para mandar llamarlo, pero tal vez podríamos hacerlo mañana a primera hora.

—Está en el hotel Indian Queen, no muy lejos de aquí, ese gran edificio en la esquina de las calles Baltimore y Hanover. —De repente, los ojos de Peter se iluminaron cuando vio a Molly acercarse con una bandeja de comida caliente—. ¡Gracias Molly! Es maravilloso regresar a la civilización después de días en zanjas fangosas... Bueno, pues mi gran noticia es la falta de noticias, porque, después de un día de jugar al gato y al ratón frente a nuestras líneas, las tropas británicas se retiraron por la noche sin ofrecer batalla. Primero nos preguntamos si podrían atacar en otro lugar, pero embarcaron en los buques navales y se fueron de verdad. Fin de la historia. ¿Hay alguna novedad por aquí?

—Puedes felicitarme —dijo Gordon con una sonrisa ridículamente amplia—. Callie ha aceptado casarse conmigo. La boda será en tres días en Saint Paul y, por supuesto, estás invitado.

—¡Espléndido! —exclamó Peter—. Claro que asistiré. ¿Ha sucedido algo más?

Eso le dio a Josh la oportunidad de hablar sobre su nuevo hogar y negocios. Peter conocía la ubicación en la calle Charles y la aprobó. Si le molestaba la idea de que la chica que le gustaba viviera en el piso superior de una tienda, no hubo señales de ello. De todos modos, Gordon tuvo un extraño deseo paterno de preguntar las intenciones de Peter con respecto a Molly. Tales preguntas hubiesen sido más propias de Josh, pero los antiguos esclavos podían ser reacios a interrogar a un joven blanco de una familia local distinguida y rica, así que esperó hasta que la conversación se apagara y Peter terminara de comer, para invitarlo a unirse a él en el balcón. El chico lo acompañó, luciendo algo cauteloso, y Gordon cerró la puerta detrás de ellos.

—Me gusta tu ciudad —dijo después de apoyarse en la barandilla, con las manos cruzadas mientras contemplaba el puerto.

—A mí también —respondió Peter emulando la pose—. La defensa de Baltimore inspirará al resto del país y ayudará a nuestros negociadores de paz en Ghent, creo. Esta ciudad crecerá y prosperará, y estoy emocionado de ser parte de ella.

—Tenía la impresión de que la familia Carroll ya poseía una buena parte de la ciudad y del Estado.

—La familia es grande. —Peter se rio entre dientes—. La rama de mi familia es pudiente, pero no tan extremadamente rica como otros Carroll.

Contento de escuchar eso, Gordon comentó:

—Por lo tanto, sería un problema menor que te casaras con una chica que ni es tan rica ni es de una vieja familia de Maryland. —Y añadió con voz afilada—: Suponiendo, claro está, que vayas en serio con Molly.

—Si pregunta si mis intenciones son honestas, señor, la respuesta es sí. Molly es hermosa, pero, aún mejor, es buena e inteligente. —Peter miró a Gordon en la oscuridad—. Y me hace sentir bien. Como hombre recién comprometido que es, creo que entiende lo que quiero decir.

Peter acababa de dar un buen resumen de lo que Gordon sentía por Callie.

—Sí, lo entiendo. Pero mi futura esposa y yo nos conocemos desde pequeños, no es exactamente lo mismo.

—Molly y yo nos conocemos desde hace poco, es verdad —dijo Peter en voz baja—. Mis sentimientos pueden cambiar y también los de ella; ella es joven y yo no soy mucho mayor, y no podré considerar el matrimonio hasta que termine mis estudios. Pero, por ahora y mientras nos queramos el uno al otro, quiero cortejarla honorablemente. Y espero sinceramente que algún día estemos frente al mismo altar en el que usted y la señora Newell tomarán sus votos. ¿Responde eso a sus preocupaciones?

—Sí. —Gordon rio entre dientes—. Probablemente yo estaré en Inglaterra y no estaré muy bien situado para vigilar tu cortejo, pero Josh es capaz de golpearte si es necesario.

—No será necesario.

El agua estaba oscura, pero se veían luces en el triunfante fuerte y alrededor del puerto.

—¿Sabes cómo han regresado Key y los demás a la ciudad? —preguntó Gordon—. Los barcos hundidos para bloquear la entrada al puerto aún no se han retirado, y todavía no hay tráfico normal.

—Key y Skinner estaban en una pequeña balandra que bordeó las naves de bloqueo. Nada más grande habría podido entrar en el puerto.

—Me alegra que puedan llegar pequeñas embarcaciones. Nuestro transporte de regreso a Inglaterra debería llegar pronto. —Si una pequeña balandra podía ingresar al puerto, un barco como el *Céfiro* no tendría ningún problema.

—¿De vuelta a Inglaterra? —preguntó Peter con curiosidad.

—Soy inglés hasta la médula —respondió Gordon—, aunque eso no significa que no haya celebrado que Baltimore resistiera el ataque británico. Si la ciudad hubiera sido conquistada y quemada, podría haber destruido los Estados Unidos, y opino sinceramente que el mundo está mejor con otra nación anglosajona que equilibre la arrogancia británica.

Peter rio.

—Tiene una visión muy clara de su tierra natal, veo.

—He visto una gran parte del mundo y te puedo decir que las zonas en las que triunfan las ideas británicas de derecho y justicia están mejor que el resto, sin embargo, también es cierto que demasiado poder genera arrogancia e intimidación. Así que es mejor cuando este poder se comparte entre las naciones.

Gordon llevó su mirada hacia el puerto, pensando que en una semana estaría navegando lejos de allí con su esposa a su lado. Sin embargo, esa ciudad y esa gente eran parte de él ahora; así que regresarían.

32



El hotel Indian Queen era magnífico, más del estilo de Londres que de Baltimore, dedujo Callie, aunque no hubiera visto gran parte de Londres antes de su exilio a las Indias. Ella y Richard se habían vestido deliberadamente como personas importantes, por lo que el recepcionista les dio el número de la habitación del señor Key sin cuestionar la solicitud.

—El señor Key y su esposa tienen una hermosa casa en Georgetown, justo al norte de Washington —dijo Callie mientras subían las escaleras—. Seis niños y un bufete de abogados, justo en el río Potomac. Les encanta recibir invitados, así que los he visitado varias veces. Aunque Frank parece un poeta soñador, es un abogado extremadamente bueno y está bien conectado con las instituciones de Maryland.

—Justo lo que necesitamos para trabajar en la legitimación del testamento de Matthew en Jamaica. —Richard esbozó una sonrisa—. Me encanta ver el movimiento de tus pendientes de topacio.

—Y a mí me encanta usarlos. —Callie rio—. Puede que no me los quite. —Disfrutaba enormemente de este breve periodo de compromiso, pero esperaba con ansias casarse y despertarse cada día en los brazos de Richard, con su sonrisa perezosa e íntima sobre la almohada. De repente se sonrojó y tuvo que recordarse que estaban allí por negocios; habían llegado a la habitación de Key.

—¿Señor Key? —Llamó a la puerta con voz alta—. Soy Catherine Audley con algunos asuntos legales bastante importantes, si es que es un momento apropiado.

Después de un instante, la puerta se abrió y Frank Key apareció tras ella. Con sus enredados rizos oscuros y su camisa arrugada, parecía como si no hubiera dormido en días, pero su sonrisa era acogedora.

—¡Catherine, qué lindo verla aquí! Por favor, entre. Deduzco que han salido todos ilesos de Washington.

—Sí, aunque creo que mi casa se ha llevado el triste honor de ser la única residencia en Washington quemada por los británicos.

—¡Lamento mucho oír eso! —exclamó—. Era hermosa y estaba muy bien ubicada.

—¡Qué se le va a hacer! De todos modos, no tengo intención de volver allí, quiero vender el terreno. Aquí tiene las direcciones de mi servicial vecina, la señora Turner, y de mi futura casa en Londres. —Le dio a Key el papel con los datos, y luego hizo avanzar a Richard—. Ahora me gustaría que conociera a Gordon Audley, mi prometido. Vamos a casarnos el lunes.

Key y Richard intercambiaron un apretón de manos evaluativo y luego Key les señaló un par de incómodas sillas con un gesto.

—¿Es usted pariente del primer esposo de la señora Audley, señor?

—Es mucho más complicado que eso —respondió Richard—. Dejaré que sea Catherine quien le cuente la historia.

—Lo haré, sí —afirmó Callie—. El hecho es que necesito ayuda para realizar la autenticación de un testamento en Jamaica. Pero, primero, ¿cómo está? Me han dicho que la Marina Real lo

mantuvo cautivo junto al señor Skinner, pero salió triunfante con su médico liberado y una lista de todos los prisioneros de guerra.

—Sí, ¡fue aterrador ver el bombardeo a pocas millas y no saber cómo iba la batalla! Había tenido dudas sobre esta guerra, pero desaparecieron cuando vi a Baltimore bajo ataque. —Sus ojos eran intensos—. ¡Nunca me había sentido más estadounidense! —Entonces añadió tímidamente—: Como sabe, soy propenso a garabatear poesía. Pues bien, durante la batalla, me llené de unas emociones poderosas como nunca había experimentado, apunté mis sentimientos en el dorso de un sobre y anoche los amplié en un poema. ¿Le... le gustaría verlo?

—¡Por supuesto que sí! —respondió Callie con franqueza. Había leído algunas de las poesías de Key y pensaba que tenía mucho talento; además, ese tema era potente.

—Todavía necesito trabajar en él —dijo en tono de disculpa mientras le entregaba una hoja llena de líneas y palabras tachadas—, pero creo que captura el miedo y el júbilo del evento.

Ella comenzó a leer mientras Richard miraba descaradamente por encima de su hombro. La primera estrofa decía:

¡Oh! Di tú, ¿puedes ver, con la primera luz de la aurora, lo que con tanto orgullo aclamamos en el último destello del crepúsculo, cuyas amplias franjas y brillantes estrellas, a través de la tenebrosa lucha, observamos sobre las murallas ondear gallardamente?

El rojo fulgor de cohetes y las bombas que estallaban en el aire mostraron, en la noche, que nuestra bandera aún estaba ahí.

¡Oh! Di tú, ¿sigue ondeando la pancarta estrellada sobre la tierra del libre y el hogar del valiente?

—Sí. Describe exactamente cómo fue. —Callie estaba llorando y Richard apoyó la mano en su hombro.

—También vimos los cohetes y los morteros. Y, si verlos ya fue horrible, peor fue preguntarse qué significaba que el bombardeo terminara. Cuando amaneció, al principio era imposible ver qué bandera ondeaba sobre el fuerte. Y resultó deslumbrante cuando salió el sol y mostró esas «amplias franjas y brillantes estrellas» que usted menciona. —Tocó una esquina de la página—. Este poema no es solo para Baltimore, sino para toda una nación.

—Me alegra que mis palabras le hayan transmitido eso. —Key tragó saliva con el rostro enrojecido—. Vinieron a mí como una poderosa ráfaga y no pude ignorarlas.

—Debería ser una canción —dijo Callie al terminar la cuarta y última estrofa. Le devolvió el poema a Key, con las palabras volando en su cabeza—. Toda la ciudad la cantaría con gusto.

—Tengo una melodía en mente —comentó Key—. Pero cuénteme sobre sus asuntos legales, señora Audley.

Alejada ya del poder de la poesía, Callie relató brevemente la versión cuidadosamente corregida de por qué ella y su familia adoptiva habían vivido bajo nombres falsos. Luego le contó la historia oficial de la muerte de Henry Newell y cómo tenía una copia borrador del testamento y un codicilo recién descubierto. Había considerado decir que el codicilo estaba doblado en su Biblia; sin embargo, como Key era un miembro devoto de la Iglesia de Inglaterra, pensó que era más sensato decir que lo habían «encontrado» en su apreciada copia de *Robinson Crusoe*. Richard le había regalado el libro en su duodécimo cumpleaños y era el único de sus libros que había enviado a Baltimore con los Adam; el resto eran cenizas.

Key adoptó una postura de abogado concentrado y echó un vistazo al certificado de defunción de Henry, al testamento redactado en la propia mano de Matthew y al codicilo. No cuestionó su autenticidad, lo que fue un tributo a la habilidad de Richard como falsificador.

—Todo esto parece bastante sencillo, aunque llevará tiempo validar el testamento —dijo cuando terminó de estudiar los documentos.

—¿Se puede hacer desde otro país? —preguntó ella—. Ninguno de nosotros quiere regresar a

Jamaica.

Key asintió luego de pensar un momento.

—Conozco a un joven abogado en Washington que es jamaicano de nacimiento. Es bueno en su profesión y creo que estará dispuesto a llevar sus documentos a Jamaica y ocuparse de su legalización; así podrá visitar a la familia y recibir un pago por ello.

—¡Eso sería maravilloso! —exclamó Callie—. Dado que mi futuro esposo y yo nos iremos a Inglaterra pronto, supongo que hay una gran cantidad de aspectos legales que deben completarse antes de partir para garantizar que todo se haga correctamente. No quiero perder el tiempo haciendo que las dudas viajen a través del Atlántico.

—Como usted dice, habrá que copiar y notarizar mucho. Puedo hacer el trabajo de notario, ya que la conozco desde hace varios años, aunque sea bajo dos nombres diferentes. —Sonrió brevemente—. Trabajo regularmente con un abogado aquí, en Baltimore, se llama George Carroll y tiene gente que pueden ayudarme con la copia y la presentación de documentos. Dado que su familia se quedará en Baltimore, estaría bien que ellos estuvieran en contacto con él en caso de futuras cuestiones.

—Conocemos al sobrino de George Carroll, Peter. —Callie sonrió—. Él y mi hijastra, Molly, están mostrando un gran interés el uno por el otro.

—¡Excelente! Peter es un buen joven. —Key ordenó la pila de papeles y los colocó en la cartera—. Ahora debo ponerme presentable y reunirme con mi cuñado.

—¡Muchas gracias por tomarse el tiempo para ayudarnos durante un periodo tan confuso! —Callie le ofreció la mano luego de ponerse de pie.

Key estrechó su mano con una sonrisa encantadora dibujada en sus labios

—Los poetas somos muy inseguros; ha valido la pena convertirme en abogado antes del desayuno para escuchar su entusiasmo por mi último trabajo.

—Un entusiasmo genuino —dijo Richard estrechando la mano de Key—. Buen día, señor. ¡Espero con ansias que «La defensa del fuerte McHenry» sea cantada en cada esquina!

Callie tomó el brazo de Richard y salieron juntos de la habitación del hotel. Las palabras «la tierra del libre y el hogar del valiente» resonaban en su mente.

33



Pasaron los días siguientes hablando con abogados y firmando papeles. Peter Carroll se tomó un día libre después de regresar del campo de batalla, y lo pasó con Molly. Callie envidiaba la inocente pureza de su romance, sin complicaciones por las cicatrices y traiciones de la vida. Ella nunca lo había tenido, pero ahora tenía a Richard, y compensaba el resto.

Cuando Peter regresó a su puesto en la oficina de su tío, se convirtió en uno de los asistentes que copiaban los documentos originales. Era un trabajo enorme ya que se necesitaban copias para Callie, la familia Adam, el señor Key y los tribunales. La mano de Callie estaba cansada de firmar, pero parecía que el proceso iba a llevarse a cabo sin problemas ya que el papeleo no había sido cuestionado. Aunque tomaría meses resolver la legitimación, cuando se hiciera, Molly y Trey estarían cómodamente preparados para la vida.

La noche antes de la boda, el clima se había enfriado a un agradable otoño y Callie y Richard decidieron caminar por el paseo marítimo, tomados de la mano, hablando poco, absorbiendo las vistas y los sonidos de Baltimore. Cuando el cielo se oscureció, regresaron al almacén y vieron un bote familiar que se deslizaba hacia el muelle.

—¡El *Céfiro*! —exclamó Richard al reconocer a los dos hombres a bordo—. Hawkins es muy oportuno.

—¡Sí que lo es!

Aceleraron el paso y lo encontraron en el muelle mientras su tripulante aseguraba el barco.

—¡Hola! —gritó Hawkins—. Vaya, Gordon, me alegra ver que has sobrevivido a la agitación. Y qué, ¿ya has decidido si estás interesado en navegar hacia casa?

—De hecho sí, lo estoy. Lo *estamos*. Pero, primero, ¿te gustaría asistir a una boda mañana por la mañana? —Richard bajó una mano y ayudó al otro hombre a subir al muelle.

—¡Me encantaría! —La mirada de Hawkins se movió de Richard a Callie—. ¡Y me alegra ver que ustedes dos finalmente han descubierto qué hacer el uno con el otro!

—¿Tan obvio era? —Callie se echó a reír y le ofreció la mano.

—Quizás no para usted, pero sí para los demás. —Hawkins se inclinó formalmente—. No tengo un regalo adecuado, pero les cederé mi camarote en el *Céfiro* para el viaje de regreso.

—Sería incorrecto por nuestra parte sacarlo de su cama, capitán Hawkins —dijo Callie con incertidumbre.

—Aceptamos —replicó Richard anulando los reparos de Callie—. Gracias, Hawkins. —Le dirigió a Callie una mirada burlona—. No quiero pasar mi luna de miel en una litera.

—Yo tampoco —admitió Callie y besó la mejilla de Hawkins—. Gracias, capitán.

Él se sonrojó y cambió de tema rápidamente. Callie sonrió e invitó a toda la tripulación a cenar. Esa sería una buena luna de miel.

En general, Gordon decidió que era más fácil enfrentarse a un grupo de soldados armados y borrachos que casarse.

—¡Nunca volveré a hacer esto! —dijo mientras esperaba en el altar de Saint Paul.

Josh, un experimentado hombre casado, se echó a reír con intensidad

—No se preocupe, solo tendrá que hacerlo una vez. La señora Callista no es del tipo que se rinde ante nadie, por lo que serán compañeros de por vida, como un par de gansos.

—Una forma interesante de decirlo —reconoció Gordon, pero la idea de arreglar las plumas de Callie fue lo suficientemente llamativa como para distraerlo. Realmente no creía que ella cambiara de opinión, pero quería que eso terminara *ya*.

Los únicos invitados eran Peter Carroll y Hawkins, además de Trey, listo para empuñar su muleta de ser necesario. La iglesia estaba casi vacía hasta que sonó el órgano y las damas llenaron el gran espacio de celebración.

Molly caminó por el pasillo primero, con un pequeño ramo en sus manos y una amplia sonrisa en su rostro. Se veía deslumbrante con su vestido color granate, y parecía mucho más madura que cuando Gordon la había conocido apenas unas semanas antes. Seguramente estaba pensando en su futuro matrimonio; por la forma en que ella y Peter intercambiaron miradas, el tema estaba en sus mentes.

Luego entró Sarah, madura y magnífica vestida de satén verde. Y, por último, su Callie, que brillaba en oro y crema, con su cabello luminoso como el fuego y los topacios que bailaban en sus oídos. El corazón de Gordon casi se detuvo al verla deslizarse por el pasillo. Y tuvo la certeza de que, independientemente de cómo definieran los términos de su matrimonio, ella le daría sentido a su vida. Durante años, él se había centrado en su supervivencia y, después, se había ocupado de resolver los problemas de quienes necesitaban ayuda; aquello, sin lugar a duda, había dado sentido a su existencia y hasta contaba en la redención de sus pecados, pero no tenía nada que ver con lo que Callie le aportaba con ese matrimonio. ¿Cuándo se había vuelto tan afortunado?

Al llegar al altar, ella le dedicó una sonrisa que reinició su corazón, que casi se había olvidado de latir. Entonces recordó cuando ella era una niña feliz y valiente, y se dio cuenta de que, ya en aquel momento, había sentido que era una en un millón. Tantos recuerdos: mendigando comida de las cocinas, debatiendo sobre libros... Ella le había gritado a su padre que no lo matara. Y ahora estaban allí, en el altar. De alguna manera, todo le parecía inevitable.

Con ojos brillantes, ella tomó su mano y se volvieron hacia el reverendo Harbow, quien los convirtió en marido y mujer.

Callie sintió que debería estar más nerviosa, dado el cambio dramático que iba a dar su vida, pero no había nada que la preocupara. Después de todo, se trataba de Richard. No habría grandes sorpresas en su matrimonio, y eso era bueno, muy bueno.

Habían contratado un salón privado en el Indian Queen para el desayuno de bodas, que fue más bien un almuerzo de bodas. La comida era buena, aunque quizás no tan buena como la de Sarah, y nadie tendría que cocinar o limpiar después del banquete. La conversación y las risas se prolongaron hasta bien entrada la tarde, entonces Richard se puso de pie y levantó el vaso:

—Un brindis por la amistad, y nuestro agradecimiento a todos por estar aquí. —Miró a cada uno

a los ojos, comenzando y terminando con Callie. Luego sonrió—. ¡Que el futuro nos sea propicio! —Bebió en medio de muchas risas, luego dejó el vaso y tomó el brazo de Callie para ponerla en pie—. Amigos, disfrutad los unos de los otros el tiempo que deseéis, nosotros nos vamos, he reservado una *suite* para Callie y para mí. ¡Por más cariño que les tenga a esos barriles de tabaco, no quiero dormir con ellos esta noche! —Las risas estallaron de nuevo mientras Callie se sonrojaba; sospechaba que todos sabían qué habían hecho entre los barriles—. Pasaremos por el almacén por la mañana para despedirnos —añadió—. Y, Hawkins, nos reuniremos contigo en tu bote a tiempo para aprovechar la marea. —Dicho esto, se llevó a Callie. Ella lo tomó del brazo mientras se dirigían hacia las escaleras que conducían a los pisos superiores del hotel.

—¿Una cama auténtica y apropiada? ¿Sin barriles de tabaco? ¡Qué lujo, mi señor!

—No estoy seguro de que volvamos a ver ese lujo. —Rio entre dientes—. A pesar de que Hawkins nos deje su camarote, no sé qué tan grande sea la cama. Y, aunque mi casa en Londres es cómoda, no podría llamarla lujosa.

—No importa.

La *suite* estaba en el piso superior. Cuando salieron de la escalera hacia la inmensa alfombra, Callie vio que había un espejo de tamaño considerable sobre la pared opuesta a los escalones superiores. La imagen de una pareja hermosa la abrumó antes de reconocer quiénes eran. Por supuesto, Richard se veía suficientemente guapo por los dos, con su estatura, sus hombros anchos y su cabello rubio brillante. Lo sorprendente fue que ella también lo parecía. Aunque no era tan hermosa, su imagen mostraba a una mujer confiada y elegantemente vestida, que parecía encajar con él.

El reflejo fue breve porque, de inmediato, Richard abrió la puerta de la habitación. Tenía una sala de estar y un dormitorio, que se podía ver a través de una puerta situada a la izquierda, y muchas ventanas.

—Este habría sido un buen lugar para observar el bombardeo —constató él.

Callie entró en la sala de estar y cruzó hacia la amplia ventana que enmarcaba una espléndida vista sobre el puerto.

—Tienes razón, aquí estamos a mayor altura que en el almacén. La forma de estrella del fuerte McHenry resulta muy clara. —Se volvió de espaldas a la ventana—. Bueno, ya sabemos que somos compatibles, así que podemos pasar el tiempo de otras maneras —dijo—. ¿Un juego de naipes, tal vez?

Richard rio mientras la tomaba como un verdadero león.

—Los naipes nunca me han parecido muy interesantes. Pero tú, mi Catkin, tú eres infinitamente fascinante. —La llevó a la habitación, la dejó sobre la amplia cama y empezó a besarla tan pronto como ambos estuvieron en posición horizontal.

—¡Qué cama tan bonita! —Ella soltó una carcajada luego de detenerse para tomar aire.

—Sí, mucho, pero tengo la intención de asegurarme de que no perdamos ni un minuto hablando de ello. —La atrapó por la cintura y rodó sobre su espalda con ella encima—. ¡Lo nuestro es

oficial!

Callie se retorció contra él y le pareció que era el lugar más cómodo del mundo donde tumbarse. Sus cuerpos encajaban muy bien.

—¡Dios! ¡Esto resulta tan placentero que solo puede ser pecaminoso! —dijo sin aliento cuando la mano de Richard encontró uno de sus senos.

—Pecaminoso, tal vez. —Él mordisqueó su cuello, con un efecto de fusión—. Pero *legalmente* pecaminoso.

La ropa comenzó a desaparecer bajo los dedos impacientes de ambos. Aunque no había razón para apresurarse, la primera vez que se unieron fue rápida, a causa de la pasión que habían reprimido durante los últimos días. Oh, sí, eran compatibles... ¡y tanto que lo eran!

Yacieron desnudos debajo de una sábana mientras se recuperaban. A ella le encantaba poder tocarlo donde y cuando quisiera, y le encantaba compartir una almohada con su rostro vuelto hacia el de ella, sus ojos grises tan claros y llenos de luz como el cuarzo.

—Creo —dijo Callie lentamente—, que este matrimonio será fácil de manejar porque confiamos el uno en el otro por completo. ¿No es una base espléndida? Cuando los extraños se casan, toma tiempo construir la confianza.

—Hablas por experiencia, supongo. A mí me gusta no tener que adivinar lo que sientes o lo que quieres, y ayuda mucho que seas tan admirablemente directa. —Jugó con su cabello que había caído en cascada sobre su hombro. Claramente le gustaba la parte de «tocar donde y cuando quisiera» tanto como a ella—. ¿Has pensado en qué tipo de vida te gustaría que viviéramos, Callie? Ya sabes lo de la casa de Londres; pero, si no te gusta, podemos comprar otra.

—Espero que me guste —respondió ella de inmediato—. Londres es el corazón palpitante de Inglaterra, pero no lo conozco lo más mínimo. ¡No creo que vaya a aburrirme con facilidad!

—¿Te gustaría tener un lugar en el campo también? Una mansión no muy lejos de la ciudad, para no tener que pasar mucho tiempo viajando de aquí para allá, por ejemplo.

—Me gustaría, pero ¿podemos pagarlo? —Callie le pasó una mano por su costado, y se detuvo al encontrar una cicatriz en la parte superior de su brazo—. ¿Alguien te disparó?

—Solo un poco. —Antes de que ella pudiera preguntar qué significaba eso, continuó—: En cuanto a lo que podemos pagar, recuerda que siempre fui bueno ahorrando mi dinero.

—Es verdad, tenías dinero para una fuga cuando lo necesitamos. —Callie sospechaba que era porque él nunca había confiado en quienes lo rodeaban, por lo que tenía sus propios medios a los que recurrir—. Yo no tenía mucha experiencia con el dinero entonces, pero me he vuelto bastante buena exprimiendo cada centavo. Además, llegado el momento, contaré con mi parte de la herencia de Matthew y eso aumentará nuestras finanzas.

—Recuérdame que haga acuerdos prenupciales en Londres —dijo Richard entonces—. Pensé en ello cuando estábamos ocupados con los abogados de Baltimore, pero los acuerdos parecían menos importantes que las cuestiones de la herencia.

—Yo también lo pensé. —Confiaba en él y los acuerdos no le habían parecido importantes.

Pero, si tenían hijos, sí importarían; ese pensamiento le provocó un estremecimiento por todo el cuerpo.

—En cualquier caso, puedo permitirme una modesta casa solariega. Será divertido buscar una. —Él sonrió—. Hasta podría convertirme en un hacendado. Quién sabe, quizás llego a ser alguien influyente...

Callie rio.

—De hecho, ¿por qué no te presentas como candidato al Parlamento? Como has visto tanto mundo, estoy segura de que serías un buen representante.

—¿Crees que podría unirme al puñado de rebeldes de la Cámara de los Comunes y volver locos a los tradicionalistas? —Soltó una carcajada—. Podría ser divertido, pero ningún electorado sensato me adoptaría como candidato.

—¿No tienes algún viejo amigo de la escuela que controle burgos podridos²? —preguntó ella medio en serio—. Quizás alguno te podría enviar al Parlamento si te interesa.

—Quizás podría interesarme en el futuro. Aunque, dadas mis tendencias reformistas, quiero eliminar los burgos podridos; no es correcto que hombres poderosos pongan a sus allegados en el Parlamento. Pero también es cierto que ya no tengo mucho interés en hacer misiones de carácter dudoso para gente dispuesta a pagarme bien por solucionar sus problemas. De todos modos, mis inversiones han sido suficientemente exitosas como para no tener que hacer este tipo de trabajo de nuevo.

—¿Misiones de carácter dudoso como rescatar viudas en zonas de guerra? —Callie esbozó una sonrisa cargada de cariño—. ¡Me alegra que no hayas renunciado a ese trabajo antes!

—A mí también. —Tomó su mano y la sostuvo—. Pero lo que sí debo hacer es equilibrar la balanza con las personas que he perjudicado en el pasado. ¿Recuerdas que te conté que había compartido un sótano con otros condenados y que, borrachos, consideramos las formas de redimirnos si sobrevivíamos? —Callie asintió— Pues es hora de enmendar las cosas.

—¿Hacer las paces con el pasado antes de avanzar hacia el futuro? Es una buena idea. —Hizo una pausa—. ¿Eso incluye hacer las paces con tu padre si está vivo?

—No —dijo sin dudar—. A lo sumo con algunos de mis hermanos. Pero con mi padre, no. Cuando era joven, no hice nada para merecer su maltrato; mi mal comportamiento fue resultado del suyo. No hay nada que redimir. Sin embargo, sí hay personas que merecieron algo mejor de mí: compañeros de escuela, una directora... —Richard estudió su rostro—. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes algún problema del pasado que necesites abordar?

—Aparte de retorcerle el cuello a la hermana que me traicionó, y que sé que es algo que no debería hacer... Creo que no. —Ella suspiró—. Han pasado muchos años. Me quedan pocas conexiones.

—Entonces tendremos que construir nuevas y mejores conexiones. —Richard se inclinó y la besó. Y Callie, sabiendo que una cosa llevaría a la otra, rodó para que sus senos se presionasen contra el pecho de él. Si eso era tener conversaciones en la cama, realmente le gustaba mucho.

Las despedidas de la mañana siguiente fueron tan emotivas y llenas de lágrimas como Gordon esperaba. No le preocupaba excesivamente el llanto femenino a no ser que lo hubiera causado, y no culpaba a Callie ni a su familia adoptiva por sentirse profundamente emocionados. Era el final de una etapa muy significativa en sus vidas; y no importaba cuán brillante fuera el futuro, ese final era una pérdida profunda.

Hawkins y su tripulación esperaron estoicamente en el bote. El modesto equipaje de Gordon y Callie ya estaba a bordo, y solo era cuestión de esperar que ella estuviera lista para partir.

Como era una mujer inteligente, no alargó innecesariamente las despedidas; más lágrimas no harían que fuera menos doloroso.

—Es hora de irse, Richard —dijo mientras se secaba los ojos. Él se alegró al oírla.

—Sí. Solo recuerda que volveremos de visita algún día. —Hizo una rápida ronda de apretones de manos y abrazos; luego ayudó a Callie a subir al bote y Hawkins empujó la embarcación lejos del muelle.

Tras un último saludo, Callie miró decidida hacia adelante, sentada junto a Gordon en uno de los asientos.

—Seguro que me veo muy femenina —dijo con ironía—. Con la nariz y los ojos rojos, debo estar horrible.

—Te ves adorable y como si tuvieras unos diez años. —Gordon rio.

—No estoy segura de que eso sea una mejora. —Lo tomó de la mano—. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que podamos regresar? Es un viaje muy largo.

—No estamos lejos de los días en que los barcos de vapor atravesarán el Atlántico —dijo—. Serán más rápidos y seguros que los veleros.

—Y feos y malolientes. —Hawkins resopló, sin interrumpir su suave remar—. Cosas horrendas, esos barcos de vapor.

—No estoy en desacuerdo —admitió Gordon—. Pero, después de pasar algún tiempo capitaneando un barco de vapor, creo que son el camino hacia el futuro.

—¿Eras capitán de un barco de vapor? —Callie lo miró fijamente—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace un año o dos —respondió—. No soy un marinero de alta mar como Hawkins, pero sé algo de navegación y algo de máquinas de vapor, así que ayudé a un amigo que necesitaba un capitán mientras su barco hacía pruebas en el río Támesis.

—*Definitivamente* estoy comenzando a hacer una lista de las cosas que has hecho —dijo ella—. Quiero saberlo todo acerca de tus días en el barco de vapor mientras navegamos de regreso a Londres. Nos dará algo de qué hablar.

—No creo que vayamos a aburrirnos. —Le dirigió una sonrisa sugestiva.

Ella le devolvió una sonrisa sensual y provocativa que garantizaba que no habría aburrimiento. Y no lo hubo.

2. **Burgo podrido** (en inglés *rotten borough*) es un concepto aplicable a aquella circunscripción electoral de escasa población, a la cual el sistema electoral otorga tantos cargos en el Parlamento, como a otras que tienen una población muy superior.

34



Acantilados blancos de Dover, octubre de 1814

Callie se aferró a la barandilla del *Céfiro* y miró, embelesada y con un nudo en la garganta, la amplia franja de acantilados de tiza que tenía delante.

—Nunca antes había visto los acantilados blancos, pero son tan parte de la tradición inglesa que parece que me anuncian el hogar. ¿Le has pedido a Hawkins que regresara por esta ruta para que yo pudiera verlos?

—Los acantilados blancos han sido una de las razones para venir por aquí, a mí también me gusta verlos —le respondió su... ¡esposo!— Además, la Academia Westerfield está junto a la carretera de Dover, y es un buen lugar para comenzar a enmendar el pasado.

Richard le pasó el brazo por los hombros, y ella le pasó el suyo por la cintura con un suspiro feliz. Habían tenido la mejor luna de miel imaginable en ese viaje suave y encantador: cada día había refrescado un poco más mientras se dirigían hacia el nordeste; el Atlántico, notoriamente arriesgado, no había enviado tormentas; y, aunque la cama de Hawkins no era tan grande como la del *Indian Queen*, había sido satisfactoria.

—Esa fue tu última escuela, ¿no? Si no recuerdo mal, estudiabas allí cuando nos escapamos y, por supuesto, nunca volviste. —Ella lo miró de reojo y vio su asentimiento. Se distrajo por lo hermoso que se veía su cabello rubio en la brisa marina y, obligándose a no perder el hilo de la discusión, le preguntó—: ¿Cómo de mal te comportaste en ese establecimiento en particular?

—Bueno, no traté de incendiar el lugar, pero estaba enojado, no cooperaba y muchas veces me saltaba las clases. —Se removió con inquietud—. Fui grosero y, a veces, un acosador; aunque, por fortuna, ese comportamiento siempre se detuvo rápido. Uno de mis conocidos de Londres dijo que se me considera el único fracaso de *lady* Agnes Westerfield.

—¡Tiene mérito! —Callie parpadeó—. De todos modos, ¿quién puede llamarte así con lo encantador y razonable que eres?

Él se rio y apretó su brazo sobre sus hombros.

—Han pasado muchos años. Y yo no solo he cambiado, sino que tú has sacado lo mejor de mí, Catkin. Todavía soy bastante capaz de ser una persona espantosa.

Callie recordó lo aterrador que se había mostrado con los soldados que habían quemado su casa, y decidió que tenía razón en ese punto.

—Espero conocer a *lady* Agnes. Si ella trata de golpearte, lucharé.

—No creo que lo haga. Era una mujer notablemente paciente. —Hizo una larga pausa—. La verdad es que no tengo ganas de volver a verla, pero me parece lo correcto. —Esbozó una sonrisa triste—. Y hacer lo correcto parece aburridamente maduro.

—¿No quieres probarlo todo al menos una vez? —dijo ella en broma. Richard rio, pero Callie se alegró de estar a su lado mientras se enfrentaba a esa parte de su pasado.

La Academia Westerfield era una casa de campo vasta y laberíntica digna de la hija de un duque.

—La casa era parte de la herencia personal de Lady Agnes —explicó Gordon mientras ayudaba a Callie a bajar del coche de caballos que había contratado—. Ella viajó por todo el mundo

cuando era joven y, al regresar a Inglaterra, montó la escuela para mantenerse ocupada. Supongo que sabes que es «para chicos de buena cuna y mal comportamiento».

—Me río cada vez que escucho eso. —Callie lo tomó del brazo y se dirigieron hacia la entrada del ala derecha—. Pero ¿qué significa en la práctica?

—Su objetivo, bastante subversivo, es ayudar a los niños que no encajan a aprender las reglas de la sociedad sin perder el alma. —Pensó en sus compañeros y en cuántos de ellos habían florecido bajo su sabio cuidado—. Es bastante buena en eso, demasiado.

—Suena como el lugar perfecto para ti. —Callie paró la oreja—. Supongo que los gritos que vienen de detrás de la casa son campos de juego y no una masacre.

Gordon sabía que ella trataba de aliviar sus nervios, pero no pudo sonreír.

—*Lady Agnes* y sus dos socios creen fervorosamente en el deporte como una forma de quemar energía juvenil. —Tocó el timbre junto a la amplia puerta de entrada—. Esta ala es su vivienda personal. El resto de la casa son las aulas, y ahora hay viviendas para los niños detrás; estaban empezando a construirlas cuando me fui.

Tras un par de minutos, un mayordomo anciano y de expresión imperturbable abrió la puerta. Le parecía familiar, pero Gordon no podía ponerle un nombre.

—Señor. Señora. —Hizo la leve reverencia reservada a los extraños vestidos de manera costosa, y añadió—: ¿En qué puedo ayudarlos?

—Me gustaría ver a *lady Agnes* si está disponible —respondió Gordon—. Dígale que la mala hierba ha regresado.

—Veré si su señoría está disponible. —Sin pestañear, el mayordomo los hizo pasar a un pequeño salón a la derecha.

Callie se acomodó tranquilamente en una butaca mientras Gordon iba de un lado a otro; esperaba que la curiosidad de *lady Agnes* se despertara lo suficiente como para querer ver quién la llamaba. Ella lo había tratado bien y él no había correspondido. Otro hubiera pensado que él prefería hacer las cosas mal, ya que había pasado gran parte de su juventud haciendo precisamente eso; pero *lady Agnes* era diferente. A ella, la respetaba.

Después de unos cinco minutos, se escuchó un paso firme y *lady Agnes* entró en el salón. Esbelta y autoritaria, era una mujer que se hubiese hecho notar en cualquier sitio.

—Me pregunto de qué mala hierba puede tratarse.

—*Lady Agnes*. —Gordon se movió hacia su campo de visión e hizo una reverencia, sintiendo el miedo a la autoridad que siempre había sido bueno para ocultar.

Ella se detuvo en la puerta y lo miró fijamente.

—¡Lord George Audley! Qué placer tan inesperado. —Su mirada se dirigió entonces a Callie—. ¿Y usted sería...?

Callie se levantó y sonrió alegremente:

—Buenos días, *lady Agnes*. Soy la señora Malahierba, o tal vez debería decir *lady George Malahierba*.

Lady Agnes se echó a reír y gritó sobre su hombro:

—Traed refrigerios, por favor. Preveo una visita larga e interesante con los Malahierba. —Les indicó que se sentaran, pero Gordon permaneció de pie.

—Quizás su memoria sea deficiente, *lady Agnes*. Me han dicho que me considera su único fracaso y he venido, con mucha demora, a disculparme.

—A mi memoria no le pasa nada, muchacho. —La directora se desplomó en el sofá en un vuelo de faldas—. Toma asiento y cuéntame, ¿dónde oíste decir que supuestamente has sido mi único fracaso? Yo nunca he dicho tal cosa.

Sonriéndole de mala gana después de que lo hubiera llamado «muchacho», eligió una silla desde la que podía ver a ambas mujeres.

—Me lo dijeron algunos viejos compañeros de escuela con los que me encontré en Londres hace poco y ninguno de ellos parecía inclinado a discutirlo.

Lady Agnes suspiró.

—Ciertamente, fuiste uno de los estudiantes más desafiantes que he tenido nunca. Cuando llegaste, eras como un cachorro que había sido golpeado con tanta frecuencia que no confiaba en nadie; todo lo que sabías hacer era morder. Y, sin embargo, parecías mejorar gradualmente mientras estabas aquí. ¿Me equivoco?

—No —admitió—. Pero todavía no me había enderezado cuando me fui.

Ella estudió su rostro.

—Siempre he creído que, si hubieras permanecido otro año, te habrías preparado adecuadamente y habrías estado listo para enfrentar el mundo en tus términos.

Gordon pensó en el niño que había sido entonces y en la forma en que, a regañadientes, había llegado a respetar la escuela y sus compañeros de clase.

—Es posible. Estaba comenzando a darme cuenta de que necesitaba cambiar y dejar de golpear furiosamente contra las paredes.

—Pienso lo mismo. —*Lady Agnes* extendió las manos con frustración—. Pero te fuiste durante las vacaciones de verano y no volviste. Recibí una breve nota del secretario de tu padre en la que me decía que te habían sacado de la academia porque habías deshonrado a una jovencita de buen nacimiento y debían ajustar cuentas contigo. —Sonrió con aire gélido—. Y también me decía que esperaban que reembolsara el dinero pagado por la matrícula del próximo trimestre por correo postal.

Callie había observado la conversación con tranquila fascinación, pero en ese momento se deslizó hacia el borde delantero de la silla, con los ojos entrecerrados.

—¡Indignante! Yo soy la «jovencita de buen nacimiento» que Richard supuestamente había deshonrado. Lo que hizo en realidad fue ofrecerme un matrimonio honesto para salvarme de tener que casarme con un extraño que tenía tres veces mi edad; un hombre que le permitiría a mi padre deshacerse de mí y sacar provecho de ello.

—Estaba segura de que había algo más —dijo *lady Agnes* estudiando a Callie—. Si quieres

contarme qué ocurrió, te aseguro que no saldrá de aquí.

Callie miró a Gordon y él le dio permiso con un guiño. *Lady Agnes* no le había permitido que se disculpara, pero se merecía la verdad.

—Richard sugirió que nos fugásemos a Gretna Green para salvarme de un matrimonio no deseado —dijo Callie—. La sociedad podía considerar eso como mi deshonra; pero, para mí, él era la salvación.

—Entonces, vosotros... ¿os amabais desde niños?

—No, solo éramos mejores amigos. No había nada romántico entre nosotros. —Callie le dirigió a Gordon una mirada íntima—. Al menos, no entonces. Pero yo estaba desesperada y, cuando él sugirió que nos fugáramos, acepté agradecida. Sin embargo, nuestros padres, lord Stanfield y lord Kingston, nos alcanzaron casi de inmediato. —Respiró temblorosa—. La única manera de evitar que mi padre golpeará a Richard hasta la muerte fue jurar que me casaría con su rico hacendado de Jamaica.

—Stanfield cumplió con su palabra —dijo Gordon secamente—. En lugar de terminar conmigo con su látigo, me hizo condenar por robo y secuestro y me transportaron hacia la bahía Botany.

Se necesitaba mucho para sorprender a *lady Agnes*, pero esas palabras hicieron que se le desencajara la mandíbula. La llegada del mayordomo y una criada con un carrito lleno de pequeños sándwiches, pasteles y jarras de café y té, le dio tiempo para recuperarse.

—Después de decirme eso, quizás ambos necesitan algo más fuerte —dijo *lady Agnes* cuando los sirvientes se retiraron.

Gordon se rio por lo bajo.

—Gracias, pero estar sobrio es mi estado habitual. Es una historia bastante horrible, cierto. Sin embargo, ocurrió hace mucho tiempo. —Aceptó una humeante taza de café que le tendía *lady Agnes* y llenó un pequeño plato con sándwiches—. Su señoría siempre ha tenido buenos cocineros.

—Si eres la hija de Stanfield, serías Catherine, si no recuerdo mal. —*Lady Agnes* sirvió té para Callie—. ¿Cómo fue tu matrimonio?

—Solía llamarme Catherine, pero ahora uso mi segundo nombre, Callista. —Callie tomó un sorbo de té y luego tomó sándwiches para ella—. Pues me fue mejor que a Richard, la verdad. Mi esposo era mucho mayor, pero un hombre amable. El hijo mayor de su primer matrimonio fue... difícil. Pero me encariñé mucho con mis dos hijastros menores.

Gordon notó que Callie daba a entender que los más pequeños compartían madre con Henry, pero no había necesidad de entrar en más detalles.

—Después de la muerte de mi esposo —siguió Callie— hubo razones para dudar de la buena voluntad de su heredero, así que reuní a los dos más jóvenes y a sus abuelos, y escapamos a Washington y vivimos cómodamente allí bajo el nombre de Audley. —Ella le sonrió a Gordon—. Eso fue en memoria de mi amigo de la infancia, a quien creía muerto. Entonces alguien en Londres contrató a Richard para que rescatara a la viuda Audley, tarea que cumplió con creces. Y, después

de varias semanas en Baltimore, aquí estamos, ahora debidamente casados.

—Estoy segura de que esa explicación esconde muchos eventos fascinantes. ¿Estabais en Washington cuando se quemó? ¡Un hecho vergonzoso! —exclamó *lady* Agnes indignada—. ¿Y qué hay de Baltimore? Los estadounidenses hicieron un trabajo admirable al mantener su posición.

—Debo decir que los británicos recibieron algunas provocaciones que los llevaron a quemar la capital, y le aseguro que desearía que no las hubieran tenido. —Callie terminó un sándwich de jamón picado—. Y en cuanto a Baltimore, allí tuvimos una vista espléndida del bombardeo. Todo fue muy educativo y animará mis eventuales memorias si alguna vez las escribo; cosa que dudo que haga.

La señora Agnes se echó a reír.

—Lord George, ha elegido la esposa perfecta, aunque no necesita que se lo diga.

—No, no necesito que me lo recuerden —respondió con cariño.

—Tengo una pregunta acerca de los nombres —dijo *lady* Agnes mientras lo estudiaba nuevamente y tiraba del plato de sándwiches en su dirección—. Cuando estudiabas aquí, te llamaban, si mal no recuerdo, lord George; sin embargo, recientemente, los antiguos muchachos de Westerfield se han referido a ti como Gordon al hablar de tus aventuras espeluznantes. Sé que tienes derecho a todos esos nombres, pero ¿cuál prefieres?

Ahora que se estaba instalando en un matrimonio respetable en Inglaterra, se dio cuenta de que era hora de decidir cómo quería presentarse al mundo, así que consideró la pregunta mientras tomaba otro sándwich.

—Lord George era un tipo muy molesto y nunca me gustó el nombre. Considérelo muerto. Richard pertenece a Callie. Gordon me queda como soy ahora. Así que elijo ser el señor Gordon Audley. Puede llamarme Gordon si quiere. —Entonces miró a Callie—. ¿Estás dispuesta a sacrificar ser *lady* George?

—No lo echaré de menos, a mí tampoco me gusta el nombre de George. —Echó un vistazo a *lady* Agnes—. ¿Eso se considera traición? Creo que no porque tu título es meramente de cortesía... En todo caso, mientras sea la señora Audley, y no la viuda Audley, estoy satisfecha.

—Gordon, entonces —dijo *lady* Agnes asintiendo—. Te sienta bien.

—¡Yo quiero saber más sobre esas «aventuras espeluznantes»! —exclamó Callie—. *Lady* Agnes, ¿podría contarme algo? Estoy segura de que Richard no lo hará.

La directora se echó a reír.

—Bueno, según dicen, jugó un papel decisivo para ayudar a lord Kirkland a rescatar a su esposa secuestrada y a su criada.

Cuando Callie se giró hacia él con las cejas arqueadas, Gordon se encogió de hombros.

—Fue mera casualidad que estuviera en Londres y fuera el capitán del último barco de vapor de Ashton. Yo solo llevé el timón. Kirkland y sus amigos arriesgaron sus vidas a bordo del barco de los secuestradores, y fue Ashton, en la sala de máquinas, quien logró dar velocidad a su nave. Por cierto, ese hombre está malgastado como duque: es un ingeniero de primera clase.

—¡Definitivamente, vas a tener que contarme más acerca de esto o de lo contrario...! —dijo Callie amenazadora, con ojos como grandes monedas de oro.

—Estoy ansioso por saber cuál sería ese castigo. —Gordon sonrió con picardía.

Callie se echó a reír

—Yo también lo estoy. —Y, girándose hacia la directora, preguntó—: *Lady Agnes*, ¿qué otros cuentos tiene para contar sobre las aventuras de mi esposo?

—El único realmente dramático que conozco es que utilizó su más precisa puntería para salvar la vida de otro de mis muchachos y de su esposa —dijo luego de pensar un poco—. Y hay una historia sobre un sótano en Portugal.

—He oído hablar de ese sótano —señaló Callie antes de que su mirada pensativa regresara a Gordon—. No voy a escribir mis memorias, tendré que escribir las tuyas. *¡Los cuentos terroríficos de un caballero inglés!*

Él puso los ojos en blanco como un niño pequeño.

—¡Nadie lo compraría! Como he dicho en otras ocasiones, siempre he sido un aventurero accidental y cobarde. —Entonces, para intentar cambiar de tema, preguntó—: *Lady Agnes*, usted que siempre está en contacto con la alta sociedad seguro que nos podrá responder a un par de preguntas. Verá, ninguno de los dos hemos tenido noticias de nuestras familias en algunos años y, para empezar, nos gustaría saber si nuestros padres, lord Kingston y lord Stanfield, siguen vivos.

La directora negó con la cabeza.

—No, lord Stanfield murió hará unos dos años. El hermano de Callista, Marcus, es el nuevo lord Stanfield y parece un joven bastante agradable.

—La muerte de mi padre no es una pérdida para la humanidad. Me alegra saber que mi hermano no ha salido como él —dijo Callie con acidez—. ¿Qué pasó con el padre de Richard?

—Lord Kingston murió el año pasado. Un fallo del corazón, creo.

Lamentablemente, Gordon tuvo que dejar de lado su fantasía de confrontar a su padre y decirle que era un tipo espantoso. Sin embargo, esa era una ira vieja y fácil de liberar.

—Entonces, mi hermano mayor, Welham, es ahora marqués de Kingston... Estoy seguro de que es muy feliz con ello. —Gordon tuvo claro que no se acercaría a Kingston, la residencia familiar. No tenía ganas de volver a ver a Welham. Él y Julian, los hijos de la primera marquesa de Kingston, habían sido toscos y difíciles; aunque Welham había sido el peor, pues tenía la arrogancia de un heredero.

—Por lo que he oído, el nuevo lord Kingston incordia a todo el mundo. —*Lady Agnes* pensó un momento—. Por otro lado, no recuerdo haber escuchado nada sobre tus hermanos menores, lo que presumiblemente significa que están vivos y bien.

Cabía entonces la posibilidad de desarrollar una relación decente con sus hermanos menores. Su madre había sido agradable con sus tres hijastros mayores; con suerte, sus hijos habrían heredado el temperamento de su madre, y no el de su padre.

El siguiente hermano después de Gordon se llamaba Eldon y el más joven, Francis. Gordon

apenas podía recordar sus rostros; de todos modos, era probable que, ni recordándolos, pudiera reconocerlos si los encontraba, pues ahora ellos debían tener unos veinte años... Tal vez algún día los buscaría.

—Ya es tarde para que continuéis viaje a Londres —dijo de repente la señora Agnes—. ¿Por qué no pasáis la noche aquí? Tengo muchas habitaciones y mis antiguos alumnos las usan regularmente. Emily y el general Rawlings estarán aquí para cenar, y sé que les gustaría verte, Gordon. —Miró a Callie y añadió—: Son mis socios en la dirección de la escuela.

—¿Serán tan agradables como lo has sido tú? —preguntó él con recelo.

—Eso espero. Has aparecido como tema de conversación de vez en cuando a lo largo de los años y se alegrarán de ver que no solo has sobrevivido, sino que estás prosperando.

—A menos que desees volver a Londres de inmediato, me encantaría pasar la noche aquí. —Callie lo miró inquisitiva—. Con suerte, aprenderé más historias alarmantes sobre tu juventud salvaje.

Él se rio entre dientes.

—¿Cómo podría negarte tal placer!? Gracias, *lady* Agnes. Nos encantará aceptar su hospitalidad.

Ella había sido el desafío más temido y, sin embargo, había hecho que sus disculpas fueran fáciles. ¿Significaba eso que otros intentos de redención serían más difíciles de lo esperado? Tenía la esperanza de que no, pues se estaba aficionando a hacer las cosas de manera sencilla. Callie lo había hecho todo fácil, y le gustaba el nuevo giro que había tomado su vida.



—Mira la forma en que las hojas cambian de color. Verdes y preciosas, ¡y también doradas! — Callie miraba por la ventanilla del carruaje, fascinada por lo que veía. Después de todo, habían pasado quince años—. No sabía que me gustaba tanto tener cuatro estaciones hasta que dejé de tenerlas.

—Washington tiene cuatro estaciones —señaló Richard.

—Sí, pero no son como las estaciones inglesas, son demasiado extremas. Y Jamaica es, generalmente, muy calurosa.

—Tu nariz está dejando huellas en la ventana. —él se rio y le atrapó la mano para atraerla a su lado—. No sé si te gustarán tanto las cuatro estaciones inglesas cuando los vientos helados vengán en ráfagas desde el mar del Norte.

—¿Por qué crees que me he casado contigo? —Batió sus pestañas en su dirección—. Es cosa tuya mantenerme caliente todo el invierno.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió él mientras reía y la acurrucaba contra sí.

—A veces parecemos un par de tontos, no sé si te has dado cuenta. —dijo Callie con la cabeza en su hombro.

—Sí, y me gusta. —Le acarició el brazo—. ¿Por qué no tratamos de descansar un poco para sorprendernos nuevamente cuando lleguemos a Londres? Debes estar cansada, ayer la sobremesa se alargó hasta bien entrada la noche.

—Sí, y fue muy agradable. —Cubrió un bostezo—. Sin embargo, tienes razón sobre lo de estar cansada. Despiértame cuando lleguemos a Londres.

Callie se durmió y no se despertó hasta que Richard la avisó.

—Estamos entrando en Mayfair, pronto estaremos en casa.

—¿Has dejado que me pierda la mayor parte de Londres! —dijo indignada, luego de sentarse.

—Seguirá aquí mañana, y tú estarás menos cansada.

—¡Espero pasar años explorando Londres! —Callie volvió a enganchar la nariz contra la ventanilla del carruaje—. Vine una o dos veces de niña, pero no recuerdo mucho.

—Ya casi hemos llegado. —Richard miró por la ventana opuesta—. La casa está en el monte Row, una especie de plaza Berkeley, tamaño de bolsillo: el jardín que hay en el centro es mucho más pequeño y no tiene ningún Gunter's donde tomar un helado, pero es agradable estar en el salón, mirar fuera y ver un poco de vegetación.

—¡Suena precioso!

El carruaje se detuvo junto a una casa esquinera. Richard salió, bajó la escalera y le ofreció la mano.

—¡Bienvenida a tu nuevo castillo, mi princesa!

Ella casi saltaba de emoción. La plaza estaba rodeada de preciosas casas adosadas, todas bien cuidadas. Se dio cuenta de que cada puerta principal estaba pintada de un color distinto, lo suficientemente tenue como para no resultar molesto, pero que enriquecía la plaza sutilmente. La casa de Richard, *su casa*, se distinguía por una puerta roja muy oscura.

—¿Dijiste que la pareja que cuidaba tu casa se apellidaba Bolton?

—Sí. Ambos son muy competentes y tienen la mágica habilidad de aparecer cuando se los necesita y de permanecer invisibles el resto del tiempo. —Subió la media docena de escalones hasta la puerta principal delante de ella y golpeó enérgicamente con la llamativa aldaba de bronce. Callie sonrió al ver que era la cabeza de un león.

Después de avisar de su llegada, Richard abrió la puerta con una llave y entraron a un pequeño vestíbulo. Estaba relucientemente limpia y brillaba por la iluminación del sol de la tarde; había un jarrón con flores de otoño en una larga mesa contra la pared y, al lado del jarrón, tres cestas llenas de cartas e invitaciones.

—Te vas por unos meses y la correspondencia se descontrola... —observó Richard mientras ayudaba a Callie con su capa. Cuando se la había quitado de los hombros, apareció un hombre que debía ser Bolton. Era corpulento y tenía una cicatriz irregular en el lado izquierdo de la cara.

—¡Lord George! —Se inclinó, genuinamente complacido—. Qué bueno verle de nuevo en casa.

—Mi esposa y yo hemos decidido prescindir de ser lord y *lady* George —dijo Richard—. Seremos el señor y la señora Gordon Audley. Lamento si eso disminuye el respeto que sus posiciones inspiran en otros sirvientes.

—Lo resistiremos, señor. —La expresión de Bolton era sobria, pero había diversión en sus ojos—. Bienvenida a Londres, señora Audley. Y... ¿puedo darles mi enhorabuena?

—Puede. —Callie le sonrió cálida—. Estoy ansiosa por recorrer la casa.

—Será un placer mostrártela, Catkin, aunque no tomará mucho tiempo. —Le ofreció el brazo a Callie y se dirigió a Bolton—: ¿Se ocupa del equipaje y el conductor, por favor? Cuando bajemos le pediré a la señora Bolton que prepare la cena en una hora y media. Nada elaborado, si te parece bien, Callie.

—Me parece perfecto —respondió ella—. Supongo que la última parada de este *tour* será el dormitorio principal —agregó en voz baja. Él le devolvió una sonrisa diabólica que no requería palabras.

La señora Bolton resultó ser una mujer robusta con ojos astutos y confianza serena; Callie pensó que las dos se llevarían muy bien.

Después de la cocina, visitaron las salas comunes un piso más arriba. La casa era agradable y resultaba acogedora gracias a las llamativas alfombras persas que se encontraban en casi todas las

habitaciones, aunque no le irían mal algunos toques decorativos.

—Como puedes ver, todavía le faltan algunos arreglos —dijo Richard—. No hace mucho que tengo la casa y he estado fuera casi todo el tiempo. Así que eres libre de hacer los cambios que desees.

—Disfruto con la decoración del hogar. —Reprimió una punzada al pensar en su hermosa casa desaparecida en Washington—. Amo esta casa, Richard. Es mucho más cálida y acogedora que aquellas en las que crecimos.

—Esa era la idea —contestó con ironía.

Callie deslizó los dedos por el roble sedoso de la barandilla mientras él la conducía hacia las habitaciones.

—Se nota que a los Bolton también les gusta la casa, pues está muy bien cuidada a pesar de tu larga ausencia.

—Sí, les gusta. Bolton era un sargento del ejército y este es el primer hogar duradero que tienen. —La guio hacia la parte trasera—. Hay dos dormitorios con vistas al jardín trasero y con una puerta comunicante. Utilizo el de la derecha como sala de estar y estudio, pero se puede convertir en un dormitorio para la señora de la casa, si lo desear.

Callie rio.

—¡No estoy nada harta de nuestra cama matrimonial, mi Corazón de León!

—Me gusta mucho oír esto —dijo solemne mientras la conducía a la habitación. Ella vislumbró el agradable jardín trasero antes de que su atención se volviera hacia la cama; era casi tan grande como la del hotel Indian Queen. Y aún más cómoda.

Después de que la cama pasara la prueba con nota, disfrutaron de una cena liviana y se fueron a la sala de estar contigua a la habitación. Había llegado octubre y por la noche refrescaba, pero un pequeño fuego mantenía la habitación acogedora. Callie encontró la estampa deliciosamente casera y en ningún momento extrañó los barriles de tabaco ni los cohetes Congreve. Lo mejor de todo: se requeriría muy poco esfuerzo para llegar al dormitorio.

Ella levantó la vista para admirar el perfil pensativo de Richard mientras él se abría paso a través de la correspondencia que se había acumulado en su ausencia; la mayoría de las cartas fueron a la basura, y puso algunas a un lado para su posterior atención.

—¿Cómoda? —le preguntó tras levantar la vista con una sonrisa y tomar un sorbo del vino de Burdeos que había traído de la cena.

—Mucho. Escribo a Baltimore y Washington para que nuestros amigos sepan que hemos llegado sanos y salvos. —Arqueó la espalda y se estiró—. Necesitaré desarrollar algún tipo de rutina aquí, lo que resulta complicado porque eres la única persona que conozco en Londres.

—Lo remediarás pronto, atraes a la gente y haces amigos con facilidad.

Callie nunca había pensado en eso, pero se dio cuenta de que él tenía razón.

—Si reúno el coraje suficiente, quizás podría hacer una visita a la casa Stanfield, aquí en la

ciudad, y ver si algún miembro de la familia está en la residencia. En todo caso, los sirvientes sabrán dónde están.

—No sueñas muy entusiasmada al respecto.

—Tú y yo hemos estado viviendo en una nube, sin tener que lidiar con el mundo exterior. Sin embargo, con mis dos padres desaparecidos, ahora soy la mayor de la familia. —Sonrió con pesar—. Me he ido tanto tiempo que me sentiré una extraña entre ellos, pero debo buscarlos pronto. De todos modos, y para ser sincera, prefiero visitar la famosa librería Hatchards que ir a la casa Stanfield.

—Entonces, hagamos un recorrido por Londres mañana —propuso Richard—. Alquilaré un carruaje de la caballeriza local y te llevaré a ver algunos de los lugares de interés. Hatchards siempre es un placer, además del buzón de correos de los Granujas Redimidos.

—¿Un buzón?

—Todos enviamos mensajes allí y el señor Hatchard los conserva para cualquier «rata de bodega» que pueda pasar. Podría haber algunos nuevos, y necesito escribir una actualización para dejarla allí también. —Garabateó una nota—. ¿Suenas jactancioso si les digo que me he casado con la mujer más bella del mundo?

—Sí, suena jactancioso, y no te creerán porque pueden tener sus propias bellas damas. Sin embargo, aprecio tu opinión. —Un pensamiento la golpeó—: Supongo que debes informar a tu empleador de que me has encontrado. Me gustaría saber más sobre el misterioso *sir* Andrew Harding, quien ha patrocinado tu misión...

—Eso es fácil. Lord Kirkland fue quien me envió, y él y su esposa son músicos excelentes. Antes de irme, *lady* Kirkland mencionó que, a veces, organizan veladas musicales informales para algunos amigos; le comenté que me gustaría asistir a una de ellas si estaba en Londres, y acabo de encontrar una invitación para un concierto privado que se celebrará mañana por la noche en su casa. Yo podré revelarle a Kirkland que mi misión ha sido exitosa, y tú tendrás la oportunidad de conocer gente; creo que te gustará *lady* Kirkland.

—Espera. ¿Lord Kirkland? —Callie parpadeó—. ¿El hombre cuya esposa rescataste?

—Como dije, solo guie el barco. Pero sí, ese mismo.

—¡Entonces claro que quiero asistir! —Evaluó mentalmente su guardarropa—. Pero necesitaré más ropa; usar prendas rehechas y usadas no me parece muy adecuado si voy a relacionarme con lores y *ladys*.

—Has crecido con lores y *ladys* igual que yo, no deberías estar tan impresionada —dijo él con sequedad—. Además, eres una buena costurera, cualquiera de los vestidos que arreglaste te irá muy bien mañana por la noche. *Lady* Kirkland siempre luce elegante, puedes preguntarle el nombre de su modista para aumentar tu guardarropa.

—Es un buen plan. Me encanta coser y diseñar vestidos nuevos, pero estoy dispuesta a dejar que otra persona haga las tareas rutinarias. —Ella dudó, y luego decidió hacer la pregunta que merodeaba en el fondo de su mente—: ¿Crees que te cansarás de la vida tranquila y volverás a la

aventura?

—No —respondió Richard de inmediato—. Soy un aventurero reacio, ya te lo he dicho. Además, ahora que te tengo, no hay razón para seguir moviéndome.

Ella sonrió, pensando que él era más romántico de lo que se creía.

—¿Alguna vez nos cansaremos de hacer el amor de manera salvaje y apasionada?

—¡No! En la naturaleza de las cosas, seguramente disminuirémos la frecuencia, pero no puedo imaginar que no quiera yacer contigo. Tendrás ochenta años y, mientras estés quitando las rosas marchitas, yo estaré escondiéndome detrás de ti y tratando de convencerte de que hagas travesuras conmigo en el cobertizo del jardín.

Callie rio.

—¡Me gusta la idea! Y también lo imagino así. —Volvió a centrarse en sus cartas. Le gustaba estar de vuelta en la segura y verde Inglaterra, pensó. Sin embargo, de golpe recordó el presentimiento que había tenido en Maryland; su camino no sería tan perfecto y seguro como parecía ahora. Entonces se recordó a sí misma que todas las vidas tenían problemas. Y tenía claro que, juntos, podrían enfrentar cualquier cosa.

36



La mañana siguiente fue fresca y soleada, un buen día para que Gordon le enseñara Londres a su esposa, así que pidió un carruaje de dos caballos en la caballeriza local, junto a un mozo para que cuidara de los caballos durante las paradas. Ahora que iba a estar más en Londres, tenía que conseguir su propio carruaje.

Comenzó por ofrecerle un recorrido por los parques y palacios del West End, barrio residencial de Londres. Luego se detuvieron en la Abadía de Westminster y fueron a visitar la grandeza en su interior. A ella le encantaron las vistas; y, a él, hacerla tan feliz como se merecía.

Su parada en la librería Hatchards duró más de lo esperado porque ambos quedaron fascinados con la oferta de ejemplares. Después de que Gordon añadiera a Callie a su cuenta personal en el establecimiento, preguntó si habría algún mensaje de los Granujas Redimidos.

Curiosa, Callie lo acompañó a la oficina de Hatchards. Había dos mensajes nuevos. Gordon abrió el primero.

—Este es de Duval, un francés monárquico. Muy buen amigo. Como era de esperarse, con Napoleón desaparecido, está de vuelta a Francia. Dice que algún día volverá a Londres, pero no sabe cuándo. —Dobló la primera nota y abrió la otra—. Ah, este es de Will Masterson. Es otro viejo conocido de Westerfield, pero de buen comportamiento, no como yo. Él es el hombre que descubrió cómo sacarnos de ese sótano con vida. —Leyó la nota y levantó las cejas—. Interesante.

—¿Interesante bueno o interesante malo? —indagó Callie.

—Interesante bueno. Pasó años como oficial luchando contra los franceses en Portugal y España; pero, después de la abdicación del emperador, se licenció y consiguió una esposa camino a Inglaterra. De hecho, puede que esté en Londres ahora; veré si puedo encontrarlo. Kirkland lo sabrá; Kirkland siempre lo sabe todo.

—Espero conocer al omnipresente Kirkland —murmuró Callie.

—Piensa en él como en un siniestro jefe de espías, pero encantador... ¡y musical! —Gordon sonrió, dobló la carta de Masterson y devolvió las dos a su lugar—. ¿Te gustaría detenerte en Gunter's y tomar uno de sus famosos helados?

—¡Oh sí! Era una de las cosas que tenía la intención de hacer cuando fuese presentada en sociedad en Londres durante una de las temporadas sociales que organiza anualmente la aristocracia. —Hizo una mueca—. Lo cual nunca sucedió, por supuesto.

—¡Esto será mejor que cualquiera de los eventos de esas temporadas! Puesto que estás atrapada conmigo, no tienes que preocuparte por buscar un marido aceptable entre las hordas de jóvenes nerviosos y tristes en busca de esposa, y los planes nocturnos son mucho mejores que si estuvieras en ese «mercado de bodas» —añadió con una teatral mirada lasciva.

—¡Eso último es muy cierto! —Callie se rio y le rodeó el brazo con la mano.

Un empleado de Hatchards llevó dos cajas de libros de gran tamaño a su coche y las almacenó detrás del asiento bajo la mirada curiosa de Skip, el mozo que había venido con el carruaje. Gordon ayudó a Callie a subir y tomó las riendas para conducir hasta la plaza Berkeley, donde

estaba Gunter's, la pastelería más famosa de la ciudad.

Cuando llegaron a la tienda, pidieron tres raciones de la especialidad del día, naranja amarga; incluida una para Skip, que estuvo muy contento por el inesperado regalo. Como mandaba la costumbre, Gordon se comió su helado parado al lado del carruaje, donde Callie atacaba el suyo con glotonería femenina.

—¡Esto es *celestial*! —exclamó ella—. Hice algunos helados en Washington, ¡pero estos no tienen nada que ver! Imagina cuán maravillosos resultarían durante uno de los ardientes veranos de Chesapeake.

—¡Me hubiese ahogado en un barril de esto para escapar del calor! —Tomó otro pequeño bocado, disfrutando del delicioso sabor agridulce mientras el hielo se derretía y le llenaba la boca de sabor—. Tal vez deberías sugerirle a Sarah que venda helados en su establecimiento.

—Buena idea. Volveré otro día para hablar con el dueño y averiguar cómo hace que sean tan deliciosos; eso si está dispuesto a decírmelo, claro está.

—Sobórnalo —dijo Gordon—. Sarah está lo suficientemente lejos como para no competir con Gunter.

—Buena idea, también. Podemos discutir un presupuesto de soborno más adelante. —Terminó su helado con pesar y Gordon devolvió los platos vacíos a un camarero. Skip parecía que había lamido el suyo. Si Gordon hubiera sido más joven, hubiera hecho lo mismo.

—La casa Kirkland, donde habrá la velada musical esta noche, está al otro lado de la plaza Berkeley —comentó una vez dentro del carruaje—. Tal vez habrá helados entre los refrigerios.

—Un incentivo para asistir incluso si no me gustara la música —dijo Callie, sonriendo.

Habían dejado la plaza Berkeley y se dirigían a casa hacia el monte Row cuando Callie lo sujetó del brazo.

—¡Esa es la calle South!

—Sí, ¿y? —respondió Gordon, preguntándose qué quería decir.

—La casa Stanfield está en esta calle, en el número veintidós. Detengámonos y veamos si alguien de mi familia está allí. —Respiró hondo—. Estaría bien quitarme de encima este primer reencuentro. Y, si ninguno de los Brooke está en la residencia, pues mejor. Siempre puedo decir que lo intenté y olvidarlos un tiempo más.

Comprendiendo el afán de Callie por acabar de una vez, Gordon giró hacia la calle South. El número veintidós estaba un poco más abajo, a la derecha. El llamador estaba levantado, lo que quería decir que algunos miembros de la familia estaban en la residencia.

—Aunque en alguna ocasión me alojé aquí de niña, no lo recuerdo en absoluto. —Callie miró hacia la casa. Era grande, desconocida y parecía costosa.

Richard bajó del carruaje y le dio las riendas a Skip; luego ayudó a Callie a bajar y la tomó del brazo mientras caminaban hacia la casa.

—Si no recuerdo mal, te llevabas bien con tus hermanas y hermano cuando vivías con ellos. ¿A quién te da más apuro volver a ver?

—A Jane —respondió. La pregunta la había tranquilizado porque le había hecho analizar su ansiedad.

—La que va después de mí. Siempre fue una mojigata que me daba sermones sobre mi comportamiento salvaje y me delataba siempre a mis padres. Estoy segura de que fue ella quien le dijo a mi padre que estábamos huyendo, y no creo que pueda perdonarla por eso debido a las terribles consecuencias. ¡Estuviste a punto de ser asesinado esa noche!

—Pero no sucedió —añadió con voz tranquila mientras subían las escaleras—. Ella no podía saber lo desastroso que sería su acto, y era muy joven. ¿Qué tendría?, ¿unos quince años? Tal vez ha aprendido algo de tolerancia con el tiempo.

Sí, y tal vez Callie le arrancaría los ojos a su hermana. Golpeó la aldaba con fuerza contra la puerta. En realidad no creía que fuera a arrancarle los ojos, pero era menos misericordiosa que Richard con respecto a la traición juvenil de Jane.

Un mayordomo impecable que la hizo pensar en un búho disecado abrió la puerta. Había conocido a tres mayordomos en dos días y le gustaba más el de Richard, pero le sonrió amablemente a este.

—Buenos días. ¿Se encuentra algún miembro de la familia en la residencia?

—¿Y quién pregunta? —El mayordomo frunció el ceño.

—Un pariente perdido hace mucho tiempo. Deseo sorprender a mi familia.

El tipo no dejó de fruncir el ceño, pero había un parecido general entre los Brooke, y aparentemente ella pasó la prueba de apariencia.

—*Sir Andrew* y *lady Harding* están aquí desde que comenzó la remodelación de su residencia. *Sir Andrew* está fuera, pero *lady Harding* está tomando té en el gabinete. Veré si recibe invitados.

¡*Lady Harding*! Seguramente ella había convencido a su esposo de enviar un hombre hasta Norteamérica para encontrar a Callie; como acto de expiación, tal vez.

El mayordomo los dejó pasar al vestíbulo, pero no los invitó a sentarse. En lugar de esperar, Richard siguió en silencio al mayordomo, tomando a Callie de la mano para que fuera con él.

—Hay una persona que dice ser un pariente de hace tiempo, está aquí y dice que desea sorprenderla, mi *lady* —anunció el mayordomo una vez que abrió la puerta del gabinete.

La joven elegantemente vestida en el sofá levantó la vista. Tenía el cabello rubio recogido y era la viva imagen de una joven y formal matrona, tal como Callie habría esperado de Jane.

—¡Catherine, estás aquí! —*Lady Harding* se puso en pie de un salto.

Callie parpadeó. No era Jane, sino Elinor, la tercera de las hermanas. La había engañado el tono de cabello que compartían la mayoría de los Brooke. Solo Callie había heredado el color rojizo que su padre había considerado la marca del demonio. Aunque Jane y Elinor tenían colores y rasgos similares, Ellie era más baja y delgada que Jane. Dulce y tímida, había sido la sombra de Callie y la había seguido con adoración, a veces hasta el punto de ser una molestia. Probablemente era la hermana que más habría extrañado a Callie.

—Sí, soy yo, desde las tierras inexploradas del Nuevo Mundo —dijo Callie con frivolidad—.

¿Tú eres quien envió un rescatador para salvarme de la guerra? —Cuando Elinor asintió, Callie entró en el salón y atrajo a Richard hacia adelante—. Me imagino que reconoces a mi esposo, ya que era nuestro vecino.

—¡Dios mío, lord George! —Elinor se detuvo en seco, su rostro se puso blanco como la muerte; luego se plegó en el sofá y enterró la cara entre sus manos, que temblaban mientras sollozaba sin control.

—Cariño, ¿qué pasa? Ya que te has esforzado tanto por traerme a casa, pensé que te alegraría verme. —Sorprendida, Callie se había dejado caer en el sofá junto a su hermana y le puso una mano reconfortante en la espalda—. Pensé que *lady* Harding sería Jane, tratando de enmendar los pecados pasados. —Le dio unas palmaditas suaves a su hermana pero las lágrimas no disminuían.

—¿Crees que si la abofeteara saldría de su ataque de llanto? —preguntó Richard fríamente.

—¡No abofetearás a mi hermana! —A Callie le sorprendió su falta de empatía.

Sin embargo, las palabras llegaron a Elinor, que levantó la cara, y sacó un pañuelo, con el que se secó los ojos y se sonó la nariz antes de arrugarlo con una mano.

—Lo... lo siento. —Tragó saliva—. Estaba muy contenta de que Andrew estuviera dispuesto a buscarte, pero jamás pensé que la búsqueda sería exitosa. Y yo... yo pensaba que lord George estaba muerto.

—Pues estoy más bien vivo y felizmente casado con tu hermana. —Él estaba apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la analizaba con la mirada—. Pero, dada tu reacción, me pregunto si podrías tener algo de lo que sentirte culpable.

La cara de Elinor se torció y comenzó a llorar de nuevo; siempre había sido muy llorona, recordó Callie.

—¿Por qué no nos dices qué pasa? —dijo ella con impaciencia—. Despejar las dudas suele ser un buen comienzo.

Elinor la miró con ojos pálidos y llorosos. Aún conservaba su delicada belleza de porcelana, pero parecía veinte años mayor de lo que era.

—Yo... yo le dije a papá que estabas huyendo con lord George —respondió con severidad—. Me asomé fuera de mi habitación cuando te ibas y adiviné tus planes. ¡Pero nunca imaginé que las consecuencias resultarían tan espantosas! —Su mirada se movió hacia Richard—. ¡Pensaba que habías muerto y que había sido por mi culpa!

—¡Y yo pensaba que me querías! —Callie se apartó de Elinor, horrorizada—. ¿Por qué hiciste algo tan odioso?

Elinor comenzó a llorar de nuevo.

—¿Estás segura de que no me permites abofetearla, querida? —dijo Richard en tono coloquial—. No muy fuerte, lo suficiente como para llamar su atención.

Callie tuvo la tentación de dejarlo hacer, pero en realidad no podía. Tal vez si hubiera sido Jane... pero no con Elinor. Aun así, quería respuestas. Se puso de pie y miró a su hermana.

—¿Por qué, Ellie? Solo explica *por qué*. ¡O voy a ser yo quien te dé esa bofetada!

—Te quería, claro que te quería. Pero también te envidiaba terriblemente. —Elinor tragó saliva—. Eras tan hermosa, tan valiente y tan segura. Nunca retrocediste por nada, no importaba lo mal que te tratara papá. Tú eras todo lo que quería ser: yo quería ser *tú*. —Entonces su agonizante mirada se dirigió a Richard—. Y... Y me enamoré de lord George. Quería desesperadamente que me mirara como te miraba a ti. Cuando supuse que huías con él, se lo conté a papá impulsivamente, nunca imaginé las consecuencias. —Miró su pañuelo anudado—. Y nunca me he perdonado por ello —concluyó en un susurro.

—No tendrías más de trece o catorce años —dijo Richard con una voz sorprendentemente gentil—. Eras muy joven y, de todos modos, muchos dirían que lo que hiciste fue correcto y apropiado. Sin embargo, te has ganado tu culpa porque actuaste por despecho. Tus acciones estuvieron a punto de causarme la muerte y obligaron a tu hermana a exiliarse y casarse con un extraño tan mayor como para ser su padre. Estuviste cerca de destruirnos a los dos.

—Esa es una razón más que suficiente como para que seas atormentada por la culpa —dijo Callie con furia apenas reprimida. La imagen de Richard agachado en el heno con los brazos envueltos sobre su cabeza para protegerse contra la ira asesina de su padre la hizo querer vomitar. ¡La *sangre*! Los profundos insultos y amenazas de su padre, la certeza de que su mejor amigo sería asesinado ante sus ojos... Y todo porque su hermana favorita sufría de amor juvenil. Callie cruzó la habitación hacia Richard, sintiendo una patada en el estómago.

—Pero ambos hemos sobrevivido y nos hemos vuelto a encontrar, Catkin. —La rodeó con un abrazo consolador y dirigió la mirada de nuevo hacia Elinor—. Obviamente no morí como se informó en el viaje a Nueva Gales del Sur. Existe una profunda ironía en el hecho de que fue precisamente tu deseo de rescatar a tu hermana de la guerra lo que nos unió nuevamente, pues yo fui el hombre enviado a buscarla. De algún modo, es una compensación, aunque haya sido accidental.

—Quizás Dios tiene un pésimo sentido del humor. —Callie se volvió hacia Elinor, cansada. Parecía que su hermana esperaba el látigo de su padre, aunque él nunca lo usó con sus hijas. Él prefería el método tradicional de castigar a su hija mayor con sus propias manos; manos muy poderosas impulsadas por la ira... Intentó recomponerse, tragó saliva y apeló a la mejor versión de sí misma—. Acepto que nunca quisiste causar el daño que hiciste. Pero me llevará tiempo superar el enojo.

—Entiendo. —Elinor asintió, sombría—. ¿Quizás... quizás algún día podamos volver a ser amigas?

—Quizás. Hoy no. —Callie sujetó el brazo de Richard, necesitaba su apoyo desesperadamente, y salieron del pequeño salón.

Una vez fuera del edificio, Richard llamó al chico de los caballos:

—Skip, vamos a dar una vuelta. Espéranos aquí.

Agradecida por disponer de un interludio para recuperarse, Callie permaneció en silencio durante un buen trecho.

—Me equivoqué con Jane —dijo vacilante, luego de que doblaran a la derecha—. Todos estos años la he culpado por lo que sucedió esa noche.

—Ella hubiera hecho lo mismo que hizo Elinor si hubiera descubierto tus planes. Sus motivos habrían sido diferentes, pero no necesariamente mejores. —Richard la sostuvo para esquivar un perro que estaba tumbado en medio de la acera—. Es extraño pensar que toda la cadena de eventos fue provocada por el enamoramiento de una colegiala. ¡No tenía ni idea de que ella pensara en mí de esa manera! Apenas la había notado, salvo por el hecho de que era tímida y que a menudo te seguía.

—Yo tampoco lo adiviné. Pero, aunque no lo recuerdes, siempre fuiste muy amable con mis hermanas pequeñas; las escuchabas cuando hablaban y, además, eras el joven más guapo del vecindario. —Soltó una risa inestable—. ¡El desastre cayó sobre el único fracaso de *lady Agnes* porque fue demasiado amable! ¡Qué ironía!

—La risa es mejor que la ira. —La tomó de la mano y entrelazó sus dedos en un gesto más íntimo—. No sé si alguna vez habría elegido un camino así en la vida, pero he aprendido mucho en mi extraño viaje, he conocido a muchas personas interesantes, no todas han tratado de matarme, y me he convertido en el hombre que quería ser.

—¿Y qué porcentaje de esas personas interesantes quería matarte, si puede saberse? —Callie esbozó una sonrisa torcida.

—Menos del cinco por ciento, creo. —Su voz se volvió más grave—. Ambos hemos cambiado en estos años. A los diecisiete pensé que debía casarme contigo porque eras mi amiga y que al casarte conmigo te salvarías de un destino que detestabas. Pero, cuando nos volvimos a encontrar en Washington, me di cuenta de que quería casarme contigo por *ti*. Porque era el momento adecuado y tú eras la mujer adecuada; no porque necesitaras ser rescatada.

Callie pensó en sus años en Jamaica: las amistades, los miedos, las frustraciones. ¿Desearía que se fueran si pudiera?

—No es posible imaginar la vida que podríamos haber tenido, ¿verdad? Eso significaría perder todo lo que hemos aprendido. —Ella apretó su agarre—. Me alegra que nos hayamos encontrado cuando lo hicimos. —Continuaron alrededor de la calle y, al acercarse al carruaje por la parte trasera, añadió—: ¿Qué dice de mí el hecho de que estaba segura de que nunca perdonaría a Jane por traicionarnos, pero que siento que podré perdonar a Elinor llegado el momento?

—Significa que tú y Jane nunca os llevasteis bien, así que hay menos fundamentos para el perdón. En cambio, siempre te gustó Ellie, así que hay más cosas buenas para recordar.

—Tiene sentido. Y siempre es más fácil perdonar un error cometido por amor, por muy equivocado que haya sido. —Al recordar el rostro de su hermana pequeña, se dio cuenta de cuánto había sufrido Elinor. Sí, quizás algún día podrían volver a ser amigas.

Algún día.



—Es una buena noche para la música —dijo Callie mientras se ponía sus pendientes de topacio—. Imagino que será tranquila.

Gordon arregló su pañuelo de cuello mientras miraba a Callie vestirse. Nunca se cansaba de observarla. Aunque su vestido verde oscuro con ribetes dorados era usado y había sido remodelado, la cuidadosa confección de Callie hacía que ella y el vestido se vieran excelentes.

—Creo que estas noches musicales son íntimas e informales, unas quince o veinte personas a lo sumo. No habrá una multitud estresante, así que será una buena introducción a Londres.

—Me pregunto si habrá helados. —Ella se giró y le sonrió.

—Me sorprendería que los Kirkland no tuvieran un acuerdo permanente con Gunter que implicara cofres de hielo portátiles y un servicio rápido, algo factible puesto que viven tan cerca.

—Espero que tengas razón. —Sonrió—. Y, si no hay helados, te mordisquearé más tarde.

Se dirigieron escaleras abajo y Gordon la ayudó con su capa; ella no necesitaba ayuda, pero a él le gustaba tener una excusa para tocarla. Como Callie había dicho, a veces parecían tontos, y a ambos les gustaba.

La temperatura era agradable y había luna esa noche, por lo que caminaron hacia la casa de los Kirkland. Callie estaba callada, pero ya no parecía molesta; y él supuso que estaba empezando a aceptar lo que les había hecho Elinor.

La casa de los Kirkland estaba bien iluminada cuando llegaron, y la música etérea de un arpa flotaba por las escaleras. *Lady* Kirkland los saludó cuando el mayordomo tomó el sombrero de Gordon y la capa de Callie.

—¡Capitán Gordon! —dijo cálida mientras sonreía—. Me alegró mucho saber que vendría esta noche. ¿Me presentará a su invitada? —preguntó mientras se giraba expectante hacia Callie.

—*Lady* Kirkland, me complace presentarle a mi esposa, Callista Audley.

Los ojos de *lady* Kirkland se abrieron de alegría.

—¡Qué placer conocerla! —exclamó tomando la mano de Callie—. Deduzco que ha sido algo repentino, pues, cuando Gordon estuvo aquí por última vez, a principios del verano, no parecía casado en absoluto.

Callie le devolvió la sonrisa, respondiendo al calor de la condesa.

—El matrimonio ni siquiera era un destello en el horizonte entonces, pero no fue tan repentino como parece.

—¿Escuché algo sobre un matrimonio reciente?

Kirkland se les unió antes de que Callie pudiera decir más y Gordon puso su mano en la parte baja de la espalda de Callie.

—Me gustaría que conocieras los resultados exitosos de mi misión en América: la desconocida viuda Audley es ahora mi esposa. Al final resultó que éramos amigos de la infancia y fue un placer volver a encontrarnos.

—¡Bien hecho! —La mirada astuta de Kirkland sugirió que sabía que la historia era más complicada que el simple comentario de Gordon—. Le enviaré un mensaje a *sir* Andrew Harding diciéndole que has logrado encontrar a la mujer desaparecida y llevarla a casa, a Inglaterra.

—No es necesario —acotó Callie con sequedad—. Esta tarde he sabido que *lady* Harding es mi hermana Elinor. Su marido estaba fuera, pero estoy segura de que ella debe haberle dado la noticia.

—Después quiero que me cuenten cómo llegaron a casarse —dijo *lady* Kirkland—, ¡estoy segura de que es una historia muy romántica! Pero ahora debo saludar a algunos invitados que acaban de llegar.

—Entonces es una de las hermanas Brooke —afirmó Kirkland mientras le ofrecía la mano a Callie. Sus ojos eran pensativos—. Saber eso hace que el pasado misterioso e inquietante de su esposo resulte más claro.

—Y le quita dramatismo —remarcó Callie mientras le estrechaba la mano—. De pequeños, él y yo hacíamos travesuras juntos con cierta regularidad. Entonces, tras una serie de circunstancias, pensamos que nos habíamos perdido para siempre y... bueno, ¡debo agradecerle que lo enviara a rescatarme!

—El Señor trabaja de maneras misteriosas —apuntó Kirkland con una sonrisa cargada de confidencialidad—, yo mismo lo he podido experimentar. Pero lamento haber perdido tus particulares talentos de cara a futuras misiones, Gordon. El matrimonio tiende a hacer que un hombre quiera quedarse más cerca de casa.

—Ya ha tenido ese efecto en mí —contestó él—. ¿Por qué querría ir lejos de Callie?

—Es cierto, sin mencionar que vas a estar demasiado ocupado como para alejarte. —La expresión de Kirkland era irónica—. Acabo de enterarme y la verdad es que no estoy seguro de si debo darte la enhorabuena o mis condolencias.

—Si te refieres a mi matrimonio, la enhorabuena, evidentemente —respondió Gordon, perplejo.

—¿No te has enterado? —Las cejas de Kirkland se habían juntado de repente— ¡Te acabas de convertir en el séptimo marqués de Kingston!

Gordon jadeó, sentía como si una botavara se hubiera estrellado contra su estómago, deteniendo su respiración y dejándolo demasiado aturdido para sentir ningún dolor. Callie le agarró la mano izquierda con fuerza y lo ancló a la realidad.

—¡Richard! —susurró con urgencia—. ¡¡Richard!!

La calidez de su mano era un salvavidas, pero él todavía estaba tan agitado que apenas podía

hablar.

—He pasado la mitad de mi vida alejándome lo máximo posible de Kingston —dijo entrecortadamente—. Y ahora... esto.

—Ven aquí —replicó Kirkland mientras tomaba el otro brazo de Gordon y lo conducía desde el recibidor hasta su despacho privado, al otro lado del vestíbulo.

Cuando estuvieron a salvo en el estudio de Kirkland, Callie, que no le había soltado la mano, lo guio hacia un sofá que había situado en ángulo recto respecto al escritorio. Entonces se arrodilló ante él y le atrapó ambas manos.

—Háblame, por favor.

Él notó que estaba aterrorizada y que intentaba ocultarlo, por lo que hizo un gran esfuerzo para recuperarse. Le apretó las manos, sin dejarla ir y miró a Kirkland, que había servido brandi y se lo estaba ofreciendo.

—Toma esto —dijo su amigo en voz baja.

Retiró una mano de Callie y sorbió el brandi; el licor lo ayudó a retomar un poco el sentido.

—¿Cómo he podido heredar el título? *Lady Agnes* dijo que mi padre había muerto hace aproximadamente un año y que mi hermano mayor, Welham, lo había heredado. Incluso si ha muerto inesperadamente, queda mi segundo hermano, Julian.

Kirkland había servido dos brandis más. Le dio uno a Callie y señaló el sofá.

—Siéntese también. Puede seguir sosteniendo su mano.

—Parece un hombre acostumbrado a lidiar con noticias impactantes —comentó Callie tras esbozar una sonrisa torcida y mientras se acomodaba junto a Gordon.

—Ya lo creo, y muy a mi pesar. —Kirkland tomó una silla cercana—. Para responder a tu pregunta, Gordon, tu hermano Julian murió en un accidente de equitación poco después que tu padre. Mientras estaba borracho, creo. Y Welham... —Kirkland vaciló—. Murió hace solo unos días, quizás por su propia mano. La explicación oficial es que sufrió un accidente mientras limpiaba sus armas. Le encantaban las armas y tenía muchas, así que nadie que lo conozca lo ha encontrado improbable.

—¿Dejó alguna nota que diera a pensar que fue un suicidio? —preguntó él, impresionado como siempre por las fuentes de información de Kirkland.

—No, que yo sepa. Sin embargo, si hubiera una, la familia no querría que se hiciera pública. —Kirkland miró a Callie antes de continuar—. Ha habido rumores de que no sentía atracción hacia las mujeres, que sus gustos iban en una dirección diferente, ilícita.

—No necesita hablar con remilgos frente a mí, lord Kirkland —dijo Callie—. Sé lo que insinúa, y debo decir que me sorprende. Al crecer, todas las chicas de nuestra parte de Lancashire aprendíamos a no quedarnos a solas con Welham, quien era conocido por ser un bruto manoseador. En su momento también lo intentó conmigo, pero, por fortuna, me defiende mejor que muchas otras.

—Interesante. —La mirada de Kirkland se agudizó—. Quizás su mal comportamiento con las mujeres ocultaba sus verdaderas preferencias. O tal vez le gustaran ambos géneros.

—Si le gustaban ambos, no debería haberse suicidado. —Gordon frunció el ceño.

—Tal vez se había emborrachado y, en un momento de miseria, decidió terminar con todo —sugirió Callie.

—Es una posibilidad —dijo Kirkland—. Otra es que se rumoreaba que estaba a punto de comprometerse con una joven bien nacida y muy rica; tal vez ella cambió de opinión y eso le molestó. Puede que nunca sepamos por qué o cómo murió. Pero, te guste o no, y parece que no, el título y el patrimonio son para ti.

Gordon exhaló bruscamente.

—Debería haberme quedado en América y fingir que estaba muerto. Estoy seguro de que mi hermano Eldon, que va tras de mí en la línea sucesoria, disfrutaría de ser lord Kingston mucho más que yo.

El débil sonido de un piano tocando flotó en el despacho y Kirkland ladeó la cabeza

—Necesito ir a la sala de música. Laurel y yo planeamos tocar varios duetos juntos. ¿Has traído un carruaje? Si no, ¿quieres que alguno de mis lacayos te lleve a casa?

—No será necesario, gracias. Mi cerebro empieza a funcionar de nuevo. —Gordon suspiró—. Supongo que el primer paso es visitar al abogado de la familia y decirle que estoy vivo. Imagino que no puedo simplemente permanecer invisible y esperar que nadie se percate de mi existencia...

—A estas alturas, demasiadas personas saben que estás vivo. Si lo deseas, puedo ir contigo a la oficina del abogado mañana por la mañana para garantizar tu identidad en caso de que tenga alguna pregunta. *Lady Kingston*, supongo que usted irá con él.

—¿*Lady Kingston*? —Callie se había quedado perpleja—. ¡Dios! Mi mente todavía no había llegado tan lejos.

—Te supero, Kirkland, solo eres un mero conde. —Gordon sonrió un poco.

Kirkland se echó a reír.

—Creo que podré soportarlo. Escucha, como no tenéis carruaje en la ciudad, ¿os recojo por la mañana?

—Sería muy práctico, gracias. —Callie respondió por los dos—. ¿A las diez de la mañana?

Gordon y Kirkland estuvieron de acuerdo. Entonces el conde se fue y Callie se abrazó a su marido.

—¿Por qué te resulta tan perturbadora la idea de heredar la riqueza y los honores de Audley?

—Odiaba ser parte de esa familia —dijo él mientras analizaba el tumulto de sus emociones. La voz de su padre hizo eco en su mente: «Siéntete libre de matarlo. Tengo hijos mejores»—. Despreciaba a la mayoría de mis parientes porque eran muy bestiales, y odio el caserío de Kingston, que es la casa más fea y mohosa de Gran Bretaña. Su cercanía con el lago la hace húmeda y está a favor del viento de una mina de carbón; me enfermaba cada vez que me quedaba allí mucho tiempo.

—Todas ellas buenas razones para detestar la idea de convertirse en amo y señor de Kingston. Es un lugar triste —observó Callie—, pero tus familiares más detestables están muertos, y tú has superado de largo tu infancia miserable.

—Fuiste la mejor parte de mi infancia, Callie. —Él apretó su mano, no iba a querer soltarla nunca—. Gracias a ti, logré crecer un poco cuerdo y feliz. Pero no deseo volver allí. —Hizo una mueca—. Entre otras cosas, esta herencia hará que sea imposible regresar a Estados Unidos si no quieres vivir en Inglaterra de forma permanente.

—Iré donde tú vayas —respondió ella con calma—. Tu sentido de la responsabilidad es demasiado grande como para alejarte de la tierra, los arrendatarios y los negocios que forman parte de la propiedad de Kingston. Puesto que esta responsabilidad ha recaído en ti, estaré a tu lado.

Gordon estudió sus rasgos encantadores y delicados, que terminaban en un mentón tenaz, y se preguntó cómo se había vuelto tan afortunado. Con Callie a su lado, podría enfrentar cualquier cosa.

—Era mucho más amigo de los arrendatarios de Kingston que de mi propia familia —recordó—. No puedo defraudarlos. Mi padre era un señor competente pero nada agradable, y Welham habría sido peor en todos los sentidos.

—Un bruto egoísta —dijo Callie—. Si le propuso matrimonio a una mujer joven, puede que esta decidiera que vivir en la propiedad de Kingston con él era un precio demasiado alto, incluso para ser marquesa.

—Ninguna persona cuerda querría vivir en la propiedad de Kingston —admitió Gordon con tristeza.

—Por fortuna, no debemos vivir allí —respondió ella—. No puedes alejarte de tus responsabilidades, pero nada ni nadie te exige que vivamos en la residencia familiar. Podemos construir una casa agradable y moderna en otra parte de la propiedad, lo suficientemente lejos del lago y de la mina de carbón como para que resulte saludable. Y supongo que la herencia incluye la casa de Londres, aunque tampoco hay necesidad de vivir allí. Me gusta tu casa en el monte Row, *nuestra* casa. Podemos quedarnos allí.

—Doy gracias a Dios por ti, Catkin. —La rodeó con un brazo para acercarla aún más—. Creo que me he tomado tan mal las noticias de mi herencia porque me han recordado todo lo que odiaba de mi infancia. Pensaba que ya lo había olvidado, pero veo que no. Todo el dolor y la ira estaban hirviendo en el fondo, esperando hacer erupción como un volcán.

—Uno puede superar una infancia difícil, pero no creo que sea posible olvidarla. Las cicatrices siempre estarán ahí y el dolor volverá a estallar si se golpea inesperadamente, como te acaba de suceder.

—Exacto. Y estas cicatrices acaban de ser golpeadas por las leyes sucesorias inglesas. Si pudiera dejar todo el desastre a mi hermano menor, lo haría, te lo aseguro. —Presionó sus labios—. Ahora soy más feliz de lo que he sido en mi vida y no quiero perderlo.

—No lo harás. —Apoyó la mejilla en su hombro—. Ambos tendremos más responsabilidades, especialmente tú, pero también tendremos un gran poder para moldear nuestras vidas como queramos. Puedes construir una casa nueva y contratar a gente eficiente que administre las propiedades mientras te conviertes en el rebelde residente en la Cámara de los Lores.

—Esa parte podría gustarme —dijo y sonrió un poco.

—Te gustará —aseguró Callie con una sonrisa—. ¿Hay alguna finca modesta en Kingston que quede cerca de Londres? Si es así, podríamos tener nuestra casa de campo sin buscar una.

—Hay una mansión en Hertfordshire, si mal no recuerdo. La visité una vez y el lugar era bastante agradable. Tendré que preguntarle al abogado cuando lo vea mañana. —La besó con profunda gratitud—. Eres un milagro, Callie.

El beso se profundizó y las manos comenzaron a moverse. Gordon se sorprendió cuando se dio cuenta de que ella estaba desabotonando sus pantalones, y casi se paralizó cuando sus dedos tocaron la carne desnuda y caliente.

—¿Qué demonios haces? —Jadeó.

—¿No es obvio? —Ella se rio entre dientes—. Solo espero que todos estén arriba escuchando el concierto.

Luego se inclinó y lo besó, y él perdió la poca conciencia que le quedaba. El placer duró y se prolongó deliberadamente mientras el torrentoso esplendor de un concierto de piano de Vivaldi se entrelazaba con las voluptuosas sensaciones. Cuando llegó al punto en que pensó que ardería en llamas, ella lo llevó a una rápida y aniquiladora culminación. Una vez que la locura se desvaneció, la abrazó; la mejilla de Callie descansaba en su pecho mientras él le acariciaba la cabeza y el cuello.

—Si tu intención era distraerme, ha funcionado —dijo cuando recobró la coherencia—. Pero ¿qué hay de ti? —Le acarició las curvas provocativas de la cintura y la cadera, pensando lo maravilloso que era el cuerpo de una mujer.

—Podemos discutirlo una vez que estemos en nuestro magnífico lecho. —Ella trató de apartarlo.

—No. Ahora. —A pesar de su disposición a esperar, él sintió la excitación en su respiración acelerada y sus mejillas sonrojadas. Necesitaba darle el placer íntimo que ella le había dado. Hacer eso los uniría aún más, y necesitaba desesperadamente esa cercanía si quería sobrevivir.

Su mano se deslizó por debajo del dobladillo del vestido y recorrió su pantorrilla, recubierta de unas seductoras medias de seda. Ella jadeó y se echó un poco hacia atrás, separando sus piernas al tacto. El aliento de Gordon también se aceleró al tocar el calor y la humedad de su intimidad. Ya conocían bien el cuerpo del otro, y fue tan fácil, tan satisfactorio, llevarla al tipo de culminación que ella le había dado antes... Atrapó su grito con la boca mientras la besaba, inhalando su pasión y mezclándola con la suya. Si él era un marqués, ella su marquesa, su pareja, su compañera.

Y, sobre todo, su salvadora.

En cuanto sus convulsiones silenciosas terminaron, él la atrajo contra sí. El sabio Kirkland, con un sofá en su estudio, había hecho que portarse mal fuera más fácil.

—¿Alguna vez te contaron la historia de mi madre y mi padre? —dijo Gordon en voz baja mientras le acariciaba la reluciente melena de albaricoque—. Fue un gran escándalo.

—Oí decir que ella era muy hermosa, de sangre escandinava, y que te le pareces mucho —respondió Callie—. Que era actriz y murió cuando eras muy pequeño, unos cuatro años. De niña, simplemente acepté estas explicaciones y no pregunté más.

—Mi padre se enamoró locamente de ella y se casaron en cuestión de semanas, o eso me dijeron. —Era difícil imaginar que su padre sintiera tanta pasión, pero el nacimiento de Gordon fue una prueba de ello—. Al parecer, el deseo se extinguió rápidamente y, siendo el hombre que era, la culpó a *ella* por haberse casado con una actriz... Entonces él comenzó a tener amantes y mi madre enfureció; ella podía parecer una fría rubia del norte, pero, aparentemente, ardía con fuego y temperamento, así que dejó a mi padre y se buscó su propio amante. Mi padre estaba indignado y planeaba separarse cuando ella y su amante tuvieron un accidente con su carruaje y murieron.

—¡Imagino que no supiste todo esto cuando eras pequeño! —Callie hizo gesto de dolor.

—No, solo sabía que mi padre me despreciaba, pero no por qué. —Esbozó una sonrisa sin humor—. Fue un compañero de mi primera escuela quien me contó las historias sobre mi madre. Puedes imaginar cómo la llamaba. Me expulsaron por casi matarlo. De hecho, los insultos dirigidos a ella fueron la causa de varias de mis expulsiones. Apenas la recordaba, pero no podía soportar oír esas calumnias.

—No sabía nada de esto —susurró Callie, horrorizada.

—No podía hablar de ello, ni siquiera contigo —dijo.

—Las tragedias domésticas de mi familia fueron mucho más discretas que las tuyas. —Sus dedos se movieron inquietos en la cintura de Gordon—. Mi madre tuvo que soportar gran número de embarazos tratando de darle a mi padre su heredero masculino, pero fue maldecido con hijas sanas e hijos enfermos. Cuando nació mi hermano Marcus, fue un gran alivio saber que era un niño sano y alegre. —Callie suspiró—. Pero mi padre no estaba satisfecho con su heredero, necesitaba uno de repuesto, y el siguiente embarazo mató a mi madre.

Gordon maldijo por lo bajo

—¿Cómo puede un hombre hacerle eso a su esposa? Tu vida es infinitamente más importante que tener un heredero varón. Aunque no te negaré que me gustaría tener una hija o dos que se parecieran a ti.

—¿No te importaría si tuvieran ese cabello rubio cobrizo que ha sido tocado por el demonio? —preguntó Callie.

—Ni lo más mínimo. —Gordon sonrió antes de negar con la cabeza—. No es de extrañar que ninguno de nosotros quiera regresar al hogar de su infancia, ¡los dos teníamos motivos para escapar de allí!

—Sin embargo, ahora volver no será tan malo porque estaremos juntos. ¡No te dejaré ir solo a

Kingston! —Ella se retiró sin ganas de su abrazo y se levantó—. Mañana estaremos más acostumbrados a la idea. Por ahora, vamos arriba y escuchemos un poco de buena música. Nos calmará a los dos.

—Es eso o quedarnos dormidos en este pequeño sofá, lo cual sería grosero por nuestra parte. — Él también se puso de pie y comenzó a enderezar su apariencia.

Callie se alisó el cabello con ambas manos, usando un poco de magia que le permitió ocultar lo que había estado haciendo, luego sonrió, lo tomó del brazo y subieron las escaleras hacia un cauce curativo de buena música.

Callie se encontró a gusto durante el concierto. Como Richard le había dicho, Kirkland y su esposa eran excelentes pianistas, en especial cuando tocaban juntos en el mismo instrumento. Aunque Callie no era música, habría podido decir que su interpretación era amor expresado a través de las notas.

Y hubo helados.

Ella y Richard se fueron después del refrigerio, alegando fatiga, lo cual era cierto, aunque fuera más emocional que física. Abrazados como jóvenes amantes, caminaron en silencio por las calles hasta el monte Row.

Cuando llegaron a casa, volvieron a hacer el amor, esta vez con lentitud y ternura. Richard se durmió rápidamente después, rodeándola con el brazo, pero Callie permaneció despierta. Él había regresado a su vida con una confianza natural en sí mismo y un dominio en los desafíos de la vida que ella había necesitado desesperadamente en aquel momento, pero esa noche se había mostrado vulnerable de una manera que nunca antes le había visto en todos los años que se habían conocido, y por primera vez se daba cuenta de que él la necesitaba tanto como ella a él.

¿En qué punto la amistad se había convertido en lo que el mundo definía como amor?



—Señor Roberts, lord Kirkland y lord y *lady* George Audley están aquí para verlo —anunció el empleado cuando abrió la puerta de la oficina interna.

El abogado levantó la vista, sorprendido, pero se recuperó rápido.

—Qué placer tan inesperado —dijo mientras se levantaba—. Lord George, supongo que es mi desaparecido heredero de Kingston, ¿verdad?

—Así es. —Gordon le ofreció la mano—. Lord Kirkland y mi esposa están aquí para dar testimonio de mi identidad.

—Es cierto que no se parece a nadie de su familia, pero tengo entendido que su madre era de sangre noruega.

Si el abogado hubiera mostrado algún indicio de desdén, Gordon habría tenido la tentación de golpearlo, pero la expresión de Roberts era neutral.

—Lo era, y al parecer yo heredé su pigmentación.

—Muy distintivo, y coincide con las descripciones que me han hecho de usted. —Roberts hizo un gesto hacia las sillas—. Por favor, siéntese. Estoy seguro de que esta discusión será larga. —Miró a su empleado—. Té, café y refrigerios, por favor.

Después de que Kirkland y Callie testificaran que conocían a Gordon desde hacía muchos años y que no había dudas sobre su identidad; el letrado, no sin antes disculparse por la formalidad, le pidió una muestra de escritura a mano para ver que coincidía con las cartas ocasionales que Gordon había enviado a lo largo de los años, y se resolvió el problema de su identidad. Después de eso, Roberts lo aceptó como el nuevo marqués de Kingston y pronto comenzaría con los trámites necesarios para ratificar la herencia, aunque antes le dio una rápida visión de las propiedades e ingresos de la familia.

Gordon no se había dado cuenta de cuánto de los ingresos de Kingston provenía de las minas de carbón de Lancashire. Y le complació saber que, efectivamente, había una mansión en Hertfordshire que sería un conveniente lugar de retiro de Londres.

—¿Mis hermanos menores saben que estoy vivo o Eldon cree que ha heredado? —preguntó Gordon, luego de revisar la larga lista de propiedades.

—No estoy seguro —dijo Roberts—. Siempre informé de sus mensajes ocasionales a su padre, pero él me prohibía mencionárselos a otros en su familia.

—Probablemente con la esperanza de que moriría en algún lugar lejano —replicó Gordon con

brusquedad.

—Quizás —dijo el abogado, incómodo—. No había recibido ninguna de sus cartas desde que murió su padre, y no sé si alguna vez él le informó a su heredero de su existencia. En todo caso, envíe a mi hijo a Kingston para que asistiera al funeral de su hermano mayor y explicara la situación legal a sus hermanos menores. —Sonrió—. Me alegra que usted se haya presentado aquí, ya que no estaba seguro de cómo buscarlo.

—El mérito por hacerle la vida más fácil es de Kirkland. Yo estaba bastante acostumbrado a ignorar todas las noticias familiares. —Entonces, renunciando a lo inevitable, añadió—: Viajaré a Lancashire antes de que Eldon se apegue demasiado a la posibilidad de ser el nuevo marqués de Kingston.

—¿Crees que puede causar problemas? —preguntó Kirkland.

—Realmente no lo sé. —Gordon se encogió de hombros—. Apenas lo recuerdo. Pero él y su hermano menor, Francis, parecían más razonables que los mayores.

—Dado el tiempo que ha estado ausente, puede ser difícil para lord Eldon creer que usted está vivo —señaló Roberts—. Así que le aconsejo viajar allí pronto.

—Me aseguraré de que él y Francis estén bien atendidos —dijo Gordon, que hubiera deseado darle el maldito título y la herencia a Eldon. De todos modos, la propiedad tenía suficiente riqueza como para garantizar que sus hermanos vivieran cómodamente.

Cuando los tres salieron de la oficina de Roberts, agradeció a Kirkland por su ayuda.

—No es nada —aseguró Kirkland—. Avísame si hay algo más en lo que pueda asistirte. Tengo experiencia navegando por los bancos de las oficinas de Londres.

—Puede que acepte tu oferta —dijo Gordon—. Por ahora, vamos a Lancashire.

—¡Para acabar de una vez! —Callie le tomó la mano.

—Por favor, manténme informado sobre tu progreso. —Kirkland saludó con un gesto de su sombrero—. Te acostumbrarás a esto pronto, lord Kingston. Incluso podrías descubrir que disfrutas de los desafíos del nuevo puesto.

Eso probablemente fuera cierto, pero Gordon todavía deseaba no tener que hacerlo.

39



Habían pasado quince años desde que Gordon había recorrido ese camino por última vez, pero aún lo recordaba bien. Cuando se acercaron a la cima de la colina que dominaba el valle en el que se encontraban el lago Long y el caserío de Kingston, hizo una seña al cochero para que detuviera el carruaje.

—Es hora de contemplar nuestro futuro —le dijo a Callie cuando abrió la puerta.

—Iré contigo. —Ella se estiró, luego salió detrás de él—. Después de tres días de traquetear por todos lados en carroza, agradezco todas las oportunidades que me permitan estirar las piernas.

Sabiendo que ese día llegarían a Kingston, ambos se habían preocupado por la ropa. Pues, si había una cosa que Gordon había aprendido, era que vestirse para el papel era imprescindible para convencer a la gente de que tal papel le correspondía. Si era un marqués, debía lucir como tal, y así lo hacía. Sin embargo, palideció al ver a Callie, cuya experta remodelación de un vestido verde oscuro con bordados en oro la hacía parecer una reina. Gloriosa, como Elizabeth, que también tenía el pelo rojo.

—Vaya, uno de estos días habrá que buscar un momento para visitar a una modista —advirtió con ironía.

Callie rio mientras apretaba su chal de cachemira alrededor de sus hombros.

—Pues espero que sí, pero, mientras tanto, ¡piensa en el dinero que te estoy ahorrando!

—Como no necesitamos ser frugales, tendré que gastar cualquier ahorro en guardarropa en joyas para adornarte, y no insinúo que necesites joyas para lucir bella.

—Prefiero tener un muy buen caballo.

—Esa es mi chica —dijo con cariño—. Puedes tener ambos. —Pasó un brazo por los hombros de Callie y se acercaron a la cima de la colina. El día había estado nublado, pero a última hora de la tarde había salido el sol y el lago brillaba como un espejo.

—Rush Hall está justo sobre esa colina —comentó ella—. Tal vez mañana podamos pasar y ver si algunos miembros de mi familia están en la residencia. Dejé a Elinor tan rápido que no pregunté por nadie más.

—Eso haremos. Me pregunto si el camino que recorriamos entre nuestras casas seguirá marcado o si ya habrá desaparecido entre la vegetación. —Se quedó en silencio, pensando en la alegría fácil de su amistad y en las dificultades de cualquier otra parte de su infancia.

—Los Brooke siempre tomamos un camino diferente para ir hacia nuestro valle, así que no creo recordar esta vista de su casa —dijo Callie—. ¡Parece realmente gótica! ¿Habrá murciélagos y ruidos de cadenas?

Él sonrió por la forma en que ella contrarrestaba su tensión. La intrincada residencia familiar se veía bastante gótica, sí; en particular la sección más antigua: una torre que había quedado de un castillo medieval y que, achaparrada pero adecuadamente amenazadora, se alzaba sobre una colina empinada que dominaba el lago Long. Las habitaciones del señor estaban en la torre, con vistas al agua.

Las incorporaciones posteriores a la estructura se extendían colina abajo, desde la torre, donde

el terreno era menos empinado, pero carecía de las espectaculares vistas del lago.

—Me alegra que mi habitación estuviera en la sección más nueva de la finca. Era húmeda y mohosa, pero al menos no había murciélagos, y cualquier sonido de cadenas era probablemente el que hacía yo cuando me escabullía durante la noche.

—Dado su estricto sentido del orden de las cosas, los sirvientes nos harán dormir en las habitaciones del amo en la vieja torre —dijo Callie con tono de advertencia—. Sospecho que tendrá grandes muebles y chimeneas humeantes. Jamás visité la torre...

—No lo sé, no he visto muchas de las habitaciones, pero sí exploré la parte inferior de la torre. ¡Los muros de piedra son tan gruesos que hay una escalera escondida dentro!

—¿De verdad? ¡Ojalá lo hubiera sabido! —exclamó.

—No te hubiera gustado. El pasaje es muy pequeño, fue construido para nuestros antepasados, mucho más bajos que nosotros. La escalera desciende hasta el sótano. Era una ruta de escape en caso de asedio, o para que los Audley lujuriosos bajaran y sedujeran a las criadas.

—¿Habrá arañas? —preguntó ella con ansiedad fingida.

—Casi con seguridad. Junto con otras pequeñas criaturas que susurran en la oscuridad. —Su mano apretó la de ella—. Pero no nos quedaremos mucho tiempo en la torre. Puedes buscar una ubicación para nuestra nueva casa mientras yo visito las granjas y minas de los arrendatarios y me reúno con los gerentes de las empresas familiares.

—Ya sé dónde debemos construir. ¿Recuerdas esa hondonada protegida entre nuestras propiedades familiares? Pertenece a Kingston, es encantadora y está protegida de los vientos del mar de Irlanda. —Callie parecía pensativa—. La construcción llevará tiempo, así que buscaré una propiedad en la que podamos vivir hasta que la nueva casa esté terminada.

—Cualquier casita de campo resultará apropiada siempre que esté lejos de la finca principal. —Era hora de regresar al carruaje, pero Gordon dudó, su mirada recorría el valle—. Es extraño, no deseo vivir en Kingston, tengo demasiados recuerdos difíciles de mi infancia aquí. Y, sin embargo, siento que este valle es mi hogar más que ningún otro lugar en el mundo.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir. —Callie se mordió el labio inferior—. La luz, las colinas... todo en Lancashire dio forma a nuestros años de crecimiento. Estoy feliz de estar de vuelta en Inglaterra, encantada de tener una casa en Londres y extrañamente complacida de que también tengamos una casa aquí.

—Será un hogar hermoso, moderno y cómodo —aseguró Gordon—. Un buen uso para parte de la riqueza de Kingston.

—¿Con salas de baño con agua caliente y bañeras profundas? —preguntó ella esperanzada.

—Evidentemente. —Él la miró con una sonrisa—. Con tinas suficientemente grandes para dos. Si hay algo que recuerdo de mi infancia, es que administrar una fortuna extravagante es mucho trabajo. Pero, dado que eso no podremos remediarlo, al menos podríamos tener bañeras lujosas. —Callie lo tomó del brazo entre risas y regresaron al carruaje.

—Los incendios de las vetas de carbón se han extendido —dijo Gordon mientras conducían

rumbo al valle y la finca, haciendo un gesto hacia una delgada columna de humo blanco que fluía del suelo—. Hay varios sectores humeantes. El que está delante está bastante cerca de la casa.

—¿Cuánto tiempo lleva ardiendo? —preguntó Callie.

—Casi cuarenta años, creo. —Rememoró su infancia—. La minería puede ser desagradable, pero me encantaba bajar a los túneles de carbón y aprender sobre las máquinas de vapor que bombeaban el agua. ¿No te llevé allí abajo una o dos veces?

—Una vez. Pero no compartí tu gusto por los espacios asquerosos y sofocantes.

—¡Es verdad!, solo deseabas salir, así que nunca te invité otra vez. Yo era la mascota del ingeniero de minas porque estaba muy interesado en su equipo, y me sirvió mucho más tarde. —Sonrió ante el recuerdo—. Mi experiencia en las minas me consiguió el trabajo como capitán del barco de vapor experimental del duque de Ashton. Para entonces, ya había navegado bastante y conocía las máquinas de vapor, así que estaba bien calificado.

—Así es como terminaste manejando el barco que rescató a *lady* Kirkland —dijo Callie con interés—. ¿Cómo llegó Ashton a contratarte?

—Esa es una larga historia que dejaremos para otro día, porque hemos llegado a nuestro destino. —Miró por la ventana mientras su carruaje conducía bajo el antiguo arco de piedra que llevaba al patio central de la propiedad. La torre se alzaba sobre un lado, mientras que las secciones más nuevas y las dependencias corrían colina abajo, hacia la izquierda.

El carruaje se detuvo y descendieron a los adoquines. Gordon caminó hacia la puerta de su antiguo hogar y tocó la gran campana de la puerta, con Callie tomada de su brazo. El gong profundo resonó como la voz de la fatalidad. Y pensó que, aunque esa casa seguía sin gustarle, entrar en ella junto a Callie era una mejora respecto del pasado.

El lacayo que los recibió era joven y vestía muy tradicionalmente con calzones de rodilla y peluca empolvada.

—Soy el nuevo lord Kingston —dijo antes de que el lacayo pudiera preguntar por su identidad. Gordon no había tenido tiempo de imprimir tarjetas—. En el pasado era conocido como lord George Audley. ¿Mis hermanos menores están en la residencia?

El lacayo era joven y no había conocido a Gordon, pero no era estúpido. Y probablemente sabía que había un medio hermano, ausente desde hacía mucho tiempo, que sería el heredero si estaba vivo. Con los ojos muy abiertos, el lacayo hizo una gran reverencia.

—Están tomando un aperitivo, mi lord. Lo acompañaré hasta ellos.

Casa fea, muebles feos, pasillos con corrientes de aire. Era tan malo como Gordon lo recordaba, pero al menos no tenía que preocuparse por si se encontraba con su padre. «Siéntete libre de matarlo. Tengo hijos mejores.»

Callie también debía estar recordando esas palabras, porque su mano estaba aferrada fuertemente a su brazo. Lucía muy hermosa y parecía una aristócrata de pies a cabeza; pero, incluso si hubiera usado sacos de harina, se hubiera visto como una marquesa. No hubiera soportado estar allí sin ella.

El pequeño salón en el que la familia y los invitados se reunían para el aperitivo era calentado por un fuego humeante. La última vez que había estado en esa casa no había tenido la edad suficiente para participar del ritual de las bebidas. Quizás había sido el más inútil de los hijos del viejo señor entonces, pero ahora lo compensaría.

—El marqués de Kingston —dijo el lacayo cuando los hizo entrar.

Las palabras paralizaron a los dos jóvenes que conversaban en el salón. Uno sería Eldon, con su cabello castaño y su aire irónico; se parecía mucho a un Audley. Francis, el más joven de los cinco hijos, se parecía a su madre, con cabello rubio, pecas y una cara alegre. Ninguno de los dos se parecía en nada a Gordon. Como siempre, él era el hombre extraño.

—George. —Francis habló primero—. ¿Eres tú? —preguntó incrédulo—. ¡Te habían dado por muerto! Pero recuerdo ese cabello rubio. —Se adelantó y le ofreció la mano, realmente satisfecho.

—Llevo años usando mi segundo nombre: Gordon —respondió mientras estrechaba la mano de su hermano, contento de que alguien pareciera feliz de verlo—. Contrariamente a lo que se os dijo, no estoy muerto y ocasionalmente envié notas a los abogados de la familia para refregar en las narices de nuestro padre que todavía estaba vivo. Me imagino que él se guardó la información para sí mismo con la esperanza de que eventualmente remediaría mi... «falta de muerte» mientras me transportaban a la bahía Botany.

—¡Deberías habernos advertido, George! —Eldon se repuso y también ofreció su mano—. O más bien, Gordon. Podríamos haber matado el ternero engordado en tu honor. En cambio, tendrás que conformarte con unas escalopas de cordero.

—El ternero engordado puede seguir pastando en paz —dijo Gordon mientras hacía pasar a Callie hacia adelante—. Dejadme que os presente a mi esposa.

—¡Catherine Brooke! —exclamó Eldon antes de que él pudiera presentarla—. Está claro que eres tú, aunque adulta; ¡no he conocido a nadie más con ese cabello rojo dorado!

—Así es, Eldon. —Le ofreció una sonrisa y su mano—. Ahora respondo al nombre de Callista, pero puedes llamarme Catherine si lo prefieres.

—¡Quizás ahora podemos saber lo que os pasó! —Eldon había tomado su mano y sus ojos brillaban con curiosidad—. Gordon, desapareciste mientras Francis y yo estábamos en la escuela, y luego supimos que Catherine se había casado de una manera sospechosamente rápida. La especulación era desenfrenada.

—Si os preguntáis si sedujo a Callie y la dejó embarazada, la respuesta es no —señaló Gordon, pensando que sus hermanos merecían saberlo.

—Mi padre quería que me casara con un hacendado de Jamaica mucho mayor que yo y odiaba la idea. —Callie retomó la historia—. Como vuestro hermano y yo éramos amigos, él se ofreció valientemente a casarse conmigo en Gretna Green para protegerme de un esposo no deseado. Pero nuestros padres se enteraron casi de inmediato y nos alcanzaron, así que me casé con el viejo hacendado y Gordon fue condenado por varios delitos y exiliado, lo cual fue terriblemente injusto.

—Así que esa es la historia, mucho menos escandalosa de lo que podría haber sido —zanjó

Gordon mientras aceptaba una copa de jerez de Francis, que había servido a los dos recién llegados—. ¿Qué habéis estado haciendo vosotros?

—Discutiremos los últimos quince años de historia durante la cena —dijo Eldon—. Los sirvientes han añadido dos cubiertos más en la mesa y estoy seguro de que nuestra discusión será larga, ¡así que será mejor que comamos!

Se trasladaron al comedor contiguo, lo que le dio a Gordon la oportunidad de abandonar su jerez, al cual no era muy aficionado, aunque apreciaba la cortesía de Francis. Había sido un niño agradable y ahora parecía un joven igualmente agradable.

Gordon se desconcertó brevemente cuando fue sentado en la cabecera de la mesa. ¿Cómo podía ser el cabeza de familia si nunca se había sentido parte de ella? Pero eso podía estar cambiando, y no parecía una mala idea.

—Eldon, en la última quincena habrás pensado que serías el próximo marqués. ¿Cómo te sientes acerca de mi inesperada reaparición? —preguntó sin rodeos cuando los cuatro estuvieron sentados alrededor de un extremo de la larga mesa

—El joven señor Roberts nos explicó que había razones para creer que estabas vivo, así que tu regreso no me ha sorprendido del todo. —Eldon parecía pensativo—. Tenía sentimientos encontrados sobre la herencia. Como cuarto hijo, no la esperaba; pero, sí, me estaba acostumbrando a la idea del título y la riqueza. Sin embargo, aquí estás. —Esbozó una sonrisa pícaro—. Para compensar mis esperanzas perdidas, ¿podrías aumentar mi mensualidad!

Todos se rieron. Gordon se alegró de que su hermano no pareciera resentido.

—Revisaré las mensualidades —prometió—. ¿Qué planes tienes en mente? ¿Te has ocupado de alguna actividad particular a lo largo de los años?

—He vivido principalmente en Londres donde he disfrutado como un joven caballero inglés, pero últimamente he pensado que es hora de hacer un cambio —respondió con seriedad—. Estoy considerando la política. El señorío de Kingston controla varios escaños parlamentarios, y me gustaría ocupar el próximo que esté disponible. Es hora de establecerme como un hombre de provecho.

Gordon se alegró de saber que Eldon tenía objetivos más allá de la frivolidad.

—Siempre has tenido una mente y una lengua muy rápidas. Creo que serías un buen miembro del Parlamento. —Eldon asintió, complacido. Y entonces Gordon dirigió su atención a su hermano menor, desconcertado consigo mismo al ver que se estaba comportando de manera muy parecida a la del jefe de la familia—. Y tú, Francis, ¿a qué te dedicas? ¿También has disfrutado de la vida ociosa de un caballero en Londres?

—¡De ningún modo! Después de asistir a Cambridge, me convertí en asistente del administrador de la hacienda —dijo Francis—. El plan es que reemplace al administrador actual, Martin, cuando esté listo para renunciar.

—¿Disfrutas del trabajo? —preguntó Callie con interés.

—¡Sí! —exclamó Francis entusiasmado—. Hay muchas novedades tanto en el campo de la

agricultura como en el de la minería. Por ejemplo...

—Son más detalles de los que necesitamos en una noche en la que solo nos estamos poniendo al día —interrumpió Eldon.

—¡Lo siento. Tiendo a ser más agricultor de lo que debería ser el hijo de un marqués! —Francis sonrió—. Pero, si estáis interesados en ello, me alegraré de contároslo más tarde. —Su expresión se volvió cautelosa—. Por otro lado, yo... tengo una relación con una joven que vive cerca. Espero que apruebes nuestro matrimonio.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Gordon arqueó las cejas—. Tú eres el que vivirá con ella, así que la elección debe ser tuya.

—Ni padre ni Welham la aprobaban. —Francis parecía a la defensiva—. Los padres de Julie son granjeros, pequeños propietarios rurales y no aristócratas, pero son personas generosas y trabajadoras. He aprendido mucho sobre agricultura práctica gracias al señor Frane.

Por el tono de voz de su hermano, Gordon supuso que los Frane habían sido una familia más cálida y acogedora que los Audley.

—Me encantaría conocer a tu Julie —dijo Callie cálidamente, que probablemente había supuesto lo mismo que su esposo—. Podemos visitar a su familia, o tal vez ella y su madre puedan unirse a nosotros aquí para tomar el té pronto.

—Ella... —Francis abrió los ojos como platos—. ¡A los dos nos gustaría mucho!

Al finalizar el primer plato y después de que les sirvieran el segundo, Gordon sorbió un poco de su vino y siguió con la conversación.

—Cuando nos dirigimos al valle, vi que los incendios de las vetas de carbón se habían expandido; el olor está por toda la casa.

—No siempre es tan malo —dijo Francis en tono de disculpa—. Solo sucede cuando el viento viene del oeste.

Lo que en general sucedía, si Gordon recordaba correctamente.

—¿Los incendios están minando la casa? Si es así, tal vez sea hora de dejar esta residencia e ir a un sitio más saludable.

—¡Pero la historia, Gordon! —Francis parecía horrorizado—. ¡La sección más antigua tiene más de seiscientos años!

—Y cada día de esos seiscientos años se siente en la falta de comodidades de esta casa —replicó Gordon con sequedad—. Si quieres te dejo las habitaciones de la torre, que recuerdo frías y con corrientes de aire.

—Pero grandiosas. —Eldon se rio entre dientes—. Lamento decirte que creo que estás atrapado allí, ya que los sirvientes deben estar preparando esas habitaciones para los nuevos lord y lady.

—¿Hay casas aceptables actualmente vacantes en el señorío? —preguntó Callie—. Preferentemente que no tengan seiscientos años.

—La casa de la viuda está vacía. —Francis pensó un momento—. Está en bastante buen estado, aunque tomaría uno o dos días prepararla bien.

—Mientras los tejones no hayan establecido su residencia en el salón, debería servir —dijo Gordon—. Callie, ¿qué opinas?

—Recuerdo la casa de la viuda como una residencia bien ubicada. Será perfecto. —Sonrió—. La apreciaremos aún más si debemos pasar varias noches en la torre gótica.

Eso ocasionó más risas. Y, al final de la velada, la comida había resultado sorprendentemente agradable. Quizás ser lord de Kingston no sería tan malo después de todo... Sin embargo, la opinión de Gordon cambió cuando él y Callie les dieron las buenas noches a sus hermanos y se retiraron a la torre.

—¡Si Welham vivía aquí, no lo culpo por haberse suicidado! —Callie estudiaba la vasta habitación consternada.

—¿No te gustan los tapices de valor incalculable que muestran a los santos muriendo de diversas y horribles maneras y a los animales destrozados por perros y cazadores? —preguntó Gordon con sequedad.

—¡Definitivamente, *no*! —Comenzó a pasearse por la habitación, frunciendo el ceño ante los tapices y el pesado armario tallado que hacía juego con la cama. La enorme cama con dosel, con pilares de caoba tallados en las esquinas para sostener la colgadura de terciopelo, era más propia de la realeza; como lo era también la colcha de brocado, que estaba doblada y revelaba sábanas finas y almohadas extravagantes. Gordon pensó en su padre retozando esa cama con esposas, sirvientas y amantes, y concibiendo varios hijos, y se le hizo un nudo en el estómago.

—No puedo dormir en esta cama.

—Yo tampoco quiero. —La mirada de Callie se movió rápidamente hacia él—. Las camas son demasiado personales para que sean reliquias familiares. Encontraremos una alternativa, no te preocupes —añadió comprensiva. Entonces abrió una puerta a la izquierda—. Este vestidor es mucho mejor. Podemos montar un camastro sobre la alfombra. Arrugaré las mantas de la cama para que, por la mañana, los sirvientes no se den cuenta de que no apreciamos sus esfuerzos.

—¿No te importa dormir en el suelo? —Gordon se unió a ella y la atrajo contra su costado con un brazo.

—Será más cómodo que el piso de un almacén rodeado de barriles de tabaco, y ese nos pareció bastante agradable. —Se inclinó hacia él como un gato—. Podemos arreglárnoslas aquí por un par de noches hasta que nos mudemos a la casa de la viuda.

—Gracias por comprenderme —dijo en voz baja.

—El hecho de que tus hermanos menores sean amables no te quita años de miseria —replicó en voz baja—. Ahora, hagamos ese camastro y descansemos.

Ella tenía razón: el camastro era cómodo, y la dulce bienvenida de Callie hizo que todas las nubes oscuras de Kingston se desvanecieran.

40



Callie sofocó un bostezo cuando entraron en el dormitorio principal la segunda noche.

—Espero que nos mudemos a la casa de la viuda mañana; sin embargo, antes de abandonar la torre, quiero ver la escalera secreta. Anoche estábamos demasiado cansados para tomarnos la molestia.

—Pues, como no quiero volver a poner un pie en esta habitación, será hoy —dijo Richard—. Está oculta, detrás del armario de caoba. Una vez subí del nivel del sótano para ver hacia dónde iban las escaleras y, cuando abrí la puerta en la parte superior, me horroricé al encontrarme en la habitación de mi padre.

—Eso no ha cambiado —apuntó Callie con tono irónico.

—Veamos si puedo recordar cómo se abre desde este lado. —Estudió el armario, luego pasó los dedos por detrás de una de las columnas de caoba que combinaban con los postes de la cama. Cuando eso no funcionó, giró la columna. Entonces, moviéndose suavemente pero con un gemido gótico, el armario se abrió como una gran puerta.

Callie llevó una lámpara hacia la abertura, y su nariz se arrugó por el olor a humedad. Los escalones de piedra eran estrechos y descendían en curvas cerradas.

—Me marearía subiendo o bajando eso, y el techo es tan bajo que tendría que agacharme; tú ciertamente tendrás que hacerlo.

—Podemos bajar si quieres —dijo Richard complaciente.

—No, es menos romántico de lo que pensaba. —Volvió a colocar el armario en su lugar—. Después de esto, quiero tomar aire fresco y admirar la vista desde el balcón.

—Esa es una mejor opción —respondió mientras retiraba las cortinas que cubrían las puertas dobles que daban al balcón.

Callie abrió la puerta y salió a la amplia plataforma de madera. El viento soplaba fuerte y las nubes se cernían sobre la luna, creando dramáticos contrastes de luces y sombras.

—Se acerca una tormenta. —Respiró hondo y exultante—. Me encantan las tormentas mientras esté adentro y a salvo. Dios mío. —Miró por encima de la barandilla—. Esto está construido justo sobre el acantilado que cae al lago, y hay una caída considerable. ¿Fue atacado el castillo alguna vez?

—No, que yo sepa; pero, si alguien lo hubiera intentado, no creo que fuera desde el lado del lago. —Richard se unió a ella en la barandilla y miró la caída letal.

La noche era fría, así que tomó una manta. Se puso detrás de Callie y la envolvió alrededor de los dos para que su espalda quedara apretada contra su pecho.

—Esto es romántico —murmuró.

—Mucho mejor que arrastrarse por una escalera de piedra —respondió él—. Ha sido un buen día, ¿no? Particularmente la visita a Rush Hall y a tu familia.

—Ha sido maravilloso ver a mi hermano Marcus tan mayor. Se ha convertido en un buen joven lord. Para nada como mi padre.

—Será un buen vecino para nosotros —comentó Richard pensativo—. Tu hermana pequeña,

Annie, es encantadora, también. Y tu hermana Jane ha resultado una agradable sorpresa.

—Ese ha sido el verdadero *shock* —respondió Callie con una sonrisa—. Parece que ha hecho un buen trabajo dirigiendo la casa de Marcus en los últimos años. Como ella dijo, casarse con el vicario local le brindará muchas oportunidades para dar órdenes a la gente, así como para vigilar Rush Hall y asegurarse de que funcione sin problemas.

—¡Y se rio cuando lo dijo! El sentido del humor no es algo que hubiese asociado con Jane.

—Ha mejorado con los años. —Callie rio entre dientes—. Probablemente haya dicho lo mismo de mí. Me gusta poder ser amiga de mis hermanas y de mi hermano. Pensé, durante tanto tiempo, que no los volvería a ver...

—Sin embargo, aquí estamos. —Richard puso presión en su abrazo y la meció un poco—. La ubicación que has elegido para construir una mejor versión de la finca de Kingston es perfecta y, dado que la hondonada mira hacia el sur, la nueva casa será cálida y luminosa durante todo el año, y las colinas nos protegerán de los vientos.

—Será una casa feliz —dijo Callie con un destello de intuición que se sintió muy cierto—. Tendremos tres hijos, ¡y todos serán unos diablillos como éramos nosotros!

Richard rio.

—Pero nosotros seremos mucho mejores de lo que fueron nuestros padres.

—He empezado a pensar en el plano de la nueva casa, pero también tengo algunas ideas para la casa de la viuda. Probablemente viviremos allí un par de años y puede mejorar.

—Lo que tú quieras, Catkin. Me alegra que podamos mudarnos mañana. Me conformaría con un palomar para escapar de aquí.

—El suelo del vestidor no estaba tan mal, ¿verdad? —Ella inclinó la mirada.

—Completamente aceptable para una o dos noches, pero se acerca el invierno. Quiero una cama cálida con una esposa cálida. —Sonrió—. Por fortuna ya tengo la esposa cálida.

—Todo lo que yo necesito es un esposo cálido —dijo provocativa—. Tener una cama en realidad es opcional.

—¿Te das cuenta de que, si sigues frotando tu delicioso trasero contra mí, nos vamos a ir a dormir temprano?

—¡Mi malvado plan ha tenido éxito! —Callie se giró en sus brazos y, mientras reía, levantó su rostro para darle un beso. El cabello de Richard lucía plateado pálido a la luz de la luna y era tan guapo que ella apenas podía respirar. Pero fue la ternura en sus ojos lo que derritió su corazón—. Mi Corazón de León... —susurró.

Y, de repente, el mundo se hizo añicos en medio de llamas, dolor y oscuridad.

La explosión en la habitación detrás de ellos los arrojó con fuerza contra la barandilla del balcón. Se tambalearon y estuvieron a punto de caer al lago. De forma instintiva, él la tomó en sus brazos y se tiró hacia la izquierda. La cabeza de Gordon golpeó con fuerza la barandilla antes de caer sobre Callie mientras los escombros atravesaban la puerta abierta.

Aturdido, se apartó de ella después de que la lluvia de madera y piedras destrozadas terminara. Callie yacía flácida y sangrando en el ángulo entre el suelo del balcón y las rejas. Aterrorizado, comprobó el pulso de su garganta y lo encontró. Su respiración era regular, pero estaba inconsciente y la sangre goteaba por su sien.

Cuando se puso de pie, el balcón se tambaleó debajo de él y se dio cuenta de que estaba a punto de soltarse de la torre y caer por el acantilado. Tenía que hacer que ambos escaparan antes de que eso sucediera, pero ¿dónde ir? El dormitorio más grande de Lancashire se había convertido en un holocausto en llamas. Aunque las paredes eran de piedra, el suelo y los muebles eran de madera y tela y eran consumidos por el fuego hambriento. La cama y sus cortinajes ardían y, mientras él observaba, una de las esquinas se hundió en el suelo cuando las tablas de este empezaron a arder.

Las altas llamas bloqueaban la entrada a la habitación y la caída debajo del balcón sobre el acantilado pedregoso los mataría a ambos... ¿Qué hacer? ¡Ya lo tenía! La escalera que había entre los muros; la piedra era mucho más resistente al fuego y los escalones estaban al alcance.

Sin darse cuenta del olor acre de la pólvora, se volvió hacia Callie. Ella todavía estaba inconsciente, así que él arrancó salvajemente la manta que los había protegido del frío. Con manos temblorosas, formó una especie de cabestrillo lo suficientemente grande como para sostener su cuerpo inerte y la colocó sobre su pecho.

Tuvo que entrar al dormitorio para llegar a la escalera, y el calor era feroz. Detrás de él, oyó que el balcón se desprendía y se estrellaba ruidosamente por el acantilado hasta que salpicaba el lago. Protegió la cara de Callie con un brazo mientras se dirigía hacia el armario.

Giró la columna y balanceó el pesado mueble hacia él, jadeando por la falta de oxígeno. Tuvo que inclinar la cabeza cuando pisó el pequeño rellano en la parte superior de la escalera. El aire viciado olía a humedad y parecía impuro, pero gloriosamente fresco. Devolvió el armario a su lugar y de inmediato se encontraron en una oscuridad profunda, pero Gordon se sentía seguro de tener algo entre ellos y el fuego.

Se golpeó la cabeza y maldijo cuando dio el primer paso hacia abajo, por lo que se obligó a detenerse y respirar profundo. Debía concentrarse en descender el apretado conjunto de escaleras mientras mantenía la cabeza baja para evitar golpearse. Era aterrador moverse al ritmo de un caracol, pero ir más rápido provocaría un desastre.

La estrecha escalera giraba hacia la izquierda, así que usó su brazo izquierdo para mantener a Callie cerca y pasó la mano derecha por el muro de piedra áspero y húmedo. Calculó que tal vez estaban a medio camino cuando Callie se agitó en sus brazos.

—¿Richard? —Presionó una mano contra su pecho—. ¿Qué ha pasado?

—El dormitorio ha estallado —dijo lacónico—. Si hubiéramos estado dentro, ya estaríamos hechos cenizas. Has quedado inconsciente. ¿Tienes otras heridas?

—Me duele la cabeza, me siento aturdida, tengo muchos moretones y me duele el tobillo izquierdo. —Hizo un inventario luego de una pausa—. Pero nada significativo, creo. —Respiró entrecortadamente—. ¿El fuego de las vetas de carbón ha causado la explosión?

—No, pero creo que es lo que intentaban que pareciera. —Hizo una pausa para descansar y respirar—. Olí la pólvora. Alguien intentaba matarnos.

—¿Quién? —Callie jadeó—. ¿Uno de tus hermanos? Son quienes más tienen a ganar.

—Eso creo. —La certeza era agria. Había pensado que finalmente tenía una familia real, y ahora uno o ambos de sus hermanos intentaban matarlo. —Se preocuparía por eso cuando estuvieran a salvo, así que reanudó el descenso.

—Creo que puedo caminar por mi cuenta —dijo Callie, pero no se oía segura.

—Puedes intentarlo cuando llegemos a terreno llano. —Reprimió una maldición cuando accidentalmente levantó su cabeza demasiado alto y volvió a golpearla. Llevar un peso sustancial mientras se inclinaba era agotador, pero no faltaba tanto.

Finalmente llegaron al sótano, donde Gordon tropezó al no contar que no había un siguiente escalón. La bodega estaba demasiado caliente y el humo se arremolinaba alrededor. Podían escuchar el rugido de las llamas de arriba y el sonido de la madera quemada derrumbándose.

Cuando Callie se retiró del cabestrillo, vaciló a su lado para que él le ofreciera el brazo.

—¿Cómo salimos de aquí?

—Esta parte de la bodega está por encima del nivel del suelo debido a la inclinación de la colina. Si seguimos el muro hacia la derecha, llegaremos a una puerta que se abre hacia la colina. Necesitamos salir antes de que todos los pisos por encima de nosotros se derrumben.

Pudo escuchar a Callie tragar.

—Entonces, vamos. Puedo caminar si me aferro a tu brazo. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—Extiende tu mano libre para que no tropecemos con nada; y vigila cómo pisas, el suelo está resbaladizo.

Gordon encontró la pared con la mano derecha y comenzó a moverse, tirando de Callie. Por su respiración forzada, sabía que ella estaba sufriendo, pero eso era más rápido que cargarla y se les acababa el tiempo.

Detrás de ellos, una sección del piso superior se derrumbó envuelta en llamas. Estaba terriblemente cerca, pero les dio suficiente luz como para que Gordon viera la puerta.

—¡Ahí, justo delante!

Él deslizó su brazo izquierdo alrededor de la cintura de Callie para sostenerla un poco más y recorrieron el último tramo. Resoplaba de cansancio cuando llegó a la puerta. Una barra de madera maciza la mantenía cerrada. Con la fuerza de la desesperación, la arrancó. La puerta se movió con dificultad; pero, cuando aplicó su fuerza, se abrió de golpe.

Tan pronto como el camino estuvo despejado, Gordon atrapó de nuevo la cintura de Callie y la atrajo a su lado.

—¡Tenemos que alejarnos del edificio lo más rápido que podamos!

A pesar de que Callie cojeaba, se movía con sorprendente velocidad. El aire fresco en la ladera fue un gran alivio y les permitió alejarse de la torre. En cualquier momento, en cualquier momento...

Los pisos interiores se derrumbaron detrás de ellos con un rugido ensordecedor, arrojando restos ardientes en todas direcciones. Tras la primera colisión, Gordon tiró a Callie al suelo y la cubrió con su cuerpo, jadeando mientras sus pulmones luchaban por respirar.

Los tizones ardientes caían a su alrededor, pero el suelo estaba frío y húmedo y nada se incendió. Cansado, se sentó. Ella también lo hizo y él la atrajo hacia sí. A lo lejos, oía los gritos de la gente que luchaba contra el fuego.

—Ahora sí que tendrás que comprarme un guardarropa nuevo. —Callie bromeó mientras observaban las llamas que brotaban de la torre—. Tú también necesitarás uno.

—Al menos esos horribles tapices se han ido. —Se rio un poco, aturdido por el alivio de que hubieran sobrevivido.

—No son una pérdida, pero me alegro de llevar puestos mis pendientes de topacio. —Ella hizo una mueca cuando otra ráfaga de llamas se elevó hacia el cielo—. Este extremo del caserío de Kingston ha desaparecido definitivamente.

—Mientras todo el mundo esté a salvo, no me importa. —Gordon se encogió de hombros—. ¡Que arda y sea condenado!

—¡No merecías el señorío de Kingston! —gruñó una voz cercana—. ¡Es tu culpa que se esté quemando, y debes haber hecho un trato con el diablo para haber sobrevivido!

Gordon se volvió y vio a su hermano Eldon con una pistola apuntando directo a su corazón.

41



Gordon sabía que uno de sus hermanos debía haber causado la explosión, pero la confirmación lo hizo querer vomitar.

—Yo no he provocado la explosión, Eldon —advirtió, obligándose a mantener la voz firme. Y, en un susurro, le dijo a Callie—: No te levantes, muéstrate sin fuerzas e indefensa, Catkin.

—¡No será difícil! —murmuró con humor negro.

—¿Esperabas que esa explosión pareciera causada por el incendio de vetas de carbón? —Gordon se puso de pie lentamente para no asustar a su hermano y que este le disparara—. Alguien además de mí debe haber notado el olor a pólvora.

—A nadie le hubiera importado —respondió Eldon con frialdad. Se parecía a su padre. Un trueno se sumó a la amenazante atmósfera gótica—. Como a nadie le importó cuando le disparé a Welham y lo hice parecer un suicidio.

No había sido suicidio, tampoco accidente, sino asesinato. Dados los acontecimientos de esa noche, todo tenía sentido.

—¡Bien hecho! Era un tipo repugnante —dijo Gordon, emparejando a su hermano en frialdad y poniendo una nota de admiración en su voz mientras trataba de ganar tiempo.

Los tres estaban en una zona aislada, pero había otras personas no muy lejos. Desafortunadamente, Eldon estaba bastante cerca como para no necesitar buena puntería. Callie parecía aturdida, pero Gordon notó que su mano izquierda exploraba la tierra húmeda mientras buscaba sigilosamente una posible arma.

Gordon se alejó de ella para mantener la atención de Eldon sobre él, esperando que encontrara alguna.

—¿Arreglaste también la muerte de Julian? Si viajaba borracho, no debió ser difícil causarle un accidente fatal.

—Se suicidó sin ayuda de mi parte. —Eldon sonrió—. Eso me dio la idea. Sin Julian, solo Welham se interponía entre la herencia de Kingston y yo. Y era tan fácil de matar. A nadie le caía bien. A nadie le importaba. Todos asumieron que yo era el nuevo lord Kingston y ¡entonces apareces *tú!*

—Lamento haber interrumpido tus planes —dijo Gordon en tono de disculpa—. Ni siquiera quiero el título. Si hubiera sabido cuánto significaba para ti, podría haberme quedado lejos. Incluso podría haberte proporcionado una prueba de defunción. Pero, desde que regresé a Londres hace un par de años, demasiadas personas se han enterado de que sigo vivo.

—Sí, deberías haberte quedado muy lejos —respondió Eldon en un acuerdo helado—. Realmente no quería mataros a ti y a Catherine, pero no me has dejado opción.

—¿No? No es demasiado tarde para que regrese a América y me haga pasar por muerto —dijo Gordon jugando con su renuencia—. No puedo llorar a Welham y siempre he odiado el caserío de Kingston, así que no me importa que lo quemes todo mientras nadie fallezca en el incendio. ¿O acaso te gusta matar?

—¡No, maldita sea, no me gusta! —Eldon se estremeció cuando un trueno rugió, y el cañón de

su pistola tembló. Podría querer a ciertas personas muertas, pero no le gustaba matarlas; era vil y cobarde.

—¿Aceptas mi propuesta? —preguntó Gordon—. Callie y yo podemos desaparecer silenciosamente esta noche y se dará por hecho que hemos muerto en el incendio. Así te convertirás en lord Kingston y podrás construir una casa nueva y mejor.

Eldon parecía tentado ante la oferta de su hermano, pero negó con la cabeza luego de meditarlo.

—No puedo confiar en ti para que permanezcas muerto a menos que me asegure de ello. Lo siento, Gordon. —Dio un paso más cerca—. Eres más divertido que mis otros hermanos, pero no deberías haber vuelto.

Levantó la pistola y se preparó para disparar a quemarropa. Gordon se lanzó a su izquierda y, en el mismo instante, Callie se puso de rodillas y arrojó una piedra que se estrelló en el centro de la cara de Eldon.

—¡Toma eso, pequeño cerdo sanguinario! —espetó furiosa.

—¿¡Qué demonios!?! —Eldon cayó hacia atrás, sujetándose la nariz y maldiciendo.

Gordon saltó hacia delante, sobre su hermano. La pistola salió volando cuando los dos hombres empezaron a luchar. Eldon lo hizo frenéticamente, pero con poca habilidad; él nunca había peleado por su vida en tierras lejanas y mortales.

Mientras rodaban por el suelo, Gordon cerró las manos alrededor del cuello de su hermano lord Eldon Audley, que había matado a un hermano y había hecho lo posible por asesinar a Gordon y a Callie.

La idea de Callie en peligro había encendido su rabia, y Gordon vio cómo la mirada de su hermano pasaba de la ira al miedo y luego se convertía en terror. Esperó mientras ese terror aumentaba y, luego, en un movimiento letal, le rompió el cuello. Uno aprendía muchas cosas útiles en la Academia Westerfield.

Hubo un silencio repentino interrumpido por los sonidos del fuego, los bomberos distantes y los truenos que se aproximan.

—¿Está muerto? —Callie se arrastró por el accidentado terreno y tomó la pistola caída.

—Sí. —Gordon se levantó y miró el cuerpo sin vida de su hermano. A diferencia de Eldon, Gordon tenía experiencia en asesinatos. Pero solo la aplicaba cuando era necesario, y nunca había matado a un hermano. Deseó que no hubiese sido necesario hacerlo.

Callie acortó la distancia entre ellos, le tomó la mano y se la llevó a la mejilla.

—Lo siento, Richard —dijo suavemente.

—Yo también. —Le apretó la mano, agradecido por su caricia—. Gracias por tu excelente lanzamiento de piedra, siempre has tenido buena puntería.

—¡Dios bendito! —La nueva voz vino de Francis, que corría hacia ellos. La luz del fuego los iluminó claramente, pero parecía incapaz de comprender la escena—. He visto a Eldon dirigiéndose en esta dirección y me preguntaba si podríais haber escapado de la torre por aquí. ¿Pero Eldon está muerto?

—Sí —dijo Gordon rotundamente—. Yo lo he matado.

—¿¡Cómo!? —Francis parecía un niño horrorizado, no un joven competente—. ¿¡Por qué!?

—¡Porque Eldon ha provocado la explosión que ha hecho estallar la torre! —espetó Callie—. Desafortunadamente para él, no ha podido matarnos. ¿Acaso eres cómplice de sus planes asesinos?

—¡Eldon no tenía ningún plan asesino! —Francis negó frenéticamente mientras luchaba por comprender lo que escuchaba—. ¿Por qué querría mataros?

—¿No es obvio? —contestó Gordon, entumecido—. También mató a Welham. Confiaba en heredar el título hasta que yo tuve la desfachatez de aparecer con vida.

Francis guardó silencio durante largos momentos, con la cara tensa.

—Nunca creí que Welham fuera capaz de suicidarse —admitió vacilante—. Pensé que su muerte habría sido un accidente de borracho, pero parecía extraño. ¿Qué te hace pensar que Eldon lo mató?

—¡Porque lo ha admitido con orgullo! —Callie se puso de pie tambaleándose, con los ojos brillantes—. ¡Richard es el único hermano decente que has tenido! Welham y Julian eran unos brutos y Eldon era un asesino. Todos han salido a tu abominable padre.

—¡No deberías decir esas cosas! —exclamó Francis, horrorizado—. Padre fue severo con nosotros, pero era un hombre honorable.

—¡Ese «hombre honorable» le dio permiso a mi padre para golpear a Richard hasta la muerte cuando nos atraparon en nuestro intento de fuga! —respondió Callie con fiera—. Richard ya estaba medio muerto cuando tu padre le dijo al mío: «Siéntete libre de matarlo. Tengo hijos mejores».

—No —dijo Francis con el rostro palidecido—. ¡No, no podría haber sido tan cruel!

—¿No? ¡Yo estaba allí, Francis! —gritó ella—. Para salvar la vida de tu hermano, le juré a mi padre que me casaría con su hacendado. Entonces, en lugar de matar a Richard directamente, mi padre falsificó los cargos penales y lo condenó a la deportación. Nuestros padres eran hombres viles. Y, si quieres castigar a Richard por lo que ha tenido que soportar, ¡juro ante Dios que te mataré yo misma! —Callie levantó la pistola.

—Callie, no lo hagas. —Gordon se puso de pie y le quitó el arma—. Matar hermanos es un vicio que no se debe adoptar.

—¿Estás seguro de que Francis no formaba parte del complot para matarte? —Le entregó la pistola sin protestar. Estaba temblando de conmoción y dolor

—Estoy seguro. —Gordon estudió a su hermano menor. A la luz parpadeante del fuego, su rostro estaba tan pálido que dejaba ver las pecas—. Él es como su madre, igual que yo soy como la mía. El defecto fatal en los hombres de Audley es ser como nuestro difunto y no llorado padre.

—Tú... puede que estés en lo cierto —susurró Francis—. Eldon era inteligente y podía ser muy divertido, y rara vez afilaba su lengua conmigo. Pero tenía una personalidad fría y despiadada. Simplemente no sabía... qué tan despiadada. ¿También causó la muerte de Julian?

—Dijo que no, pero esa muerte accidental le dio la idea de despejar el camino hacia el título —respondió Gordon con sequedad—. Le resultó molesto deshacerse de Welham y luego ver que me interponía en el camino.

—Nunca supe que deseaba tanto heredar, pero solía burlarse de mí por mis simples ambiciones rurales. —Francis tragó saliva—. Tal vez debería haberlo adivinado por eso.

—¿Me vas a entregar a la justicia por haber matado a Eldon? Como miembro de la nobleza, sería juzgado en la Cámara de los Lores y seguramente sería absuelto. —Gordon suspiró, exhausto ante la idea—. Pero sería un asunto largo y prolongado.

—Me has convencido de que esta noche se ha hecho justicia. —Francis miró a Eldon y respiró hondo—. Sugiero que arrojemos su cuerpo al fuego. Se dará por hecho que así fue cómo murió.

—Eso simplificaría las cosas. —Gordon contempló la torre devastada. Las llamas se apagaban, pero serían suficientes.

—¿Puedo pedirte algo? —dijo Francis con incertidumbre—. No hagas público que Eldon mató a Welham e intentó matarte, por favor. Sé que no merece preservar su reputación, pero prefiero evitar un escándalo. —El joven Francis se mostraba pragmático y capaz de lidiar con la dura realidad, rasgos que compartía con Gordon.

—Si quieres decir que murió heroicamente tratando de rescatarme a mí y a Callie, no lo discutiré. Él se fue y nosotros estamos vivos. —Entonces, Gordon se volvió hacia Callie, que se había sentado en el suelo otra vez—. Vamos a ocuparnos de esto, serán solo unos minutos. ¿Vas a estar bien aquí?

—Sí —dijo en un susurro—. Y luego, por favor, vayamos a la casa de la viuda. No me importa si no han terminado de limpiarla correctamente.

—A mí tampoco. —Obviamente Callie estaba al límite de sus fuerzas, con la sangre seca en el pelo y dolor en la cara. Él tocó su mejilla—. Sí, Catkin, allí iremos.

Gordon y Francis tomaron los brazos de Eldon y lo arrastraron hasta la torre en llamas. La mayor parte del interior había sido quemada, pero las ennegrecidas paredes de piedra permanecían en pie.

—Tenemos que arrojarlo por la puerta del sótano —advirtió Gordon.

Francis asintió con expresión adusta y, entre los dos, tiraron el cuerpo flácido y pesado al fuego, y este se desvaneció rápidamente entre las llamas.

—Desearía que hubiera sido un hombre mejor —dijo Francis en voz alta.

—Yo también —contestó Gordon con amargura—. Tenía muchas ganas de tener un hermano que pudiera ser un amigo, no como Welham y Julian, que nunca lo habían sido.

—Todavía te queda un hermano —replicó Francis, tras un largo silencio.

El peligro y la pérdida forjaron vínculos inesperados, y Gordon se dio cuenta de que él y Francis tenían similitudes que no había compartido con sus otros hermanos.

—Lo sé, y espero que podamos ser amigos. —Le ofreció una mano vacilante.

Francis la tomó con fuerza y sus miradas se encontraron. Sí, podrían convertirse en verdaderos

hermanos.

—¿Hay otras víctimas del incendio? —preguntó Gordon

—No, los demás estaban en la parte inferior de la casa, no había nadie en la torre aparte de vosotros, así que solo temíamos por vuestras vidas. —Mientras Francis hablaba, la lluvia amenazante estalló como un aguacero. Francis sonrió con ironía—. Eso debería ayudar a apagar el fuego y creo que gran parte de la finca está intacta.

Gordon se encogió de hombros. Lo que importaba era Callie. Chapoteó a través de la lluvia y la levantó suavemente en sus brazos.

—Francis, ¿puedes hacer que un carruaje nos lleve a la casa de la viuda?

—Por supuesto —respondió y se marchó rápidamente.

—No tienes que cargarme —indicó Callie débilmente—. Ya has hecho lo suficiente esta noche.

—Nunca es suficiente. —Besó su frente—. Te cargaría hasta los confines de la tierra, Catkin.

—Ahora mismo, eso suena muy bien —dijo soltando un suspiro cansado, mientras se acurrucaba en sus brazos. La lluvia quitaba el hollín de su rostro y lo mostraba pálido pero tranquilo.

A lo lejos, pudo oír la voz de Francis que decía: «¡Lord y *lady* Kingston están a salvo! ¡Se han escapado de la torre! ¡Están a salvo!..»

Hubo gritos y la gente comenzó a correr hacia Gordon. Él se tensó, pero los rostros y las voces estaban aliviados y alegres.

—Lord Kingston, ¡gracias a Dios! —Las palabras vinieron de Martin, el administrador de bienes con el que Gordon se había reunido esa tarde.

Sentimientos similares vinieron del ama de llaves, el mayordomo, los arrendatarios de las granjas más cercanas.

—Parece destrozado, lord Kingston. Puedo llevar a tu esposa —dijo el jefe de palafreneros y extendió sus brazos hacia Callie.

—No. *¡Mía!* —respondió Gordon con firmeza, lo que produjo una risa aliviada.

—Gracias a todos. La verdad es que estoy bien, excepto por mi tobillo. —Callie se recuperó lo suficiente como para sonreír a sus simpatizantes.

—¿Cómo ha sobrevivido, señor? —preguntó una voz ronca.

—Estábamos en el balcón cuando explotó la torre —dijo Gordon—. Estuvimos realmente cerca de no poder escapar, pero recordé una escalera antigua que hay dentro del muro de piedra y salimos por allí justo antes de que el interior de la torre se derrumbara.

Un carro cubierto conducido por Francis se acercó. Cuando se detuvo, Gordon colocó a Callie adentro y subió tras ella, que estaba más inconsciente que lúcida. Se quitó el maltrecho abrigo y la abrigó con él para bloquear la lluvia.

Mientras Francis los conducía hacia la casa de la viuda, Gordon vio que el fuego se limitaba en gran medida a la vieja torre y que la lluvia estaba extinguiendo las llamas restantes. La sección inferior del caserío de Kingston necesitaría una reconstrucción en el extremo superior, pero no había sufrido daños. Bien. Francis podría quedarse con él.

Él tenía a Callie. No necesitaba más.

42



Callie durmió profundamente a causa del agotamiento y no se despertó hasta el amanecer. Le tomó un momento darse cuenta de que estaba en el dormitorio principal discretamente elegante de una casa de campo y que Richard dormía a su lado. La tormenta había pasado, y había dejado paso a un cielo claro de un azul pálido.

La noche anterior parecía un sueño loco. Tenía vagos recuerdos de que le habían vendado la cabeza y el tobillo, y luego Richard la había desnudado y le había puesto una camisola seca. Tendría que pedir ropa prestada. Entonces se le ocurrió que podría comenzar un negocio de confección con mujeres locales que necesitaran trabajo; ella diseñaría y ellas coserían, y las prendas confeccionadas podrían venderse a precios modestos en los mercados locales. Tal vez más adelante hasta podría poner una tienda... Sí, sería un buen negocio para todos los interesados.

Con eso en la mente, Callie movió el pie con cautela. Le dolía el tobillo, pero no tanto como para que estuviera roto. Bien, solo era un fuerte esguince. Sus recuerdos estaban nublados, aunque recordaba lo que había sucedido y se estremeció al pensar que casi habían muerto dos veces. ¡Gracias a Dios, habían sobrevivido!

Richard yacía con el brazo sobre su cintura. Había hollín en su cabello rubio y necesitaba un afeitado, pero no parecía herido. Entonces, sin motivo aparente, se dio la vuelta y lo sujetó como si se estuviera ahogando y él fuera su salvavidas.

—Estás temblando, Catkin. —Se despertó de inmediato y su brazo la apretó—. ¿Reacción tardía de anoche?

Ella asintió y ocultó su rostro contra su pecho. La conocía muy bien.

—No puedo evitar pensar que esta casa fue construida para la viuda del señor. ¡Y estoy tan contenta de no ser tu viuda!

—¿Es un consuelo que Eldon intentara matarnos a los dos para que no tuvieras que sobrevivir a la viudez otra vez? —le dijo mientras acariciaba suavemente su cabello terriblemente enmarañado.

La idea era tan absurda que tuvo que reír.

—No mucho consuelo, no. Pero me gusta esta casa y me alegra que estemos aquí. —Su diversión se desvaneció antes de formular la pregunta fundamental—: ¿Serás perseguido por lo que tuviste que hacer anoche?

—Desearía no haber tenido que matar a mi hermano. —Suspiró y rodó sobre su espalda—. Pero en mis años como aventurero cobarde, aprendí a matar cuando era necesario y sin arrepentimientos. Eldon necesitaba que lo asesinaran.

—Y eso hiciste. —Aunque Callie hubiera deseado ser la responsable de haberlo matado para evitárselo a Richard. Su boca se torció—. Cuando hablamos de regresar a la paz y la seguridad de Inglaterra, ya sospechaba que no sería tan simple; hubiese preferido equivocarme. ¿Crees que nuestras aventuras asesinas han terminado?

—Mi intuición no es tan buena como la tuya, pero creo que sí. Francis estaba realmente horrorizado por las acciones de Eldon y no va a tratar de asesinarlos. Te has ganado su corazón al

querer conocer a su Julie. —Richard vaciló, luego continuó casi tímidamente—. Anoche vi que la gente del señorío de Kingston acogía con satisfacción el hecho de que soy lord Kingston y que la encantadora Catherine Brooke es mi *lady*. No me sorprende que te recuerden con cariño, pero me sorprende que lo sientan por mí.

—No debería sorprenderte. Tus hermanos mayores eran unos matones arrogantes. Tú, en realidad, paseabas a menudo por el señorío, hablabas con la gente y la escuchabas como si importaran. Y ellos no lo han olvidado. —Se rio entre dientes—. ¿Me lo estoy imaginando o cuando me llevabas al carruaje una mujer mayor dijo que siempre supo que nos casaríamos?

—No te lo estás imaginando. —Había una sonrisa en la voz de Richard—. Fue la señora Moore, quien dirige la tienda en el pueblo. Le gustaban los niños rebeldes como nosotros.

—La señora Moore, ¡por supuesto! Me encantaban sus galletas de jengibre. Iré a visitarla pronto. —Callie estaba acostada de lado, así que apoyó la mano sobre su pecho, para sentir el latido de su corazón y la suave textura del cabello dorado oscuro. Era hermoso, amable y suyo. No podía imaginarse en otro lugar del mundo.

—¿Callie?

Su voz había cambiado. Ella levantó la cabeza, haciendo una mueca de dolor cuando la lesión de la noche anterior le recordó su presencia.

—¿Sí, mi Corazón de León? —dijo, ignorando la punzada.

Con los ojos grises mortalmente serios, Richard encontró su mirada.

—Cuando pensé que íbamos a morir anoche, me di cuenta de cuánto te amo. No solo como mejor amigo y compañero de travesuras, sino en todos los sentidos en que un hombre puede amar a una mujer. —Inclinó la cabeza y rozó sus labios con un beso de exquisita ternura—. Durante todos esos años en que viajé y sobreviví, creí que ya no era capaz de sentirme así por nadie. Pero ahora me doy cuenta de que no podía dar mi corazón porque ya te pertenecía. Eras mi cordura y mi salvación.

—Eras lo mismo para mí. —Sintió un aguijón de lágrimas formándose en sus ojos y parpadeó—. Después de que mi padre me dijera que estabas muerto, me di cuenta de que eras el amor de mi vida. No podía dejar de vivir, y he amado a otras personas de diferentes maneras a lo largo de los años, pero nunca amé a nadie como te amo a ti.

—Nunca le dije esto a nadie. —Levantó su mano, entrelazando sus dedos—. Y nunca lo haré. Te amo, querida mía, ahora y siempre, amén. Me traes paz.

—Y tú me traes alegría —susurró ella—. Siempre nos hemos amado, pero expresarlo con palabras marca la diferencia, ¿verdad?

—Así es. —Richard esbozó una sonrisa lenta y traviesa—. Creo que dijiste algo sobre tener tres hijos. Dado que los dos estamos más o menos desnudos y en una cama excelente, ¿no crees que es hora de que trabajemos en ello?

—Sí que lo es. —Rio alegremente—. Yo estoy lista. ¿Y tú?

Estaba listo. ¡Lo estaba *absolutamente*!

Notas históricas

En el estudio de la historia estadounidense, la guerra de 1812 suele ser más una nota al pie que un evento importante. Treinta años después de la Revolución, los jóvenes Estados Unidos volvieron a luchar contra Gran Bretaña; los resultados llegaron prácticamente a un punto muerto, y el único evento notable fue el bombardeo del fuerte McHenry, que inspiró «La bandera adornada de estrellas» de Francis Scott Key. No creo que el británico promedio tenga ningún conocimiento de dicha guerra, pero, en los Estados Unidos y en Canadá fue muy importante.

En mi ciudad, Baltimore, dicha guerra está muy, muy presente. Cuando me mudé aquí, me sorprendió encontrar un día festivo del estado de Maryland llamado Día de los Defensores, el 12 de septiembre. ¿Cómo?

Pues resulta que el 12 de septiembre fue la parte terrestre de la Batalla de Baltimore, cuando la milicia detuvo el avance de las tropas británicas en la batalla de North Point, dando tiempo a los estadounidenses para prepararse para la parte naval de la contienda, que fue la defensa de la ciudad en el fuerte McHenry.

Los motivos de la guerra son turbios. En el lado estadounidense, se tenía la sensación de que Gran Bretaña estaba molestando a la nueva república. El bloqueo británico del continente estaba interfiriendo en su comercio con Francia, y la Marina Real intentaba impresionar a los marineros de los barcos estadounidenses para que sirvieran en buques británicos. Si luchábamos, podíamos enseñarles respeto y tal vez sumar Canadá a los Estados Unidos.

Sospecho que en Gran Bretaña los combates fueron vistos como una pequeña molestia (por favor, aparten a esas colonias del camino para que Gran Bretaña pueda ocuparse de Napoleón). Sé que la cuestión de impresionar a los marineros estadounidenses para que sirvieran en barcos británicos se enseñaba en la escuela como una gran violación de los derechos soberanos, pero se ve diferente después de leer *La vida en la Marina de Nelson*, de Dudley Pope. Para mí, esta lectura fue una lección en varios sentidos.

Buena parte de la guerra se libró sombríamente a lo largo de la frontera de Niágara, entre Canadá y Estados Unidos. La guerra en la bahía de Chesapeake ocurrió al lado de donde vivo y está bien documentada. En mi investigación, pude encontrar las condiciones climáticas, los movimientos de las tropas, la explosión de los puentes y los depósitos de municiones, sin mencionar las bendiciones de los reverendos y los errores idiotas que podía entrelazar con mi historia.

Con Napoleón derrotado y exiliado a Elba en 1814, las tropas británicas experimentadas en batallas fueron liberadas para navegar a América del Norte y administrar las nalgadas que los estadounidenses merecían. Cuando los británicos entraron a Washington sin oposición después de

que las tropas estadounidenses se hubiesen deshonrado en la Batalla de Bladensburg, quemaron principalmente edificios del Gobierno, pero una casa fue utilizada por francotiradores y posteriormente incendiada, incidente que tomé prestado.

La fácil ocupación de la capital de Estados Unidos fue una humillación nacional y podría haber tenido efectos nefastos en las negociaciones de paz que se celebraban en Ghent. Después de esa victoria, la Marina Real, la más poderosa del mundo, navegó por la bahía de Chesapeake, decidida a destruir Baltimore. La ciudad era una de las más grandes y ricas de Norteamérica, y se había ganado justamente la etiqueta de «nido de piratas», aunque los estadounidenses preferían el término «corsarios».

Las tropas británicas fueron dirigidas por el teniente general Robert Ross, un veterano distinguido de la Guerra Peninsular. Con el poder del imperio sobre la ciudad, los ciudadanos locales, blancos y negros, ricos y pobres, se defendieron con tristeza, porque eso era lo que había que hacer si los enemigos amenazaban tu hogar. El instinto territorial es poderoso. Se excavaron trincheras, se hundieron veintidós barcos mercantes en la boca del puerto para evitar que los británicos entraran y, tanto las tropas regulares como la milicia, tomaron posiciones y se prepararon para lo que pudiera venir.

La invasión terrestre británica se retiró después de que el general Ross fuera alcanzado por las balas, la Marina Real comenzó a bombardear el fuerte McHenry, y el resto de la historia es bien conocida: Estados Unidos recuperó su orgullo al mantenerse firme contra el poder del imperio británico y las negociaciones de paz en Europa concluyeron sin cambios de territorio.

La guerra tuvo efectos duraderos: tanto Estados Unidos como Canadá desarrollaron un sentido mucho más fuerte de su identidad nacional, y muchas veces se llama a la guerra de 1812 la «segunda Revolución Americana». Tras declinar unirse a Estados Unidos, Canadá fue un miembro firme e invaluable del Imperio Británico desde entonces, y buen vecino de los Estados Unidos.

Si deseas obtener más información sobre la guerra en Chesapeake, la historia clásica es la excelente obra de Walter Lord: *La luz del amanecer: la determinación culminante de «la tierra de los libres» durante los eventos peligrosos de 1814 en Washington, Baltimore y Londres*. Otro buen libro es *A través de la terrible lucha: desde el incendio de Washington al himno nacional. Las seis semanas que salvaron a la nación*, de Steve Vogel.

Una última nota: los incendios de las vetas de carbón son reales y pueden arder durante décadas o incluso siglos. El incendio en Centralia, Pensilvania, ha estado ardiendo desde la década de 1960 y provocó la evacuación de toda la ciudad.



**¿TE GUSTÓ
ESTE LIBRO?**

escribenos y
cuéntanos tu opinión en

 /Sellotitania  /@Titania_ed

 /titania.ed



#SíSoyRomántica